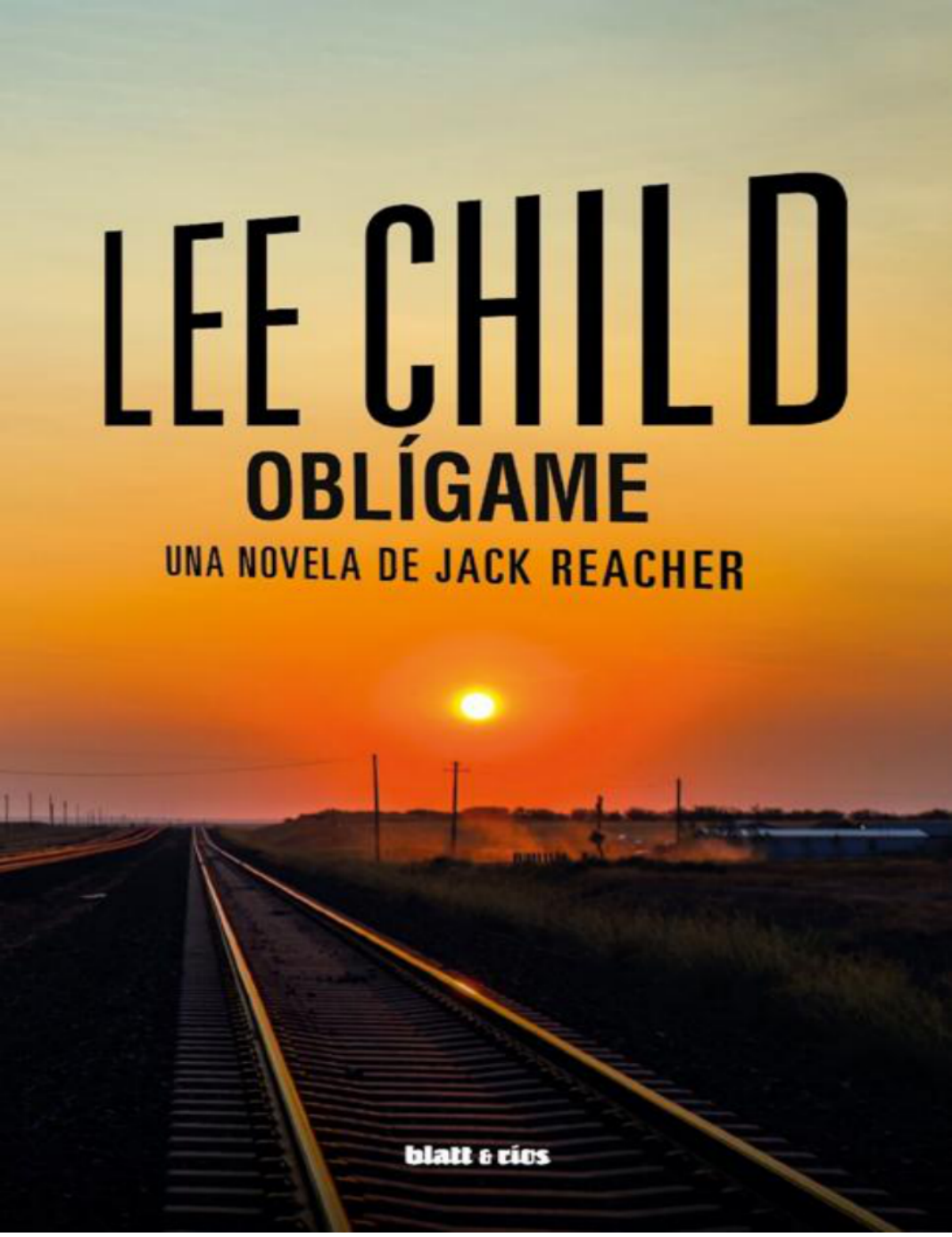
LEE CHILD
OBLÍGAME
UNA NOVELA DE JACK REACHER
blatt & ríos

OBLÍGAME

LEE CHILD

Traducción de Aldo Giacometti

blatt & ríos

Índice

Cubierta
Portada
Dedicatoria
Uno
Dos
Tres
Cuatro
Cinco
Seis
Siete
Ocho
Nueve
Diez
Once
Doce
Trece
Catorce
Quince
Dieciséis
Diecisiete
Dieciocho
Diecinueve
Veinte
Veintiuno
Veintidós
Veintitrés
Veinticuatro
Veinticinco
Veintiséis
Veintisiete
Veintiocho
Veintinueve
Treinta
Treinta y uno
Treinta y dos
Treinta y tres
Treinta y cuatro
Treinta y cinco
Treinta y seis

Treinta y siete
Treinta y ocho
Treinta y nueve
Cuarenta
Cuarenta y uno
Cuarenta y dos
Cuarenta y tres
Cuarenta y cuatro
Cuarenta y cinco
Cuarenta y seis
Cuarenta y siete
Cuarenta y ocho
Cuarenta y nueve
Cincuenta
Cincuenta y uno
Cincuenta y dos
Cincuenta y tres
Cincuenta y cuatro
Cincuenta y cinco
Cincuenta y seis
Cincuenta y siete
Cincuenta y ocho
Cincuenta y nueve
Otros título de Lee Child publicados en Blatt & Ríos
Sobre el autor
Créditos

Para Darley Anderson,
mi agente desde hace veinte años,
con gratitud

UNO

Mover a un tipo tan corpulento como Keever no era fácil. Era como tratar de sacar de un somier un colchón de agua tamaño *king size*. Así que lo enterraron cerca de la casa. Lo cual, de todos modos, tenía sentido. Todavía faltaba un mes para la cosecha, y un sector del campo con la tierra removida se vería desde el aire. Y vendrían por el aire para buscar a un tipo como Keever. Vendrían con aviones de búsqueda y salvamento, y helicópteros, y quizás incluso con drones.

Empezaron a medianoche, algo que les pareció lo bastante seguro. Estaban en el medio de cuatro mil hectáreas de nada, y la única estructura construida por el ser humano que se veía hacia cualquier horizonte eran las vías de tren, que estaban al este, pero a medianoche ya habían pasado cinco horas desde que pasara el tren de la tarde y faltaban siete horas para el tren de la mañana. Por lo tanto, nada de miradas entrometidas. Su retroexcavadora tenía cuatro reflectores en una barra por encima de la cabina, como las camionetas *pickup* tuneadas por los chavales, y los cuatro haces de luz juntos formaban un charco grande de brillo halógeno. Por lo tanto, la visibilidad tampoco era un problema. Empezaron a excavar el pozo en la pocilga, que era en sí misma un sector del campo permanentemente removido. Cada cerdo pesaba cien kilos, y cada cerdo tenía cuatro patas. La tierra estaba siempre revuelta. Desde el aire no se podía ver nada, ni siquiera con una cámara térmica. La imagen se desdibujaría al instante, por todo el vapor que despedían los animales, y por todo el vapor que despedían las montañas y los charcos de residuos.

Lo bastante seguro.

Los cerdos son por naturaleza animales que meten el hocico en todo, por lo que se aseguraron de que el pozo fuera profundo. Lo cual tampoco era un problema. El brazo de su retroexcavadora era largo, y mordía rítmicamente, paladas de dos metros constantes y articuladas, con los cilindros hidráulicos que brillaban bajo la luz eléctrica, y el motor que empujaba y rugía y se detenía, y la cabina para arriba y para abajo, cada vez que descargaba tierra hacia el lateral. Cuando terminaron el pozo dieron marcha atrás con la máquina y la giraron y usaron la pala cargadora delantera para meter a Keever en su tumba, rasguñándolo, haciéndolo rodar, cubriendo su cuerpo con tierra, hasta que finalmente se deslizó por el borde y cayó dando un golpe en las sombras eléctricas.

Solo una cosa salió mal, y sucedió en ese mismo instante.

El tren de la tarde pasaba con cinco horas de retraso. La mañana siguiente escucharían en la estación de radio AM que una locomotora averiada había ocasionado un atasco ciento cincuenta kilómetros al sur. Pero en ese momento no lo sabían. Lo único que escucharon fue el silbido triste en el cruce, a lo lejos, y entonces lo único que pudieron hacer fue darse la vuelta y quedarse mirando los largos vagones iluminados que pasaban retumbando a media distancia, uno detrás de otro, como una visión en un sueño, aparentemente interminables. Pero finalmente el tren se fue, y los rieles resonaron durante un minuto más, y después la oscuridad de la medianoche se tragó el punto rojo de la luz trasera, y retomaron lo que estaban haciendo.

Treinta kilómetros al norte el tren empezó a ir más lento, y más lento, y después se detuvo, siseando, y las puertas se abrieron, y Jack Reacher bajó a una plataforma de hormigón que estaba frente a un elevador de granos tan grande como un bloque de apartamentos. A su izquierda había otros cuatro elevadores de grano, todos más grandes que el primero, y a su derecha había un cobertizo enorme de metal del tamaño de un hangar. Había postes con luces de mercurio, dispuestas a intervalos regulares, que trazaban conos amarillos en la oscuridad. Había niebla en el aire nocturno, como un recordatorio en un calendario. Se acercaba el fin del verano. El otoño venía en camino.

Reacher se quedó quieto y a sus espaldas el tren se alejó sin él, forzando, chirriando, acomodándose a un ritmo lento de chucu-chucu, y después acelerando y formando una estela de aire creciente que le sacudió la ropa. Era el único pasajero que se había bajado. Lo cual no era para nada sorprendente. El lugar no se parecía en nada a una estación de transbordos. Era una zona agrícola. Las módicas instalaciones para pasajeros que había estaban encajonadas entre el último elevador de granos y el cobertizo enorme, y se limitaban a un único edificio compacto, que parecía tener tanto una taquilla como bancos para sentarse a esperar. La construcción era de estilo tradicional ferroviario, y parecía el juguete de un niño, ubicada temporalmente entre dos relucientes barriles de petróleo.

Pero en un cartel que la atravesaba de un extremo a otro estaba escrito el motivo por el cual Reacher estaba ahí: *Mother's Rest*. Descanso de Madre. Lo había visto en un mapa, y le pareció un gran nombre para una estación de tren. Supuso que la línea debía de cruzar una vieja carretera para caravanas de carretas, en ese mismo lugar, donde hace mucho tiempo debía de haber sucedido algo. Quizás una joven embarazada se puso de parto. Las sacudidas seguramente no ayudaron. Quizás la caravana se detuvo un par de semanas. O un mes. Quizás alguien años más tarde recordó el lugar. Un descendiente, tal vez. Una leyenda familiar. Quizás había un museo con una única sala.

O tal vez había una interpretación más triste. Quizás habían enterrado ahí a una mujer. Demasiado vieja como para lograr llegar adonde se dirigían. En cuyo caso habría una lápida conmemorativa.

De cualquier forma, Reacher imaginó que podría averiguarlo. No iba a ningún lado, y tenía todo el tiempo del mundo para llegar ahí, por lo que desviarse no le costaba nada. Por lo que se bajó del tren. En un primer momento, lo que encontró le desilusionó un poco. Sus expectativas habían estado equivocadas. Se había imaginado un par de casas polvorientas y un corral solitario con un solo caballo. Y el museo con una única sala, quizás dirigido a tiempo parcial y de forma voluntaria por un viejo de una de las casas. O la lápida, quizás de mármol, detrás de una cerca cuadrada de hierro forjado.

No se esperaba la inmensa infraestructura agrícola. Supuso que igual tendría que habérselo esperado. El grano siempre se encuentra con el ferrocarril. En algún lado tenía que cargarse. Miles de millones de fanegas y millones de toneladas por año. Dio un paso a la izquierda y miró por un hueco que había entre las estructuras. Estaba oscuro, pero alcanzó a divisar un semicírculo irregular de edificaciones. Casas, obviamente, para los trabajadores de la estación. Vio unas luces, que esperó que fueran de un motel, o de un restaurante de carretera, o de ambas cosas.

Caminó hacia la salida, esquivando los haces de luz solo por costumbre, pero vio que la última lámpara era inevitable, porque estaba ubicada justo por encima de la puerta de salida. De modo que se ahorró una mayor desviación perimetral y cruzó también el anteúltimo haz de luz.

Momento en el cual salió una mujer de las sombras.

Se movió hacia él con un impulso muy característico, dos pasos rápidos, ansiosa, como si le alegrara verlo. Su lenguaje corporal expresaba claramente alivio.

Después no. Después su lenguaje corporal expresó claramente decepción. Se paró en seco y dijo:

—Oh.

Era asiática. Pero no pequeña. Un metro setenta y cinco, quizás, o incluso casi uno ochenta. Y con una contextura física acorde. Ni un hueso a la vista. No era ninguna flacucha. Tenía alrededor de cuarenta años, supuso Reacher, y pelo largo negro, pantalones vaqueros y una camiseta debajo de un abrigo corto de algodón. Llevaba puestos zapatos con cordones.

—Buenas noches —dijo Reacher.

Ella miraba más allá de sus hombros.

—Soy el único pasajero —dijo Reacher.

Ella le miró a los ojos.

—Nadie más se ha bajado del tren —dijo él—. Así que supongo que

tu amigo no ha llegado.

—¿Mi amigo? —dijo ella.

Acento neutro. Americano común. El mismo que escuchaba en todas partes.

—¿Qué otra cosa podría estar haciendo alguien aquí, salvo esperar el tren? —dijo él—. No se viene aquí más que para eso. Supongo que normalmente a medianoche no debe haber nada que ver.

Ella no contestó.

—No me digas que estás esperando desde las siete de la tarde —dijo él.

—No sabía que el tren iba con retraso —dijo ella—. Aquí no hay cobertura. Ni ningún empleado que dé información. Y supongo que el Pony Express hoy está fuera de servicio.

—No estaba en mi vagón. Ni en los dos siguientes.

—¿Quién no estaba?

—Tu amigo.

—No sabes qué aspecto tiene.

—Es corpulento —dijo Reacher—. Por eso te entusiasmaste cuando me viste. Creías que era él. Durante un segundo, al menos. Y en mi vagón no había nadie corpulento. Ni en los dos siguientes.

—¿A qué hora llega el próximo tren?

—A las siete de la mañana.

—¿Quién eres y por qué has venido aquí?

—Soy solo alguien que pasa por aquí.

—El tren pasó por aquí. Tú no. Tú te has bajado.

—¿Conoces un poco este lugar?

—Absolutamente nada.

—¿Has visto un museo o una tumba?

—¿Por qué estás aquí?

—¿Quién pregunta?

Ella hizo una pausa, y después dijo:

—Nadie.

—¿Hay un motel en el pueblo? —dijo Reacher.

—Yo me estoy quedando ahí.

—¿Qué tal es?

—Es un motel.

—Con eso me alcanza —dijo Reacher—. ¿Tiene habitaciones disponibles?

—Me sorprendería mucho que no las tuviera.

—Vale, pues puedes enseñarme cómo llegar. No esperes aquí toda la noche. Yo me despertaré en cuanto amanezca. Llamaré a tu puerta antes de irme. Con suerte tu amigo llega por la mañana.

La mujer no dijo nada. Solo miró una vez más los rieles mudos, y después se dio la vuelta y empezó a andar hacia la puerta de salida.

DOS

El motel era más grande de lo que Reacher esperaba. Era una edificación en forma de herradura de caballo, de dos pisos, con un total de treinta habitaciones y un gran *parking*. Pero sin mucha ocupación. Estaba prácticamente vacío. La construcción era sencilla, unos bloques de estuco pintados de beis, con escaleras y barandillas de hierro pintadas de marrón. Nada especial. Pero parecía limpio y bien mantenido. Funcionaban todas las lamparitas. No era el peor lugar que Reacher hubiera visto.

La oficina era la primera puerta a la izquierda, en la planta baja. Detrás del escritorio había un conserje. Era un viejo más bien bajito con una gran barriga y lo que parecía ser un ojo de vidrio. Le dio a la mujer la llave de la habitación 214, y ella se fue sin decir una sola palabra más. Reacher le preguntó por el precio, y el tipo dijo:

—Sesenta dólares.

—¿A la semana? —dijo Reacher.

—Por noche.

—Tengo bastante recorrido.

—¿Qué se supone que significa eso?

—He estado en muchísimos moteles.

—¿Y?

—No veo nada por aquí que valga sesenta dólares. Veinte, quizás.

—No puedo cobrarle veinte. Esas habitaciones son caras.

—¿Qué habitaciones?

—Las de arriba.

—Me conformo con las de abajo.

—¿No necesita estar cerca de ella?

—¿Cerca de quién?

—De su amiga.

—No —dijo Reacher—. No necesito estar cerca de ella.

—Abajo cuarenta dólares.

—Veinte. Esto está prácticamente vacío. Está al borde de la bancarrota. Mejor ganar veinte dólares que nada.

—Treinta.

—Veinte.

—Veinticinco.

—Trato hecho —dijo Reacher.

Sacó del bolsillo su rollo de billetes y separó uno de diez, y dos de cinco, y cinco de uno. Los dejó en el mostrador y el tuerto se los

cambió por una llave con un llavero de madera con un 106 grabado, que sacó de un cajón, con gesto triunfal.

—En la esquina trasera —dijo el tipo—. Cerca de las escaleras.

Que eran de metal, y que debían de hacer mucho ruido cuando la gente subía y bajaba. No era la mejor habitación del lugar. Una venganza mezquina. Pero a Reacher no le importó. Se figuró que esa noche su cabeza sería la última en posarse sobre la almohada. No preveía que ninguna otra persona llegase tarde. Esperaba que no le molestara nadie, durante toda la noche de silenciosas llanuras.

—Gracias —dijo.

Y salió, con la llave en la mano.

El tuerto esperó treinta segundos, y después marcó un número en el teléfono del escritorio, y cuando le contestaron dijo:

—Se encontró con un hombre saliendo del tren. El tren se retrasó. Lo esperó durante cinco horas. Lo trajo aquí y el hombre ha pagado una habitación.

Se oyó el crujido plástico de una pregunta, y el conserje tuerto dijo:

—Otro tipo grandote. Un desgraciado hijo de puta. Me ha tocado los huevos con el precio de la habitación. Le di la 106, en la esquina trasera.

Crujió otra pregunta, y hubo otra respuesta:

—Desde aquí no. Estoy en la oficina.

Otro crujido, pero esta vez con un tono distinto y una cadencia distinta. Una instrucción, no una pregunta.

—De acuerdo —dijo el tuerto.

Y colgó y se puso trabajosamente de pie, y salió de la oficina, y cogió la silla de jardín que estaba delante de la habitación 102, que estaba vacía, y la arrastró hasta un sitio en el asfalto desde el que podía ver tanto su propia puerta como la 106. *¿Puedes ver su habitación desde allí?* había sido la pregunta, y *Mueve el culo a un lugar desde donde lo puedas vigilar toda la noche* había sido la orden, y el tuerto siempre obedecía las instrucciones, aunque a veces de manera un poco reticente, como en ese momento, mientras ajustaba su ángulo y dejaba caer su peso sobre el plástico incómodo. Afuera, de noche y a la intemperie. No era su manera preferida de hacer las cosas.

Desde dentro de su habitación Reacher escuchó la silla de jardín que iba raspando contra el asfalto, pero no le prestó atención. Tan solo un ruido nocturno más, nada peligroso, no era un disparo de escopeta, ni el siseo de un cuchillo en una funda, nada de lo que su cerebro reptiliano se tuviera que preocupar. Y lo único no reptiliano que podía ser de interés eran unos pasos de zapatos con cordones, afuera en la acera, y un golpe en la puerta, porque la mujer del tren parecía ser

una persona con muchas preguntas, y también con una suerte de expectativas de que estas debían de responderse. *¿Quién eres y por qué has venido aquí?*

Pero era el ruido de algo que raspaba, ni unos pasos ni un golpe en la puerta, por lo que Reacher no le dio importancia. Dobló los pantalones y los puso extendidos debajo del colchón, y después con una ducha se sacó la mugre del día, y se metió entre las sábanas. Programó su alarma mental a las seis de la mañana, se estiró una vez, bostezó una vez y se durmió.

El amanecer fue completamente dorado, sin ninguna marca ni rosa ni violeta. El cielo estaba azul desteñido, como una camisa vieja lavada mil veces. Reacher se duchó de nuevo y se vistió, y salió al nuevo día. Vio la silla de jardín, vacía, ubicada de forma extraña en el carril de circulación, pero no pensó nada al respecto. Subió por las escaleras de metal tan silenciosamente como pudo, reduciendo el esperable ruido metálico a un pulso más bajo, algo que hizo dando cada paso con mucho cuidado. Encontró la habitación 214 y llamó a la puerta, con energía pero de manera discreta, como imaginó que lo haría un botones en un buen hotel. *Servicio de despertador, señora*. Ella tenía unos cuarenta minutos. Diez para despertarse, diez para ducharse, diez para ir de nuevo hasta las vías. Llegaría allí mucho antes que el tren de la mañana.

Reacher bajó con cuidado las escaleras y se dirigió hacia la calle, que en ese sitio era lo suficientemente ancha como para alcanzar la cualificación de plaza. Para los camiones de transporte, se figuró, lentos y torpes, girando y maniobrando, formando colas delante de las básculas y de las oficinas de recepción y de los mismos elevadores de granos. Había vías de tren incrustadas en el asfalto. Era una gran infraestructura. Una especie de centro de distribución, probablemente, para toda la localidad, lo cual en esa parte de Estados Unidos podía significar un radio de trescientos kilómetros. Lo cual explicaba el tamaño del motel. Debían de llegar al pueblo agricultores de todas partes, y debían de pasar allí la noche antes o después de un viaje a una ciudad distante. Quizás llegaban todos al mismo tiempo, en ciertas épocas del año. Cuando estaban los futuros en venta, en la lejana Chicago. De ahí las treinta habitaciones.

La calle ancha o la plaza o lo que fuera eso avanzaba básicamente en dirección norte-sur. La vía del tren y la infraestructura brillante definían el límite este, a la derecha, y el equivalente a una calle principal definía el límite oeste, a la izquierda. Allí estaba el motel, y había también un restaurante de carretera, y un mini supermercado. Por detrás de esos establecimientos el pueblo se extendía hacia el oeste en un semicírculo más o menos espaciado. Baja densidad.

Expansión urbana, al estilo del campo. Mil personas, quizás menos.

Reacher se dirigió hacia el norte por la calle ancha en busca de la carretera de las caravanas de carretas. Imaginó que se cruzaría por su trayectoria, de este a oeste, dado que ese había sido el propósito de las caravanas. *Ve al oeste, joven.* Una época emocionante. Vio un cruce cincuenta metros más adelante, pasando el último elevador de granos. Una carretera, perpendicular, exactamente de este a oeste. A la derecha brillaba el sol de la mañana, y a la izquierda se alargaban las sombras.

El cruce no tenía barreras. Solo luces rojas. Reacher se detuvo en las vías y volvió la vista hacia el sur, de donde había venido. No había ningún otro cruce en por lo menos un kilómetro y medio, que era más o menos hasta donde le llegaba la vista, bajo la pálida luz. No había ningún otro cruce en por lo menos un kilómetro y medio hacia el norte, tampoco. Lo cual quería decir que si Mother's Rest contaba con su propio camino en dirección este-oeste, estaba de pie sobre ese camino.

Era razonablemente ancho, y apenas elevado, y lo habían levantado con tierra sacada de zanjas poco profundas a ambos lados. Estaba recubierto con un denso alquitrán, algo gris por el paso del tiempo, resquebrajado aquí y allí debido al clima, y los bordes tenían formas irregulares como de lava endurecida. Era todo recto, de un horizonte al otro.

Una posibilidad. Cuando podían, las caravanas viajaban en línea recta. ¿Qué motivos tenían para no hacerlo? Nadie agregaba kilómetros solo por diversión. El que iba al frente de la caravana se guiaba por alguna referencia a lo lejos, y los demás lo seguían, y un año después una nueva partida encontraba los surcos en la tierra, y un año después de eso alguien lo marcaba en un mapa. Y cien años después una oficina de autopistas estatales llegaba con camiones cargados de alquitrán.

Al este no había nada que ver. Ningún museo con una única sala, ninguna lápida de mármol. Solo la carretera, entre campos infinitos de trigo casi listo para la cosecha. Pero en la otra dirección, al oeste de las vías, la carretera atravesaba el pueblo, lo cortaba más o menos en dos partes iguales, que se alzaban a ambos lados con unas seis manzanas de construcciones bajas. El solar de la esquina derecha se había expandido hacia el norte más o menos unos cien metros. Como un campo de fútbol americano. Era una concesionaria de maquinaria agrícola. Tractores raros y máquinas enormes, todas relucientes y a estrenar. A la izquierda había un negocio de suministros para veterinaria, en un edificio pequeño que debía de haber comenzado siendo una vivienda como cualquier otra.

Reacher dobló y avanzó por la vieja carretera de carretas, hacia el

oeste atravesando el pueblo, con el sol de la mañana que le caía en la espalda apenas cálido.

En la oficina del motel el conserje tuerto marcó un número de teléfono, y cuando atendieron dijo:

—Ella ha ido de vuelta a la estación. Ahora está esperando también el tren de la mañana. ¿A cuántos tipos está mandando esta gente?

Le contestó un prolongado crujido plástico, no una pregunta, pero tampoco una serie de instrucciones. Un tono más suave. Ánimo, quizás. O confianza.

—De acuerdo, sí —dijo el tuerto, y colgó.

Reacher anduvo seis calles hacia abajo y seis hacia atrás, y vio de todo. Vio casas en las que todavía vivía gente y casas convertidas en oficinas, de comerciantes de semillas y vendedores de fertilizantes y de un médico veterinario de animales grandes. Vio un despacho de abogados, con una única sala. Vio una estación de servicio un bloque hacia el norte, y un salón de billar, y una tienda que vendía cerveza y hielo, y otra que lo único que vendía eran botas de goma y delantales de goma. Vio una lavandería, y una tienda de neumáticos, y un sitio en el que pegaban suelas de botas.

No vio un museo, ni ningún monumento.

Lo cual podía estar bien. No habrían puesto ninguna de las dos cosas en el arcén. Una o dos calles más adentro, probablemente, por una cuestión de respeto, y para que no estuvieran tan expuestas a sufrir daños.

Se apartó de la carretera de las caravanas de carretas y se metió por una calle lateral. El pueblo estaba dispuesto en forma de cuadrícula, aunque se había expandido de manera semicircular. Algunos terrenos eran mejores que otros. Como si los elevadores de granos gigantes tuviesen un sistema gravitacional propio. Las zonas más apartadas estaban sin edificar. Más cerca del vértice, las construcciones se alzaban una al lado de la otra. La calle que estaba detrás del camino tenía apartamentos tipo estudio que en su origen podrían haber sido establos o garajes, y puestos de lo que parecía un mercado improvisado, para gente que había consagrado parte de su terreno a las frutas y las verduras. Había una tienda que tenía Western Union y MoneyGram y fax y fotocopiadora y FedEx y UPS y DHL. Al lado de esa tienda había una oficina contable, pero parecía abandonada.

No había ni museo ni monumento.

Recorrió todas las calles, una tras otra, y pasó junto a casas precarias, junto a un mecánico de motores diésel, junto a terrenos baldíos con hierbajos finos como pelos. Salió por el otro extremo de la calle ancha. Ya había visto la mitad del pueblo. No había ni museo ni

monumento.

Vio que llegaba el tren de la mañana. Parecía recalentado y molesto e impaciente por detenerse. Era imposible ver si se había bajado alguien. Había demasiada infraestructura por el medio.

Tenía hambre.

Cruzó la plaza en línea recta, regresó casi hasta el lugar en el que había comenzado, pasó junto al mini supermercado y entró al restaurante.

Momento en el cual el nieto de doce años del guarda del motel entró al mini supermercado y fue hasta el teléfono público que estaba al otro lado de la puerta. Metió las monedas y marcó un número, y cuando atendieron dijo:

—Está revisando el pueblo. Lo he seguido por todas partes. Está buscando por todos lados. Bloque a bloque.

TRES

El restaurante de carretera era agradable y limpio y estaba decorado de manera atractiva, pero era sobre todo un espacio de trabajo, diseñado para intercambiar calorías por dinero lo más rápido posible. Reacher eligió una mesita para dos personas en el rincón del fondo a la derecha, y se sentó con la espalda en el ángulo, para tener toda la sala a la vista. Más o menos la mitad de las mesas estaban ocupadas, en su mayoría por personas que parecían estar cargando energía antes de iniciar un largo día de trabajo físico. Se acercó una camarera, atareada pero profesionalmente armada de paciencia, y Reacher pidió su desayuno habitual, que consistía en tortitas, huevos y beicon, pero sobre todo café, siempre y antes de nada.

La camarera le dijo que el establecimiento tenía una política de tazas de café ilimitadas.

A Reacher le pareció una excelente noticia.

Iba por su segunda taza cuando entró la mujer de la estación, sola.

Se quedó quieta durante un segundo, como insegura, y después recorrió la sala con la mirada, y lo vio, y fue directa hacia donde estaba. Se deslizó en la silla vacía frente a él. De cerca y a la luz del día tenía mejor aspecto que la noche anterior. Ojos oscuros y despiertos, y cierta clase de propósito e inteligencia en el rostro. Pero también cierta clase de preocupación.

—Gracias por llamar a la puerta —dijo ella.

—Un placer —dijo Reacher.

—Mi amigo tampoco estaba en el tren de esta mañana —dijo ella.

—¿Por qué me lo estás diciendo? —dijo él.

—Tú sabes algo.

—¿Sí?

—¿Por qué otro motivo te habrías bajado del tren?

—Quizás vivo aquí.

—No, no vives aquí.

—Quizás soy agricultor.

—No, no eres agricultor.

—Podría serlo.

—No lo creo.

—¿Por qué no?

—No llevabas maleta cuando te bajaste del tren. Eso es básicamente lo contrario a haber estado arraigado al mismo trozo de tierra durante muchas generaciones.

Reacher hizo una pequeña pausa y dijo:

—¿Quién eres exactamente?

—No importa quién soy. Lo que importa es quién eres tú.

—Soy solo alguien que pasa por aquí.

—Voy a necesitar algo más que eso.

—Y yo voy a necesitar saber quién pregunta.

La mujer no respondió. Se acercó la camarera, con el plato de Reacher. Tortitas, huevos y beicon. Había sirope en la mesa. La camarera le sirvió café de nuevo. Reacher cogió los cubiertos.

La mujer de la estación apoyó una tarjeta de presentación en la mesa. La deslizó sobre la madera pegajosa. Tenía un sello del gobierno. Azul y dorado.

FBI.

Federal Bureau of Investigation.

Agente Especial Michelle Chang.

—¿Eres tú? —dijo Reacher.

—Sí —dijo ella.

—Encantado de conocerte.

—Igualmente —dijo ella—. Espero.

—¿Por qué el FBI me está haciendo preguntas?

—Ya no.

—¿Qué cosa ya no?

—Ya no soy agente del FBI. Me retiré. La tarjeta es vieja. Me llevé algunas cuando me fui.

—¿Está permitido?

—Probablemente no.

—E igualmente me la enseñaste.

—Para que me prestaras atención. Y por una cuestión de credibilidad. Ahora soy detective privado. Pero no de los que sacan fotos en hoteles. Necesito que entiendas eso.

—¿Por qué?

—Necesito saber por qué viniste aquí.

—Estás perdiendo el tiempo. Sea cual sea tu problema, yo soy solo una coincidencia.

—Necesito saber si viniste por una cuestión de trabajo. Podríamos estar del mismo lado. Los dos podríamos estar perdiendo el tiempo.

—No estoy aquí por una cuestión de trabajo. Y no estoy del lado de nadie. Soy solo alguien que pasa por aquí.

—¿Estás seguro?

—Cien por cien.

—¿Por qué debería de creerte?

—No me importa si me crees o no.

—Míralo desde mi punto de vista.

—¿Qué eras antes de formar parte del Bureau? —dijo Reacher.

—Agente de policía en Connecticut. Patrullaba las calles.

—Bien. Porque ocurre que yo fui policía militar. Por lo que somos colegas. De algún modo. Acepta mi palabra de caballero. Soy una coincidencia.

—¿Qué clase de policía militar?

—De los del Ejército —dijo Reacher.

—¿Qué hacías para ellos?

—Mayormente lo que me ordenaran. Un poco de todo. Investigación criminal, generalmente. Fraudes, robos, homicidios y traición a la patria. Todo lo que hace la gente, si se lo permites.

—¿Cómo te llamas?

—Jack Reacher. Llegué hasta el grado de comandante. Pertenecía al 110 de la Policía Militar. También me quedé sin trabajo.

Chang asintió una vez, despacio, y pareció relajarse. Pero no del todo. Dijo, aunque de manera más suave:

—¿Estás seguro de que no has venido a trabajar?

—Completamente —dijo Reacher.

—¿Qué haces ahora?

—Nada.

—¿Eso qué significa?

—Exactamente eso. Viajo. Me muevo. Veo cosas. Voy donde quiero.

—¿Todo el tiempo?

—Con eso me alcanza.

—¿Dónde vives?

—En ningún lado. En el mundo. Aquí mismo, hoy.

—¿No tienes una casa?

—No tiene ningún sentido. No estaría nunca allí.

—¿Habías venido antes a Mother's Rest?

—Nunca.

—¿Y por qué ahora, si no estás trabajando?

—Estaba de paso. Fue algo impulsivo, por el nombre.

Chang hizo una pausa, y después sonrió, de repente, y de manera un poco melancólica.

—Ya —dijo—. Veo la película. La toma final es un buen primer plano de una cruz inclinada en el suelo, dos tablas clavadas en cruz, con una inscripción hecha con un atizador calentado en la fogata del campamento, y al fondo la caravana de carretas que se aleja rechinando y se va haciendo cada vez más pequeña a medida que se aleja. Después vienen los créditos.

—¿Crees que aquí murió una anciana?

—Así lo interpreté.

—Interesante —dijo Reacher.

—¿Tú cómo lo interpretaste?

—No estaba seguro. Pensé que quizás una joven se detuvo para dar

a luz. Quizás descansó un mes y siguió. Quizás el hijo llegó a senador o algo así.

—Interesante —dijo Chang.

Reacher pinchó una yema y se comió un buen bocado de desayuno.

A diez metros de distancia el hombre que atendía en el mostrador marcó un número en el teléfono de la pared y dijo:

—Ha vuelto sola de la estación de tren y se ha ido directa a la mesa del hombre de anoche, y ahora están conversando muy concentrados, conspirando y haciendo planes, así como te lo cuento.

CUATRO

El restaurante de carretera se vació un poco. La hora punta del desayuno era claramente una cosa de primera hora. La vida del campo, tan mala como la del ejército. La camarera se acercó y Chang pidió café y un pan danés, y Reacher se terminó el desayuno. Dijo:

—¿Y a qué dedica el tiempo una detective privada como tú, dado que no sacas fotografías en hoteles?

—Apuntamos a ofrecer una amplia gama de servicios especializados —dijo Chang—, y ahora mucha seguridad digital, claro, pero también seguridad personal. Protección personalizada. Los ricos son cada vez más ricos y los pobres son cada vez más pobres, y esas son buenas noticias para el negocio de guardaespaldas. Y también estamos en la seguridad de edificios. Además de asesoramiento y corroboración de antecedentes y evaluaciones de amenazas, y también algunas investigaciones generales.

—¿Qué te trae por aquí?

—Tenemos un operativo en curso en la zona.

—¿Contra qué?

—No tengo la libertad de decirlo.

—¿Cómo de grande es el operativo?

—Tenemos a un hombre trabajando aquí. Al menos eso era lo que creía. Me mandaron como refuerzo.

—¿Cuándo?

—Llegué ayer. Ahora vivo en Seattle. Viajé en avión tan cerca como pude y alquilé un coche. El viaje en coche fue infernal. Estas carreteras no terminan nunca.

—Y el trabajador no estaba aquí.

—No —dijo Chang—. No estaba.

—¿Crees que se haya ido temporalmente y que va a volver en el tren?

—Espero que sea solo eso.

—¿Qué más podría ser? Esto ya no es el Lejano Oeste.

—Ya. Seguro que está bien. Vive en las afueras de Ciudad de Oklahoma. Es del todo posible que haya tenido que regresar allí por algún otro asunto. Podría haberse ido en tren, por el estado de las carreteras. Por lo tanto regresará en tren. Es la única opción. Me dijo que aquí no tiene coche.

—¿Has intentado llamarlo?

Ella asintió:

—Hay un teléfono en el mini supermercado. Pero en su casa no contestan y su móvil está apagado.

—O fuera de cobertura. En cuyo caso no está en Ciudad de Oklahoma.

—¿Podría haberse alejado más? ¿Por aquí? ¿Sin coche?

—Dímelo tú —dijo Reacher—. Es tu caso, no el mío.

Chang no contestó. Regresó la camarera y Reacher se anticipó a la comida y pidió una porción de tarta de melocotón. Con más café. La camarera pareció resignada. La política del jefe con respecto a las tazas de café ilimitadas estaba recibiendo una paliza.

—Debía mantenerme informada —dijo Chang.

—¿Quién? ¿El que no está aquí? —dijo Reacher.

—Obviamente.

—¿Mantenerte informada en el sentido de transmitirte las novedades?

—Más que eso.

—¿Entonces cuánto es lo que no sabes?

—Se llama Keever. Trabaja para nuestra oficina de Ciudad de Oklahoma. Pero todos formamos parte de la misma red. Puedo ver lo que está haciendo. Tiene un par de cosas grandes en marcha. Pero no hay nada por aquí. Por lo menos, nada en marcha en su ordenador.

—¿Cómo fue que te asignaron como refuerzo?

—Estaba disponible. Me llamó él personalmente.

—¿Desde aquí?

—Sin duda. Me dijo exactamente cómo llegar. Se refirió al lugar como su ubicación actual.

—¿Sonó como un pedido de rutina?

—Sí. Cumplió con los protocolos.

—¿Por lo que se siguió el procedimiento, salvo porque el caso no está en su ordenador?

—Correcto.

—¿Y eso qué significa?

—Que debe ser algo pequeño. Quizás un favor para un amigo, o alguna otra cosa que estaba tan cerca de ser un servicio gratuito que no tenía sentido que pasara por el jefe. En cualquier caso, con muy poco margen de ganancia. Por lo que pasa desapercibido. Pero después supongo que debió transformarse en algo más grande. Lo suficientemente grande como para justificar la petición de refuerzos.

—¿Por lo que era algo pequeño que después se hizo más grande? ¿Relacionado con qué?

—No tengo ni idea. Keever me iba a pasar la información.

—¿No tienes ni la más mínima idea?

—¿Qué parte no entiendes? Keever estaba trabajando en un caso que debía ser casi un pasatiempo, de manera privada, en secreto, y me

iba a explicar todo cuando yo llegara.

—¿Cómo era su tono por teléfono?

—Relajado. Más que nada. No creo que le guste mucho este lugar.

—¿Dijo eso?

—Fue más bien mi impresión. Cuando me estaba explicando cómo llegar, pareció que se estaba disculpando, como si me estuviera haciendo venir a un lugar horrible y siniestro.

Reacher no dijo nada.

Chang dijo:

—Supongo que vosotros los militares os basáis demasiado en datos concretos como para seguir esa línea de razonamiento.

—No, estaba a punto de coincidir —dijo Reacher—. No me gustó la tienda esa con delantales de goma, por ejemplo, y esta mañana había un niño inquietante siguiéndome por todas partes. De diez o doce años. Un chico. Asumí que era un niño con algún problema, fascinado ante la aparición de un forastero, pero muy tímido. Cada vez que miraba hacia donde estaba se escondía detrás de una pared.

—No sé si eso es inquietante o triste.

—¿No tienes ningún tipo de información?

—Estoy esperando a que llegue Keever y me diga de qué se trata.

—Lo cual implica esperar los trenes.

—Dos veces al día.

—¿Cuánto va a pasar hasta que te des por vencida?

—Ese es un comentario demasiado directo.

—Estaba bromeando. Es como la mayoría de las cosas malas que me pasaron, y a ti también, probablemente, en tu coche patrulla. Es un problema con las comunicaciones. No ha llegado un mensaje. Esa es mi conjetura. Probablemente porque no hay cobertura para móviles. La gente ya no se las arregla sin un teléfono móvil.

—Le voy a dar veinticuatro horas —dijo Chang.

—Ya no estaré —dijo Reacher—. Creo que cogeré el tren de la tarde.

Reacher dejó a Chang en el restaurante, y regresó a la vieja carretera de caravanas, listo para mirar el resto del pueblo. No volvió a ver al niño inquietante. Dobló donde estaba la oficina de suministros para veterinaria e inspeccionó otra vez el lado izquierdo de la calle, las seis calles, y no vio nada interesante. Siguió avanzando, en campo abierto, cien metros, doscientos, por si el ferrocarril había trasladado el centro de la ciudad hacia el este, dejando vestigios a su paso en los sitios originales. Si Chang estaba en lo cierto y había muerto una anciana, su tumba no necesariamente se vería desde lejos. Podría ser una construcción más bien baja, un bloque de piedra apoyado en el suelo, una cerca de hierro de menos de medio metro de alto, escondida en

medio de un mar de trigo, quizás con un pequeño sendero de césped cortado que llevara hasta allí desde el arcén.

Pero no vio ningún sendero semejante, ni ninguna lápida, ni ninguna cerca de hierro solemne. Tampoco vio ninguna estructura más grande. Ningún museo. Ningún cartel oficial acerca de un elemento de interés histórico. Se dio la vuelta y caminó hacia el otro lado y comenzó a recorrer el cuadrante sur, bloque a bloque, desde la calle que corría en dirección este-oeste por detrás de los establecimientos que estaban directamente sobre la carretera. Que era bastante parecida a su equivalente del lado norte, pero con más establos y garajes transformados en locales de un solo ambiente, y con menos puestos de frutas. Pero no había ninguna lápida, ni ningún museo. No donde dictaba la lógica. Mother's Rest no había sido siempre un cruce de carreteras. No hasta las vías del ferrocarril. Había sido un punto aleatorio a lo largo de interminables surcos rectos que cruzaban la llanura. La lápida o la leyenda habían llevado el pueblo hasta allí. El pueblo había crecido a su alrededor, como crece una perla alrededor de un grano de arena.

Pero no lo encontraba. Ni la lápida ni el museo. No donde deberían de haber estado, que era a una distancia respetable del arcén original. Lo suficiente como para crear una sensación de excursión o peregrinación. Que sería más o menos a una calle moderna del arcén original, pero allí no había nada.

Siguió avanzando, bloque a bloque, de la misma manera en que lo había hecho antes. Vio el mismo tipo de cosas, y las empezó a entender. El pueblo se fue explicando a sí mismo, gradualmente, calle a calle. Era un punto comercial para una comunidad agrícola vasta y dispersa. Llegaba todo tipo de cosas tecnológicas y salían inmensas cantidades de productos agrícolas. Granos, en su mayoría. Pero también forraje. Evidentemente. De ahí las empresas de suministros y el médico veterinario de animales grandes. Y los delantales de goma, supuso. A algunos les iba bien y compraban tractores nuevos y relucientes, y a otros no les iba bien, por lo que mandaban sus motores diésel a arreglar y sus botas viejas a que les pusieran suelas nuevas.

Un pueblo como cualquier otro.

Era el final del verano, y el día en ningún momento había perdido su color dorado, y el sol estaba cálido, pero no caliente, así que siguió paseando, contento de estar al aire libre, hasta que se dio cuenta de que había pasado otra vez por todas las calles en las que ya había estado, y había visto todo de nuevo.

No había ninguna lápida ni ningún museo.

No había ningún niño inquietante.

Pero había un hombre que lo miraba de manera extraña.

CINCO

Estaba a dos bloques de la vieja carretera, en una calle paralela que corría en dirección este-oeste, que tenía cinco manzanas construidas de un lado y cuatro del otro. Se empezaba a ver la forma semicircular. Había un banco y una cooperativa. Había una fila de talleres muy pequeños uno al lado del otro, todos negocios atendidos por una sola persona, con un afilador, un reparador de cajas de cambios para vehículos e incluso un barbero, con el poste de la tienda iluminado. Pero había un tipo en particular que vendía repuestos para varias marcas distintas de sistemas de riego. Tenía la tienda atestada de cosas y estaba encerrado detrás de la caja. No era un tipo de pequeño tamaño. Estaba mirando hacia fuera y cuando Reacher pasó tuvo como un destello en los ojos, y se estiró hacia arriba y hacia atrás en busca de algo que tenía detrás del hombro. Reacher no vio qué era. El impulso le había hecho seguir avanzando. La parte delantera de su cerebro no le dio mucha importancia. Pero la parte trasera sintió fastidio. *¿Por qué reaccionó así?*

Sencillo. Vio un rostro nuevo. Un forastero. No cuadraba.

¿Qué estaba alcanzando? ¿Un arma?

Probablemente no. Una persona aleatoria que pasaba andando por ahí no era una amenaza inmediata. Y nadie guardaba un bate de béisbol o una vieja 45 orgullosamente a la vista de todos en la pared. Debajo del mostrador funcionaba mejor. Y además ¿cómo de peligroso era el negocio de los sistemas de riego? Los bates y las armas eran para bares y almacenes, y quizás para farmacias.

Entonces ¿qué estaba alcanzando el tipo?

El teléfono, casi con seguridad. Un teléfono anticuado de pared. A la altura del hombro de la mayoría de la gente, para poder marcar con comodidad. El tipo lo alcanzó de espaldas porque estaba demasiado apretado como para darse la vuelta del todo.

¿Por qué motivo haría una llamada? ¿Ver a un forastero era un evento tan extraordinario como para comunicarlo instantáneamente?

Quizás de repente se acordó de algo. Quizás debía una llamada por alguna venta. Quizás tenía que haber enviado un paquete.

O quizás le habían ordenado que se reportara si veía algo.

¿Si veía qué cosa?

Forasteros.

¿Quién se lo había ordenado?

Quizás el niño inquietante también. Quizás era un intento de vigilancia

real. Hay una línea muy delgada entre una timidez ostentosa y una perfecta incompetencia.

Reacher se detuvo en la plaza y giró trescientos sesenta grados.

No había nadie.

En ese momento pensó que tomar una taza de café sería una buena idea, por lo que regresó al restaurante. Chang seguía allí, en la misma mesa. Últimas horas de la mañana. Había cambiado de asiento, por lo que tenía la espalda contra el ángulo. Donde había estado la suya. Reacher atravesó toda la sala y se sentó en la mesa que estaba junto a la de ella, lado a lado, para que su espalda también estuviera contra la pared. Costumbre, sobre todo.

—¿Bonita mañana? —preguntó él.

—Parece un domingo de mi primer año en la universidad —dijo ella—. Sin teléfono móvil y sin nada que hacer.

—¿Tu compañero no se reporta al menos con su oficina?

Ella empezó a decir algo, pero se detuvo. Miró toda la sala, y a la gente que estaba allí, como contando la cantidad de testigos potenciales de lo que podía llegar a ser una confesión vergonzosa. Después sonrió con una sonrisa compleja y expresiva, en parte atrevida, en parte triste, quizás incluso un poco conspirativa, y dijo:

—Puede que haya presentado nuestra situación como un poco más glamurosa de lo que es.

—¿En qué sentido? —dijo Reacher.

—Nuestra oficina de Ciudad de Oklahoma es una habitación del apartamento de Keever. Así como nuestra oficina de Seattle es una habitación de mi apartamento. Nuestro sitio web dice que tenemos oficinas en todas partes. Lo cual es cierto. En todas partes hay un exagente del FBI sin trabajo con una habitación de más y cuentas que pagar. No somos una organización de muchos niveles. Por decirlo de otra manera, no tenemos equipo de apoyo. Keever no tiene nadie a quien reportarse.

—Pero tiene trabajos importantes en curso.

Chang asintió:

—Somos lo que decimos y trabajamos bien. Pero somos un negocio. Mantener bajos los costos en infraestructura es clave. Y un buen sitio web. Nadie sabe exactamente qué eres.

—¿Qué clase de caso podría tomarse él como un pasatiempo?

—He estado pensando en eso, obviamente. No es nada corporativo. No existe un caso corporativo pequeño. Algunos son como una licencia para imprimir dinero. Los registras de inmediato en el ordenador, créeme. Es como entregarte a ti mismo una estrella dorada. Este tiene que ser un cliente privado, que paga en efectivo, o con cheques firmados a mano. Nada necesariamente sospechoso, pero

tal vez aburrido y posiblemente disparatado.

—Salvo que ahora Keever necesita refuerzos.

—Como he dicho, empezó siendo algo pequeño y después se hizo más grande.

—O la parte disparatada de repente dejó de ser disparatada.

—O se volvió incluso más disparatada.

La camarera se acercó y empezó a servirle la segunda taza ilimitada del día. Reacher pagó por adelantado, más o menos cuatro veces el valor de la cuenta. Le gustaba el café, y le agradaban las camareras.

—¿Cómo fue tu mañana? —dijo Chang.

—No encontré la tumba de la anciana ni ninguna clase de información acerca del bebé —dijo él.

—¿Crees que podrían seguir existiendo?

—Seguro. Sobra espacio. No van a asfaltar encima de la tumba de alguien. Y siempre hay hueco para una placa conmemorativa. Hay en todas partes. Algún metal fundido, pintado de marrón. No sé quién las hace. El Departamento del Interior, quizás. Pero no hay ninguna.

—¿Has hablado con los locales?

—Es lo próximo que tengo en la lista.

—Deberías comenzar por la camarera.

—Tiene la obligación profesional de darme la respuesta más espectacular. Para que corra la voz, y de repente su restaurante se convierta en una atracción turística.

—Por el momento no le ha funcionado.

—¿Crees que pregunta mucha gente?

—Probablemente cinco de cada diez personas —dijo Chang—. Aunque eso equivale a once años de visitantes. Por lo cual es una consulta con un alto porcentaje pero con una baja frecuencia. Depende de a qué te refieras con “mucha”.

Y en ese mismo momento la camarera empezó a acercarse hacia ellos con la jarra de café para servirle a Reacher la segunda taza de esa sesión, y Chang le preguntó:

—¿Por qué se llama Mother’s Rest el pueblo?

La camarera retrocedió, inclinándose más sobre una cadera que sobre la otra, como todas las mujeres cansadas, con la jarra en el aire a la altura de la cintura. Tenía el pelo del color del trigo que había fuera, y la cara roja, y podría haber tenido treinta y cinco años o cincuenta años, y podría haber sido una persona delgada robusteciéndose con el pasar de los años o una persona fornida consumiéndose por el trabajo. Era imposible saberlo. Parecía muy contenta de tomarse un minuto, porque Reacher ya era su mejor amigo para toda la vida, por la propina, y porque le acababan de hacer una pregunta que no era ni ofensiva ni aburrida. Dijo:

—Me gusta pensar que un hijo agradecido en una ciudad muy

lejana le construyó a su madre una pequeña casa de campo para que se viniera a vivir después de jubilarse, a cambio de todas las cosas buenas que había hecho por él, y después vinieron algunas tiendas a venderle lo que necesitaba, y algunas otras casas, y no mucho después ya era un pueblo.

—¿Esa es la versión oficial? —dijo Reacher.

—No lo sé, cariño —dijo la camarera—. Soy de Mississippi. No puedo ni figurarme cómo terminé aquí. Deberían preguntarle al que trabaja en el mostrador. Creo que él al menos nació en este estado.

Y después se alejó deprisa, como hacen las camareras.

—¿Esa fue la respuesta más espectacular? —preguntó Chang.

Reacher asintió y dijo:

—Pero del lado creativo, no del lado publicitario. Tiene que adaptarse a la situación. O trabajar como guionista de cine. Vi una película que era exactamente así. Por televisión en una habitación de motel. De día.

—¿Deberíamos preguntarle al hombre del mostrador?

Reacher echó un vistazo. El tipo parecía ocupado. Dijo:

—Primero voy a buscar gente de verdad. Vi a algunos candidatos cuando estaba paseando. Después voy a buscar un lugar para dormir la siesta. O quizás vaya a cortarme el pelo. Quizás te vea en la estación a las siete en punto. Tu compañero Keever bajará del tren, y yo me subiré.

—¿Aunque todavía no sepas la historia del nombre?

—No es tan importante. Realmente no vale la pena quedarse por eso. Me creeré mi propia versión. O la tuya. Según el humor en el que esté.

Chang no le respondió nada, por lo que Reacher terminó su taza, y salió de la mesa deslizándose hacia el lado, y cruzó otra vez la sala. Salió. El sol seguía cálido. *Lo próximo en la lista. Gente de verdad*. Empezando por el tipo de los repuestos para sistemas de riego.

SEIS

El tipo seguía atrapado detrás de la caja registradora. Tenía medio metro cuadrado para moverse, lo cual no era suficiente. Medía y pesaba más o menos lo mismo que Reacher, pero en hinchado y blando, y llevaba puesta una camisa tan grande como una carpa de circo, sobre un cinturón abrochado demasiado abajo, por debajo de una barriga del tamaño de un timbal. Tenía el rostro pálido, y el pelo incoloro.

En la pared había un teléfono, detrás de su hombro derecho. No era un artículo viejo con disco de marcar y cable espiralado, sino un teléfono inalámbrico moderno al uso, con la base atornillada al muro, y el auricular vertical en un soporte. Lo suficientemente fácil como para que el tipo pudiera estirar la mano a ciegas a sus espaldas, y después los números estuvieran allí, en la palma de su mano, para marcar rápido. O para un marcado rápido. La base del teléfono tenía una ventana de plástico con diez espacios. Cinco tenían etiquetas, y cinco no. Las etiquetas parecían ser de las marcas para las que el tipo vendía repuestos. Líneas de atención de ayuda técnica, posiblemente, o ventas y números de mantenimiento.

—¿Qué le puedo ofrecer? —dijo el tipo.

—¿Nos conocemos? —dijo Reacher.

—Estoy seguro de que no. Me acordaría.

—Y sin embargo cuando pasé andando la primera vez dio un salto tan alto que casi se choca la cabeza contra el techo. ¿Por qué?

—Lo reconocí, de sus viejas fotos.

—¿Qué viejas fotos?

—De la Universidad Penn State, en el 86.

—Yo no era tan listo como para ir a Penn State.

—Usted estaba en el programa de jugadores de fútbol americano. Era el defensa del que hablaba todo el mundo. Apareció en todos los periódicos deportivos. En esa época seguía todo eso de cerca. Todavía lo hago, de hecho. Está más viejo ahora, claro. Si no es molestia que se lo diga.

—¿Llamó por teléfono a alguien?

—¿Cuándo?

—Cuando me vio pasar.

—¿Por qué motivo llamaría a alguien por teléfono?

—Vi que su mano se movió hacia el teléfono.

—Quizás estaba sonando. Suena todo el rato. Gente que quiere

esto, gente que quiere esto otro.

Reacher asintió. ¿Habría escuchado el teléfono si hubiese estado sonando? Posiblemente no. La puerta había estado cerrada, y el teléfono era electrónico, con volumen regulable, y quizás estaba programado para sonar muy bajo, en un lugar tan pequeño. En especial si sonaba todo el tiempo. Al lado de la oreja del tipo. Una llamada fuerte podía ser muy molesta.

—¿Cuál es su teoría con respecto al nombre de este pueblo? —dijo Reacher.

—¿Mi qué? —dijo el tipo.

—¿Por qué este lugar se llama Mother's Rest?

—Honestamente, no tengo ni idea, señor. En este país hay nombres extraños por todas partes. No solo el nuestro.

—No le estoy acusando de nada. Me intereso por la historia.

—Nunca escuché ninguna.

Reacher asintió de nuevo.

—Que tenga un muy buen día —dijo.

—Usted también, señor. Y lo felicito por la rehabilitación. Si no es molestia que se lo diga.

Reacher salió de la tienda y se quedó un momento al sol.

Reacher visitó a otros doce comerciantes, trece en total, lo que hizo que contara con catorce opiniones, incluyendo la de la camarera. No había consenso. Ocho de las opiniones no eran opiniones, sino meros gestos con los hombros y miradas vacías, junto a cierta actitud defensiva compartida por todos. *En este país hay nombres extraños por todas partes.* ¿Qué motivo había para poner el foco en Mother's Rest, Descanso de Madre, en una nación con pueblos llamados Por Qué, Por Qué No, Accidente, Peculiar, Papá Noel, Sin Nombre, Aburrido, Verdad Consecuencia, Ceja de Mono, Okey, Común, Pueblo Pastel, Chupada de Sapo y Labios Dulces?

Las otras seis opiniones eran variaciones de la fantasía de la camarera. Y de la suya propia, supuso Reacher. Y de la de Chang. La gente retrocedía en la historia partiendo del nombre, e inventando escenarios pintorescos en los que encajara. No había ninguna prueba concreta. Nadie sabía nada de una tumba o de un museo, o de una placa conmemorativa, ni siquiera había noticias de ninguna vieja historia popular.

Reacher regresó paseando por la calle ancha y pensando: ¿siesta o corte de pelo?

El tipo de los repuestos fue el primero que llamó. Dijo que estaba seguro de que lo había manejado bien, con el viejo truco del fútbol americano. Era una técnica que le habían enseñado muchos años

atrás. Elige el equipo de una buena universidad en un buen año, y la mayoría se sienten demasiado halagados como para desconfiar. En el transcurso de una hora otros tres comerciantes habían informado de lo mismo. Salvo por lo del fútbol americano. Pero en el fondo el panorama quedaba claro. El conserje tuerto del motel recibió todas las llamadas, y retuvo toda la información, y después marcó un número, y cuando atendieron dijo:

—Lo están abordando a partir del nombre. El grandote anda haciendo preguntas por todo el pueblo.

Recibió a cambio un largo crujido plástico, pausado, melifluo y tranquilizador.

—De acuerdo, sí —dijo él, pero no sonó seguro, y después colgó.

La barbería era un establecimiento con dos sillas. Había un solo hombre trabajando. Era viejo, pero a simple vista no parecía tembloroso, así que Reacher se hizo afeitar con toalla caliente, y después cortarse el pelo con máquina, corto atrás y a los lados, y gradualmente más largo hacia la parte alta de la cabeza. Seguía teniendo el pelo del mismo color que siempre. Se había vuelto un poco más fino, pero allí seguía. Los esfuerzos del viejo produjeron un buen resultado. Reacher se miró en el espejo y se vio a sí mismo devolviéndose la mirada, todo limpio y fresco y pulcro. Le costó nueve dólares, lo cual le pareció un precio razonable.

Después cruzó de nuevo la extensa plaza, y fuera del motel vio la silla de jardín que había visto antes, sola en medio del carril de circulación para coches. Plástico blanco. La cogió y la colocó de nuevo del lado correcto del bordillo, sobre un sector de césped junto a una cerca. Apartada del camino. Sin estorbar a nadie. La giró con el pie, hasta que quedó alineada con los rayos del sol. Después se sentó y se reclinó hacia atrás y cerró los ojos. Absorbió el calor. Y en un momento se quedó dormido, al aire libre en verano, lo que era la segunda mejor manera de quedarse dormido que conocía.

SIETE

Esa tarde Reacher fue andando hasta el ferrocarril una hora más temprano, a las seis, en parte porque había bajado el sol y ya no había lugares en los que quedarse echado, y en parte porque le gustaba llegar temprano. Le gustaba tener tiempo suficiente para analizar las cosas. Incluso en algo tan simple como subirse a un tren.

Los elevadores de granos estaban quietos y mudos, probablemente vacíos y a la espera de la cosecha. El depósito gigante estaba completamente cerrado. Los rieles no emitían ningún sonido. Las luces de vapor de mercurio ya estaban encendidas, antes del atardecer, que estaba de camino. El cielo al oeste seguía dorado, pero el resto estaba oscuro. No faltaba mucho, pensó Reacher, para que se hiciera de noche.

El edificio diminuto de la estación estaba abierto pero no había nadie. Reacher entró. El interior era todo de madera con un estilo muy ornamentado, y lo habían pintado muchas veces, en un matiz institucional del color crema. Olía como siempre huelen las construcciones de madera al atardecer después de un largo día de calor sofocante, polvoriento y recalentado.

La ventana de la taquilla era abovedada, pero en conjunto era pequeña, y por lo tanto íntima. Tenía un agujero redondo en el vidrio, para hablar. Pero del otro lado del vidrio la persiana estaba baja. La persiana era marrón y plegable. Era de alguna clase de plástico viejo. Tenía escrita la palabra *Cerrado*, con una pintura que parecía un enchapado en oro.

Había baños al final de un pasillo corto. Había una mesa, con un periódico de hacía seis días. Había unas luces que colgaban del techo, lamparitas blancuzcas dentro de unas bolas de vidrio, pero no había interruptor. Cerca de la puerta, donde debería haber estado, había un rectángulo blanco con un mensaje pegado que decía: *Pregunte en ventanilla para el encendido de luces*.

Los bancos eran espléndidos. Podían llegar a tener cien años. Eran de caoba maciza, rectos y duros, solo esculpidos a regañadientes para que tuvieran la forma humana, y lustrados por el uso. Reacher eligió un sitio y se sentó. La curva se sintió más cómoda de lo que parecía. Tenía una forma austera y puritana, pero era muy cómoda. El ebanista había hecho un buen trabajo, sutil. O quizás la madera misma se había rendido, y en vez de resistirse había cedido y se había dejado moldear y había aprendido a entregarse. Por todas las formas y tamaños, con

sus distintas masas y temperaturas. Literalmente, trabajada al vapor y planchada, como en un proceso industrial, en cámara superlenta. ¿Era posible eso, con una madera tan dura como la caoba? Reacher no lo sabía.

Se quedó sentado quieto.

Fuera se ponía cada vez más oscuro, y por lo tanto también dentro. *Pregunte en ventanilla para el encendido de luces.* Reacher se quedó sentado en la penumbra, mirando por la ventana. Supuso que Chang debía estar ahí afuera en algún lado. Entre las sombras. Así lo había hecho antes. Supuso que podría ir a buscarla. ¿Pero para qué? No tenía pensado ningún tipo de discurso. Cinco minutos más de charla superficial no supondrían ninguna diferencia. Él viajaba. Seguía su camino. La gente iba y venía. Estaba acostumbrado. No era tan importante. Con un saludo amistoso con la mano mientras se encaminaba hacia el tren alcanzaría. Momento para el cual de todos modos puede que ella estuviera preocupada, hablando con Keever, escuchando la historia, enterándose de dónde demonios había estado.

Si Keever estaba en el tren.

Esperó.

Un largo minuto antes de que llegara el tren Reacher empezó a escuchar cómo repiqueteaban y susurraban las piedrecitas entre las vías. Después empezaron a sonar los rieles, con un murmullo bajo y acerado, que aumentaba poco a poco hacia un quejido más fuerte. Sintió presión en el aire, y vio el haz del foco delantero. A eso le siguió el ruido siseante, que retumbaba y zumbaba. Después llegó el tren, caliente y brutal pero infinitamente lento, los frenos chirriantes, y se detuvo con la locomotora ya fuera del campo visual, y los vagones de pasajeros alineados con el andén.

Se abrieron las puertas.

A su izquierda Reacher vio que Chang salía de las sombras. Como un reflejo, debido al tren. Apareció y desapareció, como el *flash* de una cámara.

Un hombre se bajó del tren.

A su derecha Reacher vio al tipo de los repuestos de la tienda de riego. Salió de la sombra y dio un paso hacia delante y esperó.

El hombre del tren avanzó hacia un sector iluminado.

No era corpulento. No era el compañero de Chang. No era Keever. Era una persona un poco por encima de la altura media, pero bastante por debajo del peso medio. Podía tener unos cincuenta años, y lo que podía llegar a haberse definido como delgado en su juventud estaba empezando a parecer demacrado. Tenía el pelo oscuro, pero probablemente teñido, y vestía traje y camisa, sin corbata. Tenía una cartera de cuero marrón en la mano, más grande que la de un médico,

más pequeña que una mochila deportiva.

Nadie más bajó del tren.

Las puertas seguían abiertas.

A su derecha Reacher vio que el tipo de los repuestos daba otro paso hacia delante. El hombre del tren lo localizó. El tipo de los repuestos dijo un nombre y le tendió la mano. Amable, respetuoso, hospitalario y humilde.

El hombre del tren le estrechó la mano.

Las puertas seguían abiertas.

Pero Reacher se quedó donde estaba, en la oscuridad.

El tipo de los repuestos cargó la cartera y guio al hombre de traje hacia la salida. Las puertas del tren se cerraron, y los vagones rechinaron y se sacudieron, y el tren se empezó a alejar de nuevo, despacio, despacio, un vagón detrás del otro.

El tipo de los repuestos guio al hombre de traje fuera del campo visual.

Reacher salió al andén y vio cómo la luz roja trasera se alejaba bailoteando.

Desde las sombras Chang dijo:

—Están yendo al motel.

—¿Quiénes? —dijo Reacher.

—El hombre del tren y su nuevo amigo.

Ella avanzó hacia un espacio con luz.

—No te fuiste —dijo ella.

—No, no me fui —dijo él.

—Pensé que te ibas a ir.

—Yo también.

—Creo que soy una persona agradable, pero sé que no soy el motivo por el cual te has quedado.

Reacher no dijo nada.

Chang dijo:

—Eso ha sonado mal. Lo siento. No me refiero a esos motivos. Lo cual de todos modos es presuntuoso. Es decir, no habría motivo para que yo fuera esa clase de motivo. Y ahora lo estoy empeorando. Es decir, no te has quedado solo para ayudarme, ¿no?

—¿Viste cómo esos tipos se estrecharon la mano?

—Por supuesto.

—Por eso me he quedado.

OCHO

Reacher llevó a Chang a la silenciosa sala de espera de la estación y se sentaron en un banco, uno al lado del otro en la oscuridad. Reacher dijo:

—¿Cómo describirías ese apretón de manos?

—¿En qué sentido? —dijo Chang.

—La narración. La historia. El lenguaje corporal.

—Ha sido como si hubiesen enviado a un ejecutivo junior a buscar a un cliente importante.

—¿Ya se habían visto?

—No creo.

—Coincido. Y lo ha hecho bien, el lugareño. ¿No? Un desempeño sutil. Respetuoso, pero no sumiso. Diferente a como les da la mano a sus amigos, estoy seguro. O a su suegro. O al gerente de préstamos del banco. O a un viejo amigo del instituto al que no ve desde hace veinte años.

—¿Entonces?

—El lugareño es una persona que tiene a su disposición una gran variedad de formas de dar la mano, y podemos asumir que se siente cómodo usándolas todas. Es parte de su actuación.

—¿Y eso en qué nos ayuda?

—Lo vi esta mañana. Tiene una tienda de repuestos para sistemas de riego. Pasé por delante de su local, y enseguida se sobresaltó y buscó el teléfono.

—¿Por qué haría eso?

—Dímelo tú.

—¿En qué lugar de la escala de paranoia quieres que me ubique?

—En algún lugar entre el sentido común y un poco de paranoia.

—No le daría importancia —dijo ella—, si no fuera por Keever.

—¿Pero…?

—Te pareces a Keever. A grandes rasgos. Quizás Keever estuvo entrometiéndose en algunas cuestiones, y le dijeron a la gente que estuviera atenta por si lo veían, o si veían a alguien parecido a él.

—Yo también pensé eso —dijo Reacher—. No me parecía muy probable, pero las cosas improbables ocurren. Así que más tarde volví, para corroborar. Le pregunté al tipo: ¿por qué ha reaccionado así? Me dijo que me había reconocido de la liga universitaria de fútbol americano de 1986. En Penn State. Aparentemente había fotos mías en las revistas. Dijo que no había hecho una llamada telefónica. Dijo que

quizás su mano se estaba moviendo porque estaba sonando el teléfono. Dijo que sonaba todo el tiempo.

—¿Estaba sonando el teléfono?

—No lo escuché.

—¿Jugaste fútbol americano para Penn State?

—No, fui a West Point y jugué al fútbol americano solo una vez. No demasiado bien, me temo. Estoy seguro de que nunca salí en ninguna revista.

—Puede haber sido un error inocente. 1986 fue hace mucho tiempo. Tu aspecto podría haber cambiado considerablemente. Y pareces alguien que podría haber jugado al fútbol americano para Penn State.

—Esa fue la conclusión a la que llegué yo. En ese momento.

—¿Y ahora?

—Ahora pienso que se estaba cubriendo. Se estaba escudando en una mentira. Quizás es un truco que aprendió. No pierdas el tiempo con negaciones complicadas, mejor lánzate con alguna excusa plausible. A algunas personas les puede parecer halagador. Quizás querían ser estrellas de fútbol americano. ¿Quién no querría? Quizás eso hace que se les inviertan los pensamientos y el problema desaparezca. Además lo midió como para hacerme más joven de lo que soy. Lo cual también es halagador, supongo. En 1986 yo ya estaba en el Ejército. Me gradué en el 83. El tipo hizo toda una actuación.

—Eso no es prueba de nada.

—Lo primero, le pregunté: ¿nos conocemos? Y dijo que no.

—Lo cual era cierto, ¿no?

—Pero si le hubiese preguntado si nos conocíamos a alguien así, a un fanático que se acuerda de jugadores de la universidad de hace treinta años, habría dicho: no, pero me gustaría darle la mano, señor. O cuando me estaba yendo. Habría habido un apretón de manos en algún momento. Para algunas personas es importante. Lo he visto. Mejor que un autógrafo o una foto. Porque es personal. Es un contacto físico. Apuesto que este tipo debe de tener una larga lista de gente a la que, cuando la ve en los periódicos o en la televisión, piensa para sí mismo: a ese una vez le di la mano.

—Pero no te dio la mano.

—Lo cual fue un desliz encima de otro desliz. Él sabía que yo no era un jugador famoso de fútbol americano. Por lo que ahora vuelvo a tu versión. Le dijeron a la gente que les prestaran atención a los forasteros entrometidos. Incluso quizás al niño inquietante de esta mañana. Además de que Keever no apareció en el tren. ¿Dónde diablos está? Así que me quedé. Una noche más, al menos. Para divertirme.

—¿Quién era el hombre de traje que se bajó del tren?

—No lo sé. Alguien no local, supongo, que vino para hacer alguna clase de negocio. No se va a quedar mucho tiempo, porque su bolso era pequeño. Es rico, probablemente. Las personas así de delgadas por lo general son ricas. Vivimos en tiempos extraños. La gente pobre es gorda y la gente rica es delgada. Eso nunca había pasado.

—¿Negocios buenos o negocios malos? ¿Es una coincidencia que lo haya venido a buscar el tipo de Penn State, o también está relacionado con lo que sea que Keever esté buscando?

—Podría ser cualquiera de las dos cosas.

—Quizás no es más que un fabricante de la industria del riego. El presidente de alguna empresa grande.

—En cuyo caso creo que el viaje habría sido en el otro sentido. El lugareño habría ido a una feria comercial en algún sitio. Quizás se habría entrevistado con el jefe en un evento con cócteles. Treinta segundos, quizás menos. Tiempo durante el cual le habría estrechado la mano. Eso seguro.

—Estoy empezando a estar preocupada por Keever.

—Deberías, supongo. Pero solo un poco. Porque ¿cuán malo puede ser? Con el debido respeto, estamos hablando de un detective privado al que un individuo aislado le da efectivo o unos miserables cheques. Que puede o no estar loco. Esas fueron tus palabras. Y una persona así siempre iría primero a hablar con la policía. Después de haberlo intentado todo, de la Casa Blanca para abajo. Pero aparentemente no le interesó ni a la Casa Blanca ni a la policía. Por lo que ¿cuán malo puede ser?

—¿Crees que la policía hace siempre las cosas bien?

—Creo que tienen unos mínimos, en los que al menos echan un vistazo. Si el tipo hubiera dicho que el depósito estaba lleno de bombas de nitrato de amonio, creo que habrían venido de inmediato. Si hubiera dicho que los elevadores de granos le estaban transmitiendo mensajes del más allá directo a sus endodoncias, quizás no tanto.

—Pero el punto es que parece haber sido una cosa y ahora es otra. De ahí la petición de refuerzos. Quizás ahora está por encima de los mínimos.

—En cuyo caso Keever puede llamar al 911 como cualquier otra persona. O podría llamar directamente al FBI. Estoy seguro de que todavía se sabe el número.

—¿Entonces qué hacemos?

—Ahora volvamos al motel. Necesito una habitación para pasar la noche, al margen de todo lo demás.

El tuerto estaba de turno en la oficina del motel. Chang recibió la llave de la habitación 214, como antes, y esperó. Reacher pasó por la misma molesta negociación. Sesenta dólares, cuarenta, treinta,

veinticinco, pero no por la habitación 106. Reacher no podía permitir que el tipo ganara todos los rounds. Le dio la 113, en la mitad del ala opuesta, planta baja, lejos de las escaleras de metal, y a una habitación de distancia de quedar exactamente debajo de la de Chang.

—¿En qué habitación está el señor Keever? —preguntó Reacher.

—¿Quién? —dijo el recepcionista.

—Keever. El hombre grandote de Ciudad de Oklahoma. Llegó al motel hace dos o tres días. Vino en tren. Sin coche. Probablemente pagó una semana por adelantado.

—No tengo permitido decírselo. Es una cuestión de privacidad. Para nuestros huéspedes. Estoy seguro de que lo comprenderá. Y estoy seguro de que lo apreciaría, si la situación fuera al revés.

—Claro —dijo Reacher—. Tiene sentido.

Agarró su llave y salió con Chang. Dijo:

—No me malinterpretes, pero quiero subir a tu habitación.

NUEVE

Subieron por la escalera de metal del extremo derecho de la herradura, y la habitación de Chang estaba justo ahí, la 214, a una puerta de la última de la fila, que era la 215. Chang abrió con su llave y entraron. La habitación era igual a las demás, pero Reacher vio claramente que la estaba ocupando una mujer. Estaba ordenada, y olía bien. Había una maleta pequeña con rueditas, que tenía cosas dentro pulcramente dobladas.

—¿Qué clase de notas llevaba Keever? —dijo Reacher.

—Buena pregunta —dijo Chang—. Por lo general tenemos ordenadores portátiles y teléfonos inteligentes. Así que metemos todas las notas con el teclado. Lo cual puede ser trabajoso, pero lo tienes que hacer de todos modos, porque al final todo tiene que estar en los archivos. Pero el objetivo de coger un caso y que pase desapercibido es que no figure en los registros, así que ¿para qué teclear? Probablemente tenga notas escritas a mano en algún sitio.

—¿Dónde?

—En los bolsillos, probablemente.

—O en su habitación. Dependiendo de la cantidad de notas. Deberíamos revisar.

—No sabemos cuál es su habitación. Y no tenemos la llave. Y no la podemos conseguir, porque aparentemente este Four Seasons tiene una política de privacidad.

—Yo creo que es la 212, la 213 o la 215.

—¿Por qué?

—Supongo que Keever reservó tu habitación, ¿no es así? Probablemente pasó por la recepción y le dijo al recepcionista que iba a venir una colega. Y este recepcionista parece que piensa que si tienes algún tipo de conexión con otra persona, entonces necesitas que las habitaciones estén cerca. Estás en la 214 porque Keever estaba en la 213 o en la 215, o quizás en la 212.

—¿Por qué le preguntaste, si ya lo sabías?

—Porque podría haber reducido un poco las opciones. Pero sobre todo porque quería mencionar el nombre de Keever en público. Así de sencillo. Si la gente está observando, quizás también estén escuchando, en cuyo caso quiero que me oigan decirlo.

—¿Por qué?

—Porque me parece justo que estén advertidos —dijo Reacher.

Reacher y Chang caminaron dos puertas más allá, hasta la habitación 212. La cual fue fácil de descartar. Tenía las cortinas cerradas y se escuchaba la televisión encendida a bajo volumen. No era la habitación de Keever. Tanto la 213 como la 215 estaban vacías. Las dos tenían las cortinas abiertas y estaban totalmente oscuras. Las habían repasado esa mañana, imaginó Reacher, y después de eso no las había tocado nadie. Siguiendo la ley de probabilidades, una estaba disponible y la otra era la de Keever, que estaba pagada pero actualmente no estaba en uso, debido a alguna clase de circunstancia extraordinaria. La que estuviera disponible parecería completamente insípida, y la habitación de Keever exhibiría algún tipo de señal, por más pequeña que fuera, como un pijama asomándose por debajo de la almohada, o un libro en la mesita de luz, o la punta de una maleta, un poco apartada detrás de una silla.

Pero estaba demasiado oscuro como para poder ver.

—¿Quieres arriesgar o esperar a que sea de día? —dijo Reacher.

—¿Y hacer qué? —dijo Chang—. ¿Tirar la puerta abajo a patadas? Este lugar se ve desde la oficina.

Reacher miró hacia abajo y vio al tuerto arrastrando la silla de jardín por el asfalto. Era la silla en la que había dormido Reacher, junto a la cerca. El tuerto la colocó en la acera frente a la ventana de la oficina, y se sentó, como un sheriff de los de antes en la galería de su porche, vigilando atento. En este caso, no exactamente la habitación 214. Más abajo, y un poco a la derecha. Lo cual significaba que tampoco exactamente la 113.

Las dos habitaciones al mismo tiempo.

Interesante.

Entonces Reacher se acordó de esa misma silla, esa mañana, abandonada en el carril de circulación, y miró hacia la habitación 106, y calculó los ángulos.

Interesante.

Apoyó los codos en la barandilla. Dijo:

—Supongo que tirar o no la puerta abajo depende de cuán urgente sientas que es todo esto.

—Nadie acierta en esas suposiciones —dijo Chang al lado suyo—. No siempre.

—Pero sí a veces, ¿no?

—Supongo.

—¿Y en cuál de las dos situaciones estamos ahora?

—¿Tú qué opinas?

—No estoy en tu cadena de mando. Mi opinión no debería de tener ningún peso.

—¿Pero cuál es? —dijo ella.

—Cada caso es distinto.

—Mentira. Los casos son siempre iguales. Sabes que es así.

—Los casos como este son iguales como la mitad de las veces —dijo Reacher—. Se dividen en dos grandes grupos. A veces recuperas a tu compañero unas semanas más tarde, sin daño no hay falta, y a veces ya perdiste a tu compañero incluso antes de saber que tenías un problema. No hay mucho término medio. El gráfico es como una carita sonriente. Aunque parezca irónico.

—Entonces las estadísticas dicen que esperemos. O ya nos ganaron o nos sobra tiempo.

Reacher asintió:

—Eso es lo que dicen las estadísticas.

—¿Y operativamente?

—Si procedemos, nos estamos comprometiendo de forma incondicional con una situación desconocida contra fuerzas que no tenemos manera de evaluar. Podrían ser cinco tipos con apretones de mano convincentes. O quinientos, con armas automáticas y balas de punta hueca. Defendiendo algo de lo que todavía ni siquiera escuchamos hablar.

—Hipotéticamente, ¿qué podría ser?

—Como dije, bombas de nitrato de amonio guardadas en el depósito, no. Alguna otra cosa, algo que empezó pareciendo un poco raro y después de repente ya no era tan raro. Quizás realmente están transmitiendo mensajes a nuestras endodoncias.

Chang hizo un gesto con la cabeza en dirección al tuerto, a lo lejos en su silla blanca de plástico. Dijo:

—Elegiste el canal indicado para transmitir el nombre de Keever. Este tipo está totalmente metido.

Reacher asintió:

—Los guardas de motel son siempre muy útiles, en cualquier emprendimiento. Pero este tipo no está en lo alto de la organización. Está sufriendo. Esto le molesta. Cree que podría estar haciendo algo más importante que estar de guardia toda la noche. Pero aparentemente eso no es lo que piensan sus jefes.

—Y esas son las personas que tenemos que encontrar —dijo Chang.

—¿Tenemos?

—Es una manera de hablar. Un resabio de los viejos tiempos. En esa época, todo era trabajo en equipo.

Reacher no dijo nada.

Chang dijo:

—Te has quedado. No he visto a nadie apuntándote con una pistola en la cabeza.

—Mis motivos para quedarme no tienen nada que ver con lo urgente que creas tú que es toda esta cuestión de Keever. Ese es un asunto aparte, y la decisión es tuya.

—Esperaré a que sea de día.

—¿Estás segura?

—Eso dicen las estadísticas.

—¿Vas a dormir bien, con ese tipo vigilando ahí?

—¿Qué otra opción tengo?

—Podríamos pedirle que no vigile.

—¿Cómo de distinto a comprometerse de forma incondicional sería eso?

—Eso depende de lo que nos responda.

—Voy a dormir bien. Pero voy a cerrar la puerta con dos vueltas de llave y echar el candado. No tenemos idea de qué es lo que está pasando aquí.

—No —dijo Reacher—. No tenemos idea.

—Me gusta tu corte de pelo, por cierto.

—Gracias.

—¿Cuáles fueron tus motivos?

—¿Para cortarme el pelo?

—Para quedarte.

—Principalmente curiosidad —dijo él.

—¿Curiosidad por qué?

—Eso de Penn State en 1986. Estuvo muy bien. Fue una actuación excelente. Estoy seguro de que ya lo hizo antes, y estoy seguro de que practicó, y ensayó, y que se hizo críticas, y que revivió mentalmente sus éxitos, y por lo tanto estoy igual de seguro de que es totalmente inconcebible que no sepa que tiene que haber un apretón de manos. Apuesto a que muchas veces ha estrechado manos. Pero no conmigo. ¿Por qué?

—Cometió un error.

—No, no pudo obligarse a hacerlo. Esa fue mi impresión. Hasta el punto de ir en detrimento de su arte. Está metido en algo, y ahora mismo de alguna manera lo tienen amenazado, y siente que las personas que ejercen la amenaza son literalmente demasiado despreciables como para tocarlos. Esa es la impresión que tuve. Así que me dio curiosidad saber qué clase de cosa podría hacer que alguien se sintiera así.

—Ahora puede ser que no logre dormir bien.

—Primero van a venir a buscarme a mí —dijo Reacher—. Estoy abajo. Me aseguraré de hacer mucho ruido. Tendrás ventaja.

DIEZ

Reacher se sentó en una silla en su habitación, en la oscuridad, invisible desde fuera, a dos metros de la ventana, a mirar. Quince minutos, después veinte, después veinticinco. El tiempo que hiciera falta. El tuerto sentado en la silla de plástico era una mancha pálida en medio de la penumbra, a unos treinta metros de distancia. Se había puesto cómodo. Estaba un poco inclinado hacia atrás. Quizás estaba dormido, pero solo un poco. Algún ruido o algún movimiento probablemente lo pondrían alerta. No era el mejor centinela que Reacher hubiera visto en su vida, pero tampoco el peor.

Por encima del tipo y a la derecha, arriba en el primer piso, un contorno de luz se formaba alrededor de las cortinas de la habitación del medio. Habitación 203. Probablemente el hombre del tren. El recién llegado, sin duda sacando las cosas de su cartera de cuero, y poniendo todos sus patitos en fila. Cremas y lociones en el baño, algunas cosas en el armario, otras en los cajones. Aunque, para Reacher, el tamaño de la cartera era una cuestión seria. Le había parecido un producto de buena calidad, bastante usado, pero no estropeado ni destruido. Cuero granulado grueso, de color marrón, con accesorios de metal. Tenía una forma clásica, probablemente formada con herrajes y alguna clase de armazón interno. Pero no era grande. Y el hombre iba a estar en el pueblo durante al menos veinticuatro horas. Quizás más. Con una cartera demasiado pequeña como para cargar un traje extra, u otro par de zapatos.

Lo cual era atípico, según la experiencia de Reacher. La mayoría de los civiles llevaba un repuesto de cada cosa, por si se les volcaba algo encima, o por si el clima cambiaba, o por si surgían invitaciones imprevistas.

Diez minutos más tarde el contorno de luz se apagó, y la habitación 203 se quedó a oscuras. El tuerto se quedó donde estaba, reclinado hacia atrás, quizás vigilando, quizás no. Reacher observó desde las sombras, quince minutos más, el tiempo que hiciera falta, hasta que estuvo seguro de que no pasaba nada. Después se desvistió y dobló la ropa igual que la doblaba siempre, los mismos pantalones debajo de un colchón distinto, y se dio una ducha breve, y se metió en la cama. Dejó las cortinas abiertas, y programó su alarma mental para que lo despertara a las seis de la mañana, o si había ruidos o algún disturbio durante la noche, lo que sucediera primero.

El amanecer fue silencioso, y fue dorado de nuevo, pero infinitamente pálido. Los elevadores de granos arrojaban unas sombras débiles, pero tan largas como para tocar el motel. Reacher se sentó en la cama y observó. La silla de plástico seguía allí, en la acera junto a la ventana de la oficina, a treinta metros de distancia, pero el tuerto se había ido. A las cuatro de la mañana, supuso Reacher. La hora más vulnerable. A un sillón en la parte de atrás, sin duda.

Las cortinas de la habitación 203 seguían cerradas. El hombre del tren. Todavía dormido, probablemente. Reacher se puso de pie y volvió del baño con una toalla alrededor de la cintura. Abrió la ventana. Para que entrara aire. Y para escuchar mejor. Escuchó que pasaban algunos vehículos en la calle ancha. Motores V-8 con gasolina normal y neumáticos gruesos que golpeteaban contra los rieles incrustados en el asfalto. Camionetas *pickup*, probablemente. Yendo a desayunar al restaurante de carretera. La gente se levantaba con el sol.

Se sentó y observó, sin café. Se imaginó una fantasía agradable, llamar al restaurante y pedirle a la camarera, su nueva mejor amiga, que le llevara una jarra, y que la camarera apareciera con la jarra de café unos minutos más tarde. Salvo que no tenía el número del restaurante ni teléfono en la habitación. Y no estaba vestido. A treinta metros de distancia, al otro lado de la herradura, la ventana de la oficina estaba iluminada. Pero no había movimiento. Solo un viejo motel deslucido, con un tercio de las habitaciones ocupadas, no mucho después del amanecer.

Se quedó sentado observando, con paciencia, a la espera de ser eventualmente recompensado, y eventualmente lo fue, después de casi una hora. Primero el tuerto salió por la puerta de su oficina y se detuvo y respiró el aire fresco, como hace la gente por las mañanas. Después miró a su alrededor, el perímetro interno de su pequeño dominio, y sus plazas de aparcamiento, y la acera que recorría las habitaciones de la planta baja, y la galería que recorría las habitaciones del primer piso, una inspección visual sin ningún tipo de prisa, movida más que nada por el deber, pensó Reacher, pero con una pequeña porción de orgullo ahí en algún lado. Después el tipo recordó el territorio sin examinar que estaba justo a sus espaldas y se dio la vuelta para corroborar y vio la silla de jardín fuera de su posición. La arrastró de nuevo hasta la habitación 102 y la dejó perfecta y uniformemente alineada con todas las demás de la planta baja, que estaban directamente debajo de sus equivalentes del primer piso.

Lo cual fue más por deber que por orgullo. Porque el día anterior no se había molestado en colocarla. Había dejado la silla donde se le había antojado. Allí donde colgaba el sombrero era su hogar. Pero este nuevo día era distinto. De alguna manera. El tipo estaba actuando como un oficial a cargo, nervioso antes de la visita de un general de

una estrella.

Reacher esperó. Las sombras fueron retrocediendo, metro a metro, a medida que iba subiendo el sol. Oyó el tren de las siete de la mañana. Llegó, vibró y se fue.

Reacher esperó.

En la habitación 203 se abrieron las cortinas. El sol llegaba a la ventana de lado, y como todo lo demás el cristal también estaba cubierto de plaguicida, pero así y todo Reacher vio claramente al hombre, vestido de traje, de pie con los brazos bien abiertos, las manos todavía sujetando las cortinas, mirando la mañana, como maravillado, como si fuera una gran sorpresa que el sol hubiese salido de nuevo. Como si en el mejor de los casos las posibilidades hubiesen sido de un cincuenta por ciento. El hombre se quedó así durante un minuto entero y después se alejó y se perdió de vista.

Entró un sedán blanco al aparcamiento. Un Cadillac, pensó Reacher. Pero no nuevo. Era de una generación anterior. Era largo y de poca altura, pesado, como para agarrarse bien a la carretera y con muy buena suspensión. Como una limusina. Pero de un color poco común, fuera de Florida o Arizona. Un espectáculo poco común, en todo caso, en territorio rural. Era el primer sedán que Reacher veía en quinientos kilómetros. Estaba bastante limpio. Lo habían limpiado recientemente, de hecho, o lo habían lavado. Reacher no pudo ver al conductor. El cristal era demasiado oscuro.

El coche giró de golpe hacia la derecha y retrocedió hacia la izquierda y entró marcha atrás al espacio debajo de la habitación 203. No tenía matrícula delantera. El conductor no se bajó. Por encima del coche, se abrió la puerta de la habitación 203 y salió el hombre de traje. Llevaba la cartera marrón de cuero en la mano. Se detuvo durante un momento, e hizo eso de respirar el aire de fuera. Como maravillado. Después salió del trance y se dirigió hacia la escalera, ciertamente demacrado pero con pies ligeros. Era una persona que se movía de manera suelta y fluida, no trabada como un atleta, sino con la gracia de un bailarín o de un actor de teatro. Bajó la escalera y el conductor salió del Cadillac a recibirlo.

El conductor era un hombre al que Reacher no había visto antes. Tenía alrededor de cuarenta años, era alto y de buena contextura física, no gordo pero ciertamente excedido de peso, con mucho pelo en la cabeza y un rostro simple. Otro ejecutivo junior, posiblemente. El hombre de traje le estrechó la mano y se metió en la parte trasera del coche. El conductor llevó la cartera marrón de cuero al maletero y la guardó dentro, como una pequeña ceremonia. Después volvió al volante, y el coche arrancó y se fue.

Tampoco tenía matrícula trasera.

Reacher se dio una ducha.

Chang ya estaba en el restaurante, en la mesita para dos personas del rincón que ya habían usado antes. Estaba de espaldas a la pared. Había reservado la mesa de al lado, colgando su abrigo en la silla. Reacher se lo devolvió y se sentó, una al lado del otro, con su espalda también contra la pared. Lo cual era tácticamente oportuno, pero una vergüenza en todos los demás sentidos. Chang lucía bien en camiseta. Todavía tenía el pelo húmedo, lo cual hacía que pareciera tinta negra. Sus brazos eran largos y ligeramente musculosos, y su piel era suave.

—El hombre de traje ya se fue —dijo Chang—. Se llevó la cartera, por lo que no va a volver. Qué suerte la suya.

—Lo vi —dijo Reacher—. Desde mi habitación.

—Yo estaba volviendo de la estación de tren. Keever tampoco apareció esta mañana.

—Siento oír eso.

—O sea que este es el momento. Ya no hay que esperarlo. Ahora tengo que empezar a buscarlo. Su habitación es la 215. Miré por la ventana. Hay una camisa grande colgada en la puerta del armario. La habitación 213 está totalmente vacía.

—Vale. Entraremos de algún modo.

—¿Entraremos?

—Es una manera de hablar —dijo Reacher—. No tengo nada más que hacer hoy.

—¿Deberíamos hacerlo ahora?

—Comamos primero. Come cuando puedas. Esa es la regla de oro.

—Ahora podría ser un buen momento para entrar a la habitación.

—Podría ser, pero más tarde será mejor. Cuando la mujer de la limpieza haya empezado con su trabajo. Podría llegar a abrirnos la puerta.

Se acercó la camarera, con café.

ONCE

Después del desayuno se encontraron con que efectivamente la mujer que limpiaba el motel había empezado a trabajar, pero no estaba para nada cerca de la habitación de Keever. Estaba concentrada trabajando del otro lado de la herradura, encargándose de que la habitación 203 estuviese nuevamente disponible después de la partida del hombre de traje. Tenía en la galería un carro grande y lleno de cosas, y la puerta de la habitación estaba abierta. A ella se la veía dentro, quitando las sábanas.

Debía de tener una llave maestra enganchada al cinturón, o en el bolsillo, o sujeta con una cadenita a la barra del carro.

—Creo que voy a ir hasta allí a hablar con ella —dijo Reacher.

Dobló a la izquierda en la habitación 211, y después de nuevo a la izquierda en la 206, y se detuvo junto al carro y miró hacia dentro por la puerta de la 203.

La mujer estaba llorando.

Y trabajando, las dos cosas al mismo tiempo. Era una mujer blanca, flaca como un palo, ya no tan joven, y estaba cargando una pila de toallas desde el baño. Lloraba y suspiraba y le corrían lágrimas por el rostro.

Desde fuera de la habitación Reacher dijo:

—Señora, ¿se encuentra bien?

La mujer se detuvo, y dejó la pila de toallas, y se puso recta. Resopló y tomó aire y miró inexpresivamente a Reacher, y después se dio la vuelta y se miró del mismo modo en el espejo, y después se dio la vuelta otra vez sin ningún tipo de reacción, como si su aspecto ya estuviese lo suficientemente deteriorado como para preocuparse.

Sonrió.

Dijo:

—Estoy muy feliz.

—Vale.

—No, de verdad. Lo siento. Es que el caballero que se acaba de ir me dejó propina.

—¿Qué? ¿Es la primera propina que recibe en su vida?

—Es la mejor propina que he recibido en mi vida —dijo ella.

Llevaba puesto un delantal con un bolsillo grande en la parte de abajo. Metió cuidadosamente las manos y sacó un sobre. Más pequeño que una carta normal. Como una respuesta a una invitación elegante. En el sobre estaba escrita con pluma estilográfica la palabra *Gracias*.

Levantó la solapa con el pulgar y sacó un billete de cincuenta dólares. Ulysses S. Grant miraba desde el frente del billete.

—Cincuenta dólares —dijo—. Lo máximo que había recibido habían sido dos dólares.

—Espectacular —dijo Reacher.

—Esto va a significar una gran diferencia para mí. No se lo puede imaginar.

—Me alegro por usted —dijo Reacher.

—Gracias. Supongo que a veces ocurren milagros.

—¿Sabe por qué este pueblo se llama Mother's Rest?

La mujer hizo una pausa:

—¿Me lo está preguntando o me lo va a decir?

—Se lo estoy preguntando.

—No lo sé.

—¿Nunca ha escuchado ninguna historia?

—¿De qué?

—De madres —dijo Reacher—. Descansando, ya sea literal o metafóricamente.

—No —dijo ella—. Nunca he escuchado nada de eso.

—¿Me podría abrir la habitación 215?

La mujer hizo una pausa. Dijo:

—¿Usted es el caballero de la habitación 113? ¿Y el de la 106 la noche anterior?

—Sí.

—Solo les puedo abrir las habitaciones a las personas que las están ocupando. Lo siento.

—Fue una reserva corporativa. Trabajamos todos juntos. Vamos y venimos. Es un trabajo en equipo.

—Puedo ir a preguntar al encargado.

—No se preocupe —dijo Reacher—. Iré yo mismo.

Pero el tuerto no estaba en su oficina. Una ausencia imprevista, claramente, porque lo que estaba sobre el escritorio sugería que algún trabajo había quedado interrumpido de manera reciente y temporal. Había carpetas y libros de contabilidad abiertos, y unos bolígrafos tirados sobre unos cuadernos, y una taza de café para llevar, que parecía estar todavía caliente.

Pero el tipo no estaba.

En la pared detrás del escritorio había una puerta. Espacio privado, supuso Reacher. El sofá en el que dormía, seguro, y quizás una cocina pequeña, y sin duda al menos un baño minúsculo. Que quizás era el lugar en el que se encontraba el tipo en ese mismo momento. Hay cosas que no se pueden postergar.

Reacher prestó atención y no oyó nada.

Dio la vuelta al escritorio hacia el lado privado.

Miró los libros de contabilidad. Y las carpetas. Y los cuadernos. Trabajos rutinarios de un motel. Cuentas, pedidos, listas de cosas por hacer, porcentajes.

Prestó atención de nuevo. No oyó nada.

Abrió un cajón. En el que el tipo guardaba las llaves de las habitaciones. Dejó la de la 113, y sacó la de la 215.

Cerró el cajón.

Volvió al lado público.

Exhaló.

El tuerto no regresaba. Quizás tenía un malestar estomacal. Reacher se dio la vuelta y salió de la oficina. Cruzó la herradura y subió la escalera de Chang. Le enseñó la llave, y ella le preguntó:

—¿Por cuánto tiempo la podemos tener?

—Por todo el tiempo que pagó Keever —dijo él—. Toda la semana, probablemente. Me voy a pasar a su habitación. El tipo del motel no se puede quejar. Tiene su dinero. Y Keever no está aquí como para decir algo.

—¿Funcionará?

—Podría llegar a funcionar. A menos que nos manden una patrulla para encargarse de nosotros.

—En cuyo caso llamaremos al 911. Como debería haber hecho Keever.

—El hombre de traje le dejó una propina de cincuenta dólares a la mujer de la limpieza.

—Eso es mucho dinero. Es lo que uno deja por una semana en un crucero.

—Estaba muy contenta.

—No es para menos. Es el salario de una semana.

—Me hace sentir mal. Nunca dejo más de cinco dólares.

—Era un hombre rico. Tú lo dijiste.

Reacher no dijo nada y se acercó a la puerta de Keever. Puso la llave en la cerradura. Abrió la puerta y retrocedió y dijo:

—Después de ti.

Chang entró y Reacher la siguió. Había cosas de Keever por toda la habitación. La camisa en el picaporte de la puerta y un pulcro kit de viaje en el baño, una chaqueta de lino en el armario, una maleta maltrecha abierta contra una pared, llena de ropa. La mujer de la limpieza había colocado todo con mucha precisión. La habitación estaba limpia y pulcra.

No había ningún maletín. No había una funda de ordenador, no había grandes cuadernos, no había papeles escritos a mano.

No a la vista, al menos.

Reacher dio media vuelta y cerró la puerta. Había registrado quizás

cien habitaciones de motel en su prolongada y poco glamurosa carrera, y era bueno en eso. Había encontrado todo tipo de cosas en todo tipo de lugares.

—¿Qué era Keever, antes de empezar a trabajar para el FBI? —dijo.

—Era detective de policía, con un título de abogado de una universidad nocturna —dijo Chang.

Lo cual quería decir que él también había registrado habitaciones de motel. Lo cual quería decir que no habría utilizado ningún lugar obvio. Conocía los trucos. No es que la habitación ofreciera tantas posibilidades. No era arquitectónicamente compleja.

—Sin duda lo que estamos haciendo es ridículo —dijo Chang—. El conserje puede que ya haya venido media docena de veces. O podría haber dejado entrar a alguna otra persona. Tenemos que asumir que esta habitación ya la registraron hace mucho.

Reacher asintió:

—¿Pero cómo de bien lo hicieron? Esa es la pregunta. Porque hay algo de lo que estamos seguros. Keever estuvo en esta habitación en algún momento y después se fue. Tuvo tres maneras posibles de irse. Uno, salió a hacer algo inocente y se terminó encontrando metido en un problema. Dos, fue arrastrado fuera gritando y pateando por personas desconocidas. O tres, estaba sentado en la cama, repasando mentalmente algunas cosas, y de repente hizo alguna conexión aleatoria, uno de esos momentos en los que dices "Oh, mierda" y te das cuenta de algo, y se puso de pie y salió a toda prisa en busca del teléfono público del mini supermercado para llamar al 911 sin demora. Salvo que no llegó hasta allí.

—¿No llegó hasta allí? ¿Qué estás diciendo?

—Estoy diciendo que desapareció. Dime dónde y por qué y cierro las otras teorías.

—Ninguna de esas tres formas de irse implica que deberíamos encontrar algo en esta habitación. Algo que nadie más haya notado.

—Yo creo que la tercera forma sí lo implica. Al menos como una posibilidad. Imagina el momento. *Oh, mierda.* Estás conmocionado. Y a partir de ese mismo instante estás en grave peligro. Un peligro tan grande que tienes que ir corriendo a llamar por teléfono. Pero te verán todos. No es lo mismo que hacer una llamada desde tu teléfono móvil, protegido por una puerta cerrada. Tienes que hacer un recorrido a cielo abierto. Lo cual ahora acarrea un riesgo. Por lo que quizás te sientes tentado de dejar algún indicador. Garabateas una nota y la escondes. Luego vas en busca del teléfono.

—Y no llegas hasta allí.

—Eso es lo que dicen las estadísticas. A veces.

—Pero esta nota está tan bien escondida que nadie la encuentra. Pero no tan bien como para que nosotros no la encontremos. Si es que

hay una nota. Si fue la tercera de las tres posibilidades. Si no fue algo completamente distinto.

—Fue una secuencia —dijo Reacher—. Tuvo que haber sido así, ¿no? Hubo dos momentos de "oh, mierda". Uno pequeño, quizás el día anterior, después del que te llamó para que vinieras como refuerzo, y luego el más grande, después del cual va a llamar a la policía.

—Después de haber dejado una nota.

—Yo creo que vale la pena considerar esa opción.

Cuando Reacher registraba una habitación, empezaba por la habitación en sí, no por lo que contenía. Las personas que escondían cosas, y por lo tanto las personas que buscaban, tendían a ignorar la estructura física, a menudo rica en posibilidades. En especial para una hoja de papel. Una unidad de aire acondicionado bajo la ventana se podía abrir, y nueve de cada diez veces allí dentro había un sobre de plástico diseñado expresamente para guardar papeles, a menudo un manual de instrucciones o una garantía, entre los cuales una persona resuelta podía esconder docenas de páginas.

O si había calefacción y aire acondicionado centrales, habría ventilaciones, fáciles de desatornillar. Las puertas corredizas eran buenas para esconder papeles. Los techos tenían paneles desmontables por cuestiones de mantenimiento. Una puerta plegable en un armario tenía una cara interna que nunca nadie veía. Y así.

Solo después de eso venían los muebles. En este caso una cama, dos mesillas, un sillón tapizado, una silla común donde el escritorio y una pequeña cómoda con cajones.

Buscaron por todos lados, pero no encontraron nada.

Después Chang dijo:

—Vale la pena intentarlo, supongo. En algún sentido me alegra que no hayamos encontrado nada. Lo vuelve menos definitivo. Me gustaría que él estuviera bien.

—A mí me gustaría que estuviera en Las Vegas con una joven de diecinueve años —dijo Reacher—. Pero hasta que no recibamos una postal, tenemos que asumir que no es así. Para mantenernos atentos.

—Era policía y agente especial. ¿Qué distancia hay entre el motel y el mini supermercado? ¿Qué podría haber pasado?

—Está a sesenta metros. Podrían haber pasado muchas cosas.

Chang no contestó. Reacher sentía las manos sucias. De mover los muebles, y de tocar superficies que no se suelen limpiar. Fue al baño y abrió el grifo para enjuagarse las manos. Había un jabón sin usar, todavía envuelto en papel. Celeste, con muchos pliegues y cerrado con una etiqueta dorada. No era el peor lugar que Reacher había visto en la vida. Quitó el papel del jabón y lo hizo una bola. La papelera estaba debajo del lavabo. El lavabo era profundo. Para llegar a la papelera se

requería un movimiento un tanto forzado. También con la mano izquierda. Movimiento que Reacher ejecutó. Y se lavó las manos, el jabón nuevo le pareció duro al principio, y después mejor. Se secó las manos con una toalla limpia, y después su conciencia sacó lo mejor de él y se agachó para corroborar que la bola de papel hubiera caído donde tenía que caer.

No había caído donde tenía que caer.

La papelera del baño era redonda, como un cilindro bajo, pero estaba encajada contra un rincón a la izquierda, lo cual implicaba que detrás había un espacio. Era el tipo de espacio que solía ser ignorado, especialmente por los empleados de limpieza con trapeadores. No iban a limpiar allí para recibir tan solo dos dólares de propina. Era el tipo de espacio que se terminaba convirtiendo en el cementerio de tiros errados.

Había tres.

Uno era su propia bola de papel. Se dio cuenta por la humedad. Otro era una versión más vieja de lo mismo. Totalmente seca. Un jabón previo.

Y otro era un trozo de papel cubierto de mugre, como la porquería que sale de un bolsillo.

DOCE

El papel era un cuadrado blanco rígido, de nueve centímetros de lado, con un borde con pegamento. Una hoja de un bloc o una torre de notas adhesivas. Reacher ya las había visto antes. La habían doblado en cuatro, y había viajado en un bolsillo durante un mes o más. Los pliegues estaban gastados y las puntas estaban deterioradas y las superficies estaban raspadas. Reacher supuso que la habían lanzado al cesto de basura, quizás con dos dedos, como haciendo algún truco de cartas, pero había volado demasiado lejos y había caído en tierra de nadie.

Desdobló la hoja y la alisó. Lo que se podía llamar la cara externa estaba en blanco. Solo estaba un poco sucia y manchada de azul, probablemente por la tela vaquera. Del bolsillo de atrás de unos vaqueros, pensó.

Dio la vuelta al papel.

En lo que se podía llamar la cara interna había algo escrito. Con bolígrafo, una nota apresurada. Un garabato, más bien. Había un número de teléfono y también ponía *200 muertes*.

—¿Esta es la letra de Keever? —preguntó Reacher.

—No sé —dijo Chang—. Nunca he visto la letra de Keever. Y no es muy buena muestra. Así que no podemos estar seguros. Piensa como un abogado defensor. No hay una secuencia continua de pruebas. Lo podría haber dejado cualquiera. En cualquier momento.

—Claro —dijo Reacher—. Pero imagina que es de Keever. ¿Qué sería?

—¿Qué sería? Una nota, algo que escribió probablemente mientras hablaba por teléfono. En su oficina. O en su otro dormitorio, en todo caso. Quizás un contacto inicial, o una llamada posterior. Alto riesgo, con doscientas muertes, y un número de teléfono, que podría llegar a ser del cliente, o de una fuente independiente para corroborar algo. O una fuente de información adicional.

—¿Por qué la tiraría?

—Porque después anotó de forma más extensa, con lo que ya no la necesitaba. Igual estaba aquí de pie frente al espejo, mirándose, como hacemos todos. Igual tiró su *kleenex* usado y cogió uno nuevo, y quizás revisó al mismo tiempo sus otros bolsillos. Quizás hacía un tiempo que no usaba esos pantalones.

El código de área del número de teléfono era 323. Reacher dijo:

—Los Ángeles, ¿no?

Chang asintió y dijo:

—Un teléfono móvil o un teléfono fijo.

—Doscientas muertes. Eso calificaría como un peligro serio.

—Si es de Keever. Si es de este caso. Podría ser de cualquier persona y de cualquier cosa.

—¿Qué otra persona pasaría por aquí pensando en doscientas muertes?

—¿Quién dice que pensaba en eso? Incluso si es de Keever, podría haber sido un caso viejo. U otro caso. O podría haber sido un abogado de responsabilidad civil hace un año, persiguiendo ambulancias. Además, ¿cómo podría haber habido doscientas muertes aquí? Es el veinte por ciento de la población. Alguien se habría dado cuenta. No se necesitaría un detective privado.

—Llamemos al número —dijo Reacher—. Veamos quién contesta.

Reacher cerró la habitación con llave, y bajaron por la escalera de metal, y a treinta metros de distancia el tuerto salió de la oficina y se movió rápido hacia ellos, haciendo gestos con las manos. Cuando llegó dijo:

—Disculpe, señor, pero la 215 no es la habitación en la que usted está registrado.

—Cámbielo en el registro, entonces —dijo Reacher—. La habitación la pagó un socio nuestro, y la voy a usar hasta que él regrese.

—No puede.

—Eso no es una opción.

—¿Cómo consiguió la llave?

—La encontré en un arbusto. Supongo que tuve suerte.

—Esto no está permitido.

—Llame a la policía, entonces —dijo Reacher.

El tipo no dijo nada. Solo resopló un momento y después se dio la vuelta y se fue, sin decir una palabra más.

—¿Y si llama a la policía? —dijo Chang.

—No lo hará —dijo Reacher—. Habría hecho todo un escándalo para demostrarnos que lo haría, sí, señor, en ese mismo instante. Además, la policía está probablemente a cien kilómetros de distancia. O a ciento cincuenta. No vendrían por una habitación que ya está pagada. Además, si esta gente tiene algo que esconder, lo último que harán es llamar a la policía.

—¿Y qué hará?

—Estoy seguro de que ya lo averiguaremos.

Salieron a la calle ancha y pasaron frente al restaurante hasta llegar al mini supermercado. El día estaba soleado y el pueblo estaba tranquilo. No había ninguna actividad, tampoco grandes aglomeraciones de gente. Cincuenta metros más adelante, una

camioneta *pickup* doblaba hacia una calle lateral. Un chico tiraba una pelota de tenis contra una pared y le daba con un palo al rebotar. Como un entrenamiento de béisbol. Era bastante bueno. Quizás su foto aparecería en una revista. Una furgoneta de FedEx cruzaba las vías en la vieja carretera de caravanas de carretas y se dirigía hacia el pueblo.

El mini supermercado era un edificio rural clásico, una estructura rectangular sencilla que daba a la calle, con una fachada elegante que tenía un remate triangular hecho con tablones pintados de rojo opaco. Había un cartel pintado con letras de circo doradas: *Almacén de Mother's Rest*. Tenía una sola puerta y una sola ventana, que era pequeña, exclusivamente para que entrara luz más que para exhibir productos tentadores. El cristal estaba lleno de calcomanías, todas con nombres que Reacher no conocía. Marcas, asumió, para cosas del campo arcanas pero vitales.

Del otro lado de la puerta había un vestíbulo, que tenía un teléfono público en la pared. Sin protección acústica. Solo el aparato, todo de metal, incluso el cable. Chang puso unas monedas y marcó. Escuchó un momento y después colgó sin hablar.

—Contestador automático —dijo—. El mensaje estándar de la compañía telefónica. Sin personalizar. Sin ningún nombre. Parecía un teléfono móvil.

—Deberías haber dejado un mensaje —dijo Reacher.

—No tiene sentido. No puedo recibir llamadas aquí.

—Prueba a llamar otra vez al teléfono de Keever. Por si acaso.

—No quiero. No quiero saber que no me atiende.

—Keever está bien o no está bien. Llamarlo o no llamarlo no cambia nada.

Buscó el número de Keever en su teléfono móvil, pero lo marcó en la tecnología más anticuada. Como antes, escuchó por un momento, y después colgó sin hablar. Probó con otro número de Keever. Mismo resultado.

Negó con la cabeza.

—No contesta —dijo.

—Deberíamos ir a Ciudad de Oklahoma —dijo Reacher.

TRECE

El tren habría sido más rápido, pero todavía faltaban ocho horas para que partiera, por lo que se fueron conduciendo en el coche alquilado de Chang. Era un SUV compacto marca Ford, color verde. Por dentro era normal, y olía fuertemente a limpiador de tapicería. Un minuto después ya estaban fuera del pueblo, sobre la vieja carretera de caravanas de carretas, y después doblaron hacia el sur y hacia el oeste y nuevamente hacia el sur, cruzando el inmenso damero de infinitos campos dorados, hasta que encontraron una carretera local que prometía una conexión con una autopista trescientos kilómetros más adelante.

Conducía Chang, vestida con su camiseta. Reacher había movido el asiento del acompañante hacia atrás y la observaba. Chang tenía una mano en la parte baja del volante y la otra apoyada en el regazo. Sus ojos se movían todo el tiempo, hacia la carretera, hacia los espejos, de nuevo hacia la carretera. A veces sonreía brevemente a medias, y después hacía una mueca, mientras los pensamientos le cruzaban por la cabeza. Tenía los hombros apenas unos centímetros echados hacia delante, lo cual la hacía parecer mínimamente encorvada. Algo que Reacher interpretó como que Chang quería ser más baja. Ambición a la que no adhería. A él le parecía del tamaño adecuado. Tenía extremidades largas y un cuerpo firme, pero no donde no debía serlo.

Creo que soy una persona agradable, pero sé que no soy el motivo por el cual te quedaste.

Reacher no dijo nada.

Chang miró de nuevo por el espejo retrovisor y dijo:

—Hay una camioneta *pickup* detrás de nosotros.

—¿A qué distancia? —dijo él.

—A unos cien metros.

—¿Hace cuánto que está ahí?

—Más o menos un kilómetro y medio.

—Es una carretera pública.

—Venía muy rápido, pero ahora está yendo más lento. Como si nos hubiera estado buscando y ahora nos hubiese encontrado.

—¿Solo una?

—Es lo único que veo.

—Una patrulla bastante insignificante.

—Dos hombres, creo. Un conductor y un pasajero.

Reacher no quiso darse la vuelta para mirar. No le quería mostrar a

ninguno de los dos hombres el destello blanco de una cara preocupada en la luneta. Por lo que se inclinó un poco hacia delante y se movió de lado hasta que pudo ver la imagen en el espejo retrovisor de la puerta de Chang. Una camioneta *pickup*, a unos cien metros de distancia. Una Ford, pensó. Una máquina importante, grande y obvia, a velocidad constante. Era de color rojo opaco, como el mini supermercado. Había dos hombres dentro, uno al lado del otro, pero lejos entre sí, por el extravagante ancho del vehículo.

Reacher se enderezó de nuevo y miró por el parabrisas. Trigo a la derecha, trigo a la izquierda, y la carretera seguía recta hasta caer detrás del horizonte a lo lejos. Los arcenes eran de grava para que drenaran bien, pero no había zanjas a los lados. Tampoco había desvíos. Los campos eran infinitos. Casi literalmente. Quizás el mismo campo seguía hasta la rampa de la autopista. Trescientos kilómetros. Parecía posible.

No había otros coches a la vista.

—¿Te entrenaste para estas cosas en Quantico? —dijo Reacher.

—Hasta cierto punto —dijo Chang—. Pero fue hace mucho tiempo. Y en un entorno distinto. Mayormente urbano. Con semáforos y cruces de avenidas y calles de un único sentido. Aquí no tenemos demasiadas opciones. ¿Tú te entrenaste para esto?

—No, nunca fui bueno conduciendo.

—¿Deberíamos dejar que hagan el primer movimiento?

—Primero tenemos que entender qué es lo que les ordenaron. Si es solo vigilancia, podemos llevarlos hasta Ciudad de Oklahoma y perderlos allí. Las únicas peleas que de verdad se ganan son las peleas que no ocurren.

—¿Qué pasa si no es solo vigilancia?

—Entonces lo harán como en las películas. Nos darán un golpe por detrás.

—¿Para asustarnos? ¿O para algo peor?

—Si hacen eso estarían dando un paso muy grande.

—Harán que parezca un accidente. Una turista se quedó dormida en la extensa carretera recta y chocó. Estoy segura de que pasa todo el tiempo.

Reacher no dijo nada.

—No podemos escaparnos de ellos —dijo Chang—. No en esta cosa.

—Entonces deja que se acerquen y cámbiate al otro carril y aprieta los frenos. Haz que ellos queden delante.

—¿Cuándo?

—No me preguntes a mí —dijo Reacher—. No aprobé conducción defensiva. Duré menos de un día. Me mandaron a que me formase en otra cosa. Cuando se vean grandes en el espejo retrovisor, supongo.

Chang siguió conduciendo. Ahora con las dos manos en el volante.

Un minuto. Dos. Dijo:

—Quiero ver sus movimientos. Tenemos que forzarlos a actuar.

—¿Estás segura?

—Son el equipo local. Tenemos que hacerles pasar un mal rato.

—Vale. Acelera un poco.

Chang apretó el acelerador y Reacher se dio la vuelta y miró por la luneta. El destello blanco de un rostro preocupado. Dijo:

—Más rápido.

El pequeño Ford verde dio un salto hacia delante, casi doscientos metros, y después la *pickup* reaccionó, su parrilla se elevó y se empezó a acercar a la carga. Chang dijo:

—Necesito una cuenta atrás de la distancia en tiempo real. No puedo guiarme por los espejos.

—Ahora están a ochenta metros —dijo Reacher—. Lo cual nos da unos ocho segundos.

—Menos, porque voy a reducir la velocidad. Esta cosa podría volcar.

—Sesenta metros.

—Vale, por delante está despejado.

—Y por detrás también. Estamos solo nosotros dos en la carretera. Cuarenta metros.

—Voy a reducir la velocidad un poco más. No podemos hacerlo a más de cien.

—Veinte metros.

—Lo voy a hacer cuando estén a diez metros.

—Vale, ahora, hazlo ahora.

Y Chang lo hizo. Dio un volantazo hacia la izquierda y clavó los frenos y la *pickup* estuvo a dos centímetros de golpear contra la punta trasera derecha, pero no lo hizo, y los pasó y frenó, pero mucho después. Mientras tanto, el pequeño Ford verde se sacudió de un lado a otro, pero al poco tiempo se detuvo, a salvo, otra vez en el carril correcto, cien metros por detrás de la camioneta, con sus posiciones relativas totalmente invertidas después de unos cuantos segundos ruidosos.

—Por supuesto —dijo Chang—, esta situación ahora reclama la pregunta naturalmente obvia: ¿y ahora qué? Si damos la vuelta, ellos dan la vuelta. Y quedan otra vez persiguiéndonos.

—Avanza directamente hacia ellos —dijo Reacher.

—¿Para darles un golpe?

—Esa es siempre una opción.

Pero la *pickup* se movió primero. Dio la vuelta y regresó hacia donde ellos estaban, pero muy despacio, como arrastrándose, casi a la velocidad mínima. Algo que Reacher interpretó como un mensaje. Como una bandera blanca.

—Quieren hablar —dijo—. Quieren que esto sea cara a cara.

La camioneta se detuvo a diez metros de ellos y se abrieron las dos puertas. Se bajaron dos hombres. Individuos fornidos, los dos medían más o menos un metro ochenta y pesaban cerca de noventa kilos, los dos de alrededor de treinta y cinco años, los dos con gafas de sol reflectantes, los dos con chaquetas de algodón con camisetas debajo. Parecían precavidos pero seguros de sí mismos. Como si supieran lo que estaban haciendo. Como si fueran el equipo local.

—Deben de estar armados —dijo Chang—. Si no, no lo harían de esta manera.

—Es posible —dijo Reacher.

Los dos hombres se ubicaron en tierra de nadie, a media distancia entre los dos vehículos. Uno estaba a la izquierda de la línea central, y el otro a la derecha. Se quedaron quietos, esperando, con las manos a los lados.

—Atropéllalos —dijo Reacher.

—No puedo hacer eso.

—Vale, supongo que voy a ver qué quieren. Si surge algún problema, vete a Ciudad de Oklahoma sin mí, y la mejor de las suertes.

—No, no bajes. Es demasiado peligroso.

—¿Para mí o para ellos? No son más que dos muchachos de campo.

—Deberíamos asumir que tienen armas.

—Pero solo temporalmente.

—Estás loco.

—Quizás —dijo Reacher—. Pero nunca olvides que el que me hizo así fue el Tío Sam. Aprobé todos los cursos, salvo el de conducir.

Abrió la puerta de su lado y bajó.

CATORCE

Las puertas del pequeño Ford verde eran normales, con las bisagras en la parte delantera, como las de la mayoría de los coches, y tenían un mecanismo que les impedía abrirse más allá de las dos terceras partes de su recorrido, por lo que bajarse también implicaba retroceder, lo cual mejoró el ángulo de Reacher. Provocó que el bloque del motor quedara entre él y los dos hombres. Si desenfundaban de inmediato y empezaban a disparar desde el primer momento, se podía esconder detrás de un escudo a prueba de balas. Si es que tenían armas. Lo cual no estaba demostrado. Salvo que, incluso si las tuvieran, no podía figurarse por qué empezarían a disparar desde el primer instante. Que de todos modos ya se había pasado. Podrían haberle disparado al parabrisas. Eso hubiese sido realmente disparar desde el primer instante. A no ser que quisieran preservar el coche para fingir un accidente convincente. Los agujeros en el cristal serían difíciles de explicar, si la turista simplemente se había quedado dormida al volante. En ese caso, ¿cómo explicarían unos agujeros de bala en el copiloto muerto? Y tendrían que subir su cuerpo de nuevo al coche. Lo cual no sería sencillo. Reacher muerto sería incluso más pesado.

Reacher dedujo que no iban a disparar.

Si es que tenían armas.

Dijo:

—Chicos, tenéis treinta segundos, así que empezad y presentad vuestro argumento.

El hombre de la derecha se cruzó de brazos muy por encima del pecho, como un vigilante de seguridad en la puerta de un club nocturno. Una demostración de apoyo, dedujo Reacher, para el otro hombre, que era probablemente el vocero.

El otro hombre dijo:

—Es por lo del motel.

Seguía teniendo las manos a los lados.

—¿Qué pasa con eso? —dijo Reacher.

—El que lo administra es nuestro tío. Es un pobre viejo minusválido, y le estáis haciendo pasar un mal rato. Estáis infringiendo muchas leyes.

Seguía teniendo las manos a los lados. Reacher salió de detrás de la puerta y avanzó hasta la luz delantera derecha del Ford. Sintió el calor del motor. Dijo:

—¿Qué leyes estamos infringiendo?

—Estás ocupando la habitación de otro huésped.

—Que ahora mismo no la está usando.

—Eso no importa.

Seguía teniendo las manos a los lados. Reacher dio un paso, y otro, hasta quedar a la altura de la luz delantera izquierda del Ford, pero muy por delante, en diagonal. Lo cual lo dejó a tres metros de los dos hombres, en un triángulo estrecho en la tierra de nadie, con el hombre con los brazos cruzados en un ángulo, y con el vocero en el otro, y con Reacher solo en el vértice.

El de la izquierda dijo:

—Así que venimos a recuperar la llave.

Reacher dio otro paso. Ahora estaba a dos metros de distancia. Ahora ya conformaban un grupo pequeño e íntimo. No había otros coches a la vista. El trigo se movía despacio, ondulando, como un inmenso mar dorado.

—Devolveré la llave cuando deje la habitación —dijo Reacher.

El hombre de la izquierda dijo:

—Ya has dejado la habitación. Desde este mismo instante. Y no te darán otra habitación si regresas. La administración se reserva el derecho de admisión y permanencia.

Reacher no dijo nada.

El hombre de la izquierda dijo:

—Y no hay ningún otro sitio en Mother's Rest. El motel de mi tío es el único alojamiento del pueblo. ¿Estás captando el mensaje?

—¿Por qué se llama Mother's Rest?

—No sé.

—¿De dónde viene el mensaje? ¿Exclusivamente de vuestro tío, o de lo otro?

—¿Qué otro?

—Algo de lo que escuché hablar.

—No hay ninguna otra cosa.

—Bueno es saberlo —dijo Reacher—. Decidle a vuestro tío que no se infringió ninguna ley. Decidle que la habitación ya está pagada. Decidle que luego nos vemos.

El hombre de la derecha descruzó los brazos.

El hombre de la izquierda dijo:

—¿Te vas a convertir en un problema?

—Ya soy un problema —dijo Reacher—. La pregunta es: ¿qué vais a hacer al respecto?

Hubo una pausa, calurosa y solitaria en el medio de la nada, y después los dos hombres contestaron abriéndose los abrigos de lado, al mismo tiempo, de manera casual, con la mano derecha, mostrando, por consiguiente, pistolas semiautomáticas negras, en las fundas, enganchadas a sus cinturones.

Lo cual fue un error, y Reacher les podría haber dicho por qué. Se podría haber lanzado a darles una clase magistral larga e impaciente acerca de sellar sus destinos haciendo que tenga lugar demasiado pronto una batalla decisiva, acerca de sabotear una estrategia superior trasladando el final del juego al principio. Y las amenazas había que responderlas, lo cual quería decir que iba a tener que quitarles las armas, porque a los peones de la avanzada había que devolverlos heridos, y porque la gente de Mother's Rest tenía que saber con certeza que cuando regresara a la ciudad lo haría estando armado. Quería decirles que había sido culpa de ellos. Quería decirles que se lo habían buscado.

Pero no les dijo nada. En vez de eso lo que hizo fue meter la mano debajo de su propio abrigo, y no cogió más que aire, pero los dos hombres no lo sabían, y como no eran más que unos tiradores obedientes entrenados en campos de tiro desenfundaron sus armas y se colocaron en posición de tiro a la vez, lo cual hizo que sus pies se separaran un metro para lograr una mayor estabilidad, y Reacher avanzó y al hombre de la izquierda le pegó una patada en la ingle, incluso antes de que pudiera terminar de desenfundar el arma, lo cual hizo que el hombre de la derecha tuviera tiempo como para terminar de desenfundar la suya, pero sin sentido, porque lo siguiente que le sucedió en la vida fue recibir el impacto del codo de Reacher, de revés contra su pómulo, que quedó destrozado e hizo que se le apagaran todas las luces.

Reacher retrocedió, y después registró al primer hombre, que estaba preocupado, como la mayoría de los tipos a los que había dado una patada en la ingle. Las pistolas eran Smith & Wesson Sigma calibre 40, que eran armas modernas y caras, con una parte hecha de polímero. Las dos tenían el cargador lleno. Los dos hombres llevaban sus carteras en el bolsillo trasero de los pantalones, con más o menos cien dólares entre ambos, que Reacher se llevó como botín de guerra. El apellido en las dos licencias de conducir era Moynahan, lo cual quería decir que era cierto que podían ser hermanos o primos con un tío en común. El nombre de pila de uno era John, el del otro, Steven.

Reacher se llevó las pistolas al pequeño Ford verde. La ventanilla de Chang estaba baja. Se guardó un arma en el bolsillo y le dio la otra a Chang. Ella la cogió, un poco reticente. Él le preguntó:

—¿Escuchaste algo de lo que dijeron?

—Escuché todo —dijo Chang.

—¿Conclusiones?

—Pueden haber dicho la verdad. La cuestión del motel puede haber sido su única queja. Por otro lado, podría no serlo.

—Yo voto que no —dijo Reacher—. La habitación está pagada. ¿Qué motivos tenían para ponerse tan tiesos?

—Podrían haberte matado.

Reacher asintió.

—Muchas veces —dijo—. Pero todas hace mucho tiempo. Hoy no. No estos tipos.

—Estás loco.

—O estoy a la altura de las circunstancias.

—¿Y ahora qué?

Reacher miró hacia atrás. El hombre de la derecha estaba a punto de pasar de inconsciente a quedar con una conmoción cerebral. El de la izquierda se retorcía abatido y se tanteaba todas las partes del cuerpo entre la caja torácica y las rodillas.

—Si se mueven, dispárales —dijo Reacher.

Caminó diez metros hasta la camioneta de los hombres y se subió. En la guantera estaban los papeles y el seguro a nombre de Steven Moynahan. No había ninguna otra cosa interesante en la cabina. Se colocó detrás del volante y puso la camioneta en marcha. Se movió hacia el arcén y aparcó a horcajadas sobre la grava, con las ruedas de la izquierda a resguardo lejos del carril, y las de la derecha metidas en medio del trigo, y la trompa apuntando hacia el pueblo. Apagó el motor y sacó la llave.

Arrastró a los hombres uno a uno hasta la sombra frente al parachoques delantero, y los sentó apoyados contra el metal cromado. En ese momento ya los dos estaban despiertos. Dijo: “Ahora mirad atentamente”, y cuando le prestaron atención cogió la llave y la sostuvo en la palma de la mano y la tiró hacia el campo. Diez o quince metros. Encontrarla les llevaría una hora, incluso en las mejores condiciones, incluso cuando volvieran a estar operativos. Algo que podía llegar a tardar otra media hora.

Después regresó y se subió al Ford, y Chang empezó a conducir. De vez en cuando Reacher se daba la vuelta y miraba. La camioneta aparcada se siguió viendo durante un largo rato, se fue haciendo cada vez más pequeña hasta convertirse en un puntito minúsculo en la distancia, y después cayó detrás del horizonte norte y se perdió de vista.

Les llevó cerca de tres horas más llegar a la autopista, y después los indicadores de distancia prometían otras dos horas hasta Ciudad de Oklahoma. El viaje transcurrió sin ningún incidente durante una hora y media aproximadamente, momento en el cual empezaron a salir todo tipo de ruidos del teléfono que Chang tenía en el bolsillo. Mensajes de voz, mensajes de texto y correos electrónicos, todos pacientemente almacenados y ahora descargándose.

Tenía señal de nuevo.

QUINCE

Chang conducía con una mano y con la otra lidiaba con el teléfono, pero Reacher dijo:

—Deberíamos parar. Antes de que la turista tenga un accidente de verdad. Deberíamos tomar un café.

—No entiendo cómo haces para tomar tanto café —dijo Chang.

—Es la ley de la gravedad —dijo Reacher—. Si inclinas el vaso hacia arriba, el líquido cae. No te queda más opción que beberlo.

—Tu corazón debe latir con fuerza todo el tiempo.

—Mejor eso que la alternativa.

Dos kilómetros después vieron un cartel y cogieron una salida que llevaba a la clásica disposición lineal de establecimientos de las zonas de servicio, entre ellos una gasolinera, baños y un anticuado edificio de piedra simple, de estilo federal, un tanto deformado por unos letreros brillantes de neón de una cadena moderna de café y comida. Aparcaron, se bajaron y se estiraron. Era media tarde y seguía haciendo calor. Fueron al baño y se encontraron en la cafetería. Reacher pidió su habitual café mediano caliente americano, y Chang pidió café frío con leche. Encontraron una mesa libre en uno de los rincones, y Chang apoyó su teléfono. Era delgado, con pantalla táctil, y tenía más o menos el tamaño de un libro de bolsillo. Movió los dedos por la pantalla, primero en el menú del teléfono, y después en los mensajes de texto, y después en el correo electrónico.

—Ningún mensaje de Keever —dijo ella.

—Llámalo de nuevo.

—Los dos sabemos que no contestará.

—Han sucedido cosas más raras. Una vez tenía a tres departamentos de policía y a la Guardia Nacional buscando a un hombre, y de repente apareció, recién llegado de unas vacaciones fuera del estado.

—Sabemos que Keever no está de vacaciones.

—Llámalo de todos modos.

Y lo llamó, después de una larga pausa, primero al teléfono de su casa, y después al móvil.

No atendió en ninguno de los dos.

—Llama de nuevo al número de Los Ángeles —dijo Reacher—. El del papel con las doscientas muertes.

Chang asintió, con ganas de pasar a otra cosa. Marcó, y se llevó el teléfono al oído.

Esta vez atendieron.

Chang dijo, un poco sorprendida:

—Buenas tardes. ¿Me podría decir con quién estoy hablando?

Pregunta que le deben haber respondido de la manera obvia, igual que como la había respondido Reacher con una indagación previa: *¿Quién pregunta?*

—Me llamo Michelle Chang —dijo ella—. Soy detective privado, vivo en Seattle. Antes formé parte del FBI. Ahora trabajo con un compañero que se llama Keever. Creo que él podría haberle llamado. Este número lo encontramos en su habitación en un motel.

Reacher no tenía ni idea de cuál fue la siguiente pregunta que hicieron desde Los Ángeles, pero pronto se dio cuenta de que debían de haber preguntado cómo se escribía Keever, porque Chang dijo:

—K-e-e-v-e-r.

Hubo una larga pausa, y después una respuesta, casi con seguridad negativa, porque Chang dijo:

—¿Está seguro?

Y después tuvo lugar una larga conversación, en mayor medida unilateral, definitivamente dirigida por la persona de Los Ángeles, a la que Reacher no podía escuchar. Las expresiones faciales de Chang podrían haber sugerido mil escenarios distintos, por lo que tampoco obtuvo ninguna pista real de su parte. Tuvo la sensación de que la persona que estaba del otro lado aclaraba una cosa tras otra, punto por punto. Y con mucho detalle. Quizás era un actor. O alguien de la industria del cine. El contexto era poco claro. Al final Reacher desistió de intentar construir una narrativa plausible y esperó.

Al final Chang dijo adiós y cortó la llamada y respiró y bebió un poco de su café frío y dijo:

—Se llama Westwood. Es un periodista del *LA Times*. El editor de ciencia y tecnología, de hecho. Dijo que no era una sección gigantesca. Por lo general escribe artículos de investigación para la revista de los domingos. Dice que Keever nunca lo llamó. Tiene la costumbre de tomar una nota breve de todas las llamadas entrantes, directamente en una base de datos segura, porque dice que eso es lo que tienen que hacer los periodistas en estos tiempos, por si demandan al periódico en el que trabajan. O por si ellos quieren demandar al periódico. Pero Keever no está en su base de datos. Por lo tanto no llamó.

—Entonces seguro que Westwood no es el cliente, ¿no?

Chang negó con la cabeza:

—Lo hubiera mencionado. Le dije que trabajaba con Keever.

—Cuando lo encontramos dijiste que el número sería del cliente, o de una fuente de corroboración independiente, o de una fuente de información adicional. Por lo que si no es el cliente, es una de las otras dos. Quizás Keever pensaba llamarlo a continuación. Después de

llamarte a ti. O quizás esa era tu función. Ser la intermediaria con Westwood. Con respecto a algo.

—Tenemos que aceptar la posibilidad de que ese número no tuviera nada que ver con Keever. Esa nota puede haber estado en esa habitación desde hace meses.

—¿En qué está trabajando Westwood ahora?

—En un artículo largo acerca del origen del trigo. Acerca de las primeras hibridaciones de hace miles de años, que dieron como resultado el trigo moderno. Me sonó a artículo más bien publicitario. Como diciendo: ya lo modificamos genéticamente, por lo que sigamos adelante y modifiquémoslo un poco más.

—¿Es significativo eso? En el sentido de que acabamos de ver muchísimo trigo.

—Suficiente como para toda una vida. Pero voy a votar a favor de los abogados defensores. La nota puede haber estado en esa habitación desde hace un año. O dos. La podrían haber tirado cincuenta personas distintas. O cien.

—¿Cómo de privado es el número de Westwood? —dijo Reacher.

—Depende de hace cuánto lo haya cambiado. Si es viejo, está disponible. Las cosas son así hoy en día. En particular con los periodistas. Si buscas bien, lo encuentras en internet en algún lado. Lo cual a muchos periodistas les gusta, según nuestra experiencia. Les proporciona una red.

Reacher se terminó el café y no dijo nada.

—¿En qué estás pensando? —dijo Chang.

—Estoy pensando que este caso lo ganarían los abogados defensores. Pero que un par de miembros del jurado no dormirían tranquilos. Porque también se puede contar una historia alternativa, igual de convincente, en la que van a pensar a las cuatro de la mañana. Empieza con tu primera impresión, un tipo un poco nervioso con dinero en efectivo o con cheques completados a mano, lanzado en una búsqueda disparatada, porque el trigo va a matar a doscientas personas. O algo así. Y para demostrarlo, habla con este periodista, que también sabe. Y, significativamente, aquí está su número. Lo cual nos demuestra algo acerca del tipo. Consigue el número buscando mucho en internet. Es de esa clase de personas. Para mí esa nota tiene alguna conexión. Todo parece consistente. Es una obsesión de un tipo raro y solitario que no plantea ningún tipo de amenaza, hasta que de repente sí la plantea.

—Deberíamos volver a la carretera —dijo Chang.

DIECISÉIS

El pequeño Ford verde tenía un GPS en el tablero y encontró la casa de Keever sin inconvenientes, en una deslucida urbanización suburbana, en el norte de Ciudad de Oklahoma. Era una casa de una sola planta en una calle sin salida. En el jardín delantero había un árbol joven, en bastante mal estado debido a la falta de agua. En la parte derecha del terreno había una entrada para coches, delante de un garaje para un solo vehículo. El techo era de tejas de alquitrán marrones, y los revestimientos laterales eran de plástico amarillo. No era una obra maestra de la arquitectura, pero la luz baja del atardecer la volvía agradable, a su modo. Parecía un hogar. A Reacher no le costó imaginarse a un hombre corpulento entrando por la puerta, quitándose los zapatos, dejándose caer en un sillón gastado y quizás poniendo el partido de béisbol.

Chang aparcó en la entrada para coches. Se bajaron juntos y fueron hasta la puerta. Había un timbre y una aldaba de latón, y probaron con las dos cosas, pero no obtuvieron respuesta. La puerta estaba cerrada con llave. El picaporte era fijo. Por las ventanas se veía un interior oscuro.

—¿Tiene familia? —preguntó Reacher.

—Está divorciado —dijo Chang—. Como tantos otros.

—Y no es el tipo de persona que deja una llave debajo de una maceta.

—Y estoy segura de que tiene alarma.

—Viajamos mucho para llegar hasta aquí.

—Ya lo sé —dijo Chang—. Miremos del otro lado de la casa. Con un clima así, quizás dejó una ventana abierta. Una rendija, al menos.

La calle estaba tranquila. Había en total siete casas similares, tres de cada lado y una al fondo de la calle. No había ningún vehículo en movimiento, no había peatones. Nadie miraba, nadie prestaba atención. No era realmente el tipo de sitio con vigilancia vecinal. Parecía un sitio de paso, pero a cámara lenta, como si las siete casas estuviesen ocupadas por tipos divorciados que se estaban tomando uno o dos años para reponerse.

El patio trasero de Keever tenía una cerca de madera hasta la altura de sus cabezas, con tablones que se habían puesto grises a causa del clima. Había un sector de césped, bien mantenido, y un área pavimentada con una silla de mimbre. La pared trasera de la casa tenía el mismo revestimiento lateral amarillo. Tenía cuatro ventanas y

una puerta. Todas las ventanas estaban cerradas. La puerta era maciza en la parte de abajo, y en la parte de arriba tenía nueve paneles de vidrio pequeños. Como una casa de campo. La puerta daba a un pequeño vestíbulo delante de una cocina.

El terreno era llano, las casas eran bajas y la cerca era alta. No pasaba por alto.

—Estoy pensando en cuál será el tiempo de media de respuesta de la policía en un vecindario como este —dijo Chang—. Es decir, si tiene una alarma antirrobo.

—Entre veinte minutos y nunca, probablemente —dijo Reacher.

—Por lo que nos podríamos conceder diez minutos. ¿No? Entramos y salimos rápidamente y concentrados. Es decir, no es tan siquiera un delito. Él trabaja conmigo. No haría una denuncia. Menos aún en estas circunstancias.

—No sabemos qué estamos buscando.

—Papeles sueltos, blocs de notas a rayas, cuadernos, notas en sucio, cualquier cosa en la que haya podido apuntar algo. Cogemos todo y lo revisamos cuando nos hayamos ido.

—Vale —dijo Reacher—. Tendremos que romper una ventana.

—¿Cuál?

—Me gusta la puerta. El pequeño panel de cristal que está más cerca del picaporte. Así podemos entrar andando.

—Rompamos ese, entonces —dijo Chang.

El panel era, de los nueve, el de más abajo a la izquierda, no estaba a la altura del codo de Reacher, pero lo podía hacer, si se agachaba y golpeaba. Después sería una cuestión de quitar los trozos de cristal que quedaran y meter el brazo hasta el hombro, y después doblar el codo y llevar la mano hasta el picaporte interior. Probó el picaporte exterior, para medir el peso del mecanismo, para saber qué tipo de agarre iba a necesitar.

La llave no estaba echada.

Se abrió sin problemas hacia adentro, sobre un felpudo de bienvenida que había en el vestíbulo. En el marco de la puerta estaba el interruptor de la alarma. Un círculo blanco con un cable pintado. Reacher escuchó con atención, para ver si oía algún sonido. Una señal de treinta segundos, por lo general, para que el dueño de la casa pueda llegar al panel y desconectar el sistema.

No se escuchó ningún sonido.

Ninguna señal.

—Algo tiene que andar mal —dijo Chang.

Reacher metió la mano en el bolsillo y la cerró alrededor de la empuñadura de la Smith & Wesson. De doble acción, y sin seguro manual. Lista para usar. Apunta y dispara. Cruzó el vestíbulo hacia la cocina. La cual estaba vacía. No había nada fuera de lugar. No había

ningún indicio de violencia. Siguió en dirección a otro vestíbulo. La puerta principal estaba justo enfrente. El sol había bajado aún más. La casa estaba llena de luz dorada.

Y de aire estancado, y silencio.

Oyó que a sus espaldas Chang se movía hacia la izquierda, por lo que se movió hacia la derecha, y entró a un pasillo con cuatro puertas, que eran de la habitación principal, de un baño pequeño, de un dormitorio para invitados en el que había camas y de un dormitorio para invitados en el que había una oficina, todos vacíos, sin nada fuera de lugar, sin ningún indicio de violencia.

Se encontró con Chang en el vestíbulo, cerca de la puerta principal. Ella negó con la cabeza. Dijo:

—Es como si hubiese salido a buscar una pizza. Ni siquiera cerró la puerta con llave.

El panel de la alarma estaba en la pared. Era una instalación reciente. Ponía la hora y tenía también una luz verde encendida.

Estaba desconectada.

—Cojamos lo que vinimos a buscar —dijo Reacher.

Lideró la marcha hacia el dormitorio más pequeño, que estaba completamente equipado con muebles de un mismo juego, estantes arriba, armarios abajo, y cajoneras, y un escritorio, todo laminado en arce color claro, y un ordenador y un teléfono y un fax y una impresora. Inversiones, supuso Reacher, para un nuevo oficio. *Tenemos oficinas por todas partes.* El estilo escandinavo transmitía tranquilidad. La habitación estaba bien organizada. No había nada desordenado.

No había papeles.

No había blocs de notas a rayas, ni cuadernos, ni libretas, ni notas en sucio, ni hojas sueltas.

Reacher se quedó quieto.

—Fue policía y agente federal —dijo—. Pasaba muchas horas al teléfono. Esperando, y escuchando, y hablando. ¿Alguien ha hecho eso alguna vez sin un bolígrafo y un cuaderno de papel? ¿Para tomar notas y para dibujar cosas y para pasar el rato? Esa costumbre es inquebrantable, eso seguro.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que esto no puede ser.

Se agachó hacia los armarios que estaban debajo de los estantes. Abrió uno detrás de otro. En el primero había cartuchos de tóner de repuesto para la impresora. En el segundo había cartuchos de tóner de repuesto para el fax.

En el tercero había blocs de notas a rayas de repuesto.

Y al lado cuadernos de espiral, de repuesto, todavía envueltos en paquetes de cinco en cinco, y detrás de los cuadernos había bloques de notas adhesivas, cubos macizos de papel sin usar, de diez centímetros

de lado.

—Lo siento —dijo Reacher.

—¿Qué cosa?

—Este asunto ya no tiene muy buen aspecto. Estamos hablando de alguien que usa mucho papel. Usa tanto papel que compra en grandes cantidades, para ahorrar. Podríamos haber reconstruido toda la situación. Pero alguien estuvo aquí antes que nosotros. Con la misma misión. Por lo que no hay nada.

—¿Quién?

—Me temo que el cómo nos indica quién. Keever está prisionero. Es la única explicación. Encontraron notas en el bolsillo de su chaqueta, quizás hojas sueltas de un bloc de notas, y en uno de los bolsillos de sus pantalones encontraron su cartera, con su carnet de conducir, y de ahí obtuvieron su dirección, que asumieron que era el lugar en el que estaba el resto del bloc de notas, en el que quizás había más apuntes, y en el otro bolsillo de los pantalones encontraron las llaves de su casa, lo cual les permitió entrar sin inconvenientes, incluso hasta el punto de que estas alarmas nuevas quizás tienen un dispositivo que puedes acercar al panel, para que se desactive directamente. Un mando a distancia en el llavero. Lo cual habrá sido una bendición, supongo. Significaría que no tuvieron que molerlo a golpes para sacarle la clave.

—Eso es demasiado directo —dijo Chang.

—No lo puedo explicar de ninguna otra manera.

—Igualmente eso no me dice quién fue.

—Mother's Rest —dijo Reacher—. Esa es su última ubicación conocida.

Recorrieron la casa de Keever habitación por habitación, para corroborar que no se les hubiera pasado nada por alto. En el vestíbulo posterior no había nada importante. La cocina era sencilla y no tenía demasiado uso. Había cubiertos de distintos juegos y distintos tipos de comida enlatada, que seguramente habían sido compradas con un entusiasmo pasajero, pero que no habían sido comidas. No había nada escondido, salvo que hubiera sido tapado por una pared y pintado con maestría, obteniendo un acabado en réplica exacta de un revestimiento de veinte años de antigüedad, añadiendo la suciedad y la grasa correspondientes.

El salón y el comedor eran parte de un mismo ambiente. Fáciles de registrar. No era como si Keever estuviera de campamento, pero estaba claro que había empezado sin demasiadas cosas y que con el tiempo no era mucho lo que había añadido. El cuarto de invitados con camas parecía haber sido puesto para sus hijos. Derecho de visita. Fin de semana sí fin de semana no, quizás. Lo que hubiesen dispuesto los abogados. Pero Reacher sintió que nunca nadie había usado ese

cuarto.

El dormitorio principal no olía demasiado bien. Había una cama con una sola mesita de noche. Había una cajonera y una estructura de madera con una percha para un abrigo, y bandejas para relojes y monedas y carteras. Como en un hotel elegante. El baño olía a humedad y las toallas estaban hechas un desastre.

En la mesita de noche había una pequeña pila de revistas, con un libro de tapa dura encima. Al pasar, Reacher bajó la vista para ver qué era. Por pura curiosidad.

Vio tres cosas.

Primero, que la revista que estaba en la cima de la pila era el suplemento dominical del *LA Times*.

Segundo, que estaba leído solo en parte. Tenía un marcapáginas que sobresalía medio centímetro.

Tercero, que el libro de tapa dura también estaba leído solo en parte. También tenía un marcapáginas.

Los marcapáginas eran papelitos viejos de un bloc de notas, doblados por el medio, a lo largo. Eran los primeros papeles que Reacher veía en toda la casa.

DIECISIETE

El papel que servía de marcapáginas para el libro de tapa dura solo tenía garabateado un número *4*. Que era un número de un interés técnico moderado, famoso sobre todo por ser el único número del universo cuya cantidad de letras al escribirlo en inglés coincidía con el número en cuestión: *four*. F-o-u-r: cuatro. Pero más allá de eso no parecía significar demasiado. No en ese contexto.

—En eso estoy con los abogados defensores —dijo Chang.

Reacher asintió. Pero el siguiente papel era mejor. Mucho mejor. Al principio, meramente en términos funcionales. La revista del domingo del *LA Times* estaba abierta por una página en la que empezaba un artículo largo firmado por el editor de ciencia y tecnología Ashley Westwood. El artículo era acerca de cómo los avances actuales en el tratamiento de lesiones cerebrales traumáticas ayudaban a comprender mejor el funcionamiento del cerebro.

La revista era de hacía menos de dos semanas.

—Los abogados defensores comenzarían mencionando la tirada de la edición dominical del *LA Times* —dijo Chang.

—¿De cuántos ejemplares es la tirada? —dijo Reacher.

—Cerca de un millón, creo.

—¿En el sentido de que hay una posibilidad en un millón de que esto no sea una coincidencia?

—Eso es lo que dirían los abogados defensores.

—¿Qué diría una agente del FBI?

—Nos enseñaron a anticiparnos a lo que dirían los abogados defensores.

Reacher desdobló el marcapáginas. Por un lado no había nada.

Por el otro lado había dos líneas escritas a mano.

En la parte de arriba estaba el mismo número de teléfono con característica 323. El del editor de ciencia y tecnología, Westwood, en Los Ángeles, California.

En la parte de abajo decía: *Mother's Rest, Maloney*.

—¿Y ahora qué diría una agente del FBI? —preguntó Reacher.

—Ahora les diría a los abogados defensores que se callen la boca. Keever tiene que llamar a Westwood para corroborar algo o para obtener información acerca de algo que tiene que ver con el pueblo en el que acabamos de estar. Creo que eso está claro. Y además ahora tenemos un nombre. Podría haber gente allí que se llame Maloney. Después de todo, recién conocimos a los Moynahan.

—¿Pero por qué el marcapáginas estaba al comienzo del artículo?

—Porque aún no lo ha leído.

—Que es el motivo por el cual todavía no llamó a Westwood. Seamos abiertos con respecto al cliente. Digamos que es un apasionado. Una persona apasionada está todo el tiempo hablando por teléfono. Le cuenta la misma historia a cualquiera que esté dispuesto a escucharla. Mother's Rest, doscientas muertes, si no me crees llama a este periodista de Los Ángeles, y entrega el número que tanto le costó conseguir, y cada una de las veces Keever apunta todo, porque es de esa clase de personas, que es el motivo por el que ya hemos encontrado ese número dos veces sin ni siquiera intentarlo. O sea que quizás al principio este es un cliente molesto. Estoy seguro de que tenéis esa clase de clientes.

—De vez en cuando.

—Pero algo de lo que dice el tipo deja a Keever pensando. Sigue siendo escéptico, por lo que hace una pequeña prueba. Y estamos en Oklahoma, ¿no? Probablemente tenga que ir hasta la estación de tren para conseguir periódicos de otras ciudades. Y va. Un domingo compra el *LA Times*. Quiere ver si este testigo experto tiene algún tipo de credibilidad. ¿Es un escritor serio?, ¿o trabaja en un periódico de supermercado? Keever quiere sacar sus propias conclusiones. ¿Cuándo fue la primera vez que se cultivó trigo?

—Depende dónde —dijo Chang—. Hace miles de años, de cualquier manera.

—Por lo que resulta que Westwood es bastante bueno. Investigó, y ahora está retrocediendo miles de años. Es una persona inteligente. Pero Keever todavía no lo sabe. Porque no leyó la nota. Lo que sugiere que lo que sea que haya dicho el cliente era interesante, pero de algún modo no demasiado urgente. Keever no se puso a investigarlo de inmediato.

—Ahora parece ser muy urgente.

—Exacto. Necesitamos saber qué fue lo que cambió.

No era el tipo de sitio con vigilancia vecinal, pero aun así les pareció que no tenía sentido quedarse más tiempo del necesario. Salieron por el vestíbulo posterior y cerraron la puerta. Dieron la vuelta hasta la entrada de coches y se subieron al pequeño Ford verde.

—Deberíamos hablar de nuevo con Westwood —dijo Reacher.

—Keever todavía no lo llamó —dijo Chang—. No tiene nada que contarnos.

—Quizás lo llamó alguna otra persona. Nos puede contar eso.

—¿Qué otra persona?

—Todavía no lo sabemos.

Chang no contestó. Sacó su teléfono y marcó, y apretó otra tecla

más, y lo dejó en el apoyabrazos entre los dos asientos delanteros.

—Está en manos libres —dijo ella.

Reacher escuchó el tono de llamada.

Escuchó que alguien contestaba.

—¿Hola? —dijo Westwood.

Reacher dijo:

—Mi nombre es Jack Reacher y estoy trabajando con mi colega Michelle Chang, que habló con usted hace poco.

—Me acuerdo. Coincidimos en que su otro colega nunca me llamó. Keever, ¿no? Creía que habíamos llegado a esa conclusión.

—Sí, aceptamos eso. Pero ahora tenemos un indicio muy claro de que tenía la intención de llamarlo en algún momento. Quizás era el siguiente de su lista, o quizás iba después de algunas otras personas, pero le iba a llamar.

Westwood hizo una leve pausa a lo lejos y dijo:

—¿Él dónde está ahora?

—Está desaparecido —dijo Reacher.

—¿Cómo? ¿Dónde está?

Reacher no dijo nada.

—Son preguntas tontas, supongo —dijo Westwood.

—El "cómo" podría ser crucial. El "dónde" fue francamente tonto. Si supiéramos el dónde, no estaría desaparecido.

—Deberían buscar entre las llamadas que hizo, sin duda. No entre las llamadas que posiblemente iba a hacer. En algún momento.

—Nuestra información es muy limitada.

—¿A qué?

—Tenemos que resolver esto al revés, señor Westwood. Creemos que estaba a punto de contactar con usted para que le ofreciera una mirada u opinión experta acerca de algo. Necesitamos saber en qué podría haberle ayudado.

—Soy periodista. No soy experto en nada.

—Pero tiene información.

—Cualquiera que lee lo que escribo tiene la misma información que yo.

—Creo que la mayor parte de los lectores imagina que las escenas eliminadas quedan en la sala de montaje. Asumen que usted sabe más de lo que se imprimió. Quizás hubo cosas que no pudo publicar por cuestiones legales. Y así sucesivamente. Y asumen que a usted le gusta todo esto. Y respetan su experiencia.

—Es posible —dijo Westwood—. Pero estamos hablando de una conversación que nunca ocurrió.

—No, ahora estamos pensando en el cliente de Keever. Por ahora imaginamos que se trata de una persona apasionada con tiempo libre. Tenemos pruebas de que llamó a Keever en repetidas ocasiones.

Tenemos la sensación de que es de esa clase de personas. Y claramente hay un asunto del que está muy convencido. Dije que apuesto a que ha llamado a todo el mundo, de la Casa Blanca para abajo. Y lo sostengo. Cientos de personas. Incluyéndole a usted. ¿Por qué no le llamaría? Usted es el editor de ciencia y tecnología de un periódico importante. Quizás escribió algo que estaba relacionado con el asunto de él. Creo que quizás encontró su número en internet no para dárselo a Keever, no inicialmente, sino para hablar directamente con usted. Creo que tiene una obsesión con algún asunto científico raro, y que cree que usted lo entendería. Por lo que creo que quizás le llamó. Creo que quizás usted ha hablado con él.

Hubo una breve pausa, a miles de kilómetros de distancia, y después se oyó de nuevo la voz de Westwood, un poco suprimida, como si estuviese queriendo contener una sonrisa. Dijo:

—Trabajo para el *LA Times*. En Los Ángeles. Ciudad que está en California. Y mi número de teléfono se puede encontrar en internet. En conjunto, todo eso es bueno, pero significa que recibo llamadas extrañas todo el tiempo. Todo el día y toda la noche. He escuchado todas las obsesiones que existen con temas científicos raros. La gente llama para hablar de extraterrestres y de platos voladores y de natalidad y suicidio y radiación y control mental, y eso es solo el último mes.

—¿Estas llamadas se cargan en la base de datos?

—Son prácticamente toda la base de datos. Pregúntele a cualquier periodista.

—¿Puede buscar por tema?

—No les prestamos tanta atención a los detalles. Es gente que divaga. Mayormente usamos categorías. Loco de esta clase, loco de aquella clase. Antes o después bloqueo las llamadas. Cuando abusan de la amabilidad que reciben. En algún momento tengo que dormir.

—Intente con Mother's Rest.

—¿Qué es eso?

—Es el nombre de un pueblo. Dos palabras. Como tu madre descansando, sentada en una silla. Con mayúsculas.

—¿Por qué se llama así el pueblo?

—No lo sé —dijo Reacher.

Oyeron fuerte por el altavoz el ruido de un teclado. La búsqueda en la base de datos, probablemente. Por tema.

—Nada —dijo Westwood.

—¿Está seguro?

—Es un nombre bastante particular.

Reacher no dijo nada.

Westwood dijo:

—No le estoy diciendo que el cliente de su colega no me haya

llamado. Probablemente me llamó. Todos conocemos a gente así. Lo que estoy diciendo es que, ¿cómo puedo saber cuál de todos fue?

Se alejaron de la calle sin salida de Keever y del complejo de viviendas, y pasaron junto a un centro comercial, y llegaron a la entrada de la autopista. Cinco horas a la derecha estaba Mother's Rest, y diez minutos a la izquierda estaba el centro de Ciudad de Oklahoma, con asadores y restaurantes de carnes a la brasa, y hoteles decentes.

Pero Chang dijo:

—No, tenemos que volver.

DIECIOCHO

En vez de comer en un asador o en un restaurante de carnes a la brasa comieron bajo el silencio frío y fluorescente de un área de servicio gestionada por una cadena nacional, que era la tercera mejor del país. Reacher pidió una hamburguesa con queso, que le dieron en un envoltorio de papel, y café en un vaso desechable. Chang pidió una ensalada, que venía servida en un recipiente de plástico tan grande como un balón de baloncesto, con una tapa transparente y un bol de color blanco debajo. Estaba estresada y quizás un poco cansada de conducir, pero pese a todo era una buena compañía. Se colocó el pelo por detrás de los hombros y transformó el ataque a su ensalada en una desgracia compartida, con los ojos bien abiertos y unos seis tipos distintos de medias sonrisas, que expresaban desde desconsuelo y reserva hasta una entretenida expectativa, mientras Reacher levantaba su hamburguesa e intentaba darle un mordisco.

—Gracias por tu ayuda hasta ahora —dijo ella.

—De nada —dijo él.

—Tenemos que pensar en un acuerdo más duradero.

—¿Sí?

—No deberíamos empezar como equipo si voy a terminar trabajando sola.

—Deberías llamar al 911 —dijo él.

—Sería una denuncia de persona desaparecida. Ahora mismo es solo eso. Un adulto independiente, del que hace dos días que no se tienen noticias, en un sector laboral en el que hay muchos viajes casi sin previo aviso. No harían nada. No tenemos ninguna prueba para presentar.

—Su puerta.

—Sin daños. Una puerta cerrada sin llave es prueba de la negligencia del propietario, no de un delito.

—¿Entonces quieres contratarme? ¿Cómo se hace eso, con lo de mantener bajos los gastos de infraestructura?

—Solo quiero que me digas cuáles son tus intenciones.

Él no dijo nada.

Ella dijo:

—Podrías hacer que alguien te lleve de aquí a Ciudad de Oklahoma. No habría ningún tipo de resentimiento.

—Estaba yendo a Chicago. Antes de que empezara a hacer frío.

—Te digo lo mismo. Regresas a Oklahoma y te coges el tren. El

mismo tren que cogiste antes. No se retrasará de nuevo, estoy segura.

Él no dijo nada. Le habían empezado a gustar los zapatos con cordones que usaba ella. Eran prácticos, pero además le quedaban bien. Sus pantalones vaqueros eran viejos y estaban desgastados, y el tiro quedaba por las caderas. Su camiseta era negra, ni ajustada ni suelta. Lo estaba mirando a los ojos.

—Iré contigo —dijo él—. Pero solo si tú quieres. Es un asunto tuyo, no mío.

—Me da apuro pedírtelo.

—No me lo estás pidiendo. Te lo estoy ofreciendo.

—No te puedo pagar.

—Tengo todo lo que necesito.

—¿Y qué es exactamente lo que necesitas?

—Unos cuantos dólares en el bolsillo y cuatro puntos en la brújula.

—Porque necesitaría entender cuáles son tus motivos.

—¿Mis motivos para qué?

—Para ayudarme.

—Creo que la gente debería ayudarse siempre.

—Esto podría ir más allá.

—Estoy seguro de que los dos hemos visto cosas peores.

Ella hizo una pausa.

—Última oportunidad —dijo ella.

—Iré contigo —dijo él.

Para cuando salieron de la autopista ya estaba oscuro. La carretera del condado se extendía hacia delante en medio de la inmensidad, visible solo hasta donde lo permitían las luces delanteras, y oculta más allá de eso. El pequeño Ford avanzaba zumbando y rebotaba de vez en cuando sobre el asfalto erosionado, pálidos tallos de trigo aparecían y desaparecían a ambos lados por el efecto estroboscópico de las luces. Arriba en el cielo había nubes finas y una luna nueva, y a lo lejos un manto de estrellas.

Era imposible saber en qué momento cruzaron el punto en el que habían dejado a los Moynahan. Cada kilómetro era exactamente igual al siguiente. Pero la *pickup* rojo opaco ya no estaba. No la vieron por ningún lado, ni en la carretera del condado ni en los giros locales derecha-izquierda-derecha-izquierda que cruzaban los campos en dirección a Mother's Rest. Vieron el pueblo a dos kilómetros de distancia, vaporoso y fantasmal en medio de la noche. Los elevadores de granos eran con mucho lo más alto del paisaje. Entraron por la vieja carretera de las caravanas, cruzaron la parte más ancha del pueblo, seis manzanas de construcciones bajas, y doblaron en la plaza y siguieron hasta el motel. La luz brillaba en la ventana de la oficina.

—Que comience la diversión —dijo Chang.

Aparcó en la plaza de debajo de su habitación y apagó el motor. Se quedaron quietos un momento en medio del silencio repentino y luego bajaron. Los dos metieron la mano en el bolsillo para empuñar las pistolas capturadas y se quedaron junto al coche, de pie, bajo la media luz amarilla de la noche, que provenía del brillo de las lamparitas eléctricas dentro de sus arreglos de mamparas, una sobre cada puerta, todas funcionando.

No hubo ningún movimiento. Ningún ruido.

Ningún Moynahan. Ninguna patrulla.

Nada.

Entonces, a cien metros de donde estaban, el tuerto salió de la oficina.

Se acercó a toda prisa, igual que como lo había hecho antes, haciendo gestos y señas con las manos, y cuando llegó clavó su imperfecta mirada en el suelo y respiró.

—Les pido disculpas —dijo—. Hubo un error. Que ocasionó un malentendido. Pueden usar la habitación 215 hasta que regrese el otro caballero.

Chang no dijo nada.

—Comprendido —dijo Reacher.

El tuerto asintió, como para cerrar el acuerdo, dio media vuelta y se alejó a toda prisa.

Chang miró al tuerto mientras se alejaba y dijo:

—Podría ser una trampa o una emboscada.

—Podría ser —dijo Reacher—. Pero no creo que sea eso. No querrá que haya una pelea en el interior de la habitación. Quedarían todos los muebles rotos y se pasaría todo el invierno tapando los agujeros de los disparos en las paredes.

—¿Estás diciendo que se rindieron?

—Es una jugada.

—¿Y cuál es la siguiente jugada?

—No lo sé.

—¿Y cuándo será?

—Mañana, probablemente —dijo Reacher.

Miró a su alrededor, los tres lados de la herradura, en la planta baja y el primer piso. Había un contorno de luz alrededor de las cortinas de la habitación 203. Donde se había quedado el hombre de traje. Tenía un nuevo huésped.

—No antes del amanecer —dijo Reacher—. Yo diría.

—¿Vas a dormir bien?

—Eso espero. ¿Y tú?

—Si no lo logro, te llamaré dando unos golpes en la pared.

Subieron juntos la escalera de metal, y sacaron sus respectivas llaves, y abrieron sus respectivas puertas, uno al lado del otro pero a

seis metros de distancia, como vecinos que llegan a casa después de trabajar.

A treinta metros de distancia el tuerto cogió la silla de jardín que estaba fuera de la habitación 102, que seguía vacía, y la llevó hasta el lugar que había usado antes, en la acera bajo la ventana de su oficina. La posicionó y se dejó caer encima, en medio del aire nocturno, listo para obedecer la segunda orden que le habían dado, que había sido *Vigila sus habitaciones toda la noche*.

La primera orden había sido *Incluso si regresan, bajo ninguna circunstancia te metas en líos esta noche*. Asunto que consideró que había resuelto de manera satisfactoria.

DIECINUEVE

Como antes, Reacher se sentó en la oscuridad, invisible desde fuera, apartado de la ventana, solo observando, esta vez desde la perspectiva del primer piso. Quince minutos, después veinte, después treinta. El tiempo que hiciera falta, para estar seguro. El tuerto en su silla de plástico era la misma mancha pálida a lo lejos, a treinta metros de distancia. El contorno de luz alrededor de las cortinas de la 203 se mantuvo constante. No se movía nada. No había coches, no había gente. No había brasas de cigarrillo en la oscuridad.

No pasaba nada.

Cuarenta minutos. Se apagaron las luces de la habitación 203. El tuerto se quedó donde estaba. Reacher le dio diez minutos más y después se acostó.

Llegó la mañana y estaba tan hermosa como la anterior. La luz era de un dorado pálido y las sombras eran largas. Estaba tan hermosa como la primera mañana del mundo, quizás. Reacher se sentó en la cama, envuelto en una toalla, sin café, y observó. La silla de plástico estaba a treinta metros de distancia, fuera de la oficina, pero otra vez la habían dejado abandonada. Las cortinas de la habitación 203 seguían cerradas. Nadie se movía. En la calle ancha había tráfico, se oía pero no se veía, primero una camioneta, después un par más.

Después silencio.

Esperó.

Y sucedieron las mismas cosas.

Las sombras se retiraron, metro a metro, a medida que subía el sol. Llegó el tren de las siete de la mañana, y esperó, y se fue. Y en la habitación 203 se abrieron las cortinas.

Una mujer. El sol seguía reflejándose en el cristal, lo cual hacía que la mujer tuviera un aspecto menos límpido del que debía tener en realidad, pero Reacher alcanzaba a verla, pálida, vestida de blanco, allí de pie, igual que el hombre el día anterior, con los brazos abiertos y las manos en las cortinas. Observaba la mañana, igual que lo había hecho el hombre.

Después llegó el Cadillac sedán, y avanzó hacia la derecha y dio marcha atrás hacia la izquierda, en la misma plaza que la primera vez. Seguía sin tener matrícula delantera. Esta vez el conductor se bajó de inmediato. Por encima de él se abrió la puerta, y la mujer vestida de blanco salió de la habitación. Lo blanco era un vestido, largo por las

rodillas, como una funda. Zapatos blancos. No era joven, pero estaba en buena forma. Como si le dedicara tiempo a eso. Tenía el pelo color ceniza, con un corte estilo *bob*.

Tenía más equipaje que el hombre anterior. Tenía una buena maleta de mano, con rueditas y asa. Más grande que la cartera de cuero. Pero no enorme. Delicada, incluso. Se dirigió hacia la escalera y el conductor del Cadillac se anticipó a la situación y le hizo un gesto de *Espere* y subió a encontrarse con ella. El hombre plegó el asa y bajó el equipaje, por delante de ella, como indicándole el camino. Lo guardó en el maletero y la mujer se subió al asiento trasero, y él se ubicó de nuevo detrás del volante y el coche arrancó y se alejó.

Seguía sin tener matrícula trasera.

Reacher fue a darse una ducha. Oyó a Chang en el baño de al lado. Las bañeras compartían una pared. Lo cual quería decir que no había ido a esperar el tren de la mañana. Lo cual era una decisión racional. Le había ahorrado la caminata en ambas direcciones. Quizás ella había hecho lo mismo que él y había observado. Quizás habían estado sentados uno al lado del otro, envueltos en una toalla, separados solo por la pared. Aunque probablemente ella tenía un pijama. O un camisón. Probablemente no muy grueso. Dado el clima y la necesidad de llevar pocas cosas.

Él salió antes que ella y se dirigió hacia el restaurante de carretera, con la esperanza de conseguir las mismas dos mesas una al lado de la otra en el rincón del fondo, lo cual sucedió. Colgó su chaqueta en la silla de ella, más caída de un lado por el peso de la Smith en el bolsillo, y pidió café. Chang llegó cinco minutos más tarde, con los mismos pantalones vaqueros pero con una camiseta limpia y el pelo todavía muy negro por el agua de la ducha. Su chaqueta también estaba más caída de un lado, por su Smith. Como cualquier expolicía, miró a su alrededor, 360 grados, siete u ocho fotos distintas, y después cruzó el salón llena de energía, como movida por algo que parecía entusiasmo, o quizás alguna especie de euforia compartida por su supervivencia mutua a lo largo de la noche. Se deslizó en el asiento junto a él.

—¿Dormiste? —dijo él.

—Debo de haber dormido —dijo ella—. Creía que no iba a poder.

—No fuiste a esperar el tren.

—Lo tienen prisionero, según dijiste. Y eso en el mejor de los casos.

—Es una suposición.

—Es una observación razonable.

—¿Viste a la mujer en la habitación 203?

—No la entendí muy bien. Vestida de negro podría haber sido una inversora o una administradora de fondos de inversión o alguna otra cosa que mereciera la rutina del ejecutivo junior. Su cara y su corte de

pelo pegaban con eso. Y tiene una llave del gimnasio de la empresa. Eso seguro. ¿Pero vestida de blanco? Parecía que iba a una fiesta al aire libre en Montecarlo. A las siete de la mañana. ¿Quién hace eso?

—¿Será una cuestión de moda? ¿La idea que alguien tiene de la ropa que hay que usar en verano?

—Sinceramente espero que no.

—¿Quién era, entonces?

—Parecía estar yendo al ayuntamiento para su quinta boda.

La camarera se acercó y Chang le preguntó:

—¿Conoces a alguien en el pueblo que se llame Maloney?

—No —dijo ella—. Pero conozco a dos tipos que se llaman Moynahan.

Y después guiñó el ojo y se fue.

—Ahora definitivamente es tu mejor amiga para siempre —dijo Chang—. No creo que los Moynahan le caigan bien.

—No veo cómo podrían caerle bien a alguien —dijo Reacher.

—A alguien deben de caerle bien. Deberíamos asumir que ellos tienen sus propios mejores amigos para siempre. Deberíamos esperar una reacción.

—Pero no todavía. Los dos recibieron un golpe. Va a ser como tener gripe durante un par de días. No al estilo de un programa de televisión, donde se recuperan mientras pasan los anuncios.

—Pero en algún momento se van a recuperar. Podría ser una escena de mafiosos, entre sus amigos y sus cómplices.

—Fuiste policía. Estoy seguro de que ya habrás disparado a alguien.

—Ni siquiera desenfundé el arma. Fui policía en Connecticut. Un pueblo.

—¿Y en el FBI?

—Era analista financiera. Trabajo administrativo.

—¿Pero te entrenaron, no? ¿En el polígono de tiro?

—Era obligatorio.

—¿Y eras buena?

—No dispararé a menos que ellos disparen primero.

—Me parece bien.

—Esta charla es un disparate. Esto es una estación de ferrocarril. No es el O.K. Corral.

—Por todos esos lugares pasaba el ferrocarril. Ese era el punto. El malo se bajaba del tren. O el nuevo sheriff.

—¿Cuán serio te parece que es esto?

—Está en una escala, como cualquier otra cosa. En una punta Keever está en Las Vegas con una joven de diecinueve años. En la otra punta está muerto. Yo me inclino hacia la mitad, más del lado en que está muerto. O quizás un poco más allá. Lo siento. Probablemente haya sido un accidente. O un semiaccidente. O el pánico. Por lo que

ahora no saben qué hacer.

—¿Nosotros sabemos qué hacer?

—Ahora mismo tenemos una agenda sencilla dividida en tres partes. Desayunar, tomar café y encontrar a Maloney.

—Tal vez no sea fácil.

—¿Cuál de las tres partes?

—Maloney.

—Deberíamos empezar por la oficina de recepción. Donde están los elevadores de granos. Apuesto a que conocen todos los apellidos que hay en trescientos kilómetros a la redonda. Y podrían llegar a ser dos pájaros de un tiro. Si hay algo sospechoso con respecto al trigo, podríamos percibirlo.

Chang asintió y dijo:

—¿Cómo dormiste?

—Fue raro al principio, con las cosas de Keever en la habitación. Su maleta contra la pared. Me sentí como si fuera otra persona. Alguien normal. Pero después se me pasó.

La oficina de recepción era una estructura simple de madera que estaba ubicada a continuación de la báscula para pesar camiones. Era puramente funcional. Era lo que era. No hacía ninguna concesión ni al estilo ni a la idea de generar alguna suerte de atractivo. No lo necesitaba. Era la única del pueblo y los agricultores la usaban o se morían de hambre.

Dentro tenía mostradores para completar formularios, y un suelo gastado sobre el que los camioneros hacían fila, y un escritorio alto en el que se registraban los repartos. Detrás del escritorio había un hombre canoso que llevaba puesto un peto, con un lápiz gastado en la oreja. Estaba lidiando con pilas de papeles. Era probable que se estuviera preparando para la cosecha. Parecía una persona plenamente feliz en su pequeño feudo.

—¿En qué les puedo ayudar? —dijo.

—Estamos buscando a alguien que se llama Maloney —dijo Reacher.

—No soy yo.

—¿Conoce a algún Maloney que viva en la zona?

—¿Quién pregunta?

—Somos detectives privados de Nueva York. Una persona murió y le dejó todo su dinero a otra persona. Pero resulta que esta otra persona también ya se murió, por lo que ahora el dinero está de nuevo disponible para repartir entre todos los familiares que podamos encontrar. Uno de ellos dice que tiene un familiar en este condado que se llama Maloney. Eso es todo lo que sabemos.

—No soy yo —dijo otra vez el tipo—. ¿Cuánto dinero?

—No lo podemos decir.

—¿Mucho?

—Peor es nada.

—¿Y entonces en qué les puedo ayudar?

—Supusimos que usted debe conocer muchísimos nombres de las familias de los alrededores. Imagino que la mayoría de la gente pasará por esta oficina en algún momento.

El tipo asintió, como si se hubiera establecido una conexión vital e imprevista. Apretó la barra espaciadora en el teclado y se iluminó la pantalla. Movió un poco el *mouse* e hizo clic en algo y apareció una lista, larga y densa. Muchísimos nombres. Dijo:

—Esta es la gente que está preinscrita para el uso de la báscula de camiones. Es más rápido así. Lo cual es necesario, cuando estamos con mucho trabajo. Supongo que estas deben ser todas las personas del vecindario que se dedican al negocio de los granos. De los propietarios a los trabajadores, ida y vuelta. Hombres, mujeres y niños. Es un sector en el que participan todos en ciertos momentos del año.

—¿Hay algún Maloney allí? —dijo Chang—. Estaríamos muy agradecidos si nos facilita el nombre de pila y una dirección.

El tipo usó otra vez el *mouse* y la lista se desplazó hacia arriba. Orden alfabético. Se detuvo a la mitad y dijo:

—Hay un Mahoney. Pero falleció, creo. Hace dos o tres años, si mal no recuerdo. Cogió cáncer. Nadie supo cáncer de qué.

—¿Nadie de apellido Maloney? —dijo Chang.

—No en la lista.

—Si no es alguien que trabaje en el negocio de los granos, ¿usted de todos modos lo conocería?

—Quizás socialmente. Pero no lo conozco. No conozco a nadie que se llame Maloney.

—¿Hay alguna otra persona a la que le podamos preguntar?

—Podrían probar en el local de Western Union. Con la franquicia FedEx. Más o menos es nuestra oficina de correos.

—Vale —dijo Reacher—. Gracias.

El tipo asintió y miró hacia otro lado y no dijo nada, como si estuviese al mismo tiempo encantado y molesto por la interrupción en su rutina.

Reacher recordaba dónde estaba el local de Western Union. Ya lo había visto antes, dos veces, en sus exploraciones bloque a bloque. Un lugar pequeño, con una ventana abarrotada de letreros de neón de MoneyGram, y de servicio de fax, y de fotocopias, y de FedEx, y de UPS, y de DHL. Entraron y el tipo que estaba detrás del mostrador alzó la vista. Tenía alrededor de cuarenta años, era alto y de buena contextura física, no gordo pero ciertamente excedido de peso, con

mucho pelo en la cabeza y un rostro simple.

Era el conductor del Cadillac.

VEINTE

El local era tan simple como la oficina de recepción, todo era polvo y madera sin pintar, había máquinas gastadas color beis para enviar faxes y hacer fotocopias, y pilas desordenadas de formularios para los servicios de paquetería, y tambaleantes montones de paquetes, algunos probablemente recibidos y otros probablemente para enviar. Algunos paquetes eran pequeños, apenas más grandes que la etiqueta con la dirección que tenían pegada, y otros eran grandes, incluyendo dos que evidentemente habían sido enviados por fabricantes extranjeros en sus cajas originales, de los cuales uno era un equipamiento médico alemán hecho de acero inoxidable estéril, si es que Reacher podía confiar en sus dotes de traductor, y el otro era una cámara de vídeo de alta definición proveniente de Japón. Había resmas de papel para fotocopias sobre unos estantes abiertos, y bolígrafos atados con cuerdas, y un cartel de corcho para colgar anuncios en una pared, tapado de volantes clavados con chinchetas que ofrecían todo tipo de servicios vecinales, incluyendo clases de guitarra y mercadillos de garaje y habitaciones para alquilar. *Es más o menos nuestra oficina de correos*, había dicho el tipo de la caseta de recepción, y Reacher veía por qué.

—¿En qué les puedo ayudar? —dijo el conductor del Cadillac.

Estaba detrás de un mostrador de madera terciada, contando billetes de un dólar.

—Le reconozco de algún lado —dijo Reacher.

—¿Sí? —dijo el tipo.

—Fue jugador de fútbol americano en la universidad. De Miami. 1992, ¿no es así?

—No era yo, compañero.

—¿La USC?

—Se equivocó de persona.

—Entonces es el chofer del taxi —dijo Chang—. Le vimos en el motel esta mañana.

El tipo no contestó.

—Y ayer a la mañana —dijo Chang.

No hubo respuesta.

Sobre el mostrador había una bandeja pequeña de alambre, llena de tarjetas de MoneyGram provistas por la franquicia. Un beneficio suplementario, quizás, además de la comisión. Reacher cogió una tarjeta y la leyó. El apellido del tipo no era Maloney. Reacher le

preguntó:

—¿Tiene una guía telefónica local?

—¿Para qué?

—Para balancearla sobre mi cabeza y mejorar mi postura.

—¿Qué?

—Quiero buscar un número. ¿Para qué otra cosa sirve una guía telefónica?

El tipo hizo una pausa larga, como buscando una razón legítima para negarle la petición, pero al final no pudo encontrar ninguna, aparentemente, porque se agachó y sacó un delgado volumen de debajo del mostrador, y lo rotó 180 grados, y lo deslizó por encima de la madera terciada.

—Gracias —dijo Reacher, y hojeó la guía con el dedo pulgar hasta las páginas en las que de la letra L pasaba a la M.

Chang se inclinó un poco para poder ver.

No había ningún Maloney.

—¿Por qué se llama Mother's Rest el pueblo? —preguntó Reacher.

—No sé —dijo el tipo que estaba detrás del mostrador.

—¿De qué año es su Cadillac? —dijo Chang.

—¿De qué manera eso podría ser de su incumbencia?

—No es de mi incumbencia, en realidad. No somos del Registro Automotor. No nos importan las matrículas. Nos interesa, eso es todo. Parece un buen automóvil.

—Cumple con su trabajo.

—¿Y cuál es su trabajo?

El tipo hizo una pausa.

—Es un taxi —dijo—. Tal como imaginaron.

—¿Conoce a alguien que se llame Maloney de apellido?

—¿Debería?

—Podría ser.

—No —dijo el tipo, con cierta seguridad, como contento de pisar en terreno firme—. No hay nadie de apellido Maloney en este condado.

Reacher y Chang regresaron a la calle ancha y se quedaron de pie bajo la luz del sol. Chang dijo:

—Mintió con respecto al Cadillac. No es un taxi. Un sitio como este no necesita un taxi.

—¿Y qué es entonces? —dijo Reacher.

—Parecía un transporte de algún club, ¿no? Como un carrito de golf en un resort. Para llevar a los huéspedes de un lugar a otro. De la recepción a las habitaciones. O de las habitaciones al spa. Como algo de cortesía. Más aún sin las matrículas.

—Salvo que este lugar no es un resort. Es un gigantesco campo de

trigo.

—Como sea, no fue lejos. Fue hasta allí y volvió en el tiempo que a nosotros dos nos llevó ducharnos y desayunar. Una hora, quizás. Treinta minutos para llegar, treinta para volver. Un radio máximo de treinta kilómetros, en estas carreteras.

—Son más de dos mil quinientos kilómetros cuadrados —dijo Reacher—. *Pi* por radio al cuadrado. Más de dos mil ochocientos kilómetros cuadrados, de hecho. ¿Relacionado con lo de Keever o no?

—Relacionado, obviamente. En el motel el tipo se comportó igual que el tipo de los repuestos que fue a esperar el tren. Como un lacayo. Y el de los repuestos te delató porque te pareces un poco a Keever. Por lo que está relacionado.

—Necesitaríamos un helicóptero para registrar dos mil ochocientos kilómetros cuadrados —dijo Reacher.

—Y no hay ningún Maloney —dijo Chang. Metió la mano en el bolsillo trasero y sacó el marcapáginas de Keever. *Mother's Rest, Maloney*—. A menos que el tipo también esté mintiendo en eso. Que no figure en la guía telefónica no demuestra nada. Podría simplemente no estar registrado. O haber llegado al pueblo hace poco.

—¿La camarera también mentiría?

—Deberíamos probar en el mini supermercado. Si existe, y si no va a comer al restaurante, entonces tiene que comprar comida ahí. De alguna manera se tiene que alimentar.

Empezaron a andar hacia el sur por la calle ancha.

Mientras tanto, el conductor del Cadillac estaba ocupado reportando la situación. Tal como había sucedido. Dijo:

—Están completamente perdidos.

—¿Cómo lo sabes? —dijo el tuerto desde la oficina del motel.

—¿Alguna vez oíste hablar de algún Maloney?

—No.

—Esa es la persona a la que están buscando.

—¿A un hombre que se llama Maloney?

—Buscaron en mi guía telefónica.

—No hay ningún Maloney.

—Exacto —dijo el conductor del Cadillac—. Están completamente perdidos.

El mini supermercado parecía no haber cambiado nada en los últimos cincuenta años, más allá de marcas y precios. Pasando el vestíbulo de la entrada estaba oscuro y lleno de polvo y olía a tela húmeda. Había cinco pasillos estrechos llenos de distintas cosas que iban de herramientas de carpintería a paquetes de galletas, y de velas a comida enlatada, y de papel higiénico a lamparitas. Había un perchero

con ropa de trabajo, que captó la atención de Reacher. La ropa que tenía puesta era de hacía cuatro días, y estar cerca de Chang no le permitía olvidarlo. Ella olía a jabón y a piel limpia y un poco a perfume. Él lo había percibido, cuando ella se le había acercado para ver mejor la guía telefónica, y se había preguntado qué habría percibido ella. Cogió unos pantalones y una camisa, y encontró medias y un calzoncillo y una camiseta en el estante de enfrente. Un dólar por cada una de las cosas más pequeñas, y menos de cuarenta por los artículos principales. En conjunto una buena inversión, pensó. Llevó todo al mostrador que estaba al fondo y lo apoyó ahí.

El dueño del súper no quiso venderle nada.

—No quiero su dinero —dijo—. No es bienvenido aquí.

Reacher no dijo nada. El tipo era un individuo fibroso, de quizás sesenta años de edad. Tenía los pómulos hundidos y cubiertos de una barba blanca de uno o dos días, y pelo fino canoso, sin lavar y demasiado largo, y mechones en las orejas, y vello en la nuca. Llevaba dos camisas puestas, una encima de la otra. Dijo:

—Así que váyase. Esto es propiedad privada.

—¿Tiene seguro de salud? —dijo Reacher.

Chang le apoyó la mano en el brazo. Era la primera vez que lo tocaba, pensó Reacher, a propósito de nada.

—¿Me está amenazando? —dijo el tipo.

—Podríamos decir que sí —dijo Reacher.

—Estamos en un país libre. Puedo decidir a quién le vendo y a quién no. Es lo que dice la ley.

—¿Cómo se llama?

—No es asunto suyo.

—¿Su apellido es Maloney?

—No.

—¿Me puede dar cambio de un dólar?

—¿Para qué?

—Quiero usar el teléfono público.

—Hoy no funciona.

—¿Usted tiene su propio teléfono atrás?

—No lo puede usar —dijo el tipo—. No es bienvenido aquí.

—Vale —dijo Reacher—. Entiendo el mensaje.

Miró las etiquetas de los artículos que tenía enfrente. Un dólar las medias, un dólar los calzoncillos, un dólar la camiseta, diecinueve con noventa y nueve los pantalones y diecisiete con noventa y nueve la camisa. Subtotal, cuarenta dólares con noventa y ocho centavos, más probablemente un siete por ciento de impuestos. Daño total, cuarenta y tres dólares con ochenta y cinco centavos. Sacó dos billetes de veinte y uno de cinco y los colocó ordenados uno arriba del otro. Los dobló a lo largo para corregirles el pliegue. Los apoyó en el mostrador.

—Tiene dos opciones, compañero —dijo—. Llame a la policía y dígales que el comercio ha prosperado en el pueblo. O acepte mi dinero. Quédese con el cambio, si quiere. Inviértalo quizás en una afeitada y un corte de pelo.

El tipo no contestó.

Reacher hizo un rollo con todas sus compras y se las puso bajo el brazo. Caminó detrás de Chang hacia la salida del negocio y se detuvo en el vestíbulo para corroborar el teléfono. No tenía tono. Solo un susurrante silencio, como una conexión directa con el espacio exterior, o el latido de la sangre en su cabeza.

—¿Coincidencia? —dijo Chang.

—Lo dudo —dijo Reacher—. El tipo probablemente desconectó los cables. Quieren que estemos aislados.

—¿A quién querías llamar?

—A Westwood, en Los Ángeles. Se me ocurrió algo. Y después se me ocurrió otra cosa. Pero creo que primero va a ser mejor que vayamos a ver el motel.

—El tipo del motel no nos dejará usar su teléfono.

—No —dijo Reacher—. Creo que eso lo podemos dar casi por garantizado.

Se acercaron a la herradura del motel desde el sur, por lo que lo primero que vieron fue el ala de la oficina. En la acera junto a la ventana había tres cosas. Lo primero era una silla de jardín de plástico, vacía, pero todavía en la misma posición en la que había pasado la noche.

Lo segundo era la maleta maltrecha de Keever, vista por última vez en la habitación 215, ahora hecha de nuevo y a la espera, repleta y abandonada.

Lo tercero era la maleta de Chang, con todos los cierres cerrados, la manija levantada, también hecha de nuevo y a la espera.

VEINTIUNO

Chang se quedó quieta, como en un acto reflejo, y Reacher se detuvo junto a ella. Reacher dijo:

—No hay habitaciones disponibles.

—Su siguiente jugada —dijo ella.

Empezaron a andar de nuevo, acercándose cada vez más, cambiando la geometría, observando el interior de la herradura, viendo grupos de hombres que simplemente estaban ahí, esperando, ocupando los espacios vacíos del aparcamiento, pateando los bordes de la acera, de pie en los carriles para la circulación de coches. Quizás treinta hombres en total, incluyendo al Moynahan que había recibido la patada en la entrepierna. Se le veía un poco pálido, pero no más pequeño que antes. Su desafortunado familiar no estaba. Probablemente seguía en la cama, atiborrado de analgésicos.

—Iremos directamente a mi habitación —dijo Reacher.

—¿Estás loco? —dijo Chang—. Con suerte lograremos llegar al coche.

—Me compré ropa nueva. Necesito cambiarme.

—Tráela. Te puedes cambiar más tarde.

—Ya fue una concesión no cambiarme en la tienda. No me gusta andar cargando cosas.

—No podemos pelear contra treinta personas.

Siguieron avanzando y se detuvieron a seis metros de la escalera que tenían que usar. Cerca de esa escalera había tres hombres. Los tres miraban hacia la oficina, de donde estaba saliendo el tuerto, a toda prisa, haciendo gestos y señas con las manos. Cuando llegó dijo:

—La reserva del señor Keever ha concluido. Por lo que también concluye la de su socia. Y me temo que no se pueden renovar. En esta época del año las habitaciones que no están ocupadas quedan inhabilitadas durante uno o dos días, por cuestiones de mantenimiento. Para la cosecha.

Reacher no dijo nada. *No podemos pelear contra treinta personas.* La respuesta natural de Reacher fue: *¿Por qué no?* Lo tenía en el ADN. Como respirar. Era un peleador instintivo. Su mayor fortaleza y su mayor debilidad. Era muy consciente de eso, incluso mientras calculaba mentalmente la mecánica del problema, uno contra treinta. Los primeros doce eran fáciles. Tenía quince balas en la Smith y no fallaría más de tres disparos. Y, asumiendo que Chang captara la indirecta, ella podía encargarse de otros seis. O algo así. Había sido

una administrativa, pero por el otro lado la distancia era corta y había muchos objetivos. Lo cual haría que quedaran doce, después de que se vaciaran las pistolas, que era más de lo que recordaba haber enfrentado antes, todos juntos, de una sola vez, pero tenía que ser posible. Mucho dependería de la conmoción, supuso, que sería considerable, probablemente. El ruido, los fogonazos de las armas, los casquillos volando por el aire a la luz del sol, muchos hombres cayendo de uno en uno.

Tenía que ser posible.

Pero no. No podía luchar contra treinta personas. No en ese momento. No sin tener más información. No tenía ninguna causa probable.

—¿A qué hora es el *check out*? —dijo.

—A las once —dijo el tuerto, y después cerró la boca, visiblemente, como si hubiese deseado no haber hablado nunca.

—¿Y qué hora es? —dijo Reacher.

El tuerto no contestó.

—Son las nueve menos tres minutos —dijo Reacher—. Mucho antes de las once ya nos habremos ido. Es una promesa. Así que ahora puede tranquilizarse todo el mundo. No hay nada que ver aquí.

El tuerto se quedó quieto, decidiendo qué hacer. Al fin asintió. Los tres hombres que estaban cerca de la escalera retrocedieron, medio paso, pero su intención quedó clara. No se iban a ningún lado, pero tampoco iban a hacer nada. No todavía.

Reacher subió las escaleras detrás de Chang, y abrió su puerta, y entró a su habitación. Chang dijo:

—¿De verdad nos vamos? ¿A las once?

—Antes de las once —dijo Reacher—. Probablemente en diez minutos. No tiene sentido que nos quedemos. No sabemos lo suficiente.

—No podemos abandonar a Keever así como así.

—Necesitamos ir a algún sitio en el que al menos podamos hablar por teléfono. —Tiró su ropa nueva sobre la cama, y abrió los paquetes de plástico y arrancó las etiquetas. Dijo—: Quizás me debería dar una ducha.

—Te duchaste hace dos horas. Te escuché del otro lado de la pared.

—¿Me escuchaste?

—Estás bien. Solo vístete.

—¿Estás segura?

Ella asintió y cerró la puerta con llave del lado de adentro, y enganchó la cadena. Él se llevó las cosas al baño y se quitó lo viejo y se puso lo nuevo. Guardó la Smith en un bolsillo y el cepillo de dientes en otro, y su dinero en efectivo, y su tarjeta de débito, y su pasaporte. Hizo un rollo con la ropa vieja y la metió en el recipiente de la basura.

Se miró en el espejo. Se colocó el pelo con la mano. Ya estaba listo.

—Reacher, están subiendo por la escalera —gritó Chang desde otro lado.

—¿Quiénes? —respondió él.

—Unos diez hombres. Como una comisión.

Reacher escuchó cómo retrocedía Chang. Oyó los golpes en la puerta, enfadados e impacientes. Salió del baño y escuchó el traqueteo del picaporte y el tintineo de la cadena. Vio unas siluetas del otro lado de la ventana, en la galería, un amontonamiento de hombres, algunos mirando hacia dentro a través del cristal.

—¿Qué vamos a hacer? —dijo Chang.

—Lo mismo que teníamos pensado hacer —dijo él—. Irnos.

Reacher se acercó a la puerta y sacó la cadena. Apoyó la mano en el picaporte.

—¿Lista? —dijo.

—Más lista que nunca —dijo Chang.

Reacher abrió la puerta. Hubo un movimiento repentino en el exterior y el hombre que estaba más cerca trastabilló hacia delante. Reacher le apoyó la mano en el pecho y lo empujó. Sin ningún tipo de amabilidad.

—¿Qué? —dijo Reacher.

El tipo se colocó de nuevo y dijo:

—Se adelantó el horario del *check out*.

—¿A qué hora hay que irse?

—Ya mismo.

Reacher nunca antes había visto al tipo. Manos grandes, espalda ancha, cara arrugada, la ropa cubierta de suciedad. Elegido de algún modo, probablemente, como cabecilla. Como vocal. Lo más destacado de la escoria local, sin duda, según aclamación popular.

—¿Cómo te llamas? —dijo Reacher.

El tipo no contestó.

—Es una pregunta simple —dijo Reacher.

No hubo respuesta.

—¿Tu apellido es Maloney?

—No —dijo el tipo, con algo en la voz. Como si fuera una pregunta estúpida.

—¿Por qué este lugar se llama Mother's Rest? —dijo Reacher.

—No sé.

—Esperad abajo. Nos iremos cuando estemos listos.

—Vamos a esperar aquí —dijo el tipo.

—Abajo —dijo Reacher de nuevo—. Y tenéis dos maneras de llegar. Una es por la escalera. La otra es de cabeza y por encima de la baranda. Vosotros decidís. Por mí está bien cualquiera de las dos.

Debajo de ellos el tuerto miraba hacia arriba. Habían acercado las

maletas al coche. Estaban una al lado de la otra sobre el asfalto, junto a la puerta del maletero del Ford. El tipo de las manos grandes y la ropa sucia hizo una mueca, que fue en parte un gesto con los hombros, en parte una mirada de desprecio, en parte asentimiento, y dijo:

—De acuerdo, tenéis cinco minutos más.

—Diez más —dijo Reacher—. Creo que ese es el tiempo que vamos a necesitar. ¿Te parece bien? Y no vuelvan a subir.

El tipo lo miró de una manera particular, como una especie de desafío mudo.

—¿A qué te dedicas? —dijo Reacher.

—Soy criador de cerdos —dijo el tipo.

—¿Siempre te dedicaste a eso?

—Desde pequeño.

—¿En el mismo lugar?

—Lo suficientemente cerca.

—¿Estuviste en el ejército?

—No.

—Me pareció que no —dijo Reacher—. Nos permitiste ocupar el terreno elevado. Lo cual fue muy tonto. Porque treinta hombres no significan nada si tienen que subir por una escalera de dos en dos. Sabes que estamos armados. Los podríamos derribar como ardillas. Desde el interior de un edificio hecho con bloques de hormigón. Que no podéis destruir a no ser que tengáis lanzagranadas, que no creo. Por lo que no vuelvas a subir la escalera. Y mucho menos en la posición de líder.

El tipo no respondió, y Reacher retrocedió y le cerró la puerta en la cara. Chang dijo:

—Si nuestro objetivo es salir de aquí con vida, creo que no deberías provocarlos.

—No estoy de acuerdo —dijo Reacher—. Porque apenas nos hayamos ido se van a hacer una pregunta. ¿Vamos a volver? Ese va a ser el gran tema de debate. Si nos hubiésemos comportado de manera amable y sumisa, se habrían dado cuenta de que estábamos actuando. Mejor que crean que su estrategia para mantenernos alejados funcionó.

—Y funcionó. Como tú dijiste, no sabemos nada.

—Algo sabemos. Yo dije que no sabemos lo suficiente.

—¿Qué sabemos?

—Sabemos que el conserje llamó para informar acerca de la situación. Le dijo a su jefe que a las once ya nos habríamos ido, pero eso para el tipo no fue suficiente. El arreglo no era aceptable. Quería que nos fuésemos de inmediato. De ahí los diez hombres con el mensaje nuevo. Que fue un mensaje que anoche no nos dieron.

Anoche nos recibieron con los brazos abiertos. Así que, ¿qué cambió?

—La mujer de blanco —dijo Chang.

—Exacto. El mismo tipo que quiere que nos vayamos ya mismo no quería que se agitaran las cosas mientras ella estaba en las instalaciones. Pero ahora ella ya no está, así que ahora todo funciona otra vez como siempre.

—¿Quién era esa mujer? ¿Y a dónde fue?

—No lo sabemos. Tampoco sabemos nada del hombre de traje. Salvo que de alguna manera eran importantes. En el sentido de que todos tenían que comportarse correctamente mientras ellos estuvieran cerca. Vi al recepcionista ordenando antes de que viniera el coche a buscar al hombre de traje. Acomodó todas las sillas. Antes de que el hombre viera el lugar a la luz del día.

—No eran inversores. No del tipo de los que viajan a inspeccionar una inversión, en todo caso. No tenían esa energía. Paso mucho tiempo con inversores.

—¿Y qué eran?

—No tengo ni idea. Los invitados especiales de alguien, o los mejores clientes de alguien. O algo así. ¿Cómo deberíamos de saberlo? Quizás es gente que está escapando de la justicia. Quizás es una vía de escape clandestina. Pero de un mercado de nicho. Algo exclusivo. Paz y tranquilidad y una buena noche de descanso garantizadas, y todos los transportes por carretera en Cadillac. Para criminales de guante blanco.

—¿La mujer se vestiría bien para algo así?

—Probablemente no.

—Coincido en que da la sensación de ser alguna suerte de escape clandestino de algo —dijo Reacher—. Se bajan del tren, pasan la noche en el motel, la mañana después siguen en coche. Da la sensación de ser algo muy transitorio. También parece que funciona en una sola dirección. Como si esta fuese una parada en un viaje más largo.

—¿De dónde a dónde?

Reacher no contestó.

—¿Entonces qué hacemos ahora? —dijo Chang.

—Vamos hacia el oeste y lo resolvemos cuando tu teléfono empiece a funcionar.

Cuando pasaron exactamente diez minutos abrieron la puerta y salieron a la galería. Los treinta hombres seguían ahí, debajo de ellos, aún reunidos en pequeños grupos independientes de dos, de tres y de cuatro, rodeando en conjunto el pequeño Ford verde en un semicírculo abierto e irregular. El que estaba más cerca era el criador de cerdos, a unos tres metros del coche. Junto a él estaba el Moynahan

malherido. Los dos parecían tensos e impacientes. Reacher se metió la mano en el bolsillo, con la palma y tres dedos rozando la Smith, y empezó a bajar las escaleras, con Chang detrás de él. Llegaron abajo y ella accionó el llavero remoto y los pestillos del coche se abrieron con un golpe seco que sonó muy fuerte en medio del silencio.

Reacher dio la vuelta al capó y miró al criador de cerdos y dijo:

—Nos iremos en cuanto terminen de cargar nuestras maletas en el maletero.

—Cárgalas tú —dijo el criador de cerdos.

Reacher se apoyó en el Ford, con las manos en los bolsillos y las piernas cruzadas a la altura de los tobillos. Un tipo cualquiera, esperando. Con todo el tiempo del mundo. Dijo:

—Aparentemente no les molestó hacerlas y traerlas hasta aquí. Por lo que supongo que no tienen una objeción constitucional a tocar nuestras cosas. O una alergia. O cualquier otra clase de impedimento. Por lo que este es el momento de terminar el trabajo. Cargadlas en el coche y nos vamos. Eso es lo que queréis, ¿no?

El tipo no dijo nada.

Reacher esperó. El silencio se agravó. Podía escuchar el trigo meciéndose al viento, a cien metros de distancia. Nadie se movía. Después un tipo miró al tipo que tenía al lado, que miró hacia atrás, y al poco tiempo ya todos se estaban mirando entre sí, miradas breves y agudas, una furiosa discusión muda acerca de negociar dignidad a cambio de resultados. *Cargadlas en el coche y nos vamos. Eso es lo que queréis, ¿no?*

Cárgalas tú.

Eventualmente un tipo que estaba detrás del criador de cerdos rompió filas y avanzó. Un pragmático, claramente. Se acercó hasta el coche y levantó la puerta trasera y guardó las maletas dentro, de una en una, primero la de Keever y después la de Chang.

Cerró la puerta y retrocedió.

—Gracias —dijo Reacher—. Espero que tengáis todos un muy buen día.

Abrió la puerta del acompañante y se deslizó en el asiento. Al lado, Chang se deslizó detrás del volante. Cerraron las puertas juntos y Chang encendió el motor. Salió marcha atrás del aparcamiento en el que estaba aparcada, y giró el volante y avanzó, salió a la plaza, y después fue hacia el norte, pasando frente al restaurante de carretera y frente a la tienda, hasta llegar a la vieja carretera de caravanas, donde dobló a la izquierda y se dirigió hacia el oeste, con la carretera extendiéndose recta por delante de ella, infinita, hasta que desaparecía en medio de la niebla dorada del horizonte, donde se la veía fina como una aguja.

—¿Vamos a volver? —dijo ella.

Reacher sacó la mano de la pistola, por primera vez desde que habían salido de la habitación del motel.

—Imagino que tendremos que volver —dijo.

VEINTIDÓS

Condujeron durante tres horas, y después pararon a echar gasolina y a comer. Seguía sin haber señal de móvil. Calcularon que podrían llegar a no tener señal hasta que no estuvieran cerca del corredor de la I-25, ya bien entrados en el estado de Colorado. Otras cuatro horas, quizás. En cuyo caso podrían ir directo hacia Colorado Springs, que era donde Chang había alquilado el Ford y de donde despegaban aviones a Los Ángeles de manera regular. Estuvieron de acuerdo en que su próximo destino era Los Ángeles. El teléfono era un invento maravilloso, pero a veces inadecuado. Viajar implicaba que en su futuro cercano habría seguridad aeroportuaria, por lo que desarmaron las Smith & Wesson y tiraron sus componentes en diferentes cestos de basura de la parada. Lo que fácil viene fácil se va.

Después Reacher condujo el tramo siguiente, sin carné de conducir y de manera ilegal, pero en dos horas se cruzaron tan solo con dos vehículos, de los cuales ninguno era un coche de policía. Después Chang se puso de nuevo al volante, y siguieron el viaje, hasta que el horizonte dorado se tornó gris, lo cual significaba que se estaban acercando a la civilización. Hablaron acerca de qué hacer con la maleta de Keever. Reacher, poco sentimental con respecto a las posesiones, estaba a favor de tirarla a la basura. Pero para Chang era un talismán. Como un rayo de esperanza. Quería seguir viajando con la maleta. Al final llegaron a un acuerdo. Frenaron en el FedEx de un centro comercial en las afueras de Colorado Springs y enviaron la maleta a la casa amarilla de la calle sin salida, en el deslucido complejo de viviendas de Ciudad de Oklahoma. Chang completó el formulario con el domicilio y tras una larga vacilación marcó la casilla que decía *no se necesita firma*.

Esa tarde ocho hombres se encontraron en el mostrador del mini supermercado en Mother's Rest. El dueño de la tienda ya estaba allí, con sus dos camisas y su pelo desordenado, y el primero en llegar fue el tipo de los repuestos de la tienda de riego, al que le siguieron el conductor del Cadillac, y el recepcionista tuerto del motel, y el criador de cerdos, y el hombre que atendía en el mostrador del restaurante, y el Moynahan al que le habían pegado una patada en la entrepierna y le habían quitado el arma.

El octavo participante de la reunión llegó cinco minutos después. Era un hombre robusto, con la cara roja, estaba recién duchado y

llevaba puestos unos vaqueros planchados y una camisa de vestir. Era más grande que Moynahan y que el tipo de los repuestos y que el conductor del Cadillac, y más joven que el recepcionista del motel y que el dueño de la tienda, y más o menos de la misma edad que el criador de cerdos y que el tipo del restaurante. Tenía el pelo peinado con secador como un presentador de noticias de la televisión. Cuando entró, los otros siete se pusieron tensos y se enderezaron, y se quedaron callados y esperaron a que hablara.

Fue directo al grano.

—¿Van a volver?

Nadie contestó. Siete miradas inexpresivas.

El octavo tipo dijo:

—Dadme los argumentos a favor y los argumentos en contra.

Todos se quedaron callados y se movieron un poco en su sitio, hasta que el tipo de los repuestos dijo:

—No regresarán porque hicimos lo que teníamos que hacer. No encontraron nada aquí. No tienen pruebas, no tienen testigos. ¿Por qué regresarían a un pozo seco?

El conductor del Cadillac dijo:

—Regresarán porque este fue el último paradero conocido de Keever. Regresarán tantas veces como sea necesario. ¿En qué otro lugar pueden empezar de nuevo, si no están llegando a ningún lado?

—¿Estamos seguros de que no encontraron nada aquí? —dijo el octavo tipo.

—Nadie habló con ellos —dijo el del restaurante—. Nadie les dijo ni una palabra.

—Usaron el teléfono solo una vez —dijo el dueño de la tienda—. Llamaron a tres números y no les atendieron en ninguno, y después se fueron de nuevo. Eso no es lo que hacen las personas cuando tienen información candente.

—¿Entonces el consenso es que no consiguieron ninguna información?

—¿El qué?

—La opinión general de todos vosotros.

—Nuestra opinión es que no estuvieron ni cerca de obtener ningún tipo de información —dijo el conductor del Cadillac—. Terminaron en mi tienda, buscando a un tipo que no existe y que se llama Maloney. Estaban perdidos. Pero pese a todo regresarán. Saben que Keever estuvo aquí.

—Entonces sí tienen cierta información.

La tienda quedó en silencio.

—Eso fue lo que acordamos —dijo el tuerto—. Tenía que parecer que el tipo se había ido a algún lado. Nunca íbamos a negar que había estado aquí.

—¿Qué actitud tenían cuando se fueron? —dijo el octavo hombre.

—El hombre se puso a mandonear —dijo el criador de cerdos—. Me pareció como un consuelo. Para sentirse mejor. Se hacía el duro porque sabía que había perdido. Creo que a la chica le avergonzó un poco.

—¿Van a regresar?

—Yo voto que no.

—¿Quién vota que sí?

El único que levantó la mano fue el conductor del Cadillac.

—Seis contra uno —dijo el octavo hombre—. Lo cual es una evaluación justa. Creo que es correcto. Y estoy orgulloso de todos ustedes. Vinieron, no obtuvieron ninguna información más allá de lo que nos podíamos permitir que supieran y se fueron de nuevo. Con una posibilidad mínima de que regresen.

El lenguaje corporal de los hombres se puso un poco más animado. Se inflaron los pechos y las bocas apuntaron hacia abajo con sonrisas de desprecio.

—Pero las posibilidades mínimas son las que hacen girar el mundo —dijo el octavo hombre.

Las sonrisas se transformaron en asentimientos solemnes, siete hombres serios coincidiendo de manera circunspecta con una perla de sabiduría.

—¿A dónde fueron? —preguntó el octavo hombre.

Los siete se encogieron de hombros, y los siete miraron de manera inexpresiva.

—En realidad no importa —dijo el octavo hombre—. A no ser que se dirijan a Los Ángeles. El periodista es nuestro único punto débil. Es el único punto por donde pueden forzar la cerradura, según lo que supimos por Keever.

—Es una probabilidad de uno entre un millón —dijo Moynahan—. No tienen manera de saber qué es lo que están buscando. Westwood no sabe qué es lo que tiene.

—Las probabilidades de uno entre un millón son las que hacen girar el mundo.

—Se supone que somos totalmente invisibles —dijo el conserje del motel—. ¿No? ¿No estamos pagando para eso?

—Vosotros no lo estáis pagando. Yo lo estoy pagando.

La tienda quedó otra vez en silencio, hasta que el tipo de los repuestos recogió el guante:

—De acuerdo, ¿no estás pagando para eso?

—Sí. Y para otras cosas. Pago para que me brinden la asistencia que necesito cuando la necesito. La categoría más alta. Todo ello parte del servicio.

—Salir de nuestro propio círculo es un paso grande —dijo el

criador de cerdos.

—Sí —dijo de nuevo el octavo hombre—. Tiene muchos aspectos negativos. Pero también positivos. Deberíamos discutirlos.

—¿Qué tipo de asistencia? —dijo Moynahan.

—Hay un menú con opciones. Pago por lo que pido. De poco a mucho.

—Yo creo que deberíamos empezar por una vigilancia —dijo el dueño de la tienda—. Al menos. Si se acercan a Westwood en las oficinas del periódico, tenemos que saberlo de inmediato. Así estamos preparados para lo que venga después. Si la probabilidad de uno entre un millón nos sale en contra.

Los otros seis observaron la cara del octavo hombre, esperando una desacreditación, y cuando vieron que no hubo desacreditación de ningún tipo empezaron a asentir, de manera prudente y juiciosa.

—Deberíamos votar —dijo el octavo hombre—. ¿Todos a favor de la vigilancia?

—¿Eso es lo más básico del menú? —preguntó Moynahan.

El octavo hombre asintió:

—Teléfonos, internet y vigilancia presencial.

—¿Cómo de lejos llegan las opciones del menú?

—Hasta lo que ellos llaman solución permanente.

—Eso lo podemos hacer nosotros.

—¿Cómo está tu hermano?

—La próxima vez estaremos preparados.

—¿Estás cambiando de opinión? ¿Ahora crees que va a haber una próxima vez?

Silencio en la tienda.

El octavo hombre dijo:

—¿Quién vota por la vigilancia?

Se levantaron siete manos.

—Me alegra que estéis de acuerdo —dijo el octavo hombre—. Porque ya llamé. La vigilancia empezó hace una hora. Enviaron a un hombre que se llama Hackett. Uno de los mejores que tienen, dijeron. Calificado en distintas áreas.

VEINTITRÉS

La empresa de alquiler de coches tenía un autobús interno para ir desde el recinto en el que se devolvían los vehículos hasta la terminal de pasajeros, lo cual era conveniente, pero lento. Le añadió otra media hora a un día ya de por sí largo. Reacher y Chang llegaron al mostrador de venta de billetes en las primeras horas de la noche. Quedaba todavía un vuelo a Los Ángeles para ese día, pero estaba todo vendido. No había ningún asiento y había una larga fila de espera. Dos averías técnicas ese mismo día más temprano habían ocasionado un caos.

El siguiente vuelo disponible era a las ocho de la mañana. No había opción. Compraron los billetes. Chang tenía la vuelta abierta y la utilizó, y Reacher compró su propio billete. El vendedor les dijo que el embarque comenzaría cuarenta minutos antes del vuelo, alrededor de las siete y veinte de la mañana, y que para esperar hasta ese momento había un hotel de aeropuerto a cinco minutos en autobús.

Pero fueron andando, y Reacher cargó la maleta de Chang, en vez de hacerla rodar, porque supuso que las aceras de bloques de hormigón prefabricado estropearían las ruedas. El hotel era de una cadena, blanco y reluciente por fuera, beis y cálido por dentro, con un cartel de neón verde que anunciaba su nombre y su función. En el lobby había una pequeña acumulación de gente. Quizás nueve personas, no exactamente formando fila frente a la recepción, más bien allí de pie, hablando por sus móviles, o con cara de frustración, o ambas cosas. *Dos averías técnicas ese mismo día más temprano habían ocasionado un caos.* Reacher no era un viajero frecuente, pero reconoció los indicios.

La recepcionista les hizo señas para que se acercaran. Era una mujer joven con una chaqueta entallada y un pañuelo en el cuello. Había algún tipo de urgencia secreta en sus gestos. Dijo:

—Señor, señora, me queda una sola habitación. Si la necesitan, probablemente deberían tomarla ahora mismo.

—¿Solo una habitación? —dijo Chang.

—Sí, señora, porque hoy las aerolíneas tuvieron un problema.

—¿Hay otro hotel?

—No en el aeropuerto.

—Tomaremos la habitación —dijo Reacher.

Chang lo miró y él dijo:

—Ya nos apañaremos.

Pagó, y a cambio le dieron una tarjeta magnética. Quinto piso, habitación 501, ascensores de la izquierda, servicio de habitación hasta las once, desayuno extra, wifi gratis. Detrás de ellos, dos parejas aguardaban en fila, a punto de quedar decepcionadas. Reacher y Chang subieron en ascensor al quinto piso y fueron hasta la habitación. Era beis y verde menta por dentro, y adecuada en todos los aspectos. Pero Chang no opinó nada. Reacher dijo:

—Puedes usarla tú.

—¿Tú qué harás? —dijo ella.

—Algo se me ocurrirá. —Metió la maleta de ella y la dejó junto a la cama. Le dio la tarjeta magnética y dijo—: Deberíamos ir a cenar algo. Antes de que los que se quedaron sin techo ocupen todas las mesas.

—Déjame lavarme un poco. Te buscaré en el restaurante.

—Vale.

—¿Necesitas lavarte? Podrías usar primero el baño, si quieres.

Reacher se miró en el espejo. Corte de pelo reciente, afeitado reciente, ducha reciente, ropa nueva. Dijo:

—Me temo que mi aspecto no mejora mucho más que esto.

El restaurante estaba en la planta baja, separado del área de recepción por el área de los ascensores. Era un espacio agradable, con cortinas y alfombra y madera clara, solo un poco menoscabado por unas terminaciones de plástico a prueba de manchas y a prueba de marcas en todas las superficies. Era espacioso, pero estaba casi lleno. Reacher esperó en el atril de recepción y lo llevaron a una mesa para dos cerca de una ventana. No había una verdadera vista. Solo luces amarillas y un aparcamiento lleno de máquinas quitanieves, inactivas por el verano.

Chang llegó ocho minutos después, con la cara lavada, el pelo peinado y una camiseta limpia. Se sentó frente a Reacher, con buen aspecto, otra vez enérgica, claramente vigorizada por el simple lujo del agua corriente. Pero luego su rostro cambió, como si repentinamente hubiera visto el otro lado de la ecuación, que era lo que ella tenía y él no.

—No te preocupes —dijo él.

—¿Dónde dormirás? —dijo ella.

—Podría dormir aquí mismo.

—¿En una silla de comedor?

—Estuve trece años en el ejército. Aprendes a dormir más o menos en cualquier parte.

Ella hizo una pausa, y dijo:

—¿Cómo era estar en el ejército?

—En conjunto, una situación bastante buena. Tengo recuerdos gratos y ninguna verdadera queja. Más allá de las cosas obvias.

—¿Cuáles eran?

—Las mismas que las de ustedes, seguramente. La cascada enorme de estupideces que caía desde oficiales más antiguos sin nada mejor que hacer.

Ella sonrió:

—Algo de eso había.

—¿Por eso te fuiste?

Ella dejó de sonreír.

—No, no exactamente —dijo.

—Te cuento si me cuentas —dijo él.

—No sé si quiero.

—¿Qué es lo peor que puede pasar?

Ella hizo una pausa, inhaló y exhaló, y dijo:

—Tú primero.

—Estaban reduciendo los números, y por lo tanto eligiendo y seleccionando. Mi historial tenía cosas buenas y cosas malas, y en ese mismo momento un tipo se la tomó conmigo. Dadas esas dos circunstancias, no fue exactamente una sorpresa enorme que mi expediente terminara en la bandeja de salida.

—¿Quién era el tipo?

—Un teniente coronel. Un gordo con un trabajo de oficina. Relaciones públicas, en Mississippi. Yo estaba ahí, lidiando con un problema, y él se puso rígido por algo ridículo, y yo fui un poco impaciente con él, verbalmente, en su cara, y se ofendió. Y se vengó, sencillamente porque los tiempos jugaron a su favor. Antes ya me había salido con la mía en circunstancias mucho peores, cuando no estaban reduciendo los números.

—¿Y no podías pelearla?

—Podría haber llamado a algunas personas que me debían favores. Pero el daño ya estaba hecho. Era un juego de suma cero. Si yo ganaba, perdía el coronel, y a todos los demás coroneles eso no les habría gustado. Ninguno hubiese querido tenerme cerca. Habría terminado vigilando un radar en el extremo norte de Alaska. En pleno invierno. Tenía que elegir entre dos malas opciones. Además, hizo que se me pinchara la burbuja. No me querían ahí. Finalmente me di cuenta. Por lo que no peleé. Acepté una baja honorable y me fui.

—¿Cuándo fue todo esto?

—Hace mucho tiempo.

—Y sigues en pie.

—Eso es demasiado profundo.

—¿Estás seguro?

—En el fondo soy muy superficial.

Ella no contestó. Se acercó una camarera y pidieron. Cuando la camarera se fue, Reacher dijo:

—Te toca.

—¿Qué me toca? —dijo Chang.

—Contarme tu historia.

Ella hizo otra pausa.

—Es igual a la tuya, en cierto sentido —dijo ella—. Tenía que elegir entre dos malas opciones. Pero la situación me la fabriqué yo. Me dejé arrinconar. No lo vi venir.

—¿Qué fue lo que no viste?

—Alguien irrumpió en mi casa. No se llevaron nada, no revolvieron nada, no rompieron nada y no dejaron nada. Cosa que en ese momento no entendí. Estaba trabajando en un asunto de lavado de dinero. Había mucho dinero en efectivo dando vueltas y una cadena laberíntica de empresas fantasma, como siempre, pero yo ya tenía al tipo. Aunque era un caso difícil de demostrar. Casi imposible, de hecho. Me estaba inclinando a dejarlo pasar. No tiene ningún sentido recomendar una acusación si no hay ninguna manera realista de ganarla. Y entonces el tipo me vino a ver. Estuve literalmente a punto de decirle que se estaba por cerrar el expediente. Pero él habló primero, y estaba dos pasos más atrás. Me dijo que si no abandonaba la investigación de inmediato declararía que yo había aceptado un soborno, al principio del proceso, para mirar hacia otro lado, pero que después más adelante había cambiado de parecer y lo había apuñalado por la espalda. Y que además me había quedado con el dinero. Suponía que así mi trabajo quedaría manchado, incluso ignorado, y él quedaría libre.

—La gente puede decir cualquier cosa. ¿Cómo podía demostrarlo?

—Él había abierto una cuenta bancaria a mi nombre en el Caribe, y había transferido el dinero. Ahí estaba, grande y obvio. Dinero de verdad, y mucho. Corroboraría todo lo que él estaba declarando.

—Salvo que el que había abierto la cuenta había sido él, no tú. Tiene que haber documentación.

—Me dijo que la que había entrado a mi casa había sido una mujer. No se llevó nada, no revolvió nada, no rompió nada y no dejó nada. Pero había usado mi línea de teléfono. Abrió la cuenta a mi nombre, desde mi casa, y esa llamada figura en mi factura telefónica. Lo que me dejaba entre la espada y la pared. ¿Cómo podía demostrar que no era yo la que había llamado? Imaginé que quizás el banco tenía una grabación, o la Agencia de Seguridad Nacional, pero dos voces de mujer deben ser difíciles de distinguir en una llamada de larga distancia, sobre todo si ella estaba intentando hacerse pasar por mí, lo cual probablemente así era, porque era un hombre muy organizado. Conocía mi número de Seguro Social, por ejemplo, y el apellido de soltera de mi madre. Aparentemente esa es mi pregunta de seguridad.

—¿Y qué hiciste?

—Lo que me dijo que hiciera. Abandoné el caso. De inmediato. Cerré su expediente. Aunque de todos modos era lo que iba a hacer. Creo.

—¿Dónde está él ahora?

—Todavía sigue con sus actividades.

—¿Qué pasó con el dinero del soborno?

—Desapareció. Lo rastreé, algo que él sabía que yo haría. Lo encontré en una empresa fantasma en las Antillas Holandesas. Aparentemente yo había comprado una participación minoritaria en un instrumento financiero, como inversión a largo plazo. Él era el socio mayoritario. Estábamos unidos para siempre.

—¿Y después qué pasó?

—Se lo conté todo al agente que estaba a cargo de la investigación. Vi que quería creerme, pero el Bureau no funciona movido por la fe. Y de ahí en adelante yo ya no habría servido para nada como agente en actividad. Mi testimonio habría pasado a ser automáticamente sospechoso, incluso muchos años después. Habría sido el sueño húmedo de un abogado defensor. Algo así como: Agente especial, cuéntenos por favor acerca del soborno que no puede demostrar que no recibió. Por lo que habría terminado haciéndote compañía en ese puesto de radar en Alaska. En pleno invierno. Solo podía elegir entre malas opciones. Así que renuncié.

—Eso es duro.

—A veces se gana, a veces se pierde.

—No, se gana muchísimas veces, y luego se pierde una sola vez. No hay segundas oportunidades.

—No me molesta hacer lo que estoy haciendo.

—¿Pero?

—No sé cuánto tiempo más vamos a poder seguir haciéndolo. No parece un trabajo para toda la vida.

—Podría llegar a haber sido así, para Keever.

—Eso es muy directo.

—¿Cuál era su historia?

—¿Era?

—Vale, es.

—Escuché que estaba atravesando una tercera llamada de atención. El Bureau es muy cauteloso y él tenía la costumbre de precipitarse. Sin planes, sin refuerzos. Decían que ponía en peligro los casos. Y que también se ponía en peligro a sí mismo y a sus compañeros. Un tercer *strike* lo habría hecho calificar para Alaska a él también. Ese puesto de radar habría empezado a poblarse demasiado. Así que renunció, antes de la audiencia. Supongo que pensó que era lo único digno que podía hacer. Y antes de que lo digas, sí, estoy de acuerdo, probablemente eso fue lo que pasó en Mother's Rest. Se precipitó. No esperó

refuerzos.

La camarera se acercó con los platos de comida, y con más bebida para servirles. Cuando la camarera se fue Reacher dijo:

—Pero Keever pidió refuerzos. Llegó a eso. Lo sabemos. ¿Qué puede haber pasado como para llamar y no esperar?

—¿Impaciencia? —dijo Chang—. ¿Urgencia?

—Quizás lo cogieron antes. Mientras esperaba. Quizás no se apresuró.

—Eso suena a una defensa pública de los impulsivos de todas las partes del mundo.

—No sabemos qué fue lo que pasó.

—Ojalá se hubiera apresurado, pero para irse.

—Esa es siempre una buena política.

—Apuesto a que nunca lo hiciste.

—Más veces de las que soy capaz de recordar. Que es la razón por la cual estoy aquí, cenando contigo. El caótico universo. Darwinismo en acción.

Ella hizo una pausa, y dijo:

—¿Te puedo hacer una pregunta?

—Claro —dijo él.

—¿Estamos cenando?

—Eso es lo que decía el menú. Las opciones para el almuerzo eran distintas y esto sin duda no es el desayuno.

—No, me refiero a cenar, como lo contrario a comer algo de camino.

—¿En el sentido de comer a la luz de las velas y con música de piano?

—No necesariamente.

—¿Con violinistas y señores vendiendo rosas?

—En el caso de que sea lo apropiado.

—¿Como una cita?

—En sentido amplio, supongo —dijo ella.

—¿Respuesta honesta? —dijo él.

—Siempre.

—Imagínate que hubiésemos encontrado a Keever ayer, quizás bajándose del tren, o tirado en algún campo de trigo, con el tobillo esguinzado, un poco hambriento y sediento pero más allá de eso bien, entonces sí, sin duda te habría invitado a cenar, y si hubieses aceptado, entonces estaríamos teniendo esa cena más o menos en este mismo momento, por lo que supongo que califica a medias.

—¿Solo a medias?

—No encontramos a Keever. Por lo que en parte sigue siendo comer algo de camino.

—¿Pero me habrías invitado a cenar?

—Sin ningún tipo de duda.

—¿Por qué?

—Eres la clase de persona con la que me gusta cenar.

Chang se quedó callada, cinco o seis segundos, hasta quedar al borde de un momento incómodo, y después dijo:

—Te habría dicho que sí, por el mismo motivo.

—Espectacular.

—Así que no lo olvides. Estamos cenando juntos. No comiendo algo de camino. Es un hecho, no una pregunta.

—¿Y entonces por qué me lo preguntaste?

—Para asegurarme de que lo supieras.

Esa noche Reacher no necesitó ninguna silla de comedor. Comieron un postre y tomaron café, lentamente, relajados, sin ningún tipo de prisa, optando ambos por confiar en lo inevitable, y después Chang firmó la cuenta, y se puso de pie, y Reacher se puso de pie con ella, y ella lo tomó del brazo, como si fueran pareja desde hacía mucho tiempo, y salieron juntos del restaurante, lentamente, relajados, sin ningún tipo de prisa, y esperaron el ascensor, y subieron hasta el quinto piso, y abrieron la puerta de la habitación.

Después todo se puso un poco menos lento, y un poco menos relajado, y un poco más apresurado. Chang tenía el cuerpo cálido y fragante, y la piel suave, y piernas largas, y era joven pero no una niña, y era lo suficientemente fuerte como para responder, y era lo suficientemente sólida como para evitar preocupaciones. A Reacher le gustaba mucho, y ella parecía sentir lo mismo por él. Después charlaron durante un rato, y después ella se quedó dormida, y después él también, de la mejor manera que conocía.

VEINTICUATRO

El embarque empezó puntual a las siete y veinte de la mañana. Chang hizo rodar su maleta por la pasarela de acceso al avión, y Reacher la siguió, todo el recorrido hasta los asientos baratos del tercio trasero del avión. Chang guardó su maleta en el compartimento superior y ocupó el asiento de la ventanilla. Reacher se sentó en el del pasillo. Dijo:

—¿Cuánto conoces Los Ángeles?

—Lo suficiente como para saber llegar al edificio del periódico —dijo ella.

—Quizás trabaja desde su casa.

—En cuyo caso no nos recibirá ahí. Estoy segura de que su dirección es un secreto, y probablemente su número de móvil también. Elegirá una cafetería en el vecindario.

—No me molesta. ¿Pero qué vecindario? ¿Los conoces todos?

—Supongo que tendremos que alquilar otro coche. Deberíamos tener GPS.

—A no ser que esté en la oficina y quiera encontrarse con nosotros ahí. Podríamos coger un taxi.

—Llegaremos demasiado temprano. Todavía no estará en la oficina.

—Vale, le llamaremos al móvil cuando aterricemos y dejaremos que decida por nosotros. Cafetería u oficina. Coche alquilado o taxi.

—Si es que acepta vernos.

—Doscientas muertes. Ahí hay una historia.

—Que ya oyó, según tú. Cuando le llamó el cliente de Keever. Quien parece no haberlo impresionado mucho.

—Hay una diferencia entre oír y escuchar. Y ese es nuestro problema. Dudo de que Westwood sepa lo que tiene entre manos. No escuchó, y sus notas no parecen tener mucho sentido. Va a ser como tratar de forzar una cerradura con espaguetis.

—¿Y si no lo logramos?

—Esa no es una opción.

—Estás optimista esta mañana.

—Es una consecuencia inevitable. Tuve una noche muy placentera.

—Yo también.

—Bueno es saberlo.

—¿Cómo te llaman tus amigos?

—Reacher.

—¿No Jack?

Él negó con la cabeza:

—Hasta mi madre me decía Reacher.

—¿Tienes hermanos o hermanas?

—Tuve un hermano, que se llamaba Joe.

—¿Dónde está ahora?

—En ningún lado. Murió.

—Lo siento.

—No es tu culpa.

—¿Cómo le llamaba tu madre?

—Joe.

—¿Y a ti te llamaba Reacher?

—Es mi nombre, igual que Jack. ¿Quieres decir que tus amigos no te dicen Chang?

—Era la agente Chang, y después la agente especial Chang, pero eso era solo en el trabajo.

—¿Y cómo te llaman?

—Michelle —dijo ella—. O Shell, a veces, para abreviar. Que me gusta bastante. Es un diminutivo bonito. Pero no con mi apellido. Shell Chang suena a algo entre una estrella porno coreana, una empresa petrolera del mar del Sur de China y el ruido que hace un rollo de monedas de veinticinco cuando lo tiran dentro de una caja registradora.

—Vale —dijo Reacher—. Michelle, entonces. O Chang.

Y después el avión despegó y persiguió el amanecer hacia el oeste por encima de las montañas.

A siete horas por carretera hacia el este, en Mother's Rest, el amanecer ya había quedado atrás. El tren de la mañana había pasado y se había ido. La hora punta del desayuno en el restaurante de carretera se estaba aquietando. El tipo de las dos camisas había abierto su tienda. El tipo de los repuestos también había abierto la suya y ya estaba apretujado detrás del mostrador, ordenando facturas en distintas pilas. El conductor del Cadillac estaba contando los recibos de sus siete cuentas distintas: Western Union, MoneyGram, fax, fotocopiadora, FedEx, UPS y DHL. El Moynahan al que le habían pegado una patada en la entrepierna y le habían quitado el arma seguía en su casa, cuidando a su hermano, que seguía un poco aturdido.

Y el conserje tuerto estaba saliendo de la oficina, deteniéndose en el exterior, olfateando el aire y mirando alrededor, el perímetro interno de la herradura, las plazas de aparcamiento, la acera que comunicaba las habitaciones de la planta baja, la galería que comunicaba las habitaciones del primer piso. Una tranquila inspección visual. De las lamparitas, todas funcionando. De las sillas de jardín, todas pulcramente alineadas. Estaba todo en su sitio. Todo en calma.

Todo sereno. La habitación 214 estaba vacía. La habitación 215 estaba vacía.

No iban a volver, pensó.

Todo bien.

El sector de llegadas del aeropuerto de Los Ángeles estaba atestado de gente, por lo que Reacher y Chang tuvieron que abrirse paso hasta la acera para encontrar un espacio tranquilo para hacer la llamada. Chang se escondió detrás de una columna y marcó el teléfono. Y despertó a Westwood. No era un madrugador. Al principio se mostró avergonzada, después conciliadora, y después fue directa al asunto. Se presentó de nuevo y dijo que tenían que encontrarse, porque algo que a los dos les había parecido pequeño de repente ya no era tan pequeño. Dijo que había una cifra creíble de doscientas muertes. Dijo que como exagente del FBI se lo estaba tomando en serio. Dijo que su colega era de las fuerzas armadas, y que también se lo estaba tomando en serio. Dijo que sí, que los derechos para el libro todavía estaban disponibles.

Después escuchó la dirección y colgó.

—Una cafetería —dijo—. En Inglewood.

—Eso está cerca —dijo Reacher—. ¿Cuándo?

—En media hora.

—Deberíamos coger un taxi. No tenemos tiempo como para alquilar un coche.

Treinta kilómetros al sur de Mother's Rest, el hombre de los vaqueros planchados y el pelo peinado con secador recibió una llamada en su teléfono fijo. Un servicio de la más alta categoría, pero no exactamente. Hackett, el encargado de llevar a cabo la vigilancia, se había reportado para informar del primer contacto. Una llamada de móvil a móvil, de seis minutos, entre Westwood, que, dados sus horarios, probablemente estaba en su casa, y una mujer que dijo que se llamaba Chang, desde el aeropuerto, a juzgar por el ruido de fondo, que estaba con un colega de sexo masculino al que describió como perteneciente a las fuerzas armadas. Se mencionaron muertes y se acordó una reunión, en una cafetería en Inglewood, que Hackett monitorearía.

La fila para coger taxis era larga pero avanzaba rápido, e Inglewood estaba justo al otro lado de la 405 desde el aeropuerto, por lo que llegaron a la cafetería designada con tiempo de sobra. El sitio era uno de los muchos que bordeaban la calle. La mayoría tenían mesas fuera y palabras italianas escritas en sus pizarras, pero el que había elegido Westwood no. Era un sitio típico antiguo, de vinilo y linóleo,

desteñido a lo largo de las décadas hasta quedar de un color caqui opaco. Estaba un veinticinco por ciento lleno de hombres solos que leían sus periódicos silenciosamente o miraban la nada. Ninguno parecía un editor de ciencia y tecnología.

—Llegamos temprano —dijo Chang—. Y él va a llegar tarde.

Por lo que se sentaron en una mesa de banco corrido laminada, uno junto al otro, en un banco con tapizado de vinilo, que en un principio debía haber sido rojo oscuro y brillante, pero que en ese momento ya era del mismo color caqui que el resto de las cosas. Pidieron café, uno caliente, uno frío. Esperaron. El sitio estaba tranquilo. Solo se oía el ruido de los periódicos cuando pasaban las páginas y el tintineo de las tazas de loza sobre los platitos de loza.

Cinco minutos.

Entonces Westwood finalmente llegó. No se parecía en nada a lo que Reacher esperaba, pero la realidad cumplía con los requisitos igual de bien que sus prejuicios. Era un hombre al que le gustaba el aire libre, no una rata de laboratorio, y robusto más que flacucho. Parecía un naturalista o un explorador. Tenía el pelo corto pero revuelto, rubio tirando a canoso, y una barba igual de larga y del mismo color. Tenía la cara roja por el sol y arrugas alrededor de los ojos. Tenía quizás cuarenta y cinco años. Su ropa estaba hecha de telas sofisticadas y montones de cierres, pero era vieja y estaba arrugada. Tenía botas de *trekking*, con cordones de colores combinados que parecían cuerdas de escalada en miniatura. Llevaba colgada una bolsa de tela, grande como las de los carteros.

Hizo una pausa apenas cruzó la puerta, e identificó a Chang instantáneamente, porque era la única mujer del lugar. Se deslizó del otro lado de la mesa, sobre el vinilo gastado, y arrastró la bolsa tras de sí. Apoyó el antebrazo en la mesa y dijo:

—Asumo que su otro colega sigue desaparecido. El señor Keever, ¿no es así?

Chang asintió y dijo:

—En lo que a él respecta llegamos al final del recorrido. Estamos en un callejón sin salida. Le pudimos seguir el rastro hasta aquí, pero no más allá.

—¿Llamaron a la policía?

—No.

—Supongo entonces que mi primera pregunta es ¿por qué?

—Porque sería una denuncia de persona desaparecida. A estas alturas, es solo eso. Es un adulto, que hace tres días que no aparece. Podrían llegar a aceptar la denuncia, pero no harían nada al respecto. Iría a parar directa a un cajón.

—Doscientas muertes podrían hacer que se mostraran interesados.

—No podemos probar nada. No sabemos quién, por qué, cuándo,

dónde ni cómo.

—¿O sea que les estoy pagando un desayuno porque hay un tipo al que ni siquiera reportaron como desaparecido y doscientas muertes de las que no saben absolutamente nada?

—Nos estás pagando el desayuno porque te estás quedando con los derechos del libro. Puedes pagar todos los desayunos.

—Salvo que por el momento este desayuno vale más que los derechos del libro. Hasta el momento con los derechos del libro y cincuenta centavos me podría comprar solo un café.

—Eres científico —dijo Reacher—. Debes pensarlo científicamente.

—¿En qué sentido?

—Estadísticamente, quizás. Y lingüísticamente. Con un poco de sociología por ahí en el medio. Más una comprensión profunda e innata de la naturaleza humana. Piensa en el número doscientos. Suena a una cifra cerrada y redonda, pero no lo es, en realidad. Nadie dice doscientos porque sí. La gente dice cien, o mil. O cientos o miles. Doscientas muertes a mí me suenan a algo concreto. Como a una cantidad real. Quizás redondeada hacia arriba de ciento ochenta y algo o ciento noventa y algo, pero a mí me suena a que está basada en cierta información. Una cantidad de información suficiente como para mantenerme interesado, al menos. Por ejemplo. Hablando como detective.

Westwood no dijo nada.

Reacher dijo:

—Además de que asumimos que la policía ya escuchó esta historia, y ya la descartó.

Westwood asintió:

—Porque asumen que el cliente de Keever llamó a todo el mundo de la Casa Blanca para abajo. Yo incluido.

—Que es por donde tenemos que empezar. Con el cliente. Necesitamos encontrarlo. Necesitamos escuchar la historia de nuevo, desde el principio, como hizo Keever. Entonces quizás podamos deducir qué pasó después.

—Recibo cientos de llamadas. Ya lo dije.

—¿Cuántas?

—Está bien. Tienes razón.

—Y las anotas todas. También nos dijiste eso.

—Sin demasiado detalle.

—Podríamos llegar a armar el rompecabezas.

—Necesitaríais un nombre, al menos.

—Creo que tenemos un nombre.

Chang miró a Reacher.

—Es posible —le dijo Reacher a ella. Después miró de nuevo a Westwood. Dijo—: Probablemente no sea un nombre verdadero, pero

podría ser un comienzo. Nos dijiste que tarde o temprano bloqueas las llamadas molestas. Cuando abusan de la amabilidad que reciben. Supongamos que un tipo se quedó molesto e intentó empezar de nuevo y contactarte con otro nombre y otro número de teléfono.

—Podría llegar a suceder —dijo Westwood.

Reacher miró a Chang y dijo:

—Muéstrale el marcapáginas de Keever.

Chang sacó el papel del bolsillo y lo estiró sobre la mesa. El teléfono con característica 323, y las palabras *Mother's Rest, Maloney*.

—Ese es mi número —dijo Westwood—. De eso no hay ninguna duda.

—Interpretamos esto como que en Mother's Rest había un hombre que se llamaba Maloney, que de alguna manera podía estar implicado. Pero el hombre no existe. Estamos seguros. Preguntamos y las respuestas no fueron evasivas. Fueron despectivas, e incluso todos parecían desconcertados. ¿No podría ser entonces que te hayas cansado del cliente de Keever y que él haya decidido empezar de nuevo, diciendo que se llamaba Maloney? Y después llamó otra vez a Keever, y como siempre le dijo que corroborara la historia contigo, pero esta vez le advirtió que el asunto ya no figuraría con su verdadero nombre, sino con un nombre falso, Maloney. Quizás esta nota significa eso.

—Quizás.

—¿Tienes una tercera interpretación?

—Podría comprobar —dijo Westwood.

—Te lo agradeceríamos. Debemos agarrarnos de lo que podamos.

—Sin duda. Las notas de Keever son peores que las mías.

—Son lo único que tenemos.

—Pero incluso así, con un tipo desaparecido y un rumor que dice algo sobre doscientas muertes, ¿no les parece que deberían al menos probar una vez más con la policía?

—Yo era policía —dijo Reacher—. Y conocí a muchísimos policías. Nunca me encontré a ninguno que buscara conseguir trabajo extra. O sea que ahora mismo no nos prestarían atención. No todavía. Te lo puedo garantizar. Así como tú tampoco prestaste atención.

—Podría comprobar —dijo Westwood de nuevo—. Pero no veo de qué manera podría ayudar tener un nombre falso.

—Llevándonos al nombre verdadero.

—¿Y eso cómo va a suceder? Su función es esconder el nombre verdadero.

—Busca a quién bloqueaste justo antes de que Maloney empezara a llamar. Ese es el cliente.

—Encontraremos más de un candidato. Bloqueo a mucha gente.

—Lo resolveremos. La geografía podría ser importante. Sabemos

que contrató a un detective de Ciudad de Oklahoma, y sabemos que lee el *LA Times*. Eso podría reducir un poco la búsqueda.

Westwood negó con la cabeza:

—Mi número de teléfono no es exactamente fácil de encontrar. No le pago a Google para que lo ponga arriba y en el medio. Si el tipo que buscan es tan bueno como para desenterrarlo de internet, entonces lee el periódico en línea. Eso seguro. La gente así no compra un periódico desde hace una década. Podría vivir en cualquier parte.

—Bueno es saberlo —dijo Reacher.

—Vayan a mi oficina en una hora. En el edificio del *Times*.

Chang asintió y dijo:

—Sé dónde queda.

Entonces se acercó la camarera y Westwood pidió su desayuno, y Reacher y Chang lo dejaron solo para que desayunara tranquilo.

Menos de diez minutos más tarde, treinta kilómetros al sur de Mother's Rest, el hombre de los vaqueros planchados y el pelo peinado con secador recibió una segunda llamada en su teléfono de línea. Su contacto le dijo que Hackett había observado el encuentro en la cafetería de Inglewood. No había estado lo suficientemente cerca como para oír los detalles, pero había escuchado el nombre de Keever, y le había leído los labios a Chang cuando decía que habían llegado al final del recorrido, en lo que tenía que ver con él. Después, al final de la conversación, dedujo que habían acordado una nueva reunión en un sitio que no había captado, pero había escuchado que Chang decía que sabía dónde quedaba ese sitio. Por el momento se quedaría con Westwood, que sin duda lo llevaría hasta allí.

VEINTICINCO

El *LA Times* estaba en un viejo y buen edificio *art decó* en la intersección de las calles 1 Oeste y Spring, en el centro de Los Ángeles. Tenía la misma cantidad de seguridad que una agencia gubernamental. Había un cordón de rayos X y un detector de metales. Reacher no supo bien por qué. Quizás una autopercepción de importancia un poco exagerada. Dudaba de que el *Times* estuviese en los lugares más altos de la lista de objetivos de alguien. Probablemente ni siquiera en la cuarta o quinta página. Pero no había alternativa. Tiró sus monedas en un receptáculo y pasó por el detector. Chang fue más lenta. Todavía tenía su maleta y su abrigo.

Pero eventualmente estuvieron del otro lado, y les dieron unas tarjetas en un escritorio y subieron en un ascensor. La oficina de Westwood resultó ser una sala cuadrada color crema con estantes de libros y pilas de periódicos. Debajo de la ventana había un escritorio viejo y elegante, que tenía encima un ordenador con dos monitores. Westwood estaba sentado en una silla frente al ordenador, con más libros y más periódicos y un portátil de metal. Fuera de la oficina el pasillo zumbaba con el murmullo de gente ocupada haciendo cosas de gente ocupada. Fuera de la ventana el cielo brillaba con el sol permanente del sur de California.

—Enseguida estoy con vosotros. Tomad asiento.

Algo en su voz.

Tomar asiento requirió un poco de esfuerzo. Reacher y Chang tuvieron que sacar pilas de revistas y papeles de dos sillas. Westwood cerró su servidor de correo electrónico y se dio la vuelta. Dijo:

—A mi departamento legal no le gusta la situación. Hay cuestiones de confidencialidad en juego. Nuestra base de datos es privada.

—¿Qué inconvenientes prevén? —preguntó Chang.

—No los especificaron. Son abogados. Para ellos todo es un inconveniente.

—Es una investigación importante.

—Dicen que las investigaciones importantes vienen acompañadas de órdenes judiciales y citaciones. O como mínimo de denuncias de personas desaparecidas.

—¿Por qué hablaste con tus abogados? —dijo Reacher.

—Porque estoy obligado a hacerlo —dijo Westwood.

—¿Hablaste con tu editor jefe?

—No ve que haya una noticia ahí. Comprobamos los antecedentes

de Keever. Está de juerga en algún lugar. Es un viejo detective arruinado.

Chang no dijo nada.

—No lo conocí —dijo Reacher—. Pero conocí a muchos como él. Por encima de la media en todos los aspectos, salvo en la capacidad de controlar sus impulsos. Pero esos impulsos estaban movidos por las mejores intenciones. Y por más arruinado que estuviese, comparado con los habitantes de Mother's Rest era James Bond. Pero pese a todo lo atraparon.

—Eso no lo sabéis.

—Pero supongamos que fue así. Supongamos que ahí está pasando algo raro, con doscientas personas muertas. Ahí hay una noticia, ¿no? Eso es algo que el *LA Times* no dejaría pasar. Lo podrías hacer durar muchas semanas. Te podrías ganar el Pulitzer. Podrías aparecer en televisión. Podrías conseguir que te compren los derechos para el cine.

—Volved cuando tengáis algo concreto.

—¿Qué probabilidades crees que hay de que consigamos algo concreto?

—Una entre cien.

—¿No doscientos?

—Tus teorías no son pruebas.

—Acá va otra teoría. Nos vamos y nos olvidamos de que hay una posibilidad de uno entre cien de que haya ahí una muy buena historia, pero como nos fuimos ya no es exclusiva del *Times*, lo cual significa que si la posibilidad de uno entre cien triunfa y sale a la luz, va a haber una desbandada y todos los periódicos van a empezar a competir para ver quién larga en la primera posición. Por lo que, si eres un editor inteligente de ciencia y tecnología, por más que sea solo una posibilidad entre cien, puedes ver una mínima ventaja en el hecho de usar lo que sabes hasta el momento como para prepararte por anticipado. Por lo que yo creo que en cuanto volvamos al ascensor, vas a comprobar la base de datos para ver si hay llamadas de un hombre que se llama Maloney. Solo para quedarte tranquilo.

Westwood no dijo nada.

Reacher dijo:

—Así que, ¿qué diferencia habría si cuando la revisases nosotros todavía estuviésemos aquí en la oficina?

No hubo respuesta durante un momento. Después Westwood dio la vuelta a su silla para quedar mirando a las pantallas, y cliqueó en el *mouse* y tecleó unas cuantas letras en dos cajas distintas. Usuario y clave, supuso Reacher. La base de datos, con suerte. Chang se inclinó hacia delante. En la pantalla se veía una página de búsqueda. Una especie de programa exclusivo de una empresa, sin duda adecuado para la tarea, pero feo. Westwood cliqueó en unas cuantas opciones.

Aislando sus propias notas, posiblemente. Para evitar resultados irrelevantes. Quizás había cien Maloney de interés en Los Ángeles. Quizás había doscientos. Estrellas del deporte, empresarios, actores, músicos, dignatarios civiles.

—Hay que testear todas las teorías —dijo Westwood—. Esa es una parte central del método científico.

Ingresó el apellido *Maloney*.

Cliqueó en el *mouse*.

Obtuvo tres resultados.

La base de datos mostraba que alguien llamado Maloney se había puesto en contacto en tres ocasiones distintas. La más reciente había sido casi hace un mes, y la segunda, tres semanas antes de eso, y la más antigua, dos semanas antes de la segunda. Un lapso de cinco semanas, en total, cuatro semanas atrás. El número del que habían llamado era el mismo en los tres casos. El código de área era 501 y nadie lo reconoció.

Westwood no había tomado notas acerca del tema o el contenido de ninguna de las tres conversaciones. En vez de eso simplemente había enviado el nombre, el número, la fecha y la hora directos a una carpeta denominada *C*.

—¿Qué es? —dijo Reacher.

—Conspiraciones —dijo Westwood.

—¿Cosas de qué tipo?

—Es una categoría bastante amplia.

—Dame un ejemplo.

—Los detectores de humo son obligatorios en los hogares porque tienen cámaras y micrófonos conectados con el gobierno de manera inalámbrica. Con cápsulas de veneno, además, por si al gobierno no le gusta lo que estás diciendo o haciendo.

—Keever no perdería el tiempo con algo así.

—Y yo no ignoraría algo más serio.

—Quizás no lo explicaron bien.

—Supongo que pueden no haberlo explicado bien.

—¿Estás seguro de que no recuerdas para nada a este Maloney?

Como respuesta Westwood cliqueó hasta llegar a una lista sin filtrar de todas las llamadas que había recibido. Las pantallas eran grandes, y tenía dos, pero pese a todo el espacio alcanzaba solo para una pequeña parte del año.

—¿Nosotros estamos ahí? —dijo Reacher.

Westwood asintió:

—Desde esta mañana.

—¿En qué carpeta nos pusiste?

—Aún no lo he decidido.

Chang sacó su teléfono y marcó el número de Maloney. El que tenía 501 como código de área y siete dígitos más. Puso su teléfono en manos libres. Se oyó un siseo y un vacío mientras el sistema de telefonía móvil la conectaba. Después empezó a sonar.

Y sonó, y sonó.

No atendió nadie y no había contestador.

Chang cortó la llamada, después de un minuto largo, y la oficina quedó en silencio.

—Necesitamos saber de dónde es el código de área 501 —dijo Reacher.

Westwood cerró su base de datos y abrió un buscador de internet. Después miró hacia la puerta y dijo:

—Entonces supongo que realmente estamos haciendo esto.

—Nadie lo sabrá —dijo Reacher—. Hasta que salga la película.

El ordenador les informó que el 501 era uno de los tres códigos de área que tienen los teléfonos móviles en Arkansas. Chang dijo:

—¿Bloqueaste algún número de Arkansas hace unas nueve semanas? Quizás la persona que estamos buscando pasó de su teléfono fijo a su teléfono móvil, así de sencillo.

Westwood regresó a su base de datos, a la lista de llamadas sin filtrar, y se deslizó hacia abajo nueve semanas y dijo:

—¿Cuánto margen le deberíamos dar? ¿Cómo de rápido se le puede haber ocurrido la idea de cambiar de nombre y de número?

—Bastante rápido —dijo Reacher—. No es física cuántica. Pero supongo que hubo algún margen. Sobre todo porque se sentía herido. Lo rechazaste. Le podría haber llevado una semana tragarse el orgullo y llamarte de nuevo.

Westwood se deslizó hacia abajo un poco más. Hasta llegar a diez semanas atrás. Abrió la lista de códigos de área en su segunda pantalla y se movió de una pantalla a la otra, comparando, línea por línea, y cuando terminó dijo:

—Esa semana bloqueé a cuatro tipos. Pero ninguno de Arkansas.

—Prueba la semana anterior —dijo Reacher—. Quizás es más sensible de lo que pensamos.

Westwood se deslizó otra vez hacia abajo, retrocedió siete días más, y después empezó a comparar con la lista de códigos de área, y dijo:

—La semana anterior a esa bloqueé a dos personas, lo que hace un total de seis en catorce días, pero sigue sin haber ninguno de Arkansas.

—De todos modos estamos llegando a algo —dijo Reacher—. Las llamadas de Maloney empezaron hace nueve semanas y las hizo un hombre al que acababan de bloquear, en una ventana de tiempo reciente, y en esa categoría hay seis candidatos posibles. La lógica dice que la persona a la que estamos buscando está entre esos seis. Y

podríamos estar hablando con esa persona de aquí a treinta segundos. Por su otra línea. Porque tienes todos los números de teléfono originales.

VEINTISÉIS

Westwood copió y pegó los seis nombres y los seis números en una nueva pantalla en blanco. Los nombres eran una mezcla americana estándar. Podrían haber sido los primeros seis de cualquier equipo de las ligas de primera división, o podrían haber sido seis personas cualquiera haciendo fila en una casa de empeños, o en una sala de urgencias, o en el salón VIP de primera clase en un aeropuerto. La mitad de los números eran de teléfonos móviles, supuso Reacher, porque no reconoció los códigos de área, pero había también un 773 de Chicago, y un 505 de algún lugar de Nuevo México, y un 901, que imaginó que podría ser de Memphis, Tennessee.

Westwood puso su teléfono en una base que tenía sobre el escritorio y marcó el primer número directamente desde el ordenador. La base tenía altavoces, y Reacher escuchó el *bip-bup-bap* de los pulsos electrónicos, y después escuchó solo un siseo, y después una voz grabada, que tenía un tono entre enfadado y comprensivo.

El número estaba fuera de servicio.

Westwood colgó y miró el código de área en la pantalla. Dijo:

—Era un teléfono móvil, del norte de Louisiana, quizás de Shreveport, o de por ahí cerca. Probablemente se le terminó el contrato o lo canceló, algo que suele suceder, y tarde o temprano le darán ese número a alguna otra persona.

Marcó el segundo número.

Lo mismo. Los ruidos de conexión, después nada, después la voz de la compañía telefónica, el guion de disculpas, el tono levemente sorprendido de que alguien podría llegar a hacer algo tan lamentablemente tonto como intentar llamar a un número de teléfono que actualmente está fuera de servicio.

—Un móvil de Mississippi —dijo Westwood—. Del norte. Oxford, tal vez. Hay muchos estudiantes universitarios ahí. Quizás sus padres lo quitaron del plan familiar.

—O quizás era un teléfono desechable —dijo Reacher—. Uno de esos con tarjeta prepago que se compran en las farmacias, que se quedó sin saldo. O lo tiraron. Quizás son todos teléfonos desechables.

—Es posible —dijo Westwood—. Los malos vienen haciendo eso desde hace años, para que el gobierno no pueda armar una causa. Y hoy en día los ciudadanos normales están aprendiendo a hacer lo mismo. Especialmente los que llaman a periódicos, con información candente acerca de conspiraciones. El mundo moderno es así.

Marcó el tercer número. Otro móvil, según la lista de códigos de área, esta vez de Idaho.

Y esta vez atendieron.

Por los altavoces salió una voz masculina, alta y clara. Dijo:

—¿Hola?

Westwood se enderezó en la silla y habló mirando a la pantalla. Dijo:

—Buen día, señor. Habla Ashley Westwood, del *LA Times*, usted me llamó.

—¿Ashley Westwood, de verdad?

—Le pido disculpas por demorarme en devolverle la llamada. Tuve que corroborar algunas cosas. Pero ahora estoy de acuerdo con usted. Lo que me contó debe salir a la luz. Por lo que necesito hacerle algunas preguntas.

—Bueno, sí, claro, eso sería fantástico.

El tono de la voz estaba más cerca de un alto que de un tenor, y la voz sonaba un poco acelerada e insegura por los nervios. Un tipo flaco, pensó Reacher, siempre vibrando y temblando. Treinta y cinco años, quizás, o más joven, pero no mucho mayor. Podría haber nacido y haberse criado en Idaho, aunque probablemente no fuera el caso.

—Primero necesito comenzar por una cuestión que nos permita establecer una relación de confianza —dijo Westwood—. Necesito que me confirme el nombre del detective privado que contrató.

—¿El nombre de qué? —dijo la voz.

—Del detective privado.

—No entiendo.

—¿Usted contrató a un detective privado?

—¿Por qué motivo contrataría a un detective?

—Porque hay que pararlo.

—¿El qué?

—Lo que usted me contó.

—Un detective privado no podría hacer nada. Le harían lo mismo que les hacen a todas las demás personas. Apenas lo vieran. Literalmente. Le dije, tiene que ver con el campo visual. Nadie lo puede evitar. No está entendiendo. Nadie puede vencer al rayo.

—¿De modo que no contrató a un detective privado?

—No.

—¿Usa algún otro teléfono móvil, con código de área 501?

—No.

Westwood le cortó sin decirle ni una sola palabra más. Dijo:

—Creo que me acuerdo de este tipo. Aparentemente hay unos rayos que nos controlan la mente.

—¿Qué clase de rayos? —dijo Reacher.

—Rayos controladores. Salen de la parte de abajo de los aviones de

línea. Los exige la Administración Federal de Aviación. Por eso ahora cobran para facturar las maletas, para que la gente use equipaje de mano y así haya más espacio en la bodega para los equipos. Y para el operador. Viaja ahí debajo, también, como en un bombardero de los de antes, apuntándole a la gente. El hombre este de Idaho no sale de la casa a no ser que esté nublado. Dice que obviamente los estados por los que pasan las rutas aéreas son más vulnerables. Es todo parte de la conspiración elitista.

—Salvo que el estado con más rutas aéreas no está para nada cerca de Idaho.

—¿Dónde está?

—Pennsylvania.

—¿En serio?

—Sí, en serio —dijo Chang—. Porque hay mucho tráfico aéreo regular de la Costa Este, además de todos los vuelos de cabotaje entre Washington DC y Nueva York y Boston. ¿Podemos seguir ahora? ¿Podemos llamar al siguiente número?

Westwood marcó el siguiente número, que era el cuarto, que tenía el código de área 901, de Memphis. El primer número fijo, probablemente. Escucharon los ruidos de conexión, y después el tono de llamada, que resonó fuerte en la sala.

Atendieron.

Se escuchó un *clonc* hueco en el momento en que levantaban el auricular, y una voz masculina dijo:

—¿Sí?

Westwood se enderezó de nuevo en la silla y dijo las mismas tonterías que antes, su nombre, el *LA Times*, que estaba devolviendo la llamada, las disculpas por la demora.

—Señor, no sé si estoy entendiendo —dijo la voz.

Era un hombre viejo, supuso Reacher, hablaba lentamente y de manera refinada, y si no era de Memphis era de algún lugar muy cerca de ahí.

—Usted me llamó al *LA Times*, hace dos o tres meses, tenía algo importante para decirme.

—Señor, de haber sido así, sin duda no tengo ningún recuerdo —dijo el viejo—. Y si lo ofendí de algún modo, entonces le pido disculpas.

—No, no me ofendió, señor. No necesita disculparse. Quiero saber más acerca de lo que le tiene preocupado. Eso es todo.

—Oh, tengo muy pocas preocupaciones. Mi situación es muy privilegiada.

—¿Y entonces para qué me llamó?

—Me temo que no puedo responder a esa pregunta. Ni siquiera estoy seguro de haberlo llamado.

Westwood miró a Chang, y después de nuevo a la pantalla, y tomó aire, listo para hablar de nuevo, pero por el altavoz se oyó un sonido apagado, y otro *clonc*, aparentemente en un forcejeo por el auricular, porque en ese momento apareció en la línea una voz femenina y dijo:

—¿Me podría decir quién habla, por favor?

—Ashley Westwood, señora, del *LA Times*, estoy devolviendo una llamada que recibí desde este número —dijo Westwood.

—¿Una llamada reciente?

—De hace dos o tres meses.

—Debe de haber sido mi esposo.

—¿Podría hablar con él?

—Es la persona con la que acaba de hablar.

—Ya veo. No recordaba la llamada.

—No tiene manera de recordarla. Dos o tres meses es mucho tiempo.

—¿Tiene usted alguna idea acerca del motivo de la llamada?

—¿Usted no lo sabe?

Westwood no contestó.

La mujer dijo:

—No lo estoy juzgando. Si yo pudiese apagarle la radio, lo haría. ¿Usted escribe sobre política o sobre ciencia?

—Ciencia —dijo Westwood.

—Entonces habrá sido acerca de que las encimeras de granito son radioactivas. Ese es el tema de este año. Y son radioactivas, de hecho, pero es una cuestión de grado. Estoy segura de que le pidió que escribiera un artículo sobre eso. A usted y a muchos más.

—¿Sabe a cuántos más?

—A una pequeña cantidad, si se compara con la población total de los Estados Unidos, pero a una gran cantidad, si se compara con las horas que un hombre mayor debería pasar hablando por teléfono.

—Señora, ¿es posible que él haya contratado a un detective privado? —dijo Westwood.

—¿Para qué? —dijo la señora.

—Para que le ayudara con sus investigaciones acerca de la situación del granito.

—No, sería muy improbable.

—¿Lo podría asegurar?

—Los hechos no están en discusión. No hay nada que investigar. Y él no tiene acceso al dinero. No podría contratar a nadie.

—¿Ni siquiera dinero en efectivo?

—Ni siquiera. No pregunte. Y no envejezca.

—¿Su marido tiene teléfono móvil?

—No.

—¿Podría haber comprado uno, quizás en una farmacia?

—No, nunca sale de la casa.

—¿Ha muerto gente a causa del granito?

—Eso dice él.

—¿Cuántas personas, exactamente?

—Oh, miles.

—Vale —dijo Westwood—. Gracias. Siento haberle molestado.

—Es un placer —dijo la mujer—. Al menos es algo distinto, hablar con otra persona.

Oyeron una pausa lenta, y un *clonc* final, cuando la mujer apoyó el viejo auricular en la base.

—Bienvenidos a mi vida —dijo Westwood.

—Es mejor que la de ella —dijo Chang.

Westwood marcó el quinto número. Código de área 773, que era de Chicago. Sonó y sonó, mucho más allá del momento en que lo habría interrumpido un contestador automático. Entonces, de repente, por la línea se oyó a una mujer agitada, que dijo:

—Biblioteca Municipal, Lincoln Park, sala de voluntarios. —Sonaba muy joven, muy alegre, y muy ocupada.

Westwood se presentó y preguntó con quién estaba hablando. La chica dijo su nombre, sin dudar para nada, pero dijo que nunca había llamado al *LA Times* y que no conocía a ningún detective privado. Westwood le preguntó si la línea por la que estaban hablando la usaban también otras personas y ella dijo que sí, que la usaban todos los voluntarios. Dijo que ella también trabajaba como voluntaria. Dijo que la sala de voluntarios era el sitio en el que dejaban los abrigos y donde se tomaban las pausas. Había un teléfono allí, y tiempo para usarlo, ocasionalmente. Dijo que la biblioteca de Lincoln Park estaba cerca del centro de Chicago, un poco más al norte, y que tenía docenas de voluntarios, que cambiaban todo el tiempo, jóvenes y viejos, hombres y mujeres, todos fascinantes. Pero que no, que ninguno parecía estar obsesionado con ningún tema científico. No abiertamente. Sin duda no al punto tal de llamar a periódicos que estaban tan lejos.

Westwood miró la lista para ver el nombre que le correspondía al número con característica 773, tal como figuraba en la base de datos de la empresa. Dijo:

—¿Conoces a algún voluntario de apellido McCann? No estoy del todo seguro si es señor o señora.

—No —dijo la chica—. Nunca escuché ese apellido.

—¿Hace cuánto tiempo que trabajas allí como voluntaria?

—Una semana —dijo la chica.

Y Westwood le agradeció, y la chica le dijo de nada, y él dijo que suponía que la iba a dejar ir, y ella dijo que bueno, sí, que tenía cosas que hacer, y Westwood colgó.

Marcó el último número. Con código de área 505, que era el que correspondía a Nuevo México.

VEINTISIETE

El número de Nuevo México sonó cuatro veces, y contestó un hombre con voz tranquila y derrotada. Westwood dijo su nombre y repitió su preámbulo habitual, el *LA Times*, que estaba devolviendo la llamada, las disculpas por la demora, la repentina renovación de su interés en el tema. Hubo una larga pausa y el hombre tranquilo del otro lado de la línea dijo:

—Eso era en aquel momento. Ahora la historia sería distinta.

—¿De qué manera? —dijo Westwood.

—Sé lo que vi. Al principio nadie me prestó atención, incluyéndolo a usted, me temo. Pero después el departamento de policía envió a un detective. Un hombre joven, vestido de manera casual, pero resuelto. Dijo que formaba parte de una unidad especial secreta y tomó mi declaración. Dijo que yo tenía que esperar y no hacer ningún otro movimiento. Pero una semana después lo vi de uniforme, como policía de tránsito. Estaba haciendo multas de aparcamiento. No era un detective. El departamento de policía me había engañado enviándome a un novato. Para que me quedara callado, supongo. Para quitarme del medio.

—Dígame de nuevo exactamente lo que vio —dijo Westwood.

—Una nave espacial en el desierto, recién aterrizada, con seis pasajeros que desembarcaban. Parecían humanos, pero no eran humanos. Y lo importante era que la nave no parecía tener los medios como para despegar de nuevo. Era un módulo solo de aterrizaje. Lo que significaba que esas criaturas venían a quedarse. Lo cual planteaba una pregunta. ¿Eran los primeros? Y si no eran los primeros, ¿cuántos llegaron antes que ellos? ¿Cuántos hay ya aquí entre nosotros? ¿Ya controlan el departamento de policía? ¿Ya controlan todo?

Westwood no dijo nada.

El hombre tranquilo dijo:

—Por lo que ahora la historia sería psicológica, más que puramente científica. ¿Cómo sale adelante un individuo cuando sabe algo pero se ve obligado a fingir que no?

—¿Contrató a un detective privado? —preguntó Westwood.

—Lo intenté. Los primeros tres a los que llamé no tomaban investigaciones extraterrestres. Después me di cuenta de que sería más seguro no llamar la atención. El tema ahora es ese. El estrés. Supongo que somos muchos los que estamos en el mismo barco. Lo sabemos,

pero nos sentimos como si estuviéramos solos, porque no podemos hablar entre nosotros. Quizás debería escribir sobre eso. El aislamiento.

—¿Qué pasó con la nave espacial?

—No pude encontrarla de nuevo. Me imagino que sus aliados se la llevaron y la escondieron.

—¿Murió alguien a causa de eso?

—No sé. Probablemente.

—¿Cuántas personas?

—Es posible que una o dos. Un aterrizaje controlado requiere una energía considerable. Llamas de los retropropulsores, etcétera. Podría haber sido peligroso, dentro de cierto perímetro. Y nadie sabe qué es lo que harán más adelante, cuando estén instalados.

—¿Tiene teléfono móvil?

—No, la radiación es muy peligrosa. Puede ocasionar cáncer cerebral.

—¿Conoce a alguien que se llame Keever? ¿Es una de las personas a las que usted llamó?

—No, jamás escuché ese nombre.

—Gracias —dijo Westwood—. Me mantendré en contacto.

Colgó.

—Ya sé, bienvenidos a tu vida —dijo Chang.

—Bienvenidos a Nuevo México —dijo Westwood.

Borró el tercero, el cuarto y el quinto número de su lista provisoria. Dijo:

—El chico de los rayos y el hombre del granito y el de los encuentros cercanos no son, ¿estamos de acuerdo? Lo cual nos deja con el teléfono móvil abandonado de Louisiana y el teléfono móvil abandonado de Mississippi, y la sala de voluntarios en Chicago. Al menos redujimos las posibilidades a la mitad.

Colocó la nueva disposición de tres líneas en su pantalla. Arriba estaba el número de Louisiana, que diez semanas atrás le había pertenecido a una persona de apellido Headley, según la base de datos, y debajo estaba el número de Mississippi, con el apellido Ramírez, y debajo de ese estaba el de la sala de esparcimiento en Chicago, que había sido utilizado por el escurridizo señor McCann, según la base de datos, o señora McCann. Ninguno de esos nombres le sonaban a la chica de respiración agitada.

Westwood imprimió la página y se la alcanzó a Chang.

—Prueba otra vez con el número de Maloney —dijo ella.

Westwood lo marcó, *bip-bup-bap*, y sonó y sonó, y nadie atendió, y ningún contestador automático interrumpió la llamada.

Lo dejó sonar un minuto más y después colgó.

—Necesitamos una lista de todo lo que publicaste en los últimos

seis meses —dijo Reacher.

—¿Por qué? —dijo Westwood.

—¿Por qué otro motivo te puede haber llamado? Leyó algo que escribiste. Necesitamos saber qué fue.

—Eso no nos ayudará a encontrarlo.

—Estoy de acuerdo. No nos ayudará a encontrarlo. Pero necesitamos saber con qué clase de persona nos vamos a enfrentar cuando lleguemos a ese punto. Necesitamos saber cuál es su problema.

—Todos mis artículos están en el sitio web. Los podéis ver ahí, retrocediendo hasta muchos años atrás.

—Vale —dijo Reacher—. Muchas gracias por tu ayuda.

—¿Y ahora qué se hace?

—Algo se nos ocurrirá. Como tú dijiste, redujimos las posibilidades a la mitad. Tenemos que elegir uno de tres. Los rastrearemos.

—Acá va otra teoría —dijo Westwood—. Miré la página de internet de Keever, obviamente, y la de la señora Chang también. Todo se ve muy profesional. Estoy seguro de que tienen acceso a muchas fuentes, incluidas sus propias bases de datos, y guías telefónicas inversas, y posiblemente también sus propias fuentes dentro de las mismas compañías telefónicas. Así es que mi nueva teoría es que ya no me necesitáis. Mi teoría es que ahora me dejaréis totalmente fuera de este asunto.

—No lo haremos —dijo Chang—. Te mantendremos al tanto.

—¿Por qué razón me mantendríais al tanto?

—No queremos los derechos del libro.

—¿Por qué razón no los querríais?

—Yo estoy demasiado ocupada y él apenas puede escribir su nombre con un lápiz.

Reacher no dijo nada.

—Entonces, ¿sigo siendo parte de esto? —dijo Westwood.

—Todos para uno y uno para todos —dijo Chang.

—¿Lo prometes?

—Palabra de honor.

—Pero solo si es una buena historia. Por favor, no me traigáis ni rayos ni encimeras de granito ni naves espaciales.

Reacher y Chang dejaron a Westwood en su oficina y cogieron el ascensor hasta la planta baja. Chang tenía un ordenador portátil en su maleta y lo único que necesitaba era un lugar tranquilo y una conexión a internet, y con eso se podía poner a trabajar, con sus bases de datos privadas, y sus guías telefónicas inversas, y su lista de fuentes dentro de las compañías telefónicas. Lo cual requería un hotel, lo cual implicaba encontrar un taxi. Había uno aparcado junto a la acera del otro lado de la calle, y Reacher silbó y le hizo señas con las manos,

pero por algún motivo el taxi se alejó rápidamente sin ellos en la dirección contraria. Cada ciudad tiene su propio protocolo para parar un taxi y es difícil recordar todos. Caminaron hacia el norte en dirección al Museo de los Niños y encontraron taxis en fila y listos para partir. La clase de lugares que Reacher conocía en Los Ángeles no eran particularmente tranquilos y podrían no tener conexión a internet, por lo que dejó que Chang decidiera a dónde iban. Le dijo al conductor que fuera a West Hollywood, y el hombre arrancó y se metió entre el tráfico.

Diez minutos más tarde, treinta kilómetros al sur de Mother's Rest, el hombre de los vaqueros planchados y el pelo peinado con secador recibió una tercera llamada a su teléfono fijo. Esta vez su contacto estaba conversador. El tipo dijo:

—Fue un regalo. Se encontraron en las oficinas del *LA Times* durante casi una hora. Que es un edificio viejo con paredes gruesas. Pero Hackett tuvo suerte. Aparentemente la mayor parte del asunto se resolvió por teléfono, y aparentemente Westwood usa su teléfono conectado a una base que tiene sobre el escritorio, y su escritorio está debajo de la ventana, por lo que Hackett captaba la señal amplificada por el vidrio. Casi le explota el escáner. En total hicieron siete llamadas. Dos fueron a móviles fuera de servicio, una fue a un móvil que no atendieron, y una fue a un teléfono público en Chicago. Las otras tres fueron a tipos raros que descartaron enseguida. Mencionaron el nombre de Keever una vez y tres veces a detectives privados en general, más una en el número compartido de Chicago, en el que Westwood también preguntó acerca de alguien de apellido McCann.

El hombre al sur de Mother's Rest se quedó callado un largo rato.

Después dijo:

—¿Pero no hubo ningún avance real?

—Eso lo tiene que decidir usted. Tienen tres números posibles. Estoy seguro de que uno de esos era el del cliente de Keever, y estoy seguro de que usted sabe cuál es ese número. Consiguieron datos de teléfonos, que se pueden corroborar. He visto cosas que terminaron mal a partir de mucha menos información.

—Necesito saber si se comunican con las compañías telefónicas. Algo así como un sistema de alerta temprana. Y si se comunican, necesito saber qué les dicen las compañías telefónicas.

—Me temo que eso costará más dinero. Las compañías telefónicas pueden llegar a ser muy reservadas. Va a haber que sobornar a gente.

—Hágalo.

—De acuerdo.

—¿Después qué pasó?

—Luego la cosa se puso chistosa.

—¿En qué sentido?

—Westwood se quedó en la oficina y Reacher y Chang se fueron.

—¿A dónde fueron?

—Ahí es donde empieza la parte chistosa. Hackett los perdió. Se estaba haciendo pasar por taxista. No hay mejor disfraz en una ciudad. Pero Reacher le hizo señas para subirse al taxi, así que tuvo que irse deprisa.

—Eso no es bueno.

—Tiene el número de Chang en su sistema. En cuanto haga una llamada, sabrá exactamente dónde están.

VEINTIOCHO

La dirección de West Hollywood que eligió Chang era la de un motel, no muy distinto al de Mother's Rest, salvo que al encontrarse en una ciudad más glamurosa parecía moderno e irónico en vez de viejo y triste. Reacher pagó en efectivo por una habitación, que tenía un escritorio y una silla, y donde se podía elegir entre una conexión con cable o inalámbrica. Pero lo mejor de todo era que tenía una cama *king size*, plana y ancha y firme. Los dos la miraron, y se besaron, con ganas, pero tan solo por un breve momento, como personas que sabían que antes tenían trabajo por hacer. Chang se sentó y conectó su ordenador portátil. Desplegó la hoja que había impreso Westwood. Tres nombres, tres números. Dijo:

—¿Te gusta apostar?

—Louisiana está al lado de Arkansas, lo cual podría explicar por qué el tipo tiene esos dos códigos de área —dijo Reacher—. Pero Mississippi también, es lo mismo. Chicago no, pero alguien de apellido McCann podría llegar a elegir Maloney como seudónimo. Quizás era el apellido de su madre. Por lo que en este momento diría que estamos empatados.

—¿Por dónde quieres empezar?

—Por el 501 actual. Podría ser una línea reciente. Incluso podría darnos un nombre.

—Si es que no es un teléfono desechable.

Abrió una página de búsqueda tan fea como la de Westwood y metió el número 501 y los otros siete dígitos.

En la pantalla apareció la palabra *consultar*.

—¿Qué significa eso? —dijo Reacher.

—Significa que no está en la guía telefónica inversa, pero que hay información disponible. Por un cierto precio, de una fuente en la compañía telefónica.

—¿Cómo de alto es el precio?

—Cien dólares, probablemente.

—¿Los puedes pagar?

—Si conseguimos algo se los cobraré al *LA Times*.

—Corrobora primero los otros. En caso de que necesites un descuento por cantidad.

Lo cual resultó ser una posibilidad. El número de Chicago resultó ser exactamente lo que les habían dicho, una entre unas doce líneas de teléfono de la sede de Lincoln Park de las bibliotecas públicas, pero

tanto el teléfono móvil de Louisiana como el de Mississippi dieron como resultado *consultar*.

Información disponible.

—¿Cómo nos llega exactamente la información? —dijo Reacher.

—Antes nos llegaba por correo electrónico. Pero ahora no. Demasiado vulnerable. Demasiado arriesgado para la fuente. Es peor que dejar documentación escrita. Ahora tenemos que llamar.

Levantó su teléfono y marcó. Atendieron rápido. No hubo preliminares. Chang fue directa al asunto. Dio su nombre y explicó lo que necesitaba, y leyó en voz alta los tres números, despacio y con claridad, y escuchó cómo se los repetían, y dijo "De acuerdo", y colgó.

—Doscientos dólares —dijo—. Me llamará hoy mismo, más tarde.

—¿Cuánto más tarde? —dijo Reacher.

—Podrían ser unas horas.

Solo había una cosa que hacer para llenar el tiempo.

Diez minutos más tarde, treinta kilómetros al sur de Mother's Rest, el hombre con los vaqueros planchados y el pelo peinado con secador recibió una cuarta llamada en su teléfono de línea. Su contacto dijo:

—Hackett dice que Chang acaba de hacer una llamada. Dice que están en un motel en West Hollywood.

—¿A quién llamó?

—A la compañía telefónica. Quería información acerca de tres números. Pagó doscientos dólares.

—¿Qué información le dieron?

—Todavía ninguna. Su fuente le dijo que la llamaría hoy más tarde.

—¿Cuánto más tarde?

—Podrían ser unas horas.

—¿Usted puede conseguir esa información más rápido que ellos?

—Ahórrese el dinero. Hackett está escuchando. Lo sabrá en cuanto ella lo sepa.

—¿Cómo de lejos está él?

—Ahora mismo se está dirigiendo hacia West Hollywood. Estoy seguro de que estará allí antes de que llame el tipo.

La cama del motel era efectivamente plana y ancha y firme. Reacher estaba boca arriba, cubierto de sudor, el aire acondicionado no salía del todo frío, el ventilador de techo no funcionaba. Chang estaba acostada a su lado, respirando profundamente. La teoría de Reacher siempre había sido que la segunda vez era con mucho la mejor. Ya no había inhibiciones minúsculas, ni tampoco las torpezas de una primera vez, pero seguía habiendo mucha novedad y mucho entusiasmo. Pero esa teoría había quedado hecha trizas. Había volado en mil pedazos. *Hay que testear todas las teorías*, había dicho Westwood. *Esa es una*

parte central del método científico. Y eso es lo que habían hecho, testearla. La segunda vez, hacía una hora, había sido espectacular. Pero la tercera vez había sido mejor. Mucho mejor. Reacher estaba ahí acostado, exhausto, vacío, con los huesos como de goma, relajado de una manera que hacía que cualquier noción previa de descanso pareciera una agitación furiosa.

Eventualmente Chang se apoyó en un codo y le pasó los dedos por el pecho, por el cuello, por la cara, y de nuevo hacia abajo, como estudiándolo, como memorizando las secciones y los contornos de su cuerpo. Por su parte él estaba contento en su inmovilidad, con la mano apoyada en el lado interno del muslo de ella, quieta pero viva por la atracción de la piel caliente, que estaba húmeda pero tenía una suavidad aterciopelada, el músculo por debajo de la piel relajado, y un latido minúsculo pulsando contra su palma.

—Reacher —dijo ella.

—¿Sí? —dijo él.

—Nada. Estoy probando cómo suena.

El pelo de ella caía sobre el hombro de él, grueso y pesado. Sus pechos estaban aplastados contra su brazo. Reacher le sentía el latido del corazón.

—¿Estuviste casado alguna vez? —dijo ella.

—No —dijo él—. ¿Y tú?

—Una vez. Pero no duró.

—Como tantos otros.

—¿Cuánto duró la relación más larga que tuviste? —dijo ella.

—Seis meses —dijo él—. Más o menos. Estar destinado todo el tiempo en distintas partes hacía que fuera difícil. Era una lotería. Una lotería doble, si ella también era militar. Por lo general siempre fueron como barcos que pasan en la noche.

Sonó el teléfono de ella.

Se empujó sobre el cuerpo de él y se puso de pie y cruzó desnuda la habitación hacia el escritorio. Miró el identificador de llamadas y atendió. No hubo preliminares. Directa al asunto. La compañía telefónica, probablemente. Cogió un bolígrafo y cruzó de vuelta hasta la mesita de noche, donde había un bloc de hojas del motel, quebradizo y amarillo por el paso del tiempo. Lo llevó al escritorio, y se agachó, y empezó a tomar notas, primero en una hoja, y después en otra, y después en otra. En un momento se dio la vuelta hacia él y se inclinó hacia delante y guiñó el ojo.

Reacher levantó el torso apoyándose sobre sus codos.

—Gracias —dijo ella, y cortó la llamada.

—¿Qué? —dijo él.

—Espera —dijo ella.

Activó su ordenador y cliqueó y tecleó y su cara quedó iluminada

por la luz gris fría de la pantalla. Apoyó las puntas de los dedos en el panel táctil y deslizó y movió y amplió.

Después sonrió.

—¿Qué? —dijo él.

—Los tres números eran de teléfonos desechables —dijo ella—. Todos prepago, todos comprados en farmacias. El teléfono de Louisiana es reciente. Comprado en una tienda de Shreveport. Hay que registrarlo antes de usarlo. Ahora funciona así. Lo compras, llamas a un 0800, se le asigna un código de área del lugar del que estás llamando, más un número que esté disponible. Todo eso sucedió. Después lo usaron once veces, y después se le acabaron los minutos, y no lo recargaron lo suficientemente rápido, por lo que caducó. Cortaron su uso. El número será reasignado más o menos dentro de seis meses.

—¿A quién llamó?

—A Westwood, a Los Ángeles, once veces.

—¿Desde dónde?

—Desde Shreveport. Todas las veces desde la misma antena.

Reacher no dijo nada.

Chang dijo:

—Y con el teléfono de Mississippi fue exactamente lo mismo, más o menos, salvo que es un poco más viejo. Lo compraron hace un año en una farmacia de Oxford, y lo registraron con un código de área de Mississippi, y lo recargaron cuatro veces, pero finalmente lo descartaron. Lo usaron siempre en Oxford, con dos antenas distintas. Docenas de llamadas a Westwood, desde una escuela y desde un dormitorio universitario, quizás, si la información era correcta, y el tipo era un estudiante.

—Bueno es saberlo —dijo Reacher—. Pero eso no alcanza para hacerte guiñar el ojo y sonreír. Así que cuéntame del número de Arkansas. Supongo que ahí es donde está la acción.

Chang sonrió de nuevo, todavía desnuda, todavía feliz, aliviada, satisfecha y emocionada. Dijo:

—El número de Arkansas es otra cosa. Es un teléfono desechable de una farmacia, como los demás, salvo que sigue activo, aunque originalmente es mucho, mucho más viejo. Era parte de un lote enorme de Wal-Mart de hace muchos años. En aquel entonces venían ya con números incluidos y preasignados. De ahí el código de área de Arkansas, porque la sede central de Wal-Mart está en Arkansas. Pero no lo vendieron ahí. No lo vendieron en ningún lado, de hecho, o al menos no lo vendió Wal-Mart. Lo reemplazaron por un modelo más nuevo, y a principios de este año los que quedaban sin vender los subastaron a diez centavos de dólar. Unas cien unidades, eso es lo que cree el tipo que me llamó.

—¿Quién los compró?

—Un intermediario de Nueva Jersey. Una especie de comerciante de productos viejos o usados. Un especialista en este tipo de cosas.

—¿Y se los vendió a otra persona?

—Eso es lo que hacen los intermediarios.

—¿Cuándo?

—Hace doce semanas.

—¿A quién se los vendió?

Chang sonrió más aún.

—Se los vendió a una pequeña farmacia de Chicago atendida por sus propios dueños —dijo ella.

—¿De qué parte de Chicago? —dijo él.

Ella giró el ordenador para que Reacher pudiera ver la pantalla. Él estiró el cuello. Luz gris y líneas rectas. Google Maps, supuso, o Google Earth, o como se llamara el Google que mostraba imágenes satelitales de calles urbanas.

—Está un poco al norte del centro de la ciudad —dijo Chang—. Está literalmente al lado de la sede de Lincoln Park de las bibliotecas públicas.

Todavía desnuda, todavía emocionada, todavía sonriendo, Chang llamó de nuevo al número, el código de área 501 que había quedado fuera de las nuevas legislaciones y siete dígitos más, pero, como antes, sonó y sonó sin que contestaran y sin que atendiera tampoco el contestador automático. Esperó ilusionada un minuto entero y después colgó. Después puso su teléfono en manos libres y llamó a Westwood, y lo encontró en su oficina del *LA Times*. Chang dijo:

—El número con código 501 es un teléfono desechable de una farmacia, comprado en una tienda que está justo al lado de la biblioteca de Lincoln Park en Chicago. Por lo que Maloney es McCann. Estamos asumiendo que hace trabajo voluntario en la biblioteca, lo cual le daría acceso libre al número con característica 773 que usó antes. Y cuando lo bloqueaste fue al lado y compró un móvil y probó de nuevo. Necesitamos saber su historia. Necesitamos saber cuándo empezó a llamar.

—Ya lo busco —dijo Westwood.

Oyeron el ruido de las teclas y de los clics y del *mouse*, y de la respiración. Reacher se imaginó las pantallas gemelas y el teléfono sobre la base. Después se escuchó de nuevo a Westwood, que dijo:

—La primera vez que llamó McCann fue hace poco más de cuatro meses. Hubo otras quince llamadas antes de que lo bloqueara. Después cambió su nombre por Maloney y llamó otras tres veces. Pero eso ya lo saben.

—¿Tienes notas de las primeras llamadas?

—Nada. Lo siento.

—No te preocupes. Lo resolveremos.

—Manténganse en contacto.

—Lo haremos.

Chang colgó.

Reacher dijo:

—Deberíamos encontrar el número principal de la biblioteca. Tienen que tener información de las personas que trabajan como voluntarios. Podríamos conseguir una dirección.

—Primero nos ducharemos —dijo ella—. Y nos vestiremos. Me siento rara haciendo estas cosas sin ropa.

Reacher no dijo nada.

El hombre de los vaqueros y el pelo peinado con secador recibió una quinta llamada en su teléfono de línea. Su contacto dijo:

—La compañía telefónica le acaba de llamar. Después ella llamó al *LA Times*, inmediatamente. Está muy emocionada por algo relacionado con un hombre que se llama McCann, de Chicago.

Hubo una pausa muy, muy larga.

Después el hombre de los vaqueros y el pelo preguntó:

—¿Habló con él?

—¿Con McCann? —dijo su contacto—. No.

—Pero tiene su número de teléfono.

—De hecho, tiene dos números de teléfono. Aunque uno parece estar en una biblioteca pública. Aparentemente, McCann hace trabajos voluntarios allí.

—¿Ya sabe dónde trabaja?

—Hacer trabajo voluntario no es lo mismo que trabajar.

—¿Por qué todavía no habló con él?

—Lo intentó. Llamó a su móvil, pero él no contestó.

—¿Por qué no contestaría?

—¿Cómo podría saberlo?

—Le estoy preguntando a usted, como profesional. Quiero un análisis. Para eso le pago. ¿Cuáles son las razones posibles para no contestar una llamada?

—Fallecimiento repentino del titular del número de teléfono, pérdida del teléfono debajo del asiento de un autobús o semejantes, no reconocer el número en el identificador de llamadas estando en un estado de ánimo misántropo, estar en un lugar o en un ambiente en el que atender la llamada sería socialmente inaceptable. Hay cientos de razones.

—¿Cuál va a ser su próximo movimiento?

—Seguirá intentando contactarse con el número de móvil y se comunicará con el conmutador principal de la biblioteca para

conseguir toda la información que tengan sobre las personas que trabajan como voluntarios.

—¿Como una dirección?

—Eso podría llegar a ser difícil. Debe de haber protocolos de privacidad.

—¿Entonces?

—Irá a Chicago. Irá a donde sea. Si McCann era el cliente de Keever, va a querer encontrarse con él. Y no puede esperar que él coja un avión para encontrarse con ella.

—Y Reacher irá con ella a Chicago.

—Es lo más probable.

—No les puedo dejar hacer eso. Ya están demasiado cerca.

—¿Cómo se propone detenerlos?

—Su muchacho Hackett ya está allí.

—Por el momento Hackett está solo contratado para cuestiones de vigilancia.

—Eso podría tener que cambiar. Usted me especificó la lista de opciones.

—Tiene que pensarlo muy cuidadosamente. No solo por el dinero. Es un paso grande.

—No puedo permitirles llegar a Chicago.

—Tiene que estar muy seguro. Este tipo de decisión requiere una certeza absoluta.

—Deberíamos haberlos detenido nosotros, cuando tuvimos la oportunidad.

—Necesitaré una orden formal.

El hombre de los vaqueros y el pelo dijo:

—Dígale a Hackett que los detenga ahora. De manera permanente.

VEINTINUEVE

La ducha representó una transición lenta y amable entre lo que habían estado haciendo y lo que tenían que hacer a continuación. La bañera era estrecha, pero la cortina corría sobre un tubo curvado hacia fuera y el chorro era abundante y cálido, y de todos modos no querían estar separados por más que unos cuantos centímetros, por lo que todo les resultó cómodo. Se lavaron el uno al otro, divirtiéndose, de pies a cabeza, despacio, con cuidado, jabón y champú, sin descuidar ningún pliegue, y demorándose en algunos. Se tomaron su tiempo. Hubo cierta cantidad de jugueteo. Subió el vapor y llenó todo el ambiente, y se empañó el espejo.

Después finalmente salieron de la bañera y se secaron con unas toallas no muy gruesas, y despejaron círculos en el vapor del espejo, uno arriba, otro abajo, y se peinaron, Reacher con los dedos, Chang con un utensilio de carey que sacó de la maleta. Levantaron su ropa de donde había caído, en el suelo y en la silla y en la cama, y se la pusieron sobre la piel todavía húmeda.

Después volvieron al trabajo. Reacher abrió las cortinas y fuera no vio más que un sol brillante y un cielo azul. Era un día espectacular. El sur de California, al final del verano. Incluso la franja de esmog que sobrevolaba todo parecía dorada. Chang llamó de nuevo al teléfono con prefijo 501. Como antes, sonó y sonó, sin que contestara nadie. Lo dejó sonar. Zumbaba por el altavoz angustiosamente y sin cansarse. Seguía y seguía. Reacher dijo:

—Nunca me había pasado esto. O alguien atiende o aparece un contestador automático.

—Quizás esos viejos teléfonos desechables todavía no tenían contestador. O quizás no lo programó. O lo desactivó.

—¿Se puede hacer eso?

—No sé.

—¿Por qué no contesta? No puedes hacer las dos cosas. O tienes un contestador o atiendes tu maldito teléfono.

—Se dio por vencido. Nadie le prestaba atención. Así que tiró el teléfono. Está sonando en algún cajón.

En lo concerniente a cuestiones de tecnología, el carácter de Reacher era del tipo “necesito saber”. Entendía las máquinas de fax y de télex y la radio militar y el Correo de los Estados Unidos, pero nunca había necesitado saber nada acerca de teléfonos móviles civiles. Nunca había tenido uno. ¿Para qué? ¿A quién podría llamar? ¿Quién

lo llamaría? Lo poco que entendía estaba basado en la observación cotidiana. Se representó mentalmente el teléfono, sonando y sonando. También vibrando, quizás. Sonando y zumbando. Potente y enérgico. Dijo:

—La batería tiene que estar cargada. Si se quedara sin batería, el teléfono se apagaría y la red lo sabría. O sea que debe conectarlo de vez en cuando.

—O sea que quizás salió a hacer una compra y lo dejó en su casa.

Reacher miró por la ventana y no respondió.

El teléfono seguía sonando.

—¿Qué? —dijo Chang.

—Nada.

Pero con el ojo de la mente se estaba representando una imagen solitaria de un teléfono en el suelo, vivo, moviéndose de un lado para el otro, como un *spaniel* fiel tocando con la pata a su amo muerto, tratando de llamar su atención, sin entender. En un descampado, quizás, o en un gran salón. Un paro cardíaco, tal vez, o gota, o de lo que fuera que muriese la gente con perros *spaniels*. Pero Reacher era una persona que necesitaba saber y que se basaba en datos concretos, por lo que lo único que dijo fue:

—Corta la llamada y prueba con el conmutador de la biblioteca.

Chang cortó y la habitación quedó en silencio. Activó su ordenador y se abrió paso cliqueando hasta llegar a una página web de las bibliotecas públicas de Chicago. La sede de Lincoln Park tenía un número de teléfono de consultas propio. Un código de área 773, más otros siete dígitos, no muy alejado del número de la sala para voluntarios, el que habían conseguido antes. Marcó y se conectó con un menú de opciones. Inglés o español. Marque uno para esto, marque dos para aquello. Para hablar con un representante, marque nueve.

Marcó nueve. El teléfono sonó una vez, y después se escuchó la voz de una mujer que dijo:

—¿En qué le puedo ayudar?

Chang se presentó de la misma manera en que lo había hecho con Westwood la primera vez. Dijo su nombre y dijo que era una detective privada, ahora con base en Seattle, pero que previamente había trabajado para el FBI, y esa última parte pareció ayudar. La mujer de Chicago pareció impresionada.

—Entiendo que en la biblioteca hay personas que hacen trabajo voluntario —dijo Chang.

—Correcto —dijo la mujer.

—¿Tienen un voluntario de apellido McCann?

—Tuvimos.

—¿Pero ya no?

—Hace tres o cuatro semanas que no lo vemos.

—¿Renunció?

—No de manera formal. Pero los voluntarios suelen ir y venir.

—¿Qué me puede decir acerca de él?

—¿Por qué pregunta? ¿Está en problemas?

—Era cliente de mi empresa. Pero dejamos de estar en contacto. Estamos tratando de comunicarnos de nuevo con él.

—Es un señor mayor, muy tranquilo, reservado. Pero trabaja bien. A nosotros también nos gustaría contactarle de nuevo.

—¿Hay algo en lo que esté muy interesado o que tenga muy presente?

—No estoy segura. No era particularmente conversador.

—¿Vive en el vecindario? ¿Tiene la dirección de su domicilio?

Vacío desde Chicago. Después la mujer dijo:

—Lo siento, pero no tengo permitido dar ese tipo de información. Tenemos que respetar la privacidad de nuestros voluntarios.

—¿Tiene algún número de teléfono para contactarlo? ¿De su casa? Tal vez podría llamarlo usted y pedirle que nos llamara.

Silencio desde Chicago. Solo unos pequeños clics como de plástico. Una base de datos, posiblemente. Una lista larga, en un ordenador. Había que desplazarse mucho. La M de McCann estaría exactamente a la mitad.

Después la mujer volvió a la línea y dijo:

—No, me temo que no tenemos un número para contactarlo.

Después de eso buscaron en las bases de datos secretas para detectives a las que tenía acceso Chang hombres que se llamaran McCann y que vivieran en Chicago, por si figuraba por alguna otra cosa, pero encontraron cientos de coincidencias aleatorias, como era de esperar, supuso Reacher, dados los apellidos étnicos y los patrones históricos de inmigración. Quizás el McCann que buscaban era uno de esos, pero no había manera de saberlo. Estaba escondido como un grano de arena en una playa.

Después de eso buscaron en las aerolíneas. Había muchas opciones. Los Ángeles-Chicago era una ruta importante. Había varias partidas durante todas las horas de la tarde. Lo cual tenía sentido. La gente llegaría a su casa antes de la hora normal a la que se acostaban, dos zonas horarias hacia el este. Más allá de eso todo se aproximaría hacia el terreno de los ojos enrojecidos.

Todas las empresas principales cobraban el mismo precio, exacto, así que Chang eligió American, de la que tenía una tarjeta Gold, y reservó por teléfono, con alguien que atendía a las personas con tarjeta Gold. Más confiable en situaciones urgentes, dijo, y mejores asientos.

Reacher se guardó el cepillo de dientes en el bolsillo y ella hizo su

maleta, con su peine, y su ordenador con su cargador, y su cargador de móvil.

La cerró.

Dijo:

—¿Vale?

Reacher asintió y dijo:

—Vayamos a buscar un taxi.

TREINTA

Salieron de la habitación del motel y parpadearon a la luz del sol, y pasaron por la oficina a devolver la llave. El conserje pareció alterarse por el hecho de que se fueran tan pronto, al principio preocupado de que la habitación tuviera algún problema y, cuando le dijeron que no era así, pareció asumir que ellos veían el establecimiento como un lugar de alta rotación para alquilar por hora, y se molestó de nuevo. Reacher le dijo que era un cambio de plan imprevisto, solo eso, negocios, nada más, pero entendió la reacción del tipo. Tenían el pelo todavía húmedo de la ducha, y sus cuerpos emanaban las ondas resplandecientes del momento posterior, como si estuvieran radioactivos.

Había un taxi junto a la acera del otro lado de la calle. Reacher silbó y le hizo señas con las manos, igual que antes, y esta vez funcionó. El taxi dio la vuelta en U lentamente de acera a acera y frenó con el abridor de la puerta trasera exactamente a la altura de la cadera de Reacher. El chofer accionó la apertura del maletero y se bajó para ayudar con la maleta de Chang. Era un hombre corpulento vestido con una camisa de manga corta, antebrazos musculosos, la nariz partida por alguna pelea en el pasado, cejas llenas de cicatrices. De joven debe de haber sido boxeador, pensó Reacher, o simplemente alguien con mala suerte. El hombre levantó la maleta como si no pesara nada y la colocó en el maletero. Chang se deslizó de lado sobre el asiento de vinilo y Reacher se subió al lado de ella. El conductor se ubicó de nuevo al volante y miró a Reacher a los ojos por el espejo retrovisor.

—Vamos al aeropuerto —dijo Reacher—. Vuelo doméstico.

El taxi arrancó y empezó a desplazarse de manera lenta y constante por entre la parpadeante luz del sol, hacia la izquierda y hacia la derecha por calles laterales, hasta llegar al bulevar Santa Mónica, donde avanzó hacia el sur y hacia el oeste en dirección a la 405.

Esta vez el tipo de los vaqueros planchados y el pelo no esperó a que sonara su teléfono fijo. Quería adelantarse a las novedades, por lo que marcó el número de su contacto de manera preventiva. Dijo:

—¿Ya lo han hecho?

—No se preocupe, lo haremos —dijo su contacto.

—¿O sea que no lo han hecho?

—Todavía no.

—Pero Hackett estaba ahí mismo.

—Déjenos hacer lo que sabemos hacer, ¿sí? Dos muertos en una habitación de un motel de West Hollywood hubiera sido un desastre. Si pasa algo así se vuelven locos. Habrían aparecido diez coches patrulla en menos de un minuto. Habrían puesto cuatro detectives a trabajar en el caso. Habría salido en las noticias de la tarde. Hackett no se puede permitir esa clase de exposición. Demasiado riesgo. Tiene que poder seguir trabajando.

—¿Entonces cuándo?

—Confíe en mí. No se subirán al avión.

En la 405 había tráfico, como siempre, pero se movía. Tres carriles, ritmo constante, colores brillantes y pintura limpia y cera y cromo, y un sol feroz y fulgurante, y al fondo las colinas leonadas. El viaje era llevadero. Chang tenía su ventanilla totalmente abierta y la brisa era cálida. Le revolvía el pelo. Su camiseta estaba húmeda en los hombros, donde había estado en contacto con el pelo mojado. El conductor era pulcro y preciso en sus movimientos. No hacía nada brusco. Se mantenía en el carril de la derecha, dejándose llevar por el tráfico, una táctica tan buena como cualquier otra, en las autopistas de Los Ángeles. Iban a llegar cuando llegaran.

Reacher iba echado hacia atrás en el asiento, todavía profundamente satisfecho, todavía con el cuerpo como de goma, y Chang a su lado parecía estar igual.

—Alguien que hace trabajo voluntario en una biblioteca tiene que ser del vecindario, ¿no? —dijo ella—. Básicamente es una cuestión comunitaria. No vamos a tener que buscar por todo Chicago.

—Deberías ver qué escribió Westwood hace cuatro meses —dijo Reacher—. Necesitamos saber qué era lo que McCann tenía en mente. Antes de encontrarnos con él. Necesitamos saber qué fue lo que provocó su primera llamada.

Chang sacó su teléfono y usó los pulgares para buscar el sitio web del *LA Times*. La red del móvil era más lenta que el wifi, pero finalmente la página se cargó.

—¿Exactamente cuatro meses? —dijo Chang—. ¿O asumimos que buscó alguna noticia anterior?

—Buen punto —dijo Reacher—. Supongo que si McCann es una persona que sabe de internet, podría haber encontrado cualquier cosa. Pero hacer una lista de todo lo que Westwood escribió en su vida no nos ayudará. Prueba con un intervalo de tres meses. Cuatro, cinco y seis meses atrás.

Chang usó la caja de búsqueda del sitio y escribió *Westwood*. Salieron muchos resultados del vecindario de Los Ángeles que también se llama así. Por lo que cambió la búsqueda a *Ashley Westwood*, y lo

escribió entre comillas, lo cual funcionó mucho mejor. El resultado de más arriba era una columna de texto lateral a la derecha, con una foto y una biografía de él. La foto parecía haber sido tomada hacía algunos años en un buen día. Westwood parecía un poco más joven, y su pelo y su barba estaban un poco más ordenados y menos canosos. La biografía decía que tenía títulos de posgrado en biología molecular y periodismo. A la izquierda había una lista de sus artículos. Cada uno tenía un título y un breve resumen. El primero era un avance de su artículo sobre la historia del trigo, que se iba a publicar el domingo siguiente. Debajo estaba el artículo sobre lesiones cerebrales traumáticas que ya habían visto en el dormitorio de Keever en Ciudad de Oklahoma.

Chang arrastró el dedo por la pantalla y la lista se desplegó hacia arriba. Se detuvo ocho artículos hacia atrás, lo cual era el equivalente a cuatro meses. El tipo sacaba un artículo cada dos semanas, aproximadamente, todos bastante largos y probablemente con una investigación bastante extensa. Lo cual, en términos de los trabajos para civiles, resultaba más fácil que trabajar en una mina de carbón o que ser médico en una sala de emergencias, sin duda, pero no era algo exactamente fácil de hacer, según la opinión de Reacher. Nunca había escrito nada más largo que un parte operativo. Que por lo general era una disciplina con un formato mucho más breve y no necesariamente de investigación, o de no ficción.

La primera noticia en el tope de cuatro meses era un artículo acerca de agricultura orgánica. Frutas, verduras y cultivos básicos. El título era provocativo y en el resumen se insinuaba que las grandes empresas agrícolas estaban desnaturalizando la definición de orgánico para poder cosechar los precios de primera calidad sin hacer el trabajo duro. Dos semanas antes de eso Westwood había escrito sobre jerbos. Jerbos primitivos, para ser exactos, según el título. Aparentemente, nuevas investigaciones demostraban que la peste bubónica en la Europa medieval no había sido trasmitida por las pulgas de las ratas, como se había creído durante mucho tiempo, sino por las pulgas de unos jerbos gigantes de Asia.

El tráfico estaba empezando a ir más lento, al menos en el carril derecho. Los coches del carril central y el izquierdo les pasaban por el lado. Pero el conductor no se cambió de carril.

Chang deslizó la lista hacia abajo. El que venía a continuación del artículo de los jerbos era uno de hacía cinco meses acerca del cambio climático. El titular decía que los océanos estaban subiendo y en el resumen se decía que, según la geometría fractal, para construir un dique efectivo en la Costa Este se iba a necesitar más hormigón del que los humanos hubieran jamás mezclado en toda su historia.

—Todo el mundo escribe sobre el cambio climático —dijo Chang—.

McCann no tenía necesidad de elegir a Westwood en particular, ¿no es así?

—Coincido —dijo Reacher.

Lo siguiente era un artículo sobre algo llamado *deep web*. Que tenía que ver con buscadores e internet. Aparentemente la web normal era más fácil de navegar. Después de eso venía una noticia sobre abejas. Aparentemente, estaban muriendo en todo el mundo. Sin abejas no se fertilizarían los cultivos y morirían de hambre todos los habitantes del planeta. Y todos los habitantes del planeta juntos sumaban mucho más que doscientas personas. Reacher podía ver más o menos doscientas personas ahí mismo, por la ventana, porque el tráfico avanzaba cada vez más lento. Estaban parados en el carril derecho. El carril central y el carril izquierdo seguían siendo un poco más rápidos. Un Lincoln Town Car negro se puso a su misma altura, del lado de Chang, y les siguió el paso durante un segundo. Delante del Town Car se abrió un espacio. Bajaron la ventanilla de la puerta trasera y Reacher alcanzó a ver parcialmente a un hombre que iba dentro, girando la cabeza hacia ellos. Durante una absurda milésima de segundo pareció como si el hombre les quisiera decir algo. Pero después sucedió lo inevitable. El Town Car estaba en el carril del medio, pero iba a la velocidad del carril derecho. Detrás de él, un pequeño cupé rojo no frenó, distraído, y le tocó suavemente el parachoques trasero. La velocidad diferencial era módica, no más de diez o quince kilómetros por hora, pero pese a ello el Town Car salió impulsado con fuerza hacia delante y la cabeza del pasajero golpeó contra el asiento, y después se sacudió de nuevo hacia delante, demostrando todas las leyes de Newton, inercia y acción y reacción. A Reacher le sorprendió la fuerza con la que había sucedido todo eso. Quizás el latigazo cervical, después de todo, sí existía. El Town Car se metió en el hueco que tenía delante y el cupé rojo le siguió, ninguno de los dos redujo la velocidad, los dos aparentemente sin sufrir ningún tipo de daño. Claramente los parachoques reglamentarios funcionaban como debían.

No hubo ningún escándalo. Nadie tocó la bocina, nadie sacudió el puño, nadie mostró el dedo del medio. Un día normal, supuso Reacher, en medio del tráfico de Los Ángeles.

El carril derecho empezó a ir incluso más lento. En pocos segundos el Town Car y el cupé rojo estaban mucho más adelante y ya no se los veía. El carril izquierdo se movía incluso mejor. Reacher se inclinó hacia delante y preguntó:

—¿Por qué no vas por otro carril?

El conductor miró por el espejo retrovisor y dijo:

—Pronto van a estar todos atascados.

—¿Y por qué no avanzas antes de que eso suceda?

—Es la liebre y la tortuga, amigo mío.

Chang le apoyó la mano a Reacher en el brazo y tiró de él hacia atrás. Dijo:

—Déjale que haga lo que sabe hacer. A ti no te aprobaron como conductor, ¿recuerdas?

Chang volvió a su teléfono. La última noticia en el intervalo de tres meses que habían elegido era un artículo acerca de una ruta oceánica que corría paralela a la Costa Oeste, de California a Oregón, que usaban los tiburones para sus migraciones estacionales. No era nada importante para la mayoría de la gente, salvo por el hecho de que un francés estaba proponiendo atravesarla a nado, en su recorrido por el Pacífico desde Japón. Dormiría cada noche en un bote que le iba a estar siguiendo, y recomenzaría a la mañana siguiente, ocho horas al día. Aparentemente, los tiburones eran un problema secundario. Primero tendría que cruzar el giro del Pacífico Norte, que era un remolino lento de tres mil kilómetros, lleno de desechos plásticos y aguas residuales tóxicas y toda clase de basura.

—Los franceses están locos —dijo Chang.

—Mi madre era francesa —dijo Reacher.

—¿Estaba loca?

—Bastante.

El tráfico empezó a ir más lento de nuevo, proporcionalmente, el carril izquierdo a la velocidad a la que había estado avanzando el del medio, y el del medio a la velocidad a la que había estado avanzando el derecho, y el derecho pasó a estar prácticamente quieto. Pese a todo el conductor seguía sin cambiarse de carril. Se limitó a ir hacia delante, frenando y arrancando, poco más rápido que si caminaran.

Después entendieron por qué.

Apenas pasando Culver City y justo antes de Inglewood, con el aeropuerto ya no tan lejos, el tipo salió de la autopista en una salida a la derecha que apareció de repente y que no estaba señalizada, que llevaba a una calle estrecha que parecía la entrada a alguna clase de terminal de mantenimiento abandonada. El taxi crujió sobre algunos trozos de asfalto desprendido, solo, por entre cobertizos de hierro oxidado, y después dobló y pasó por los baches de una superficie de hormigón partido hasta una bifurcación sin salida, donde lo único que había era un depósito en ruinas, con una puerta rota que colgaba abierta.

El tipo condujo recto hacia allí y se metió en la oscuridad.

TREINTA Y UNO

El depósito tenía una estructura de hierro oxidado que sostenía el techo, y la poca luz que había en el interior provenía de cientos de puntitos brillantes de sol que pasaban a través de las perforaciones reticuladas del revestimiento. Era un lugar grande, tenía cerca de cien metros de largo, pero estaba casi todo vacío, salvo por algunas misteriosas pilas de equipos abandonados y chatarra. El suelo era de hormigón, muy gastado en algunos sectores, con manchas de aceite en otros, y cubierto de piezas oxidadas y plumas de palomas por todos lados. El crujido de los neumáticos y el ruido del motor y el pulso del tubo de escape se escuchaban fuerte a través de la ventanilla abierta de Chang.

Por lo que Reacher podía ver, no había nadie dentro, hecho que la parte posterior de su cerebro aprovechó. Un golpe en el costado de la cabeza del conductor resolvería el problema. Un golpe con la derecha, curvo y un poco hacia abajo. Inesperado. Sin previo aviso. Para hacer que el tipo tuviera su propio latigazo cervical. Aplica tu represalia primero. Reacher cerró el puño, preparado.

Y después relajó la mano de nuevo. El tipo siguió avanzando, lento y constante, pero seguro, como si supiera exactamente hacia dónde iba, como si hubiese estado allí antes muchas veces, y dijo:

—La liebre y la tortuga, amigo mío. Nos acabo de ahorrar veinte minutos.

Del otro lado del depósito había otra puerta igual a la primera, también rota y colgando, y el tipo la cruzó y salió a la luz del sol, y siguió avanzando sobre hormigón partido, por entre más cobertizos abandonados, y salió por un portón tumbado al sector norte de la calle que rodeaba el aeropuerto de Los Ángeles, del lado exterior del alambrado. Reacher vio la torre de control más adelante en línea recta, y pistas de aterrizaje y pistas de rodaje y aviones aparcados y camiones pequeños dando vueltas por todas partes, atareados e inocentes bajo el cielo enorme y el sol abrasador.

—Técnicamente eso era propiedad privada —dijo el conductor—. Pero yo trabajaba ahí, cuando la empresa funcionaba, por lo que supongo que puedo pasar. Nos ahorra la salida normal de la autopista, que ahora mismo debe ser un caos. Siempre es un caos, por la tarde. Pierdo uno o dos dólares en el taxímetro, pero recupero el doble porque consigo más rápido un nuevo pasajero. Mi salsa secreta. Ser de aquí y conocer un poco la zona nunca viene mal.

Dobló a la derecha en una calle de carga, y siguió por el lado exterior el recorrido de otro alambrado alto, y diez segundos más tarde estaban de nuevo navegando el río de Town Cars y taxis y amigos y familiares, todos yendo a las terminales. Un minuto después de eso estaban en American Airlines, disminuyendo la velocidad y acercándose al cordón y frenando. Otro minuto más y la maleta de Chang estaba en la acera, de pie, con el asa levantada y lista para partir, y le pagaron al conductor y le dieron propina y se subió al coche y se fue.

Chang sacó en una máquina las tarjetas de embarque y después empezaron a andar hacia la fila de control de seguridad. No llegaron. Se les interpuso un hombre. Tenía alrededor de cuarenta años, era rosado y robusto, y tenía el pelo rubio corto. Llevaba puesto unos pantalones chinos marrón claro y un polo azul debajo de una cazadora deportiva. Todas las prendas parecían institucionales. Una especie de uniforme. Tenía una cinta en el cuello. Estaba enroscada y la identificación que colgaba en la punta estaba al revés y se veía solo el dorso. Dijo:

—Señora, señor, los vi entrar desde la acera.

—¿Nos vio entrar? —dijo Reacher.

—Pasaron por el puesto de *check in* externo y usaron una máquina para personas que no tienen nada que facturar.

—¿Eso hicimos?

—Señor, usted no lleva maleta. No facturó nada, no lleva equipaje de mano, ni siquiera algún artículo personal.

—¿Es un problema?

—Sinceramente, sí, señor. Es un comportamiento inusual. Es uno de los puntos de nuestra lista.

—¿La lista de quién?

El hombre se quedó mirando un segundo, y después se dio cuenta y bajó la vista, hacia donde tenía la identificación colgando al revés. Hizo un ruido con la garganta, en señal de irritación o de frustración, y dio vuelta el distintivo. Reacher vio una foto de carnet a la derecha y las siglas del Departamento de Policía de Los Ángeles a la izquierda, en azul, y unas cuantas líneas más demasiado pálidas y demasiado pequeñas como para poder leerlas.

—Contraterrorismo —dijo el hombre.

—Estoy de acuerdo en que no llevar equipaje es estadísticamente raro —dijo Reacher—. Es algo que se nota con tan solo observar un poco. Pero no veo que de eso se tenga que inferir nada negativo.

—No soy yo el que pone las reglas. Van a tener que acompañarme. Los dos.

—¿A dónde? —dijo Chang.

—A hablar con mi jefe.

—¿Dónde está?

—En una camioneta junto al cordón.

Reacher miró hacia fuera por las puertas corredizas y vio una furgoneta azul oscuro aparcada en el carril en el que estaba prohibido detenerse, a unos treinta metros de distancia. No muy limpia. No muy brillante.

—Vigilancia —dijo el hombre—. Y cuando digo mi jefe me refiero a mi supervisor de guardia del día de hoy. No a mi jefe de verdad. El hombre que está en la furgoneta es el responsable. Así de sencillo. Es una cuestión de rutina. Nada importante.

—No —dijo Reacher.

—Señor, me temo que no se puede negar. Es seguridad nacional.

—No, esto es un aeropuerto. Es el sitio en el que la gente se sube a los aviones. Que es lo que vamos a hacer. Con una maleta entre los dos. Por lo que arréstenos o hágase a un lado.

—Esa clase de actitud también está en la lista.

—¿Por arriba o por debajo de la cuestión del equipaje?

—Señor, no se está ayudando a usted mismo.

—¿En qué iniciativa?

El hombre se puso tenso y no muy lejos aparecieron unos policías uniformados, con todo tipo de implementos colgando de sus abultadas caderas. El hombre soltó el aire, con la misma clase de ruido que antes, irritación o frustración, y dijo:

—De acuerdo, que tengan un buen vuelo.

Y se alejó andando, en diagonal, ya examinando a media distancia en busca de nuevas señales de alerta.

El tipo de la tarjeta Gold con el que había hablado Chang les había conseguido alguna clase de preaprobado en sus tarjetas de embarque, que les permitió pasar el control de seguridad por una fila especial y no tener que quitarse los zapatos. Reacher puso sus monedas en una bandeja, y alzó las manos en el escáner, y se acercó a Chang ya del otro lado. Caminaron hasta la puerta de embarque y encontraron cerca una sala de espera a la que les dio acceso otro código de la tarjeta Gold y esperaron un buen tiempo en unos sillones tapizados que, estuvieron de acuerdo, eran los equivalentes modernos de los viejos bancos de caoba de la estación de tren de Mother's Rest, en cuanto a que tanto unos como otros eran más cómodos de lo que parecían. Y los equivalentes modernos necesitaban ser más cómodos de lo que parecían, porque su vuelo no era el primero en salir. Lo cual Reacher en algún momento pensó que era el aspecto negativo de la tarjeta Gold.

Después embarcaron y el tipo de la tarjeta Gold con el que había

hablado Chang pisó fuerte de nuevo, con asientos en la fila de la salida de emergencia, lo cual significaba más espacio para las piernas, lo cual Reacher obviamente agradeció, aunque también le molestó. Entendía la teoría. En una emergencia la gente tendría que salir por ahí, primero por la ventana y después por encima del ala. Así que todo un repertorio de normativas exigía un espacio mínimo, para que la gente pudiera pasar cómoda, salvo que si existía algo así como un espacio mínimo para que la gente se pudiera mover de manera cómoda, ¿entonces por qué todas las demás filas no tenían el mismo espacio que esa? Ese era un misterio normativo que no podía dilucidar.

—Esto es agradable —dijo Chang.

—Claro que sí —dijo Reacher.

—¿Por qué no te cayó bien ese policía del aeropuerto?

—Me cayó bien. Todo el mundo me cae bien. Soy una persona feliz, alegre y gregaria.

—No, no lo eres.

—Me cayó bien —dijo Reacher de nuevo.

—Reaccionaste de manera negativa a lo que te dijo.

—¿Sí?

—Le dijiste que no y después empezaste a presionarlo. Prácticamente lo estabas desafiando a que nos arrestara.

—Tenía una duda.

—¿Cuál?

—Es decir, me pareció creíble. Muy creíble, en realidad. Los dos hemos visto cosas así. Un sabelotodo que está más arriba en la cadena de mando hace una lista. Basándose en qué, nadie sabe. Quizás nueve de cada diez veces no llevar equipaje significa que eres uno de los malos. Salvo que yo diría que está más cerca de una entre un millón. Probablemente él piensa lo mismo. Pero se atiene a la lista. Porque es su deber.

—¿Y cuál era tu duda?

—¿Viste recientemente alguna foto de una credencial del Departamento de Policía de Los Ángeles? ¿Para comparar?

—No me acuerdo.

—Yo tampoco.

—¿Crees que era falso?

—Ojalá lo supiera. Supongo que si no era falso, al menos estaba demostrando que el tema del control mental era mentira. Si no, se habría alegrado de que yo no facturara maletas. Habría estado dejando más espacio en la bodega para las máquinas.

—Si era falso, ¿quién podría ser en realidad?

—Quizás era otro primo Moynahan.

—¿En Los Ángeles? ¿Cuántos puede haber? No me lo creo.

—¿Por qué dejó de insistir en el momento en que lo hizo?

—Porque lo convenciste. No tenía ninguna causa probable. Y seguro necesitaba tener una. La legislación tal vez es más débil de lo que creemos.

—No, dejó de insistir en ese momento porque se acercaron los policías.

—Eran de los suyos.

—Pero supongamos que no. Supongamos que era un impostor cuyo trabajo era subirnos a la furgoneta. Pero a ver, nada es tan importante. Es un profesional que quiere trabajar de nuevo. No estaba seguro de qué era lo que yo iba a hacer a continuación. Podría haberme enfurecido. No se podía arriesgar a llamar la atención, porque justo había policías dando vueltas cerca, en busca de comportamientos inusuales. En otras palabras, el hombre no se arriesgó y huyó.

—O era un buen soldado que te ahorró una hora en la cárcel y se ahorró a sí mismo una hora de papeleo, respirando hondo y contando hasta diez y yéndose.

El avión dobló en la pista, entre cúmulos ruidosos de aire seco y marrón, y aceleró despacio, de manera complaciente, como completamente al tanto de que los misterios de la aviación se habían resuelto hacía mucho tiempo, y despegó tranquilo, y centelleó a la luz del sol, y se inclinó hacia un lado entre la niebla, y comenzó a ascender sobre estelas de hollín, estableciendo un rumbo oscuro pero elegante hacia el norte y hacia el este.

Diez minutos después, treinta kilómetros al sur de Mother's Rest, el hombre de los vaqueros planchados y el pelo peinado con secador atendió la llamada en su teléfono de línea. Su contacto dijo:

—Vamos a solucionarlo.

—¿Qué van a solucionar?

—Tuvimos muy mala suerte.

—¿De qué está hablando?

—Hubo un problema.

—¿Se subieron al avión?

Momento en el cual el contacto se puso conversador de nuevo. No porque estuviera de buen humor. Sino por una obsesión amarga e incrédula con lo que se debería haber hecho. Dijo:

—Hackett dispuso todo a la perfección. Ella reservó el vuelo por teléfono, por lo que él tenía todos los detalles. La coordinación fue perfecta. Segundo a segundo. Los vio irse del motel, en un taxi. En ese momento él ya estaba en el asiento trasero de un Lincoln Town Car, con un chofer contratado, y los siguieron durante un rato, y después se les pusieron al lado en la 405, y era pan comido, incluso ella tenía la ventanilla abierta, y el carril rápido se movía bien para la huida, y un

Town Car negro en la autopista al aeropuerto de Los Ángeles es invisible, porque hay millones, por lo que la escopeta literalmente tenía el disparo servido, ahí mismo, a quemarropa, pero les chocó por detrás un Ferrari. Como si te hacen saltar a la semana siguiente, dijo Hackett. Nunca más los vieron. No puedes hacer marcha atrás en una autopista.

—¿Entonces subieron al avión?

—No era el primer vuelo. Lo eligieron porque ella tiene una tarjeta Gold. Hackett les lleva treinta y cuatro minutos de ventaja. Se lo dije, lo vamos a solucionar.

—¿En Chicago?

—Sin ningún cargo extra. No era nuestro Ferrari, pero es nuestra reputación.

—Que no hablen con McCann.

—Comprendido. Estamos de acuerdo.

El vuelo era largo. No de costa a costa, pero básicamente transcontinental. Iban a cruzar casi todo el continente. Chang reclinó su asiento unos cuantos centímetros, y tenía las piernas estiradas, con los zapatos de cordones debajo del asiento de delante. Estaba pensando, como Reacher ya la había visto pensar antes, al volante del pequeño Ford verde, en la carretera larga y vacía hacia Ciudad de Oklahoma. A veces sonriendo a medias, a veces haciendo una mueca a medias, a medida que le pasaban por la mente los pros y los contras, o las fortalezas y las debilidades, o los resultados buenos y malos. Sin tener que mirar la carretera sus ojos también quedaban comprometidos en la tarea, los entrecerraba, los entornaba, los abría bien grandes, enfocaba cerca y enfocaba lejos.

Reacher trataba de no pensar. Perseguía un recuerdo huidizo, que estaba justo en la frontera entre el consciente y el inconsciente. Miraba para otro lado, no pensaba en eso, lo dejaba solo.

—La biblioteca va a estar cerrada cuando lleguemos allí —dijo.

—Iremos a primera hora de la mañana —dijo ella—. Pasaremos la noche en un hotel.

—Deberíamos elegir uno bueno. Deberíamos quedarnos en el mejor hotel de la ciudad y mandarle la factura al periódico. Una suite grande. Con servicio de habitación. Pagarán sin problemas. Porque se acerca algo. Lo puedo sentir.

—¿Qué es lo que se acerca, exactamente?

—No lo sé. Hay algo que no logro recordar, pero sé que es importante.

—¿Cómo, si no lo puedes recordar?

—Es una sensación.

—Dado que el mejor hotel de la ciudad irá primero a mi tarjeta de

crédito, estaré corriendo un riesgo financiero.

—Pagarán sin problema —dijo Reacher de nuevo.

—¿El Four Seasons o el Peninsula?

—Cualquiera de los dos.

—Llamaré desde O'Hare y reservaré en el que sea más barato.

Reacher no dijo nada.

Chang dijo:

—¿Cómo de importante crees que es, exactamente, esto que no puedes recordar pero que sabes que es importante?

—Creo que nos va a dar una idea de a qué nos estamos enfrentando.

—¿Qué es?

—No lo sé. Estoy tratando de unir dos cosas. Hubo dos cosas que fueron idénticas. Pero no sé qué. Palabras, o hechos, o lugares.

—Lugares no. Los Ángeles no tiene nada que ver con Mother's Rest. No se parecen en nada.

—Vale.

—Chicago tampoco. Salvo que quizás algunos de los agricultores van ahí a hacer lo que sea que hagan los agricultores en Chicago. ¿Es eso?

—No.

—Va a ser mejor que te des prisa. En poco tiempo vamos a estar ahí.

Reacher asintió, distraído. *En poco tiempo vamos a estar ahí.* Se representó mentalmente el proceso de desembarque. Le gustaba pensar las cosas del derecho y del revés. Incluso algo tan simple como bajarse de un avión. Era algo del cerebro reptiliano. El avión iba a recorrer la pista y después iba a aparcar, y se apagaría la señal del cinturón de seguridad, y la gente se pondría de pie, y sacarían sus cosas de los compartimentos superiores y de debajo de los asientos, y se amontonarían en el pasillo, y finalmente avanzarían despacio de uno en uno hasta la puerta y afuera por la pasarela. Después la carrera comenzaría de verdad, a través de los pasillos largos y anchos, pasando por las tiendas plateadas, pasando por los patios de comida, con sus mesas laminadas y sus clientes solitarios.

Y ahí se dio cuenta.

—Ni palabras ni hechos ni lugares —dijo.

—¿Entonces qué? —dijo ella.

—Caras —dijo él—. ¿Te acuerdas del Town Car ese en la 405?

—Había un millón de Town Cars en la 405.

—Uno se nos puso al lado y durante un segundo avanzó a nuestro mismo paso, y después un cupé rojo lo chocó por detrás.

—Ah, ese.

—Bajaron la ventanilla. Yo llegué a ver al tipo que iba dentro.

—¿Lo pudiste ver bien?

—No. Apenas. De manera parcial. Y por muy poco tiempo.

—¿Pero?

—Lo hemos visto antes.

—¿Dónde?

—En la cafetería en Inglewood. El sitio marrón. Esta mañana. Donde nos encontramos con Westwood la primera vez. El tipo estaba ahí. Con los codos apoyados en la mesa, leyendo un periódico.

Ahora Chang no dijo nada.

—El mismo tipo —dijo Reacher.

—Me entrenaron para pensar como un abogado defensor.

—Y digas lo que digas, la parte frontal de mi cerebro coincide contigo en un cien por cien. Lo vi apenas una milésima de segundo de un vehículo a otro, los dos moviéndose a sesenta kilómetros por hora, y el testimonio de un testigo presencial es muy poco confiable, en el mejor de los casos.

—¿Pero?

—La parte trasera de mi cerebro sabe que es el mismo tipo.

—¿Cómo lo sabe?

—Se está comunicando de manera desproporcionada.

—¿Escuchas cómo se comunica?

—Le presto mucha atención. Fuimos animales salvajes durante siete millones de años. Aprendimos muchas lecciones. Deberíamos tener cuidado de no perderlas.

—¿Qué está diciendo?

—Una parte se está preparando para una pelea. Sabe que no viene nada bueno.

—¿Y la otra parte?

—Está teniendo idas y vueltas, resolviendo las implicaciones. Que básicamente son o todo o nada. O estoy totalmente confundido o ese tipo nos está siguiendo desde el principio. Lo cual quiere decir que nos está rastreando por medio de tu teléfono móvil. Lo cual quiere decir que sabe prácticamente todo hasta aquí. Y lo cual quiere decir que va a ser mejor que llamemos al Four Seasons o al Peninsula desde un teléfono público. Así tendremos ventaja. Y necesitamos tener ventaja, porque este tipo está en una escalada. Está avanzando con la situación. En el desayuno esta mañana en la cafetería estaba observando. Quizás estaba escuchando a escondidas, leyendo los labios. Ahora está tratando de matarnos.

—¿Con solo bajar la ventanilla?

—Me miró. Durante una milésima de segundo pensé que quería decirme algo. Me estaba enfocando. De manera preparatoria. Pero no como para decirme algo. Estaba fijando su objetivo. Eso era lo que estaba haciendo. La lógica dice que tenía una escopeta con el caño

recortado. Para un tiroteo de coche a coche, como un misil aire-aire. Dos disparos para asegurarse, y después todo el mundo entra en pánico y chocan todos, y él se escapa por el carril rápido, y después era solo un Lincoln Town Car en medio de un millón de coches iguales al suyo, como tú dijiste.

—Ese es un escenario muy extremo.

—Es todo o nada. ¿Qué otra cosa estaba haciendo, poniéndose así a nuestra altura? Le encargaron que nos quitara del medio. Lo cual sugiere que es versátil. Y por lo tanto, caro. Lo cual nos empieza a dar una idea de lo que pasa en Mother's Rest. Proveen algo. A cambio de dinero. Dinero suficiente como para contratar a un agente privado versátil que pueda contrarrestar una amenaza potencial.

—Pero como tú dijiste fue apenas un vistazo a sesenta kilómetros por hora, entre dos vehículos en movimiento, y un testimonio de un testigo presencial es poco confiable.

—Espera lo mejor, prepárate para lo peor.

—No vamos a conseguir una orden con eso.

—Las órdenes son para lo que puedes demostrar. No para lo que sabes.

—¿Y tú sabes?

—Es algo instintivo. Es la razón por la que todavía estoy aquí, después de siete millones de años. Darwinismo en acción.

—¿Qué hicimos entre el desayuno y ahora como para que entraran en una escalada? —dijo ella.

—Exacto —dijo él—. Nos concentramos en McCann.

—Que por lo tanto debe ser muy peligroso para ellos. Y por lo tanto muy interesante para nosotros.

—Y la biblioteca estará cerrada cuando lleguemos.

—Si es el mismo tipo —dijo ella—. Todavía podrías estar equivocado.

—Pero los que saben dicen que deberíamos actuar como si tuviera razón. Por si acaso.

—Como la apuesta de Pascal.

—Si estamos equivocados no nos cuesta nada, pero nos ahorra muchísimo si tenemos razón.

—Salvo que ahora está por detrás de nosotros. Todavía sigue en Los Ángeles.

—No necesariamente. Este no fue el primer vuelo que salió.

Chang no dijo nada. Simplemente sacó su teléfono, y mantuvo apretado un botón, y lo pasó del modo avión a dejarlo totalmente apagado.

Aterrizaron desde el este, después de una vuelta larga y lenta sobre el lago y sobre la ciudad. El atardecer de verano prácticamente había

terminado, seguía de color bronce y caluroso, pero ya estaba oscureciendo. Las luces de las pistas de aterrizaje se veían brillantes. Recorrieron la pista y aparcaron, y la señal del cinturón de seguridad se apagó, y la gente se puso de pie y sacó cosas de los compartimentos superiores y de debajo de los asientos, y todos empezaron a amontonarse en el pasillo, incluidos Reacher y Chang.

TREINTA Y DOS

Finalmente Reacher y Chang recorrieron el pasillo andando de lado uno después del otro hasta llegar a la puerta del avión, y salieron a la pasarela de salida, y después a una sala, que estaba atestada de personas sentadas o esperando o moviéndose rápido en cualquier dirección. Reacher tenía fija en la mente la cara del hombre desconocido, como una foto de "Buscado" en la oficina de correos, y examinaba a la gente en diagonal, con el rabillo del ojo, mirando para otro lado, sin pensar, confiando en que sus instintos verían la semejanza, en el caso de que estuviera ahí.

No estaba. El tipo no estaba sentado, ni esperando, ni moviéndose rápido en ninguna dirección. Cruzaron juntos el largo pasillo de la sala, pasaron junto a gente que esperaba en la puerta del baño, junto a gente que hacía fila para comprar café, junto a puestos de periódicos, junto a tiendas plateadas, junto a locales de comida rápida con sus mesas laminadas y sus viajeros solitarios encorvados encima. Reacher miraba hacia delante en busca lectores de periódicos, o codos en las mesas, o alguna inclinación conocida de hombros, pero no vio nada. El tipo no estaba. No dentro de ese edificio.

Salieron del área de acceso a los aviones, ingresaron al área de acceso común, pasaron por el sector de recogida de equipajes y siguieron hasta la salida de los transportes por tierra, y vieron una pared con teléfonos públicos, sola y abandonada, pero, mejor aún, encontraron un mostrador de recepción, que ofrecía toda clase de servicios útiles para los recién llegados, incluidas reservas directas de hotel. Una mujer alegre vestida con un *blazer* les recomendó el Peninsula, y llamó de parte de ellos, y les reservó una suite, y les dijo dónde estaba la parada de taxis.

Era una noche calurosa y el aire fuera estaba cargado de humedad y emanaciones de gasolina y humo de cigarrillo. Esperaron cinco minutos y les tocó un hombre viejo en un Crown Vic viejo, que arrancó hacia la ciudad lo más rápido que pudo. Reacher miró por la ventanilla hasta que las personas que estaban en el aeropuerto desaparecieron de su campo de visión, pero no vio ninguna cara conocida. En la autopista miró los coches que tenían alrededor, pero ninguno se les acercó ni se les puso al lado. Todos sencillamente avanzaban en medio de la oscuridad de la noche, solos, ajenos, con las luces encendidas, cada uno en su mundo.

—Deberíamos comprar un teléfono desechable —dijo Chang.

—Y le deberíamos decir a Westwood que compre uno él también —dijo Reacher—. Porque probablemente así fue como puso todo en marcha la persona que nos busca. Estaba vigilando a Westwood, monitoreando sus llamadas. Esta mañana fuimos directos hacia él. Entramos solos.

—Lo cual demuestra que Westwood les preocupa. Lo que confirma que algo que escribió Westwood está muy relacionado con el tema.

—Probablemente no los tiburones ni el francés.

—Ni los jerbos ni el cambio climático.

—¿Ves? Ya estamos reduciendo las posibilidades.

Se pusieron en paralelo a las vías de la línea L, y vieron la enorme, alta e implacable ciudad frente a ellos, para ese momento ya un paisaje puramente nocturno, con un millón de ventanas iluminadas contra un fondo de cielo totalmente negro. El hotel Peninsula estaba ahí esperándolos, con una suite el doble de grande que las casas militares en las que había crecido Reacher y mil veces más lujosa. El menú del servicio de habitación era grueso como una guía telefónica y estaba encuadernado en cuero. Pidieron todo lo que tuvieron ganas de pedir, asumiendo que pagaría el *LA Times*. Comieron despacio, asumiendo que tenían toda la noche por delante, sin interrupciones. No había necesidad de apresurarse. Mejor saborear la certeza. Mejor disfrutar poco a poco la promesa que se avecina. Pasar por los tentempiés, y las entradas, y los postres, y el café.

A la mañana siguiente se despertaron temprano, a pesar de las zonas horarias, en parte porque tenían ciertos asuntos que les rondaban la mente, pero sobre todo porque la noche anterior no se habían tomado la molestia de cerrar las cortinas y la habitación daba al este, por donde entraba el sol de la mañana. Los asuntos que rondaban la mente de Reacher tenían que ver con su teoría, que había sufrido ciertas revisiones. La cuarta vez había sido mejor que la tercera. Era difícil de creer. Pero era verdad. Lo cual era agridulce. Porque algún día iba a tener que alcanzar el promedio. En algún momento tenía que parar. Tarde o temprano. No podía seguir mejorando eternamente.

¿O sí?

Espera lo mejor, prepárate para lo peor.

Al parecer lo que rondaba la mente de Chang tenía que ver con Lincoln Park y con una ironía, porque dijo:

—Me pregunto cómo ir hasta allí. Está bastante cerca. No estoy segura de si vale la pena alquilar un coche. Podría llegar a ser difícil aparcar. Y los taxis salen caros y podrían llegar a ser difíciles de encontrar. Por lo que teniendo todo eso en cuenta estoy pensando que deberíamos alquilar un coche con chofer por todo el día. Un Lincoln

Town Car. Preferiblemente negro.

—Por medio del hotel —dijo Reacher—. Eso nos suma otro poco más de ventaja.

—Que nos pase a buscar a las nueve. Estaremos en la biblioteca unos diez minutos después de que haya abierto.

—Excelente.

Porque dado que todavía era muy temprano les dejaba mucho tiempo para un desayuno largo y lento pedido al servicio de habitación, y para una ducha larga y lenta, y para otras cosas que resultan mejores cuando se las hace de manera larga y lenta, por la mañana, incluido el hecho de poner a prueba las teorías.

El coche con chofer que alquilaron era el tradicional Lincoln Town Car sedán, color negro, como habían pedido, encerado y brillante. El conductor era un hombre bajo vestido con un traje gris. Se declaraba igual de feliz conduciendo en medio del tráfico que esperando con el coche junto a la acera. No era asunto suyo. Le pagaban de cualquiera de las dos maneras. Le llevó diez minutos llegar a Lincoln Park. En la biblioteca, cuando entraron, el ánimo era como de "comienzo del día". Había un discreto ajetreo en marcha, en medio de los preparativos. Preguntaron por la mujer con la que habían hablado por teléfono el día anterior, al número de consultas, después de marcar nueve, y recibieron indicaciones de distintos empleados serviciales, uno después de otro, como una carrera de relevos, todo el recorrido hasta un escritorio en el que decía *Consultas*, que estaba solo en una sala apartada, y en el que en ese momento no había nadie. La silla estaba meticulosamente arrimada a la mesa y la pantalla del ordenador estaba oscura. Como si todavía no la hubieran tocado. La señora de las consultas estaba llegando tarde al trabajo.

Pero no todo estaba perdido. Porque en la pared del fondo de la sala había una puerta, y del otro lado de la puerta se oían voces, y en la puerta había un cartel: *Sala de voluntarios*. La sala desde la cual McCann había hecho quince llamadas, hasta que a Westwood se le acabó la paciencia.

Reacher golpeó la puerta y se dejaron de oír las voces. Abrió la puerta y vio una sala de descanso, muy municipal, llena de colores insulsos y sillones bajos con tapizado de tela. En los sillones había cinco personas, dos hombres, tres mujeres, distintas edades, distintos tipos.

El teléfono estaba sobre una mesa baja, entre dos sillones.

—Disculpen —dijo Reacher—. Lamento la interrupción. Estoy buscando al señor McCann.

Un viejo dijo: "No está aquí", y lo dijo de una manera que hizo que Reacher asumiera que el viejo conocía a McCann, posiblemente

bastante bien, como para responder con esa autoridad, y como para asignarse la función de vocero en el asunto. Era un espécimen viejo y flaco, con unos pantalones con pinzas marrón claro, sin planchar, y una cabellera canosa abundante, bien peinada, y una camisa a cuadros metida dentro del pantalón, como si fuera un uniforme de jubilado. Jubilado de un puesto ejecutivo, probablemente, lleno de hojas de cálculo y datos, todavía con la necesidad de sentirse querido, o todavía queriendo sentir que lo necesitaban.

Reacher le preguntó:

—¿Cuándo fue la última vez que vio a McCann?

—Hace tres o cuatro semanas.

—¿Eso es normal?

—Va y viene. Después de todo, son puestos voluntarios. Entiendo que tiene muchos otros intereses.

—¿Sabe dónde vive?

—Lo siento, pero son preguntas personales, y no tengo idea de quién es usted —dijo el viejo.

—Hace poco el señor McCann contrató a una empresa de detectives privados para que lo ayudaran con un problema que tenía. Nosotros somos los agentes. Vinimos para ayudarlo.

—Entonces deben saber dónde vive.

—Señor, ¿podríamos hablar a solas? —dijo Reacher en voz baja.

Lo cual dio en el blanco, en todo lo que tenía que ver con el ego del viejo. Había sido reconocido como alguien superior. La clase de hombre que uno aparta y acerca al centro de la escena. El viejo les dijo a los demás voluntarios:

—¿Nos dejaríais usar esta sala? De todos modos es hora de empezar a trabajar. Todos tenéis cosas que hacer.

Así que los demás salieron en fila, el hombre más joven y las tres mujeres, y Chang cerró la puerta a sus espaldas, y ella y Reacher se sentaron en dos de los sitios que acababan de quedar vacíos, formando un triángulo con el viejo, que no se había movido.

—El agente que llevaba el caso del señor McCann está desaparecido —dijo Chang—. Y lo primero que tenemos que hacer en una situación así es asegurarnos de que el cliente esté a salvo. Es nuestro procedimiento operativo estándar. Pero vamos a necesitar ayuda para encontrarlo.

—¿De qué se trata todo esto? —dijo el viejo.

—No sabemos exactamente. Quizás también nos pueda ayudar con eso. Creemos que hay algo que tiene muy preocupado al señor McCann. Quizás lo mencionó.

—Sé que no es un hombre feliz.

—¿Sabe por qué?

—No tenemos una relación muy cercana. No nos hacemos

confidencias. Tenemos una relación laboral. Hablamos de cosas de la biblioteca, claro está, a menudo ahondamos en algunos temas y estamos de acuerdo en la mayoría de los casos, pero no recuerdo muchas conversaciones personales. Tengo la impresión de que tiene problemas familiares. Eso es todo lo que les puedo decir. Creo que su esposa murió hace mucho y que su hijo, ya mayor, es un problema. O un desafío, como se dice hoy en día.

—¿Sabe dónde vive?

—No, nunca me lo dijo.

—¿Eso no es un poco extraño? —dijo Reacher—. ¿La gente no suele hablar del lugar donde vive? ¿Las tiendas que tienen cerca, o cuántas calles tienen que atravesar para tomarse un café?

—Me da la impresión de que le avergonzaba el lugar donde vivía —dijo el viejo.

Dejaron al viejo en la sala y encontraron a la mujer de las consultas fuera ya en su puesto de trabajo. Había llegado, puntual. Chang se presentó de nuevo y le mostró una de sus viejas tarjetas del FBI, y todo transcurrió de la manera más amable posible, pero igual la mujer no les facilitó la dirección de McCann. Era inflexible. Era una apasionada del tema de la privacidad. Dijo que se podía consultar con el director. Pero Reacher supuso que el director sería igual de apasionado, quizás no en cuanto al tema de la privacidad, pero sin duda sí en cuanto al tema de un posible litigio, y por lo tanto igual de inflexible.

—Vale, no me diga la dirección —dijo Reacher—. Pero al menos dígame si el señor McCann tiene una dirección.

—Por supuesto que tiene una dirección —dijo la mujer.

—¿Y usted sabe cuál es?

—Sí, sé cuál es. Pero no se la puedo decir.

—¿Es de esta zona?

—No le puedo dar la dirección.

—No la quiero. Ya no me importa la dirección. No la escucharía si me la dijera. Solo quiero saber si es de esta zona. Eso es todo. Lo cual no dice nada. Hay miles de personas en cada uno de los vecindarios.

—Sí, es de esta zona.

—¿Cerca de aquí? ¿Los días en que trabaja viene andando?

—Está queriendo que le diga la dirección.

—No. No quiero su dirección. Ya ni siquiera le permitiría que me la diga. Me taparía las orejas con los dedos y cantaría la-la-la. Solo quiero saber si está a una distancia que puede recorrer andando. Es una cuestión geográfica. O fisiológica. ¿Qué edad le parece que tiene el señor McCann?

—¿Qué cosa?

—¿Qué edad le parece que tiene el señor McCann? La edad no es lo mismo que la dirección. Puede hablar de eso libremente. Puede compartir libremente lo que usted piensa.

—Tiene sesenta años. Cumplió sesenta el año pasado.

—¿Está en buen estado?

—Para nada. Tiene un aspecto terrible.

—Qué pena. ¿En qué sentido?

—Es demasiado delgado. No se cuida. En absoluto.

—¿Le falta energía?

—Sí, yo diría que sí. Está decaído todo el tiempo.

—Por lo que no querría caminar demasiado lejos, ¿no es así? Digamos tres calles máximo. ¿Esa sería una conclusión adecuada?

—No le puedo decir.

—Un radio de tres calles son treinta y seis manzanas. Una superficie más grande que la de Milwaukee. No me estaría diciendo nada.

—De acuerdo, sí, viene andando, y sí, es una caminata corta. Pero eso es todo. No le puedo decir nada más.

—¿Cuál es su nombre de pila? ¿Nos puede decir eso?

—Peter. Peter McCann.

—¿Qué hay de su esposa? ¿Hace cuánto tiempo enviudó?

—Creo que eso fue hace mucho tiempo.

—¿Su hijo cómo se llama?

—Michael, creo. Michael McCann.

—¿Hay algún problema con Michael?

—No hablamos de eso.

—Pero usted debe de haber deducido algo.

—Estaría traicionando su confianza.

—No si no fue él el que se lo dijo. Estaría compartiendo sus propias conclusiones. Nada más. Es una gran diferencia.

—Creo que el hijo del señor McCann, Michael, tiene un problema de comportamiento. No sé exactamente cuál. Creo que es algo de lo que uno no se sentiría orgulloso. Esa sería mi conclusión.

Reacher se mostró comprensivo y lo intentó una última vez, pero la mujer siguió sin darles la dirección de McCann. Así que se fueron e hicieron un desvío hacia el mostrador de referencias y revisaron las guías telefónicas de Chicago. Había demasiados P. McCann y demasiados M. McCann como para que les pudiera servir de algo. Salieron de nuevo a la calle sin absolutamente nada, más allá de algunas impresiones y algunas suposiciones.

TREINTA Y TRES

En la acera de la biblioteca doblaron hacia la izquierda y encontraron la pequeña farmacia familiar exactamente donde tenía que estar, que era justo al lado. Era una tienda estrecha, con una marquesina y una puerta y un pequeño escaparate, que estaba lleno de productos no muy tentadores, entre ellos vendas elásticas y almohadillas térmicas y un asiento de inodoro para personas con problemas motrices. Los escaparates de farmacia eran un desafío para el marketing, según Reacher. Era difícil pensar alguna manera de disponer los productos que despertara en la gente ganas de entrar entusiasmados a la farmacia. Pero vio un artículo interesante. Era un teléfono desechable, en un envoltorio de plástico, colgado de un gancho de la pared. El teléfono parecía anticuado. El envoltorio de plástico parecía estar cubierto de polvo. El precio estaba promocionado como "supereconómico".

Entraron y encontraron otros seis teléfonos idénticos colgados de un panel que también tenía fundas de móvil que costaban dos dólares y cargadores de dos dólares, y adaptadores para coches, y cables de muchos tipos, la mayoría blancos. El precio de los teléfonos era de trece dólares menos un centavo. Venían precargados con cien minutos de llamadas.

—Deberíamos comprar uno —dijo Reacher.

—Yo pensaba en algo más moderno —dijo Chang.

—¿Cuán moderno tiene que ser? Lo único que necesitamos es que funcione.

—No tendrá internet.

—Estás hablando con la persona equivocada. Eso es un extra, en lo que a mí respecta. Y es una cuestión de karma. Tendremos el mismo teléfono que McCann. Nos podría llegar a dar suerte.

—A él no parece haberle funcionado —dijo Chang.

Pero de todos modos sacó del expositor uno de los teléfonos y lo llevó al mostrador, donde una mujer mayor esperaba del otro lado de la caja. Tenía el pelo color gris acero y recogido en un rodete y estaba vestida con una formalidad de la madre patria del siglo anterior. Muy al fondo de la tienda había un señor mayor examinando algunas recetas. Más o menos de la misma edad, más o menos del mismo estilo. Delantal blanco y por debajo traje y corbata. Más o menos el mismo pelo, más allá del rodete. La familia dueña de la farmacia, probablemente. No había otros empleados. Pocos gastos fijos.

—¿Tienen contestador automático estos teléfonos? —le preguntó Reacher a la mujer.

Ella repitió la pregunta, mucho más fuerte, no dirigiéndose a él, se dio cuenta Reacher, sino al marido al fondo, que gritó: "No".

—No —dijo la mujer.

—Un amigo nuestro compró uno aquí —dijo Reacher—. Peter McCann. ¿Lo conoce?

—¿Conocemos a Peter McCann? —dijo ella en voz bien alta.

—No —gritó el señor.

—No —dijo la mujer.

—¿Conoce a su hijo Michael?

—¿Conocemos a su hijo Michael?

—No.

—No.

—Vale —dijo Reacher.

Sacó del bolsillo un billete de diez y uno de cinco y pagó el teléfono. Recibió el cambio en monedas, expertamente contadas y diestramente entregadas. Se quedaron en la acera fuera del negocio y empezaron a forcejear para abrir el envoltorio de plástico. No fue fácil. Al final Reacher dejó la delicadeza de lado y lo rompió por la mitad. Se guardó el cargador en el bolsillo y le pasó el teléfono a Chang. Ella lo miró, y entendió cómo funcionaba, y lo encendió. Apareció una pantalla de bienvenida, pequeña, borrosa y en blanco y negro. Mostraba el número del teléfono. Con el código de área 501 y otros siete dígitos más. Mostraba el icono de la batería, cargada en un cincuenta por ciento. Venía cargado de fábrica, pero no del todo. El icono era como una pila de linterna diminuta, en horizontal, llena a un lado y vacía al otro. Reacher dijo:

—Llama de nuevo a McCann. Quizás ahora atienda. Quizás su teléfono es capaz de reconocer a un alma gemela.

No había opción de manos libres. No por trece dólares. Chang marcó y se quedaron juntos mejilla con mejilla, prestando atención, la oreja derecha de ella, la izquierda de él, y escucharon cómo sonaba y sonaba el teléfono de McCann. Interminablemente. Igual que antes. No atendía nadie y no había contestador.

Como un *spaniel* fiel, que no entiende la situación.

Chang cortó la llamada.

—¿Qué hacemos? —dijo—. ¿Registramos toda un área más grande que Milwaukee?

—Dramaticé un poco para generar cierto efecto. Milwaukee tiene más de treinta y seis manzanas. Es un lugar muy bonito —dijo Reacher.

Y después se quedó callado.

—¿Qué? —dijo ella.

—Nada —dijo él.

Había estado a punto de decir *deberíamos de ir algún día*.

—De acuerdo —dijo ella—. Tenemos que registrar un área más pequeña que Milwaukee, pero no mucho más pequeña.

—Con un par de calles debería ser suficiente. Si apuntamos en la dirección correcta. Estamos hablando de un hombre que tiene un pésimo aspecto porque no se cuida. Probablemente no come bien, quizás no duerme bien. Probablemente no va al médico, por lo que no le dan recetas. Y sin duda no anda recorriendo pasillos para comparar los precios de los complejos vitamínicos. Las farmacias no están en su radar. No tiene una farmacia preferida. Le resultan indistintas. O sea que no tenía ninguna razón en particular para comprar el teléfono en esta farmacia en particular. ¿Así que por qué lo compró aquí? Porque pasaba por delante dos veces al día, cuando iba a la biblioteca y cuando volvía de la biblioteca. ¿De qué otra manera lo podría haber visto? Tienen un teléfono en el escaparate, lleno de polvo. Por lo que creo que podemos sacar la conclusión de que anda hacia su casa siguiendo esta dirección. Sale de la biblioteca, dobla a la izquierda, pasa por la farmacia y sigue su camino.

—¿Hacia dónde?

—Creo que este es un vecindario bastante agradable. Creo que su situación inmobiliaria es bastante sólida. Pero aparentemente a McCann le avergüenza vivir donde vive. ¿Qué significa eso? ¿Ves algún lugar en el que te daría vergüenza vivir?

—Yo no soy McCann.

—Exacto. Todo es relativo. El viejo de la sala de voluntarios parece un director ejecutivo jubilado o algo así, y estoy seguro de que es de la zona, y estoy seguro de que vive en una casa. Es casi imposible tener una camisa como esa y no vivir en una casa. Son cosas que van de la mano. Es casi un requisito. Probablemente alguna clase de casa adosada agradable en una calle tranquila y arbolada. Entonces, si esto es relativo, McCann no vive en una casa. Pero tampoco en un apartamento. Un apartamento es una alternativa perfectamente legítima con relación a una casa. En algunos aspectos es incluso mejor. Sin duda no es algo de lo que avergonzarse. Por lo que McCann vive en algo que es menos que una casa pero que no es un apartamento.

—Una casa compartida —dijo Chang—. Una casa adosada no tan agradable, en una calle no muy arbolada, dividida en distintas habitaciones. Probablemente no cocina aún en placa eléctrica, pero debe de estar cerca. Lo cual para un tipo es duro de admitir frente a otro tipo, sobre todo si el otro tipo tiene una casa adosada toda para él. Quizás exactamente la misma casa adosada. Mismo constructor, mismo plano. Pero su calle no sufrió épocas duras. Lo cual es mucho aguante para la testosterona.

—Así lo veo —dijo Reacher—. A grandes rasgos. Quizás no la cuestión hormonal. Pero dos o tres bocacalles en esta dirección vamos a encontrar un par de calles con todas las casas adosadas en no muy buen estado, cada una con alrededor de doce timbres en la puerta, y esa clase de timbres por lo general tienen etiquetas al lado, a veces con los nombres escritos, y con un poco de suerte descubriremos que uno de esos nombres es McCann.

Estaba lleno de apellidos, porque estaba lleno de etiquetas, porque estaba lleno de timbres, porque eran cuatro calles, no un par, y eran largas. Las primeras dos salían hacia la izquierda y hacia la derecha de la calle principal dos bocacalles después de la biblioteca, y la tercera y la cuarta estaban una calle más lejos. Eran enclaves de construcciones bajas entre edificios más altos, no encajadas en ese lugar, sino ahí desde el principio. No tenían nada raro ni desagradable. No había basura en las alcantarillas, ni jeringuillas rotas que crujieran bajo los pies, ni grafitis, ni nada podrido o deteriorado. Nada evidente. Pero de alguna manera el cálculo misterioso y despiadado del sector inmobiliario las había degradado. Quizás les faltaban árboles, o había humedad en los sótanos, o demasiados aires acondicionados en las ventanas. Quizás el viento les llegaba de manera incorrecta. Quizás hacía mucho tiempo una pobre viuda había dividido su casa para poder llegar a fin de mes, y después otra, y otra. La imagen era algo muy sutil.

Hicieron que el Town Car recorriera el vecindario a muy poca velocidad, para establecer los límites del área de búsqueda. Después le pidieron al hombre que aparcara y se bajaron a andar. El sol estaba sobre el lago y los reflejos hacían que la luz fuera muy nítida. Ya hacía calor, dos horas antes del mediodía.

Chang se encargó de la acera en la que daba el sol y Reacher se quedó en las sombras matutinas. Fueron de puerta en puerta, por separado, desincronizados, subiendo y bajando las escalinatas de las casas adosadas, como empleados de restaurantes entregando pedidos, o misioneros en busca de gente para convertir. Reacher vio que la mayoría de los timbres tenían apellidos al lado, algunos escritos a mano, otros a máquina, otros impresos, otros grabados en una cinta negra estrecha y pegados sobre el del ocupante anterior. Había apellidos polacos, y africanos, y sudamericanos, e irlandeses, parecía las Naciones Unidas, pero al menos en la primera parte de la calle ninguno de los apellidos era McCann.

Treinta kilómetros al sur de Mother's Rest, el hombre de los vaqueros planchados y el pelo peinado con secador recibió otra llamada en su teléfono de línea. Su contacto dijo:

—Ya no está usando su teléfono.

—¿Por qué no?

—Es difícil saberlo. Una precaución, posiblemente. Ella es ex FBI y él es exmilitar. No son bebés de teta.

—En otras palabras, me está diciendo que Hackett no los puede encontrar.

—No, los encontró. Los encontró muy fácilmente. Vigiló la biblioteca. Aparecieron puntualmente. Estuvieron dentro una media hora y después compraron un teléfono desechable en la farmacia de al lado.

—¿Y a qué está esperando?

—A que se presente la oportunidad.

—No deben hablar con McCann.

—No se preocupe. Eso no va a suceder. Se lo prometo.

Cruzaron la calle principal y empezaron a recorrer la segunda parte de la calle, subiendo y bajando las escalinatas de cada una de las casas adosadas. La mayoría parecía tener tres pisos con hasta cuatro viviendas por piso. Los apellidos seguían apareciendo. En uno Reacher leyó Javier, Hiroto, Giovanni, Baker, Friedrich, Ishiguro, Akwame, Engelman, Krupke, Dassler, Leonidas y Callaghan. Perfectamente alfabéticos, si se cambiaba el orden. Las primeras doce letras. Y Callaghan era irlandés. Pero no era McCann.

Las casas tenían detalles de una gloria perdida. Había restos de vitrales y azulejos victorianos. Las puertas principales tenían muchas capas distintas de pintura y la mayoría tenían vidrio esmerilado, que dejaba ver los vestíbulos de manera borrosa y velada, con formas que podrían haber sido bicicletas aparcadas o carritos para bebés. Reacher siguió, puerta por puerta, de un edificio al otro, se acercaba el final de esa parte de la calle, ya había concluido casi la mitad de la búsqueda y no encontraba a McCann.

Pero Chang lo encontró.

Le hizo señas con las manos desde el otro lado de la calle, desde la escalera de entrada de una casa igual a todas las demás, y él levantó las palmas de las manos en señal de pregunta, y ella cerró el puño, discretamente, como un golfista después de un *putt* largo pero exitoso. Él cruzó la calle y fue hasta donde estaba ella, que señaló los timbres y pasó una uña elegante sobre una cinta blanca de papel en la que estaba pulcramente impreso el nombre *Peter J. McCann*.

TREINTA Y CUATRO

Los aposentos de McCann figuraban en la lista como apartamento 32, que Reacher supuso que era el segundo apartamento del tercer piso, posiblemente una habitación en la parte de atrás, si hacían las cuentas en el sentido de las agujas del reloj desde la izquierda del frente, como era probable. Un tercer piso sin ascensor, en otras palabras, y sin vistas. En un edificio común sobre una calle de segunda categoría. La ubicación jugaba en contra del tipo.

La puerta de entrada era sólida y estaba bien cerrada.

Chang presionó el timbre de McCann. No escucharon ningún ruido dentro. Demasiado lejos, probablemente. No se oyó ninguna respuesta por el altavoz. Nada de nada. Solo una mañana tranquila y calurosa, sin ningún movimiento.

—Llámale de nuevo —dijo Reacher.

Su teléfono desechable venía con una opción para marcar de nuevo un número anterior. Nada mal por trece dólares. Chang apretó esa tecla y esperaron mejilla con mejilla.

Sonó y sonó.

No hubo respuesta.

Chang cortó la llamada.

—¿Qué hacemos? —dijo.

—Es demasiado temprano para una pizza —dijo Reacher—. Vamos a tener que ser del correo.

Apretó nueve botones distintos y cuando contestó el primero dijo:

—Venimos a entregar un paquete, señora.

Hubo una pausa y después la traba de la puerta zumbó y se abrió.

Entraron por un vestíbulo caluroso con bicicletas y carritos para bebés y panfletos de menús tailandeses y tarjetas de cerrajeros hasta un pasillo de la planta baja que todavía tenía rastros de la vida familiar de hacía cien años, con molduras de techo y papel pintado. Pero el papel pintado estaba desteñido y despegado, y las molduras estaban cortadas por unos rústicos tabiques separadores, y a las elegantes puertas del salón les habían incrustado unas cerraduras toscas con llave y mirillas, y unos números de latón atornillados más bien torcidos. El primero a la izquierda era el 11 y el 12 estaba detrás, más al fondo del pasillo.

La escalera tenía ornamentos y moqueta y era empinada. Cuando pasaban por cada una de las curvas cerradas se encendían unas luces automáticas. Llegaron al piso más alto, respirando agitados. Hacía

calor ahí arriba. La puerta de la unidad 32 fue la primera que vieron. Rincón del fondo, a la izquierda.

Reacher golpeó.

No hubo respuesta.

Pero al rebotar contra el marco la puerta sonó con un ruido que no era el adecuado.

Reacher probó el picaporte.

La puerta estaba sin llave.

La puerta daba directamente a un salón, que constituía prácticamente todo el apartamento, y a pesar de que estaba oscuro era de un tamaño suficiente como para abarcarlo de un vistazo. En el interior hacía calor y había un olor agrio, una cama doble sin hacer contra una pared y una cocina muy pequeña sin ventana y un baño muy pequeño sin ventana, uno al lado del otro. La única luz que había llegaba de una ventana saliente, que estaba negra de hollín y tenía las cortinas abiertas solo a medias. No había nada colgado en las paredes, que en algún momento podrían haber sido blancas, pero que ya hacía mucho tiempo se habían puesto grises, color ceniza. Había una pequeña mesa redonda para sentarse a comer, alta como la barra de un bar, con un diámetro no más grande que el de un barril de petróleo, y una sola banqueta. Había un sillón y una otomana, que no combinaban, salvo por el hecho de que los dos estaban igual de brillantes de tan gastados. Y con respecto al mobiliario esa era toda la variedad que había. Lo demás eran mesas.

Había en total cinco mesas, cada una tenía más o menos el tamaño de una puerta, alrededor de un metro ochenta de largo y noventa centímetros de ancho, todas de madera y todas manchadas de negro. Juntas dominaban todo el apartamento. Estaban colocadas en fila en el centro de la sala, siguiendo un diseño, la primera estaba dispuesta a lo largo, la segunda apoyada contra esa pero de lado, formando una T, la tercera otra vez a lo largo, la cuarta de lado, otra T, la quinta y última otra vez a lo largo, el conjunto parecía una columna vertebral rígida que atravesaba el lúgubre aposento, como si fueran vértebras y costillas gruesas.

Sobre las mesas había ordenadores, siete de los cuales eran de escritorio y ocho de los cuales eran portátiles. Había otras enigmáticas cajas negras, y discos duros externos, y módems, y extensiones de USB, y fuentes de alimentación, y ventiladores de refrigeración. Pero sobre todo había cables, unas masas y fardos grandes de cables retorcidos y enredados, como caóticos nidos de ratas. Y donde no había ni cables ni cajas, había libros, acumulados en pilas altas e inestables, todos sobre diversos aspectos técnicos de programación, y protocolos de hipertexto, y asignación de nombres de dominio.

Chang se aseguró de que no hubiera nadie en el pasillo y cerró la puerta.

—Llama a su número de teléfono —dijo Reacher.

Ella apretó el botón de rellamada, y él escuchó un ruido de llamada contra la oreja de ella, y después se conectó a la red y empezó a sonar un teléfono en la habitación. Se escuchaba fuerte e insistente. Sonaba y zumbaba, con una melodía estúpida y el ruido pesado que hace el plástico cuando vibra contra la madera. El teléfono de McCann estaba ahí, sobre una mesa, rebotando bajo un nido de cables, con su pequeña pantalla completamente encendida en azul. Estaba conectado a un cargador, que estaba conectado a un ordenador.

Chang cortó la llamada.

—¿Por qué no lo lleva encima? —dijo Chang—. Un teléfono móvil tiene que estar en un bolsillo.

—Supongo que para él no es un móvil —dijo Reacher—. No en el sentido normal. Era un número alternativo para llamar a Westwood, nada más. Y cumplió con su cometido. No fue su culpa que no consiguiera ningún resultado. De modo que, como tú dijiste, lo abandonó y lo dejó tirado en un cajón. Salvo que el cajón es una mesa.

—Conectado.

—Una costumbre, quizás.

—¿Y dónde está él?

—No sé dónde está —dijo Reacher.

—La puerta de Keever también estaba sin llave.

—Me acuerdo.

—Creo que deberíamos echar un vistazo rápido e irnos.

—¿Cómo de rápido?

—Dos minutos.

Lo cual no era mucho, pero suficiente, porque no había demasiado a lo que mirar. La cocina era diminuta, con una alacena mediana en la que solo había una caja de cereales de marca blanca y un refrigerador en el que solo había un litro de leche de marca blanca y dos chocolates. En el armario del baño había analgésicos legales y remedios de venta libre para resfriados. Había una cajonera llena de ropa andrajosa, en su mayor parte de materiales sintéticos, y toda negra. La cama no tenía nada raro. Los equipos de los ordenadores eran lo que eran. Todas las pantallas se encendían sin ningún problema, pero de ahí en adelante para dar un paso en cualquier dirección se necesitaba una contraseña.

No había fotos, no había artículos personales, no había libros para pasar el rato, no había ningún tipo de correspondencia.

Chang abrió la puerta y miró el pasillo.

—Vamos —dijo.

Abrió más la puerta.

Había un hombre ahí de pie.

El testimonio de un testigo presencial no era confiable por las condiciones previas, y por el sesgo cognitivo, y por la tendencia a ser sugestionado. No era confiable porque la gente ve lo que espera ver. Reacher era igual. Era un ser humano. La parte frontal de su cerebro desperdició la preciosa primera milésima de segundo elaborando la imagen del hombre que estaba en la puerta, tratando de adaptarla a una versión plausible de un McCann teórico. Lo cual no era una tarea mental sencilla, porque se suponía que McCann tenía sesenta años y era flaco y estaba demacrado, mientras que el hombre que estaba en la puerta era claramente veinte años más joven, y el doble de robusto. Pero igual Reacher lo intentó, de manera instintiva, porque ¿qué otra persona podía ser, si no era McCann? ¿Qué otra persona podía estar de pie en la puerta de McCann, en el edificio de McCann, en la ciudad de McCann?

Medio segundo después la parte trasera del cerebro de Reacher se hizo cargo de la situación, y la imagen se definió sola, no era un McCann potencial en lo más mínimo, no era ni siquiera remotamente un aspirante a eso, sino que era la ya conocida cara que había visto apenas en dos ocasiones distintas, y que ahora veía por tercera vez, primero en la cafetería, después en el Town Car, y finalmente ahí donde estaba en ese momento, en un pasillo en penumbras de un tercer piso sin ascensor.

TREINTA Y CINCO

El tipo tenía alrededor de cuarenta años, poco más, poco menos, estaba en el centro de su vida, en una meseta ganada con mucho esfuerzo, ya no era ningún niño tonto, pero tampoco un viejo, y estaba lleno de confianza y capacidad y cualidades acumuladas, y todo eso envuelto en un ropaje de experiencia. Parecía medir un metro ochenta exacto, y debía pesar alrededor de noventa kilos. Llevaba puestos unos pantalones vaqueros azules, toscos y de tiro alto, para nada elegantes, con cinturón, y una camisa blanca con el cuello abierto, y una chaqueta de béisbol de raso azul. Tenía el pelo rubio, corto y peinado pulcro, y una cara rosa y cuadrada, y ojos azules pequeños, y una expresión inquisitiva. Podría haber sido un electricista del vecindario, presentándose en persona para preparar un presupuesto de un trabajo difícil.

Salvo porque tenía una pistola en la mano. Que parecía una vieja Ruger P85. Nueve milímetros. Con un tubo agregado. Un silenciador, de alrededor de veinte centímetros de largo. El tipo sostenía el arma hacia abajo, al lado de su pierna. Apuntando al suelo. Con el tubo del silenciador el arma llegaba desde la mitad del muslo hasta la mitad del gemelo. Larga y delgada.

Un circuito aleatorio en la parte trasera del cerebro de Reacher se encendió para mostrarle toda la secuencia de movimientos: *Cogió un avión casi sin previo aviso desde Los Ángeles y no puede haber subido al avión con un arma, por lo que tiene apoyo operativo en Chicago, de un nivel considerablemente alto, dado que los silenciadores son ilegales en el estado de Illinois*.

La parte frontal de su cerebro le dijo: *Avanza*.

Reacher avanzó un paso.

El arma se alzó y el tipo dijo:

—No te muevas.

Reacher avanzó más, hasta llegar a la puerta.

—Dispararé —dijo el tipo.

No lo harás, porque no quieres dispararme en la habitación, ni tampoco en el pasillo, porque soy demasiado pesado como para moverme después y además porque en la vida real los silenciadores no funcionan como en las películas, no suenan como un escupitajo amable, no, hacen un ruido del demonio, no mucho más bajo que el de un disparo normal, en todo caso, que se escuchará en todo el portal si disparas desde el pasillo.

Por lo que no dispararás.

No todavía.

—Quédate donde estás —dijo el tipo.

La parte trasera del cerebro de Reacher dijo: *Si tiene apoyo operativo en Chicago, deberías corroborar que no tenga refuerzos. En esta ciudad los matones son más baratos que los silenciadores.*

Que era la razón por la cual se había arriesgado a avanzar hasta la puerta. Para tener un buen ángulo. Pero no había nada en la penumbra detrás del tipo. Ningún bulto, ningún ruido, ningún movimiento, ninguna respiración.

El tipo estaba solo.

Reacher se quedó quieto.

—Ahora vuelve para dentro —dijo el tipo.

—¿Qué es lo que quieres? —dijo Chang desde la habitación.

No vas a decir que nos quieres matar, que no es nada personal, que es algo estrictamente profesional, porque eso nos induciría a reaccionar con una medida de defensa a ultranza.

—Quiero hablar —dijo el tipo.

—¿De qué?

—De lo que está pasando en Mother's Rest. Creo que puedo ayudarles.

Y tienes un puente a la venta en Brooklyn. No nací ayer. Reacher se quedó donde estaba, impidiendo el paso por la puerta, un poco de lado, con la punta del pie entre el suelo del pasillo y el suelo de la habitación, con el tipo más o menos a un metro de él, a mitad de camino entre la puerta y la barandilla de la escalera, y con Chang a unos dos metros a sus espaldas, todavía dentro de la habitación.

—Si viniste a ayudarnos, ¿por qué trajiste un arma? —dijo Chang.

El tipo no contestó.

Reacher no había aprobado el curso de conducir, pero había pasado todos los demás. Incluyendo el de combate cuerpo a cuerpo. Lo cual sonaba como una habilidad útil, pero no lo era. El objetivo del ejército siempre había sido entablar combate con armas de fuego y procurar que el país corriera el menor riesgo posible. En otras palabras, todo consistía en dispararle al otro desde muy lejos con un fusil o, si eso fallaba, dispararle desde más cerca con un arma corta. Los cursos de combate cuerpo a cuerpo habían sido un añadido posterior. Olían un poco a algo más bien vergonzoso. El cuerpo a cuerpo implicaba un fracaso en la fase de las armas de fuego. Lo peor de todo era que a los sabelotodo no se les ocurría nada para escribir en el manual. No había teorías válidas. Las artes marciales no funcionaban en la vida real. El judo y el karate no servían para nada sin las colchonetas y sin el árbitro y sin los pijamas especiales. Por lo que el combate cuerpo a cuerpo consistía en salirte con la tuya, básicamente. Como una pelea en un bar. Lo que sirviera.

—Baja el arma y hablaremos —dijo Chang.

No lo hará, porque eso le quitaría su única ventaja. Se quedaría mano a mano con un gigante, lo cual no sería muy tentador, sobre todo porque en ese mismo instante el gigante lo estaba mirando fijamente con una mirada vidriosa de psicópata.

—No te preocupes —dijo Reacher.

Lo que sirviera.

El tipo no movió el arma.

Reacher se inclinó unos pocos centímetros hacia delante.

Me quiere disparar en la habitación, no en el pasillo. Soy demasiado difícil de mover.

—Retrocede. Ahora —dijo el tipo.

Reacher no dijo nada.

Soy demasiado difícil de mover.

Y ahí las cosas cambiaron. El hombre del arma ya no estaba a cargo. Ya no tenía el control. Lo estaban haciendo retroceder. Centímetro a centímetro. Con una presión implacable. No física. La punta del silenciador no se movió. Pero mentalmente el hombre del arma se sintió golpeado por un revés de la fortuna repentino e inexplicable y sintió que le estaban inyectando una especie de rayos letales que salían de los ojos del psicópata, rostizándole.

—No te preocupes —dijo Reacher.

Salirte con la tuya. Está todo en la mente. Gana las peleas antes de meterte en las peleas.

—Veamos si te podemos ayudar a salir de este lío —dijo.

Su procedimiento estándar, en casos así, basado en lo que había funcionado, para una persona diestra que se tenía que enfrentar con un hombre diestro armado, era moverse un poco hacia delante pero sobre todo en sentido contrario a las agujas del reloj, una rotación salvaje desde la cadera, explosiva, exagerada como un movimiento de danza, haciendo que el hombro derecho se sacudiera fuerte hacia delante, y por lo tanto que el codo derecho se sacudiera también fuerte hacia delante, y lo mismo la mano derecha y la palma derecha, la palma golpeando con fuerza la parte interna de la muñeca del villano, y después empujando, empujando fuerte, empujando el arma fuera de su órbita, y después apretando como una garra, la otra mano mientras tanto se aferraba palma con palma con la mano de la pistola, la izquierda contra su derecha, como bailando, como peleando por la pistola, pero no era una pelea por la pistola, era empujar la mano que empuña el arma, empujar hacia atrás la mano que empuñaba el arma, y más atrás, todo el tiempo arrastrando la muñeca hacia delante con la garra, hasta que la muñeca se quebrase y el arma cayese.

Pero te puedes ahorrar mucho esfuerzo, porque tiene un silenciador. La pistola es el doble de larga de lo que cree su memoria muscular. Lo cual

hace que sea fácil. Ve por el camino más corto.

Y eso hizo Reacher, rotando fuerte desde la cadera, pero poco, manteniendo la palma de la mano en forma de gancho cerca de su cuerpo, golpeando no la muñeca del tipo sino el silenciador, empujando hasta dejarlo separado y fuera del camino, y después agarrándolo y tirando con fuerza.

Un procedimiento estándar, llamado así porque se usaba con frecuencia, como una programación de fábrica, porque noventa y nueve veces de cada cien funcionaba. Pero esta era la centésima vez del tipo. Supo qué era lo que tenía que hacer. No permitió que el movimiento lo llevara a perder el equilibrio, que era lo que sucedía si se quedaba agarrando con fuerza la pistola. La soltó de inmediato. Instantáneamente. La cedió, sin oponerse. Abrió la mano y se alejó dando un giro. Era la única jugada inteligente que tenía. Una de cien.

Era una jugada inteligente porque a pesar de que le concedía a Reacher la posesión exclusiva de un arma mortal, se la concedía al revés. La había agarrado del silenciador, con la mano derecha, la palma hacia fuera, y todavía seguía rotando en la dirección contraria con respecto a donde estaba la acción, y frenarse de golpe y hacer el movimiento derecha-izquierda-derecha necesario para que el arma quedara donde tenía que quedar le iba a ocupar una porción de tiempo finita, y después apuntar el cañón hacia el objetivo iba a ocupar otra porción de tiempo, quizás más larga, porque era un cañón largo, con el silenciador puesto. No era apuntar y disparar. Era más como darle al tipo un latigazo. ¿Y cuánto tiempo le llevaría todo eso en total? ¿Un segundo y medio? ¿Dos segundos?

Tiempo durante el cual un tipo lo suficientemente inteligente como para empezar con una jugada así te estará golpeando en el lateral de la cabeza. Te hará caer encima una lluvia de golpes. Quizás cuatro en tus dos segundos, si es más o menos bueno con el saco de boxeo. Mejor por el momento olvidarse del arma. Mejor volver a buscarla después. Mejor prepararte para lo que sabes que está por venir.

Reacher abrió la mano y dejó caer la Ruger, y empezó a deshacer su torsión contraria a las agujas del reloj, yendo hacia arriba con el codo del revés, agachando la cabeza, y el primero de los golpes que venían en su dirección le rebotó en la parte alta del cráneo, y después un gancho izquierdo le dio por encima de la oreja, un golpe brutal, como una barra de hierro, y después su propio codo llegó al vecindario, barriendo una especie de zona de exclusión aérea defensiva en el espacio circundante, desviando el derechazo siguiente que venía en su dirección, y usó el impulso para sacar un gancho de izquierda de su propia cosecha, pero el impacto sobre la oreja había retrasado unos tres o cuatro centímetros el proceso de deshacer la torsión, por lo que su puntería ciega quedó mal calculada y conectó el

golpe de manera débil, dado que no hizo caer al tipo por encima de la baranda de la escalera, sino solamente que rebotara contra la baranda.

Momento en el cual el tipo demostró más talento aún. De forma natural Reacher estaba yendo hacia delante, pensando en liquidarlo, con la idea de que el tipo iba a caer hacia él, indefenso y flojo y deshecho, pero el tipo se alejó con un salto hacia el lado, a noventa grados. Un esfuerzo gimnástico superior. Notable, en alguien corpulento. Y salvavidas. Con un bonus. El tipo no solo había escapado de un impacto colosal sino que ahora Reacher tenía el peso sobre el pie equivocado, por lo que el tipo aprovechó, se acercó un paso y le estrelló a Reacher un corto de izquierda en el riñón. Que Reacher sintió que le dejaría una buena marca.

Después el tipo retrocedió ese mismo paso, como un boxeador hacia un rincón neutro. Se quedó ahí, alerta pero sin moverse y con un aspecto bastante confiado. La Ruger estaba sobre la alfombra del pasillo, más o menos a mitad de camino entre los pies de Reacher y los de él. No apuntaba hacia ninguno de los dos. Apuntaba hacia el lado, todavía indecisa, como el pulgar de un emperador, ni hacia arriba ni hacia abajo.

No exactamente a mitad de camino entre los dos.

Más cerca de Reacher, si acaso.

¿Cuánto tiempo se podía tardar en cogerla?

El tiempo suficiente como para que te pateen la cabeza.

O como para que te metan un balazo en el corazón. Reacher miró la ropa del tipo. La chaqueta de raso era delgada y no se veía ningún bulto ni nada pesado. Estaba abierta, sin nada escondido. Los bolsillos de los vaqueros estaban inflados de manera inocente. Solo aire y pañuelos desechables. Por lo que su arma de repuesto estaría en el cinturón, en una funda en la parte baja de su espalda. Suministrada por su apoyo operativo local. No era la mejor disposición para desenfundar rápidamente un arma, pero era mucho más rápido que un tipo alto agachándose para levantar del suelo una pequeña pistola, desbalanceada por veinte centímetros extra de metal.

De ahí la confianza del tipo. Que no hubiera sentido si se estuviera encaminando a una pelea a puñetazos. Nunca había pasado. Pero este tipo parecía estar bastante bien. Tenía solo una preocupación menor, supuso Reacher. Que era que Reacher realmente no necesitaba coger del suelo la Ruger. Lo único que necesitaba hacer era ponerle un pie encima y darle una patada hacia atrás por entre sus piernas hasta Chang.

Eso cambiaría el juego.

Pero era difícil de hacer. Y lento. Un movimiento torpe y poco natural. Y después la porción finita de tiempo que le llevaría a Chang levantar el arma, y prepararla, y apuntar, y disparar.

No era la mejor disposición para desenfundar rápido un arma, pero era más rápido que todo eso.

Casi seguro.

Por lo que tenía una preocupación, pero menor.

Momento para hacer juegos mentales.

Reacher retrocedió. Un paso largo. Las proporciones cambiaron. Ahora la Ruger estaba más cerca del tipo. Que avanzó. Y redujo todavía más la distancia con el arma. Inevitablemente. La naturaleza humana en acción, ahí mismo. Es difícil hacerlos retroceder, es fácil hacerlos entrar. Si alguien hubiese avanzado hacia donde estaba él, el tipo se habría quedado orgulloso en su lugar defendiendo su territorio, pero cuando se encontró con que le cedían terreno no tuvo esa determinación. Dio un paso hacia delante enseguida. Ese fue su primer error. Una debilidad. No lo entendió. Pensó que cualquier parte del pasillo de un portal era igual de buena. De hecho pensó que su nueva posición era mejor. Porque dejaba la Ruger justo a sus pies. La podía recuperar cuando quisiera. Entonces tendría dos armas y Reacher no tendría ninguna.

Mejor.

Pero en realidad no.

Por la tentación. Por la urgencia. El tipo tenía dos armas a su disposición, pero no tenía ninguna de las dos en la mano. Por lo que estaban muy cerca y también muy lejos. Le consumían todas las posibilidades futuras. Se estaba anticipando, estaba pensando en el contacto pesado y sólido, en la empuñadura texturada contra la palma de la mano, el gatillo cálido y rígido debajo del dedo. La invulnerabilidad. La victoria. El trabajo hecho. Tan cerca. Después de tan solo agacharse y levantarse con la Ruger, muy rápido y en un solo movimiento, o hacer a un lado su chaqueta de raso y llevar la mano atrás hasta la funda, y desenfundar, y apuntar, y disparar.

Solo eso.

Tan cerca. Tentación. Urgencia. Pero cualquiera de las dos maniobras llevaría algo de tiempo. Un segundo o algo así. Quizás más. Y cualquiera de las dos maniobras sería una señal clara. No habría ningún tipo de ambigüedad. Reacher iba a saber exactamente qué vendría a continuación. Era un tipo corpulento, pero claramente ágil. ¿Y cómo de ágil necesitaba ser? Agacharse a buscar la Ruger equivalía a una patada en la cara. Sin duda. Reacher avanzaría un paso y *bang*. Con el pie derecho, después de arrastrarlo un poco. Como dándole el puntapié inicial a una pelota en un partido de fútbol americano. El blanco estaría justo allí, en el lugar exacto, en el momento exacto, a la altura exacta. Colocado sobre su base de plástico. Pidiéndolo por favor. Su cara.

Y buscar el arma que tenía en la funda equivalía a una patada en la

entrepierna. También sin duda alguna. Le tocaría pelear con una mano en la espalda, literalmente. Tendría el codo doblado en una postura rara. Quedaría muy expuesto.

Tenía dos armas a su disposición, pero no tenía ninguna de las dos en la mano.

Tentación.

Urgencia.

Distracción.

Reacher se acercó medio paso. Comprimiendo la geometría. Reduciendo el rango. Ajustando el foco. Aumentando la presión. Cara a cara, un metro y medio de distancia. El tipo se mantuvo quieto en la superficie. Pero Reacher podía ver por debajo. El tipo estaba temblando. Una manifestación física de su dilema. Quería agacharse o llevar la mano hacia atrás. Una cosa o la otra. O las dos. Incontrolable. Seguía arrancando y frenando, microscópicamente. Probando una cosa, probando la otra. Pequeñas sacudidas y sobresaltos. Movía los ojos. Hacia arriba y hacia abajo, hacia arriba y hacia abajo. Muy cerca y también muy lejos.

—¿Cómo te llamas? —dijo Reacher.

—¿Por qué? —dijo el tipo.

—Me parece que ya nos conocemos. Podríamos presentarnos formalmente.

—¿Por qué?

—Podría ser una buena decisión de tu parte. Podría hacer que te viera como a una persona. No como a un adversario. Podría llegar a no pegarte tan fuerte. Es la sabiduría convencional en estos tiempos. Las víctimas necesitan humanizarse.

Sacudidas y sobresaltos. Los ojos subían y bajaban.

Muy cerca y también muy lejos.

—No soy una víctima —dijo el tipo.

—Aún no —dijo Reacher.

A sus espaldas Chang dijo:

—Esto no tiene por qué terminar mal. Retrocede y levanta las manos. Después hablaremos. Y lo podemos solucionar. Aún no nos has hecho nada.

El tipo no contestó. Sus ojos subían y bajaban. Reacher vio que quería usar la Ruger. ¿Y por qué no? Era el arma que había elegido en un principio. Presumiblemente, por algún motivo. Y tenía el silenciador. Era superior, operativamente hablando. Y también sentimentalmente hablando. Algo que todavía el tipo quizás no sabía, en la parte frontal de su cerebro. Pero que ya estaba en marcha. Podía coger la Ruger y volvería al principio. Era como empezar de nuevo. Como si no hubiera pasado nada. Podía coger la Ruger y ser otra vez él mismo.

—¿Cómo te llamas? —dijo Reacher.

—Keith Hackett —dijo el tipo.

—Yo me llamo Jack Reacher. Un placer.

El tipo no contestó.

—Pero ya sabes cómo nos llamamos —dijo Reacher.

No hubo respuesta.

—Por lo que ese es el precio. Como dijo mi colega, esto no tiene por qué terminar mal. No para ti, al menos. Lo único que tienes que hacer es decirnos quién te dijo nuestros nombres. Quién te dio este trabajo. A quién llamas todas las noches con un informe de seguimiento. Si nos dices eso, te dejaremos ir.

No hubo réplica.

—Piensa en los semáforos viejos para cruzar la calle —dijo Reacher —. Cuando los hacían con palabras. Avance o No avance decían, Hackett. Esa es la cuestión aquí.

El tipo esperó un poco, por primera vez de repente se quedó quieto y después se agachó a buscar la Ruger. Se lanzó hacia abajo, más rápido que la gravedad, los ojos fijos en el premio, las manos ya en movimiento, ensayando el agarre, el rostro de lado, porque ya sabía lo que le esperaba, pero creía poder vencer.

No pudo. La cara del tipo estaba girada hacia arriba y hacia atrás, así que la bota de Reacher le dio en el mentón, como un monstruoso *uppercut* de un peso pesado con una herradura dentro del guante. El tipo cayó de espaldas y quedo tendido todo lo largo que era, pero a su favor se puede decir que sabía que era hombre muerto si se quedaba ahí, así que primero se resbaló y después se arrastró y se alejó, moviéndose sobre los codos y las rodillas, y se puso de pie, encogiéndose de hombros y abriendo y cerrando los ojos y golpeando el aire. No tenía buen aspecto. Tenía la mandíbula rota, obviamente. Le faltaban dientes. Eran heridas serias. Pero en sentido técnico, como diría un árbitro, ninguna de esas heridas era debilitante, en esas circunstancias. A menos que el tipo estuviese planeando empezar pronto a festejar su victoria.

Reacher observó la mano derecha del tipo. Dedujo que se podía mover solo de tres maneras. La más inteligente era que la levantara en señal de rendición. La más tonta era que la cerrara en un puño. Por lo tanto la segunda más tonta era también la segunda más inteligente, que era intentar coger el arma que tenía en la funda.

El tipo intentó coger el arma.

No lo logró.

Llevó el brazo hacia atrás, y el codo se abrió para fuera, y abrió la mano para meterla en la parte baja de la espalda, y su mano izquierda también se abrió al mismo tiempo, hacia el otro lado, para compensar, y quedó tan plano y bidimensional como si estuviese pegado en el

aire. Como un blanco de papel. Como un blanco de papel en la pared de una clase de combate cuerpo a cuerpo. Lo que sirviera.

Reacher avanzó con un paso corto y le pegó un cabezazo en medio de la cara, recorriendo todo un metro, trazando un gran arco a través de la penumbra del pasillo, con mucha potencia, con mucha aceleración, un impacto colosal y contundente, y de golpe el tipo ya no estaba más ahí y Reacher estaba usando cada músculo de su cuerpo para frenar y no seguir todo el recorrido hasta darle un cabezazo al suelo.

Entonces del otro lado de la escalera se abrió una puerta y una mujer canosa asomó la cabeza. Lo cual hizo que se encendiera una luz automática.

—¿Quiénes son ustedes? —preguntó la mujer.

TREINTA Y SEIS

La vecina era una señora educada, flaca y pálida, pero decidida. Parecía una mujer despierta. Como muchas personas de su generación, tendía a la cortesía y a no desconfiar. Eso era lo que dejaba ver, al menos. Exclusivamente por una cuestión de amabilidad, suponía Reacher.

—Vinimos a instalarle un ordenador nuevo al señor McCann —dijo él—. Pero hace mucho calor aquí arriba. Él se desmayó.

—¿Quieren que llame a una ambulancia?

—No, lo llevaremos dentro y le daremos un vaso de agua.

—No sería ningún problema.

—Señora, es un tema del seguro. Trabaja de manera independiente. Es duro. La cantidad que tiene que pagar antes de estar cubierto es demasiado alta. No quiere una factura del hospital.

—¿Hay alguna otra cosa que pueda hacer?

—No, señora.

Reacher agarró a Hackett por debajo de los brazos y empezó a arrastrarlo hacia la habitación de McCann. Chang empujó la Ruger con el pie, discretamente, llevándola a un lugar seguro de a unos pocos centímetros por vez. La vecina empezó a cerrar su puerta, y después cambió de parecer y la abrió de nuevo, unos treinta centímetros, igual que antes, y dijo:

—Pensaba que Peter siempre se instalaba los ordenadores él mismo.

Después cerró definitivamente y el pasillo quedó en silencio.

Chang levantó la Ruger y la llevó en la mano el resto del camino. Reacher metió dentro a Hackett. Chang cerró la puerta. Hackett tenía el maxilar muy dañado. Eso seguro. Casi todos los huesos de la cara. Algún médico se dirigía hacia su tour de conferencias. Pero el tipo respiraba bastante bien. Por el momento, al menos. Hasta que varias cosas por dentro se le hincharan y se cerraran. A partir de ahí ya no se sabía.

—¿Cuándo despertará? —dijo Chang.

—No tengo ni idea —dijo Reacher—. En algún momento entre dos horas y nunca.

—Le has pegado muy fuerte.

—Él me pegó primero. Dos veces en la cabeza y una en la espalda.

—¿Estás bien?

Reacher asintió. Estaba bien. Pero no espectacular. Le dolía mucho

el riñón. No se podía mover sin sentirlo. Y el golpe en la cabeza le dolía todavía más. Tenía una punzada por encima de la oreja. Había sido tremendo. Quizás el peor golpe que había recibido en su vida.

El cabezazo había sido imprudente, dadas las circunstancias.

—No podemos esperar dos horas aquí —dijo Chang—. Podría pasar cualquier cosa.

—Necesitamos encontrar a McCann, y esperar aquí es una manera tan buena como cualquier otra.

—No estás pensando —dijo ella—. ¿Te duele la cabeza?

—Todavía no. Pero me va a doler. ¿Por qué?

—¿Cómo nos encontraron?

—Supongo que este tipo nos siguió. En retrospectiva, era obvio que íbamos a empezar por la biblioteca.

—Pero después nos subimos al Town Car. Y seguimos una ruta bastante rara. Dimos vueltas por todo el vecindario, para orientarnos. No había nadie detrás de nosotros. No nos seguía nadie. No hubo manera.

—¿Cómo, entonces?

—La información que tienen de McCann es mejor que la nuestra. De alguna forma. Quizás trabajó con ellos. Tienen su dirección, por lo menos. Quizás por eso la puerta estaba sin llave. Igual que la puerta de Keever. Quizás Hackett ya ha estado aquí antes esta mañana.

Algo en su voz.

Reacher cogió la Ruger y revisó la recámara y sacó el cargador. Las balas nueve milímetros de color dorado metálico parpadearon. Pero no el número suficiente de balas nueve milímetros de color dorado metálico.

Al cargador le faltaba una bala.

Olió la recámara. Olió el cañón del arma.

Alguien había disparado con esa pistola.

—No querían que habláramos con McCann —dijo Chang—. Había dos maneras de detenernos. Eligieron las dos.

Reacher le revisó el pulso a Hackett. En el cuello. Estaba ahí, pero lento. Profundamente inconsciente. O comatoso. ¿Había alguna diferencia? Reacher no estaba seguro.

—Deberíamos asumir que antes o después van a aparecer refuerzos —dijo Chang.

—Este nos podría contar algunas cosas —dijo Reacher.

—No tenemos tiempo.

—Entonces al menos llevémonos todo lo que podamos.

Encontraron un teléfono móvil de muy buena calidad, tan delgado como el de Chang, y la llave de un coche alquilado, y la tarjeta magnética de un hotel, y ochenta y cinco centavos, y una billetera, todo en los bolsillos, y una Heckler & Koch P7, en la funda que llevaba

en el cinturón contra la parte baja de la espalda. La P7 era lo suficientemente pequeña como para llevarla escondida, pero lo suficientemente grande a la hora de usarla. Compartía las mismas balas Parabellum que la Ruger, lo cual era logísticamente sensato. En la billetera había más de cien dólares en efectivo, y una licencia de conducir de California, y varias tarjetas de crédito. Chang se quedó con el móvil, por el historial de llamadas, y Reacher se quedó con el dinero, por cuestiones de gastos futuros, y con la P7, por varias razones. Limpiaron los lugares por los que iban pasando, y también todo lo que habían tocado. Se guardaron el botín en los bolsillos.

—¿Necesitamos alguna otra cosa? —dijo Chang.

Reacher miró todo una última vez.

—Una cosa más, quizás.

—¿Qué cosa?

—Creo que podemos olvidarnos de la comida orgánica y de las abejas. Mira este sitio. Hay cereales azucarados y leche industrial. Y dos chocolates. Eso es lo que come. Usa pantalones de poliéster. No le importa lo que se pone en el cuerpo y no es de esas personas que abrazan árboles. Por lo que el artículo del *LA Times* al que reaccionó era el de la *deep web*. El que hablaba de internet. Lo cual tendría muchísimo sentido, con todos estos ordenadores.

—¿Quieres llevarte un ordenador?

—¿Escuchaste lo que dijo la vecina? ¿Antes de cerrar la puerta?

—Dijo que creía que Peter instalaba él mismo sus ordenadores. No la convenciste. Fue una manera educada de despedirse.

—Usó las palabras correctas. Los ordenadores se instalan, ¿no es así? Y le llamó Peter. Yo habría esperado que una señora como esa le llamara señor McCann. Deben de ser buenos amigos. Algo que a veces pasa entre quienes son vecinos desde hace mucho tiempo. En cuyo caso, quizás hablan de cuestiones personales. Y si sabe de ordenadores, quizás él le contó qué era lo que le tenía preocupado. Porque ella lo entendería.

—No tenemos tiempo de preguntarle. Podrían llegar al edificio más de estos en cualquier minuto. Y después la policía.

—Coincido —dijo Reacher—. No tenemos tiempo de preguntarle. No aquí, en todo caso. Por lo que ella es la cosa extra que quiero que nos llevemos. La vecina. Deberíamos llevarla a tomar un café. Lejos. Y deberíamos preguntarle ahí.

No fue un proceso rápido. No fue un escape a toda velocidad. Hubo un poco de escepticismo. Un poco de reticencia. Al final Chang tuvo que jugar la carta del FBI, literalmente, le dio la tarjeta. Después hubo que buscar un abrigo, a pesar de que le dijeron que hacía calor. Pero era una cuestión de modales. Dijo que no era completamente anticuada.

Que no iba a insistir con los guantes y el sombrero.

Después vino la larga e inestable caminata escaleras abajo hasta salir a la calle, donde estaba el Town Car, que eliminó su última reticencia. Su pintura negra brillante y el conductor con su traje gris impecable finalmente cerraron el trato. Era un coche oficial. Había visto coches así en los telediarios nocturnos.

Después vino la búsqueda del lugar indicado por parte de Reacher. Descartó muchas opciones agradables. Finalmente eligió una, una cafetería tradicional de Chicago, tal vez discretamente actualizada por un nieto o heredero respetuoso. Era un ambiente agradable y también cumplía con todas las virtudes necesarias. Que incluían un aparcamiento cerca para el Town Car, y mesas dentro, y un televisor en la pared.

La vecina de McCann parecía contenta con la elección. Quizás le recordaba a los lugares que ella solía frecuentar. Plegó su cuerpo huesudo para introducirse en un lado de una mesa de banco corrido y se dejó arrastrar por Chang, que se deslizó al lado de ella. Reacher se sentó cómodamente en el banco que estaba enfrente, de lado, tratando de no tener un aspecto muy amenazante.

Las presentaciones generales revelaron que su nombre era Eleanor Hopkins, viuda, previamente esposa e investigadora universitaria en un laboratorio, no solo letrada en tecnología, sino que la literatura técnica con la que estaba familiarizada la escribían, dijo, en muy poca cantidad y de muy pocas maneras, en algunos nichos e intersticios, ella o gente que ella conocía. O que conocía a través de otras personas, o que podría haber llegado a conocer, si hubiera aceptado otro trabajo en algún otro momento. Dijo que su carrera había coincidido con un período interesante, en términos de progresos tecnológicos.

Después dijo que Peter McCann había vivido en su edificio durante muchos años y que se habían hecho muy amigos, de una manera un poco hosca y ocasional y al estilo “donde hay buenas vallas hay buenos vecinos”. Dijo que lo había visto por última vez hacía tres o cuatro semanas. Lo cual sucedía con cierta frecuencia. Lo que hacía que no fuera un motivo para preocuparse. Ella salía muy poco y era cuestión de pura coincidencia que se encontraran en el pasillo. Y él se iba mucho, de todos modos, a menudo por varios días. Ella no tenía idea de a dónde se iba. Nunca había preguntado. Era su vecina, no su hermana. Sí, era un hombre triste. Las cosas a menudo salían mal.

El televisor que estaba en la pared estaba puesto en un canal de noticias locales. Reacher lo miraba con el rabillo del ojo. La señora Hopkins pidió café y una porción de tarta y Chang le dijo que era posible que el señor McCann se hubiese metido en alguna clase de problema. Nadie sabía de qué tipo. ¿Ella sí?

Ella tampoco lo sabía.

—¿Parecía estar obsesionado con algo? —preguntó Reacher.

—¿Cuándo? —preguntó la señora Hopkins.

—Recientemente.

—Sí, yo diría que sí.

—¿Durante cuánto tiempo?

—Más o menos durante los últimos seis meses.

Fuera a lo lejos se oyeron sirenas y el ritmo sordo de hélices de helicóptero, quizás a un kilómetro y medio de distancia.

—¿Sabe cuál era el problema del señor McCann? —preguntó Reacher.

—No, no lo sé. Hablábamos muy poco de cuestiones personales.

—¿Tenía algo que ver con su hijo?

—Podría ser, aunque esa no solía ser una situación de altibajos.

En la pantalla del televisor se vio una toma de césped verde, grabada desde un helicóptero. Árboles. Un parque.

—¿Cuál era el problema con su hijo? —preguntó Reacher.

—No contaba muchas cosas específicas al respecto —dijo la señora Hopkins.

—¿Usted sabía que él había contratado a un detective privado?

—Sabía que tenía la intención de tomar medidas concretas.

—¿Con respecto a qué?

—No lo sé.

—¿Hablaban de cuestiones tecnológicas? Dada su formación y el interés evidente de él.

—Sí, hablábamos frecuentemente de cuestiones tecnológicas. A veces con un café y un trozo de tarta. Como ahora. Explorábamos juntos los problemas. Lo disfrutábamos bastante. Yo le ayudaba a entender un poco las estructuras básicas y él me ayudaba a entender los usos que les suelen dar ahora.

—¿Su obsesión era una obsesión tecnológica?

—Creo que centralmente no, pero tenía aspectos tecnológicos.

En el televisor, bajo la imagen verde inestable, había un rótulo que decía *Encuentran en parque a víctima de tiroteo*.

La señora alzó la vista y dijo:

—Habrá sido un paseador de perros. Por lo general sucede así, creo. En los parques.

—¿Qué era lo que a McCann le interesaba de internet? —dijo Reacher.

—Había ciertos aspectos que quería comprender. Como la mayor parte de los legos, pensaba las cosas en términos físicos. Como si internet fuera una piscina, llena de pelotitas de tenis flotando. Naturalmente, las pelotitas de tenis representan los sitios web particulares. Lo cual no es así, por supuesto. Los sitios web no son

cosas físicas. Internet no tiene una realidad física. No tiene dimensiones, ni tampoco límites. No tiene arriba y abajo, ni cerca o lejos. Aunque se podría decir que tiene masa. La información digital es todo unos y ceros, lo cual significa que las celdas de memoria están cargadas o no están cargadas. Y la carga es energía, por lo que si uno cree en la fórmula de Einstein $e = mc^2$, en la que e es la energía, y m es la masa, y c es la velocidad de la luz, uno también tiene que creer que m es igual a e dividido por c^2, que es la misma ecuación expresada de otra manera, y que implicaría que una carga tiene una masa detectable. Mientras más canciones y más fotos uno tenga guardadas en el dispositivo, más pesado se vuelve el teléfono. Solo una trillonésima parte de la fracción más minúscula de una onza, pero igual.

En la pantalla del televisor la cámara del helicóptero enfocó un grupo de arbustos bajos y acercó la imagen. Había algunos agentes uniformados alrededor, y cinta policial, y algo que sugería una silueta a medias escondida, en el suelo, zapatos negros y pantalones negros, debajo de unas ramas frondosas. El rótulo aún decía *Encuentran en parque a víctima de tiroteo*.

—¿Qué era exactamente lo que quería entender McCann? —preguntó Reacher.

—Quería saber por qué hay algunos sitios web que no se pueden encontrar —dijo la anciana—. Que era fundamentalmente una pregunta acerca de los buscadores. Su imagen de la piscina se tornó útil. Se imaginaba millones de pelotitas de tenis, algunas flotando en la superficie, otras atrapadas más abajo por el peso de las demás. Por lo que le pedí que imaginara el buscador como una cinta larga de seda, de la que van tirando hacia arriba y hacia abajo y adentro y afuera, y que pasa en todas direcciones por entre las pelotitas, deslizándose sobre su suave superficie a una velocidad tremenda. Y después que imaginara que algunas de las pelotitas se habían adaptado, y que habían desarrollado pinchos en el lugar del fieltro, a modo de anzuelos, y que las otras pelotas se habían adaptado a no tener nada de fieltro, para quedar completamente tersas, como bolas de billar. ¿Dónde se engancharía la cinta de seda? En los pinchos, por supuesto. Por encima de las bolas de billar pasaría completamente de largo. Eso era lo que Peter necesitaba saber acerca de los buscadores. Es una calle de doble sentido. Un sitio web tiene que querer que lo encuentren. Tiene que trabajar duro para desarrollar pinchos efectivos. A eso le llaman optimización para buscadores. Hoy en día es una especialidad muy importante. Dicho esto, es igual de difícil ser una bola de billar. Permanecer en secreto tampoco es fácil.

—Los sitios web secretos implican actividades ilegales —dijo Chang.

—Así es —dijo la anciana—. O actividades inmorales, supongo. O las dos cosas a la vez. Yo soy bastante inocente con respecto a esas cosas, pero una se puede imaginar pornografía de la más desagradable, o envíos de cocaína por correo, e incluso más. A todas esas bolas de billar se les llama *deep web*. Hay millones. No tienen pinchos, no tienen ganchos, se dedican a lo que sea sin que nadie los observe. La *deep web* podría ser diez veces más grande que la web de la superficie. O cien veces más grande. O más. Nadie lo sabe. ¿Cómo podrían saberlo? No hay que confundirla con la *dark web*, claro está, que no son más que sitios desactualizados con enlaces que no funcionan, como satélites inactivos que quedan para siempre dando vueltas en el espacio. Lo cual hace que la *dark web* sea algo más semejante a la arqueología antigua, y la *deep web* algo más parecido a estar en la zona marginal de la ciudad. No es que nada de todo esto sea oscuro o profundo o que haya realmente una zona marginal, como comprenderán. Internet no es un espacio físico. No tiene características físicas de ningún tipo.

En la pantalla del televisor entró una ambulancia en la toma aérea, despacio sobre el césped, con las luces parpadeando desamparadamente, seguida por lo que parecía ser una furgoneta de la morgue. Se bajaron algunas personas y se reunieron con los policías.

—¿Cómo se pueden encontrar entonces los sitios web secretos? —preguntó Chang.

—No se pueden encontrar —dijo la anciana—. En todo caso, no desde fuera. No puedes usar un buscador, porque dado que los sitios son lisos los buscadores no tienen cómo engancharlos. Necesitas la dirección exacta. No solo CoffeeShop.com, sino algo más parecido a CoffeeShop123xyz.com. O, en realidad, mucho peor, por supuesto. Un localizador de recursos específico, combinado con una clave supersegura, todo en uno. Aparentemente esas direcciones circulan por ciertas comunidades de boca en boca.

En la pantalla del televisor un Crown Vic azul oscuro se subió al césped y aparcó. Se bajaron dos hombres de traje. Detectives, probablemente. El rótulo cambió a *Homicidio en Lincoln Park*. Reacher escuchó más helicópteros dando vueltas en el aire, a más o menos un kilómetro y medio de distancia. Los canales de la competencia llegaban tarde.

—¿Le dijo McCann qué clase de sitio web estaba buscando? —preguntó Reacher.

—No —dijo la anciana.

En la pantalla algunos hombres se agacharon junto a la figura vestida de negro que estaba en el césped. Los detectives y el médico forense, supuso Reacher. Conocía el oficio. Se había agachado muchas veces junto a figuras que estaban en posición horizontal. Algunas

habían estado vivas. Esta no, lo sabía. No había ningún tipo de urgencia. Ningún apuro. Nadie gritando. No había camillas, ni vías intravenosas, ni tubos de oxígeno, ni compresiones torácicas.

Homicidio en Lincoln Park.

—Ese es Peter, ¿no? —dijo la anciana—. ¿Por qué otro motivo me podrían estar preguntando cosas acerca de él? ¿Por qué otro motivo yo podría tener algún interés para el FBI?

Chang no respondió ninguna de las dos preguntas y Reacher no dijo nada porque, mientras la anciana hablaba, la imagen que estaba en la televisión cambió. A la de una casa. Una casa adosada normal. En una calle normal. La casa adosada de McCann. La casa de la anciana. Donde habían estado, poco antes. Era reconocible. Era familiar. El frente estaba completamente iluminado por luces rojas intermitentes. Unos policías subían corriendo la escalera de la entrada.

Era demasiado pronto como para que ya se hubiera hecho una conexión. Los policías que estaban en el parque todavía no habían revisado los bolsillos de McCann. No habían encontrado una cartera, no habían visto el carnet de conducir, no sabían quién era y no sabían dónde vivía. Todavía esperaban el visto bueno del médico forense. Reacher sabía cómo funcionaba. Muchas veces había estado de cuclillas sentado sobre sus talones, esperando. Antes de que el cuerpo pasara a ser una prueba se tenía que declarar la muerte.

Todavía no había conexión. Dos investigaciones distintas. El rótulo cambió a *Policía antiterrorismo allana vivienda en Chicago*.

Reacher miró de nuevo a la anciana y preguntó:

—¿Usted llamó al 911?

—Sí, llamé —dijo la anciana.

—¿Cuándo?

—Según cerré la puerta.

—¿Por qué?

—No me gustó su aspecto.

—¿El de ninguno de los dos?

—Especialmente el suyo. No parece lo que dice ser. No es como un agente del FBI de los de la televisión.

—Estaba de encubierto. Haciéndome pasar por uno de los malos.

—Su actuación fue convincente.

—Y por eso llamó al 911.

—Inmediatamente.

—¿Qué les dijo?

—Que había terroristas armados en mi edificio.

—¿Por qué dijo eso?

—Estamos en Chicago. Es la única manera de que lleguen en menos de cuatro horas.

—Deberíamos irnos —dijo Chang.

—No, quedémonos un poco más —dijo Reacher—. Cinco minutos no le pueden hacer mal a nadie.

Les sirvieron café de nuevo y la anciana quiso más tarta, por lo que Reacher y Chang también pidieron más, para acompañarla. La imagen del televisor cambió a una pantalla dividida en dos, con el parque a la izquierda y la casa a la derecha, cada una con su propio titular, *Homicidio en Lincoln Park* y *Alerta antiterrorista*, los dos titulares estaban centrados sobre el rótulo principal, que decía *Día ajetreado para la policía*.

La segunda taza de café estuvo tan rica como la primera. La tarta también. En el parque apareció una bolsa mortuoria y a la casa llegó una ambulancia. Cerraron la bolsa y la llevaron hasta la furgoneta de la morgue, y de la ambulancia bajaron unos paramédicos, que subieron corriendo los escalones y entraron a la casa. Poco después salieron con un hombre herido sobre una camilla. Hackett, probablemente, aunque era difícil saberlo. Su cara estaba vendada del cuello para arriba, como una momia egipcia, y toda la ropa estaba tapada con una sábana.

Después, como si fuera un efecto para generar suspenso en una película, los policías se fueron del parque en sus coches y cuatro largos minutos más tarde aparecieron en la casa, en los mismos coches, desde la izquierda de la pantalla hasta la derecha, un breve salto electrónico pero una ruta intrincada en el mundo real. Los mismos detectives se bajaron y subieron apresurados las escaleras y entraron a la casa, y un minuto más tarde salieron de nuevo, hablando con urgencia por sus teléfonos móviles.

El rótulo cambió a *Oficial de policía dice que los casos están conectados*.

—Señora —dijo Reacher—, lamento mucho su pérdida y siento mucho la intromisión que está a punto de sufrir. El Departamento de Policía de Chicago querrá hacerle algunas preguntas. Y no es como en los programas de televisión. El FBI no puede llegar y quedarse con el caso. Los tenemos que dejar por su cuenta. Por lo que le agradeceríamos que no mencionara que hemos hablado con usted. Hay muchas cuestiones sensibles en juego. Va a ser mejor que no les diga nada acerca de nosotros. Ni siquiera que estuvimos en la casa. No necesitan saber que nosotros llegamos antes que ellos.

—¿Me está pidiendo que les mienta?

—Yo les mentiré, si me preguntan quién llamó por los terroristas y por qué.

—Muy bien, entonces yo también —dijo la anciana.

—¿De verdad no sabe cuál era el problema de McCann?

—Ya se lo dije, soy su vecina, no su hermana. Deberían preguntarle a ella.

—¿A quién?

—A su hermana.

—¿Tiene una hermana?

—Fue lo que mencioné antes.

—Pensé que era una manera de hablar.

—No, es real. Tienen muy buena relación. Ella es la persona con la que él compartiría sus secretos.

TREINTA Y SIETE

Enviaron a la señora Hopkins de regreso a su casa en el Town Car y le dijeron al chofer que ese era su último encargo del día, y que por lo tanto después de eso quedaba libre, se podía ir a su casa, o regresar al garaje, o a donde fuera que tuviese que ir. El tipo recibió la noticia alegremente. Pero Reacher imaginó que su último encargo no sería el más delicado. Imaginó que no llegarían hasta el final. Irían hasta unas calles antes de la casa de la anciana y allí se encontrarían con los controles policiales. Si la anciana tenía una manera de demostrar su nombre y su domicilio, le permitirían seguir a pie. O en el asiento trasero de un verdadero coche oficial del gobierno, dependiendo del apuro que tuviesen de hablar con la vecina. De cualquiera de las dos maneras ella terminaría fresca y cómoda, atiborrada de agua y café, hablando con unas mujeres jóvenes muy respetuosas.

Lo bastante seguro.

Chang encendió su móvil. También lo bastante seguro. El operativo de rastreo de Hackett ya no estaba en marcha, al menos temporalmente. Y necesitaban mapas, e imágenes satelitales, y horarios de vuelos, y buscadores. La señora Hopkins les había dicho que la hermana de Peter McCann era una mujer que se llamaba Lydia Lair. Era bastante más joven que él. Se había casado con un médico y se había mudado a una zona residencial elegante a las afueras de Phoenix, Arizona. Su marido era rico, pero McCann no le había pedido nada a ella, más allá de su atención y su tiempo. Tenían una dirección para localizarla, una anotación de la anciana para la lista de tarjetas de Navidad, que aún conservaba en una agenda de bolsillo en la cartera. Pero no tenían ningún número de teléfono. Chang encontró en internet el número del consultorio del marido, pero la secretaria no les facilitó el teléfono particular. En la base de datos de la empresa telefónica no figuraba. Ni el marido ni la esposa estaban en ninguna de las bases de datos secretas de Chang. Google tampoco arrojó ningún resultado, más allá de una foto anodina de la pareja en un evento de beneficencia. El doctor Evan Lair y su esposa. Una fundación de salud hepática. Él llevaba puesta una corbata negra y ella un vestido de noche. Ella parecía una mujer saludable. Brillaba de diamantes y tenía unos dientes muy blancos.

Después tuvieron que tomar una decisión con base en tres cosas distintas: cuán pronto necesitaban llegar a Phoenix, cuánto tiempo podían esperar por un vuelo con tarjeta Gold y cuánto tiempo

esperaría la policía para notificar a la hermana. Si es que lo hacían. Ella no era la familiar más cercana. El familiar más cercano era el hijo. Él sería su prioridad. Iban a querer informarle primero a él. Y si lo hacían así, dejarían que fuera él quien llamara a su tía. Lo verían como su responsabilidad. Algo con lo que él podría cumplir o no, dependiendo de cuáles fueran sus desafíos.

Todo ello implicaba que de un modo u otro ella podría llegar, o no, a recibir la llamada en el momento en el que ellos estuviesen aterrizando en Phoenix. Lo cual estaba bien, en cualquiera de los casos. Una mala noticia era una mala noticia. Sin que importara el momento en el que uno la recibiera. Siempre y cuando ella no tuviese el tiempo necesario como para empezar a organizar un viaje a Chicago para encargarse de todo personalmente. Tenían que encontrarla mucho antes de que eso sucediera. Antes de que los asistentes de apoyo a las víctimas o algunos amigos bienintencionados la entrenaran en frases propias de las pegatinas de parachoques.

La mejor opción de viaje estaba fuera de la zona de confort de Chang, con una aerolínea para la que no tenía tarjeta Gold. Pero era la primera alternativa y la más satisfactoria. Les dio el tiempo apenas necesario como para pasar por el Peninsula a dejar la P7 y coger el bolso de Chang. Y una cosa más. Encendieron el teléfono capturado de Hackett y revisaron el registro de llamadas. Todo el tráfico entrante provenía de un solo número. El código de área era 480.

Chang lo buscó en su ordenador.

—Es un teléfono de Phoenix, Arizona —dijo—. El lugar al que estamos yendo.

Una consulta rápida y muy cara al tipo que Chang conocía en la compañía telefónica les hizo saber que el teléfono de Phoenix correspondía a un móvil desechable comprado en un Wal-Mart de Arizona la semana anterior y registrado fuera de inmediato, en el mismo aparcamiento del Wal-Mart. Comprado con dinero en efectivo, en un paquete de seis móviles juntos, comportamientos de compra característicos de una persona que se sentía cómoda con la teoría y la práctica de las comunicaciones imposibles de rastrear.

—Descartará ese número pronto —dijo Reacher—. Pasará al siguiente.

Chang asintió:

—En cuanto Hackett no le llame en el momento en el que debería llamarlo. O apenas mire CNN y vea lo que está sucediendo aquí.

—Por lo que quizás deberíamos llamarle nosotros primero. Mientras todavía podamos.

—¿Y qué le decimos?

—Lo que sea que nos pueda dar alguna ventaja. Necesitamos

mantenerlo desestabilizado. Necesitamos toda la ayuda que podamos conseguir.

—Quieres enfadarle.

—No puede hacer daño. Cualquier malestar que podamos provocarle sirve.

—De acuerdo, llámale.

Buscó la pantalla indicada en el teléfono de Hackett y apretó el botón verde. Escuchó cómo los números salían viajando por el éter, y después escuchó un breve silencio siseante, y después escuchó un tono de llamada.

Y después escuchó que alguien atendía.

Una voz dijo:

—¿Sí?

Era una voz de hombre, que salió de un pecho ancho y de un cuello grueso, pero la sílaba sonó arrebatada y la expresión en conjunto pareció interrumpirse antes de lo normal, por la prisa y el entusiasmo. Y por la expectativa. Como tragando saliva o ahogando un grito. El tipo tenía identificador de llamadas y esperaba las novedades de Hackett, las esperaba ansioso y las quería recibir en ese mismo instante. Eso estaba claro. Para que pudieran comenzar los festejos, probablemente.

—No habla Hackett —dijo Reacher.

La voz hizo una pausa y dijo:

—Ya veo.

—Habla Jack Reacher.

No hubo respuesta.

—Hackett se encargó de McCann, pero no se pudo encargar de nosotros. De hecho, nosotros nos encargamos de él. Era bueno, pero no lo suficientemente bueno.

—¿Dónde está Hackett? —dijo la voz.

Una especie de acento llano y monótono. De Europa del Este, quizás. Corpulento, eso seguro. Probablemente pálido y entrado en carnes, quizás con problemas de respiración.

—Hackett está en el hospital —dijo Reacher—. Pero esposado a la cama, porque la policía lo encontró antes que los médicos. Aquí en Chicago. Nos quedamos con su teléfono y con su arma de repuesto, pero lo dejamos con el arma que mató a McCann. Inconsciente, en un apartamento denunciado por actividades terroristas. La policía lo encontró ahí. Lo sé, no preguntes. Eso es incorrecto. Les informaron mal. Pero por eso mismo le van a hacer sudar. Le dirán que su futuro está en Guantánamo. O que será extraditado a uno de esos lugares en los que pasan cosas feas. Estará tan desesperado por conseguir un acuerdo que te delatará en un segundo. Nada que le puedas hacer será peor de lo que le haga el gobierno. Por lo que ahora tu preocupación

es esa. Además de nosotros. Empezaste una guerra. Lo cual fue una estupidez. Porque perderás. Y no será agradable. Te daremos tan fuerte que tus hijos nacerán tontos.

—¿Tú crees?

—Ya derrotamos a Hackett. Fue fácil. ¿Era lo mejor que tenías? Espero que no, por tu propio bien. Porque eres el siguiente. Sabemos cómo te llamas y sabemos dónde vives. Y estamos yendo a buscarte. Acaba de comenzar el momento en el que empiezas a darte la vuelta a mirar por encima del hombro a ver si alguien te sigue.

Del otro lado de la línea se oyó que el tipo tomaba aire, como si vinieran más palabras, tal vez muchas, pero al final no se dijo ninguna. En vez de eso se cortó la llamada y Reacher no escuchó nada más. Se lo imaginó sacando del teléfono el chip electrónico, partiéndolo en dos con la tosca uña del pulgar y tirando los pedazos a la basura.

—¿Quién era? —preguntó Chang.

—No habló mucho —dijo Reacher—. Dijo solo siete palabras. Pero sonaba a alguien alto y grande, y ruso, y bastante locuaz, y razonablemente inteligente.

—¿Ruso?

—De esa zona. Georgia, o Ucrania. Uno de esos países nuevos.

—¿Locuaz?, ¿no dijo solo siete palabras?

—Le dije que no hablaba Hackett y dijo: ya veo. Medido y tranquilo. O dicho como para parecer medido y tranquilo. Es alguien que entiende que las palabras pueden significar muchas cosas distintas.

—¿De verdad sabemos quién es y dónde vive?

—Puede ser que le haya añadido un poco de glamour a nuestra situación. O que haya exagerado para conseguir cierto efecto. En el sentido de fingir hasta conseguirlo. Porque antes o después sabremos todo eso. De alguna manera. Quizás el tipo que conoces en la compañía telefónica podría hacer una lista de sus llamadas de acuerdo con la ubicación. Es solo el total de llamadas de una semana, en ese número. No se puede haber alejado demasiado de la casa. Lo podríamos localizar.

—¿La información llevaría a algún daño físico?, ¿o a heridas serias?

—Ese sería su único propósito.

—Entonces el tipo que conozco no lo hará. Ese es el trato.

—¿Se lo tienes que decir?

—No le costará sacar sus propias conclusiones después del hecho. Y ahí se iría a trabajar con alguna otra persona. No puedo permitir que eso suceda.

—¿Ni siquiera por Keever?

—Keever lo entendería. Tú también deberías entenderlo. Tenías un

código. Un trato es un trato.

—Está bien. No me molesta —dijo Reacher—. Supongo. Espero que lo podamos resolver de algún otro modo. Después de que hablemos con la hermana. Que podría resolverlo por nosotros. Dependiendo de cuánto sepa. Y de si eso significa algo para nosotros.

—Tiene que ser así. Esto ya no es algo pequeño en una plantación de trigo. Hackett es de California, y tiene fabricantes de armas en Illinois, y su jefe está en Arizona. Es una organización de escala nacional. Estarán vigilando el aeropuerto. Les dijiste que estábamos yendo hacia allí.

—Por eso se lo dije. No tenemos otra manera de encontrarlos.

—Es un riesgo.

—Todo es un riesgo. Subirse a un avión es un riesgo. Todos los demás pasajeros tienen teléfonos. Piensa en las canciones y las fotos. Piensa en la masa extra.

En cualquier caso, las turbinas sobrellevaron perfectamente el desafío que presentaban los teléfonos que iban a bordo. Su avión despegó sin problemas e inició el vuelo, al igual que todos los demás aviones ese día en el aeropuerto con más actividad de Estados Unidos. Reacher estaba seguro de que no los habían seguido, sin duda no los habían seguido en el área de acceso a los aviones. Pero sus nombres verdaderos estaban en el ordenador de la aerolínea y su hora estimada de llegada estaba anunciada abiertamente. Espera lo mejor, prepárate para lo peor.

Tenían asientos juntos sobre el borde de ataque del ala. La ventana y el medio. No en la fila de salida. Que estaba dos filas más atrás. Reacher estaba en la ventana. Chang se había sentado en el asiento del medio, voluntariamente. Al lado de ella en el pasillo había una mujer con auriculares.

—Estuve pensando en los primos Moynahan —dijo Reacher—. O hermanos, o lo que fueran.

—¿Y? —dijo Chang.

—Eran dos y nos dieron cien veces menos problemas que Hackett solo.

—¿Cómo te sientes?

—Como si me hubieran pegado tres veces. Y ese es el punto. Comparado con antes, que no me pegaron ni una sola vez. Coincido contigo acerca de Hackett en California y los tipos de las armas en Illinois y el jefe en Arizona. Es una organización nacional. Pero no veo de qué manera Mother's Rest puede formar parte de esa organización. Esos tipos tienen un nivel muy inferior. No pueden ser una división local. Serían el eslabón débil de la cadena. Quedarían demasiado expuestos.

—¿Entonces qué son?

—Clientes, probablemente —dijo Reacher—. McCann contrató a Keever. Quizás Mother's Rest también contrató a alguien. Quizás ahora es así. Quizás los malos tercerizan sus matones con organizaciones de alcance nacional. Quizás tercerizan todo. ¿Por qué no? Vivimos en una economía de servicios.

—Entonces la hermana podría estar en peligro —dijo Chang—. Teóricamente. Porque las organizaciones actúan como organizaciones. Piden un informe detallado. ¿En Mother's Rest sabían que McCann hablaba con su hermana? De ser así, ella está en el informe. Es un cabo suelto. Porque nosotros también. Nos podríamos juntar. Y a las organizaciones no les gusta que se junten los cabos sueltos. La lógica de cubrirse las espaldas es demasiado importante.

Reacher no dijo nada.

—¿Qué? —dijo Chang.

—Quería decir que estoy seguro de que la hermana está bien. Tiene que estar bien, lógicamente. Es decir, Keever estuvo ahí solo un par de días, ¿y ahora nos estamos preguntando si alguien sabe la dirección de la hermana del cliente? Las probabilidades en contra serían enormes, sin duda. La ley de los grandes números.

—¿Pero?

—Estar en un avión da sensación de impotencia. Los pensamientos te pueden carcomer la cabeza.

El aeropuerto de Phoenix tenía un nombre apropiado: Sky Harbor International, Puerto Aéreo Internacional, y era un puerto seguro, al menos en el área de acceso a los aviones. Por los detectores de metal. El área de acceso común era una historia distinta. De modo que Reacher y Chang se bajaron del avión y se alejaron de la salida en dirección a otras puertas de embarque más apartadas. Donde se detuvieron en una cafetería y se sentaron en unas banquetas altas y esperaron. Hasta que el último pasajero de Chicago estuviera en el autobús de su hotel. Hasta que cualquiera que estuviese esperando pasajeros de Chicago ya se hubiese dado por vencido y hubiese regresado a su casa.

Después salieron sin prisa, mirando escaparates, infinitamente lentos, observando si alguien los reconocía o si veían a alguna persona alertando de algo por teléfono, pero no vieron nada. El aeropuerto era espacioso, y los grupos de personas eran escasos, y la gente estaba relajada. Después de Chicago eso parecía un domingo. Se detuvieron apenas antes de llegar a la salida del área de acceso a los aviones y miraron zapatos y jerséis y joyas turquesas, hasta que aterrizó el siguiente avión y el grupo de pasajeros recién desembarcados empezó a empujar desde atrás, quizás unas cien personas, provenientes de

Minnesota, pensó Reacher, con cien maletas de mano, y él y Chang se metieron entre los últimos rezagados y pasaron deprisa por el área de retiro de equipaje como parte de un grupo de gente irregular y en movimiento, cruzaron el último frío de aire acondicionado y salieron a la fila de taxis, al abrasador calor del desierto. Pero la espera allí no duró más de un minuto. Nadie les prestó atención. Nadie se movió de manera rara, y nadie los miró y desvió la mirada.

Cogieron el taxi hasta el *parking* de alquiler de coches. Nadie los siguió. Reacher no tenía carnet de conducir, así que Chang hizo la fila y alquiló un Chevrolet mediano. Era común y blanco, por una cuestión de anonimato, y tenía GPS, para poder orientarse. Esperaron en el puesto de documentación y examinaron la situación que tenían enfrente. No había ningún coche esperando aparcado en la calle. No había nadie dando vueltas. Hacía demasiado calor para andar a pie.

Se movieron en direcciones aleatorias e incoherentes durante diez minutos, y después ingresaron en el GPS la dirección de la zona residencial elegante. Donde vivían el médico y la hermana de McCann. Encontraron una radio de noticias, pero no dijeron nada de Chicago. No había tiempo para eso. Aparentemente Phoenix tenía sus propios problemas. El GPS los llevó hacia el norte, y después hacia el este en dirección a Scottsdale, después por una calle suburbana que llevaba a otra, y finalmente a la urbanización indicada.

Que tenía un puesto de guardia en la entrada.

El puesto de guardia era una construcción pequeña de estilo decorativo, con techo a cuatro aguas y macetas con cactus, y una barrera a rayas rojas que salía de la derecha, y otra barrera a rayas rojas que salía de la izquierda. Como un pájaro gordo con dos alas flacuchas.

Una comunidad cerrada. Gente rica. Contribuyentes. Personas que hacen aportes a las agrupaciones políticas. Con los sheriffs del Condado de Maricopa programados en marcación rápida.

Esperaron junto a la acera, a unos cien metros.

Eran las tres de la tarde. Las cinco, en Chicago.

Había un guarda detrás del cristal.

—Deberíamos haberlo imaginado —dijo Reacher.

—Si se enteró de lo de su hermano, nunca entraremos —dijo Chang —. No si ese tipo tiene que llamar primero a la casa. Y estoy segura de que debe hacerlo.

—Tienes una tarjeta del FBI —dijo Reacher.

—No es una placa. Sabrá reconocer la diferencia.

—Es un guarda de seguridad privada.

—Es un ser humano al que le late el corazón. Es lo único que se necesita.

—A la señora Hopkins le causó buena impresión.

—Otra generación. Otras reacciones instintivas con respecto al gobierno.

Reacher no dijo nada.

—¿Estás bien? —dijo Chang.

—Me duele la cabeza.

—¿Qué quieres hacer?

—Intentemos entrar.

—De acuerdo, pero si surge algún problema, nos retiramos con elegancia. Servimos en otra guerra. La hermana es un puente que no nos podemos permitir quemar.

Hizo avanzar el coche y dobló en la entrada, y se detuvo frente a la barrera, al lado de la pared con ventana corrediza. Bajó la ventanilla. Se colocó el pelo con la mano y giró la cabeza y sonrió. Dijo:

—Venimos a ver al doctor Evan Lair y a su esposa.

El guarda de seguridad privada era un señor mayor, blanco, vestido con un uniforme gris de poliéster. Camisa de manga corta. Brazos flacos y con manchas.

Apretó un botón rojo.

—Que tengan un muy buen día —dijo.

La barrera se levantó.

Chang avanzó con el coche. Subió la ventanilla y dijo:

—No me gustaría estar pagando dinero por una seguridad así.

—Pero las áreas ajardinadas son bonitas —dijo Reacher.

Y así era. No había césped. No había nada que necesitara agua. Había unos ríos de piedras ingeniosamente dispuestos, con hojas de cactus que salían como cuchillas, y una exhalación de flores rojo pálido, y esculturas de hierro, todavía brillantes y sin óxido en medio del aire totalmente seco. El terreno era llano, y las parcelas eran grandes, y las casas estaban dispuestas en distintos ángulos, orientadas para un lado y para el otro, como si hubiesen terminado ahí por accidente.

—Debería ser más adelante y a la izquierda —dijo Reacher—. Medio kilómetro, quizás.

Que era donde había muchos coches aparcados. Todos de marcas distintas, todos modelos distintos, todos de colores distintos. La mayoría caros. Estaban uno al lado del otro en la entrada para coches, tres de ancho, tres de fondo, después se empezaban a desparramar hacia la calle, parachoques con parachoques, todos agrupados, todos apretados, todos desalineados de manera aleatoria, con grandes extensiones de aceras vacías por delante y aceras vacías por detrás, como si la casa que estaba en esa ubicación fuese intensa y particularmente magnética.

Quizás unos treinta coches en total.

Que era la razón por la cual habían levantado la barrera sin

preguntar.

Habían dejado un mensaje en la entrada.

Una reunión.

O un cóctel. O una fiesta en la piscina o cualquier otra clase de encuentro que pudiese atraer treinta coches a las tres de la tarde en un día caluroso.

En el buzón que estaba en el extremo de la abarrotada entrada para coches decía *The Lair's Lair*: *La guarida de los Lair*.

Chang aparcó más allá del último de los coches que estaban junto a la acera. Se bajaron en medio del calor y miraron hacia atrás. La casa era muy agradable, ancha y segura, de una sola planta, con un techo de distintos tipos, en parte de adobe, en parte rústico como los de los clubs de cazadores, lo suficientemente llamativa como para dar un leve indicio de riqueza y buen gusto, pero en términos generales no era realmente llamativa. Lo que fuera que estuviera sucediendo en la casa estaba sucediendo en el patio trasero. Que no estaba a la vista. Había un muro de poco menos de dos metros de alto que daba toda la vuelta alrededor. Una extensión del edificio, hecha de tal manera que tuviera el mismo aspecto que la casa. Los mismos revestimientos laterales, el mismo color. Lo mismo en cada uno de los aspectos en que se pudieran asociar. Los jardines delanteros estaban totalmente abiertos, pero los jardines traseros estaban bien cerrados. Propiedad privada. Nada visible. Pero Reacher creyó escuchar una piscina. Escuchaba cómo salpicaba el agua y gritos acuáticos. La clase de ruidos que la gente hace en las piscinas. La sofocación y el impacto del agua fría en el cuerpo. Lo cual tenía sentido. Eran las tres de la tarde. Hacía cuarenta grados. ¿Por qué otro motivo iría allí la gente? La piscina, el patio, quizás la cocina y el salón, entrando y saliendo por puertas corredizas. Latas de cerveza en baldes llenos de hielo.

—En el Bureau hicimos algunas investigaciones —dijo Chang—. De hecho, yo misma escribí una parte de los informes. Soy como la señora Hopkins. La investigación era sobre coches. Generamos un índice, para un espacio dado en el que transcurre cierto evento, entre el valor de los coches que están aparcados fuera y la cantidad de negocios que se hacen dentro.

—¿Crees que allí están haciendo negocios? —dijo Reacher.

—No, te estoy contando que, según mi experiencia tasando coches, en esta reunión hay algunas personas muy adineradas. Y una buena mezcla. Esos no son solo coches de chicas. Hay algunos coches de parejas. Incluso coches de chicos, que vienen directos desde el trabajo. Es una concurrencia de pesos pesados.

Se acercaron más a la casa.

En el muro del patio trasero había una puerta, cerca del garaje. Lo suficientemente ancha como para que pasara un tractor cortacésped.

Con medidas de hacía ya algunos años, probablemente, hechas por un arquitecto que pensaba que la gente siempre querría jardines con césped. Ahora se utilizaba como una puerta normal. Un sendero ajardinado. Ríos de piedras. Luces a energía solar altas por las rodillas. La puerta estaba abierta unos treinta centímetros. Se alcanzaba a ver un poco a las personas que estaban del otro lado, agrupadas, cristalinas, iluminadas por el sol, moviéndose un poco para acá y para allá.

Una mujer salió por la puerta.

Llevando un bolso a su coche, enérgica, activa, formal.

No era la hermana de McCann. Una amiga o una vecina. Una coanfitriona o una coorganizadora.

Andando rápido.

Acercándose.

Deteniéndose y sonriendo.

Diciendo:

—Hola, bienvenidos, qué bien que vinisteis, pasad, por favor.

Siguiendo de largo en dirección a su coche.

TREINTA Y OCHO

Reacher y Chang avanzaron por el sendero decorativo, pasaron junto a las plantas, entre las luces a energía solar, cruzaron la puerta y entraron al patio trasero. Vieron un rectángulo amplio con un espectacular paisajismo al estilo del desierto, con pérgolas de madera y enredaderas que daban sombra, y unas macetas de terracota enormes y ánforas caídas de las que se derramaban flores, y unos majestuosos cactus saguaro que se alzaban solitarios sobre parcelas de grava. Vieron una piscina de yeso oscuro, con forma de estanque natural, bordeada con piedras y alimentada con unas pequeñas cascadas. Vieron muebles de teca, perfectamente barnizados, con almohadones gruesos y coloridos, y sombrillas, y grandes mesas de jardín.

Vieron alrededor de cuarenta personas, hombres y mujeres, algunos jóvenes, la mayoría más entrados en años, algunos vestidos con la ropa brillante de Arizona, otros en traje de baño, algunas mujeres con pareos, todos reunidos en grupos, hablando, riendo, sosteniendo platos y vasos. Algunos estaban mojados y había otros que seguían en el agua, sumergidos hasta el cuello y conversando, o flotando, o bromeando. En una mesa debajo de una enredadera había una mujer joven de unos treinta años, larga y grácil y con la piel dorada por el sol, con una camisa liviana por encima de un bikini, relajada y sonriente, pero luminosa, y de alguna manera tácita pero obvia era el centro de atención. Detrás de ella a un lado había un hombre, con el pelo canoso pero bien conservado, con pantalones cortos marrón claro y una llamativa camisa hawaiana, y detrás de ella del otro lado había una mujer de pelo oscuro con ojos brillantes y una gran sonrisa, con una camisola de lino claro larga hasta los tobillos. La familiar despreocupación que circulaba entre los tres dejaba claro que se trataba de una hija y sus padres, y la vieja imagen de Google que habían visto en el teléfono de Chang dejaba claro que los padres eran el doctor Evan Lair y su esposa.

Reacher señaló discretamente y dijo:

—Mira.

Cerca de la casa habían dispuesto una mesa larga y estaba cubierta de regalos, en su mayoría grandes y cuadrados, todos envueltos y con lazos en monocromos blancos y plateados.

—Es una boda —dijo Chang.

—Eso parece —dijo Reacher—. La boda de su hija, probablemente.

La chica que está en la mesa. Supongo que es la sobrina de McCann.

Entonces la hermana de McCann comenzó a moverse, luego de reírse una última vez y sonreír y apretarle afectuosamente el hombro a la hija. Fue de grupo en grupo, charlando, resplandeciendo, acercándose, sonriendo, besando, disfrutando como nunca.

—Todavía no recibió noticias de Chicago —dijo Chang—. No puede ser.

Reacher no dijo nada.

La hermana de McCann siguió con su recorrido, de grupo en grupo, cogiendo una copa de alguna bandeja que pasaba, apoyando la mano en los brazos de las personas, dejando la copa en otra bandeja. Entonces vio a Reacher y a Chang de pie solos e incómodos junto a la entrada, mal vestidos en términos de calidad, y sobrevestidos en términos de cantidad, irreconocibles e incomprensibles, y cambió de rumbo y se dirigió hacia donde estaban ellos, todavía sonriente, con los ojos todavía brillantes, con la bienvenida de una anfitriona feliz expresada en cada detalle de su rostro.

—No se lo podemos decir —dijo Chang—. No ahora.

La mujer se acercó y les tendió una mano delgada y con las uñas pintadas. Dijo:

—¿Nos conocemos? Soy Lydia Lair.

Tenía el mismo aspecto que en la foto de Google del baile de beneficencia. Radiante. Chang le estrechó la mano y le dijo su nombre, y después Reacher, y la mujer dijo:

—Les haré la misma pregunta que he estado haciendo toda la tarde, que es la siguiente: ¿conocen a mi hija de la universidad o del trabajo? No es que afecte en lo más mínimo, por supuesto. Es la misma gran fiesta. Pero es algo que hay que decir.

—Señora, vinimos por una cuestión completamente distinta —dijo Reacher—. Tal vez deberíamos regresar más tarde. No nos gustaría participar de una boda a la que no fuimos invitados. Podría darnos siete años de mala suerte.

La mujer sonrió.

—Creo que esos son los espejos —dijo ella—. Y esta no es la boda. Ni mucho menos. Aún no. Esto es una comida de agasajo pre-pre-preboda, solo de la parte de la novia. Como para que las personas se puedan empezar a conocer antes del resto de los eventos, para que todos lleguen llenos de energía al gran momento del fin de semana. Mi hija dice que es lo que ahora hacen todos. Pero ustedes saben cómo son las cosas hoy en día. Las bodas duran más que los matrimonios.

Y después se rio, con una risa que sonó feliz, como si estuviera segura de que su broma no aplicaba para ella, como si estuviera segura de que el matrimonio de su hija duraría para siempre.

—¿Le parecería mejor que nos reuniéramos esta noche? —preguntó

Chang.

—¿Puedo saber de qué se trata?

—Su hermano, Peter.

—Oh, lo lamento, pero quizás hicieron el viaje en vano. No está aquí. No vino. Lo esperábamos, obviamente, pero es un vuelo largo. ¿De dónde conocen a Peter?

—Hablaremos de eso esta noche. Si le parece bien. Porque ahora mismo la estamos reteniendo. Y ya le hemos robado mucho tiempo. Deberíamos dejar que vuelva con sus invitados.

La hermana de McCann sonrió agradecida y empezó a darse la vuelta para irse. Pero le vino un nuevo pensamiento a la cabeza y los miró otra vez, con una mirada distinta. Dijo:

—¿Peter está en problemas? ¿Ustedes son policías?

Chang hizo lo único que podía hacer, como mujer con ciertos códigos, que era ignorar completamente las dos preguntas y responder con una afirmación que parecía una respuesta. Dijo:

—Somos investigadores privados.

—¿Los mandó Keever?

—Señora, ahora definitivamente necesitamos hablar. Pero no podemos hacerla irse de la reunión.

—¿Peter está en problemas?

Chang hizo otra vez lo mismo. Dijo:

—Señora, vinimos para recibir información. Nuestro trabajo es escuchar lo que usted tenga para decirnos acerca de Peter.

—Vengan conmigo —dijo la hermana de McCann.

Cruzaron la casa hasta llegar a un estudio de paneles oscuros, con las persianas bajas para que no entrara el sol, con sillones anchos y una chimenea de lajas. Se sentaron, las mujeres en el borde de sus asientos, casi rodilla con rodilla, Reacher reclinado hacia atrás. La hermana de McCann preguntó:

—¿Por dónde debería comenzar?

—Cuéntenos lo que sabe acerca de Keever —dijo Reacher.

—Nunca lo conocí, obviamente. Pero a Peter le gusta explicar todo con mucho detalle, por lo que durante el proceso de selección sentí que llegué a estar familiarizada con todos los candidatos, hasta cierto punto.

—¿Cuántos candidatos hubo?

—Empezaron siendo ocho.

—¿Duró mucho el proceso?

—Casi seis semanas.

—Eso es muy meticuloso.

—Peter es así.

—¿Con cuánta frecuencia hablan?

—Casi todos los días.

—¿Cuánto duran las llamadas?

—Algunos días una hora.

—Eso es mucho.

—Es mi hermano. Está solo.

—¿Por qué necesitaba un detective privado?

—Por Michael, su hijo. Mi sobrino.

—La gente dice que hay algunas cuestiones con él.

—Esa no es la palabra correcta. Esa es una manera amable de decir difícil. Que ya es una manera amable de decir algo peor. Michael es todo lo contrario a difícil.

—¿Cuál sería la palabra correcta?

—Michael no llegó hasta el final de la línea de montaje. Un par de cosas no quedaron atornilladas. Trato de no culpar a la madre. Pero ella no estaba bien. Murió menos de diez años después.

—¿Qué cosas faltaron?

—¿Es usted un hombre feliz, señor Reacher?

—No me puedo quejar. En general. Ahora mismo me siento muy bien. No con respecto al tema del que estamos hablando, se entiende.

—En una escala del uno al diez, ¿cuánto fue lo peor que se sintió?

—Alrededor de un cuatro.

—¿Y lo más feliz que estuvo?

—¿Comparado con un máximo teórico?

—Supongo.

—Alrededor de un nueve.

—De acuerdo, cuatro como lo más bajo y nueve como lo más alto. ¿Y usted, señora Chang?

Chang no respondió de inmediato. Después dijo:

—Lo peor que me sentí en mi vida debe ser un tres. E iba a decir ocho para el mejor momento. Pero ahora quizás un nueve. Creo.

Miró a Reacher mientras lo decía, de una determinada manera, y la hermana de McCann captó la mirada. Dijo:

—¿Están teniendo relaciones?

No hubo respuesta.

—Cariño, si estáis teniendo relaciones, que sea sin duda un nueve. Es más seguro. Pero no más que eso. El diez hace que se pongan ansiosos por su desempeño. Pero ahora mismo entre los dos tenemos un arco de tres o cuatro como mínimo y un par de nueves en lo más alto, aunque uno de los nueves es en realidad un ocho, pero somos demasiado amables como para decirlo. Pero entienden de lo que hablo. Son personas normales. Si el arco fuese de dos a siete igual seguirían siendo normales, pero tendrían un aspecto más taciturno y reservado. ¿Se entiende?

Chang asintió.

—Ahora supongan que su aguja está clavada en cero. No se mueve para nada. Cero como mínimo y cero como máximo. Ese es Michael. Nació triste. Nació sin la capacidad de ser feliz. Nació sin la más mínima idea de lo que es la felicidad. No sabe que existe.

—¿Eso tiene algún nombre? —dijo Chang.

—Hoy en día tienen nombres para todo. Peter y yo los discutimos todo el tiempo. Ninguno de esos nombres encaja realmente. A mí me gusta el vocabulario anticuado. Lo pienso como melancolía. Pero suena muy débil y pasivo. Michael tiene profundidad de emociones. Pero no alcance. Si uno siente alegría o pasión, él siente la misma intensidad, pero está todo aplastado en el nivel del cero. Y es inteligente. Sabe exactamente qué es lo que le pasa. El resultado es un tormento infinito.

—¿Qué edad tiene ahora?

—Treinta y cinco.

—¿Cuáles son los indicios visibles? ¿Es alguien difícil de tratar?

—Lo contrario. Uno apenas se da cuenta de que está ahí. Es muy callado. Hace lo que se le dice. Apenas habla. Se queda sentado durante días mirando la nada, mordiéndose el labio, moviendo los ojos para todos lados. O si no, está con el ordenador, o haciendo cosas con el teléfono. No hay ningún tipo de agresividad. Nunca se enfada. El enfado implicaría un alcance emocional.

—¿Puede trabajar?

—Eso ha sido parte del problema. Tiene que trabajar, para poder acceder al programa de vivienda. Es parte del trato. Y puede trabajar. Hay cosas en las que es bueno. Pero a la gente le resulta extenuante. No les gusta estar con él. Cae la productividad. Por lo general le piden que se vaya. Así que está todo el tiempo cambiando de programas.

—¿Dónde vive ahora?

—Ahora mismo, en ningún lado. Está desaparecido.

En ese momento entró la futura novia, buscando a su madre. Una camisa ligera por encima de su bikini. La sobrina de Peter McCann. La prima de Michael McCann. De cerca seguía siendo luminosa. Brillaba. Era prácticamente perfecta. Atención prenatal, atención perinatal, atención posnatal, pediatras, nutrición, educación, ortodoncia, vacaciones, universidad, posgrado, novio, no le faltaba nada. Su línea de montaje había funcionado bien. El sueño americano. Un resultado espectacular. Y parecía feliz. No tonta, no de risa fácil, no exaltada y no una cabeza hueca. Profunda y serenamente contenta. Con espacio por arriba para el éxtasis. Su aguja se movía quizás entre el seis y el diez. Había conseguido todo lo que su primo no había conseguido.

La hermana de McCann salió de nuevo con ella hacia el sector de la piscina. Prometió regresar tan pronto como pudiera. Reacher y Chang

se quedaron sentados en silencio en el estudio a oscuras. Oían los ruidos de la fiesta, amortiguados por las paredes y la distancia. Zambullidas y gritos y el tintineo de los vasos, y el murmullo fluctuante de las conversaciones. Chang dijo:

—Deberíamos llamar a Westwood a Los Ángeles. Deberíamos de ponerle al día. Un trato es un trato. Además, vamos a necesitar otro hotel.

—Dile que necesitamos todo lo que tenga sobre la *deep web* —dijo Reacher—. Todas sus noticias. O quizás dile que venga a explicarnos todo en persona. Podríamos no entender sus noticias. Puede subirse a un avión. Va a tener los derechos del libro.

Chang puso su teléfono en manos libres y marcó, y explicó todo detalladamente, le contó a Westwood todo lo que había pasado desde que habían hablado por última vez, desde el motel en West Hollywood. Habló de Chicago, de la biblioteca, de la pequeña farmacia atendida por sus propios dueños, de la calle de McCann, de la casa de McCann, de Hackett, de la vecina, del homicidio en el Lincoln Park, del vuelo a Phoenix y finalmente de la hermana. Y después del hijo, atrapado a largo plazo entre cero y cero, y en el corto plazo desaparecido.

—Lo llaman anhedonia —dijo Westwood—. Es la incapacidad para sentir placer.

—La hermana hace que suene bastante peor que eso.

—¿Y el trabajo de Keever era encontrarlo y llevarlo de vuelta a su casa?

—Asumimos que sí. No llegamos hasta esa parte de la historia. Nos interrumpieron.

—No veo de qué manera la *deep web* o las doscientas muertes puedan tener algo que ver. Esto parece algo más relacionado con la sección policial que con la sección de ciencia y tecnología. O una de esas historias de tragedias humanas.

—Podrían ser las tres cosas. Todavía no lo sabemos.

—¿Dónde os estáis quedando?

—Todavía no lo hemos resuelto.

—De acuerdo, os llamo cuando aterrice.

La línea quedó muda.

—Aparentemente Michael pasa tiempo en el ordenador o haciendo cosas con el teléfono —dijo Reacher—. Quizás esa es la conexión con la *deep web*. Quizás está metido todo el tiempo en alguna sala de chat medio rara. Quizás tiene toda una vida de la que nadie sabe nada.

—Es depresivo, no raro.

—Deprimido significa exactamente eso, que está por debajo de la posición normal. Lo cual implica un rango. Que Michael no tiene. Lo cual es raro. O inusual, para ser amable. Pero ella dijo que él era

inteligente. Quizás hay grupos de apoyo en internet. Quizás creó uno.

—¿Por qué necesitaría que fuese secreto?

—Por los buscadores, supongo. Los empleadores revisan en internet. Leí de eso en el periódico. Y no solo los empleadores, probablemente. Seguro que también todo tipo de personas. Familiares, quizás, o médicos. Ya no hay privacidad. Las cosas se pueden volver en tu contra. Si Michael publicaba algo que demostrara que no estaba avanzando, podía perder su acceso al programa de vivienda. O alguien podría llegar a decidir que necesitaba supervisión.

Entonces se abrió la puerta y entró de nuevo Lydia Lair. La hermana de Peter McCann, la tía de Michael McCann y la madre de la novia. Se sentó en el mismo sillón que antes y Reacher le preguntó:

—¿Cómo desapareció Michael?

—Es una larga historia —dijo ella.

Treinta kilómetros al sur de Mother's Rest, el hombre de los vaqueros planchados y el pelo peinado con secador atendió la llamada en su teléfono de línea. Su contacto dijo:

—Ahora el error lo cometió usted.

—¿En qué sentido?

—Había cosas que usted no sabía.

—¿Qué cosas?

—Le prometí que no hablarían con McCann. Y cumplí. No se puede hablar con un muerto. Pero tuvo un precio. Perdí a Hackett.

—¿Cómo?

—Reacher lo eliminó. O lo eliminaron los dos juntos. En cualquiera de los casos, no debería haber sucedido. No era teóricamente posible.

—¿Está muerto?

—Está en el hospital.

—¿Va a permitir que se salgan con la suya?

—No, no lo voy a permitir. Voy a convertirlos en un ejemplo. Este negocio se basa en la imagen. Es muy competitivo. El valor de marca es todo. Por lo que lo dividiré con usted a medias.

—¿Qué es lo que va a dividir?

—El precio de no permitir que se salgan con la suya.

El hombre de los vaqueros y el pelo hizo una pausa, y después dijo:

—Usted impidió que hablaran con McCann. Por lo cual le doy mi más sincero agradecimiento. Fue un trabajo bien hecho. Pero, con el debido respeto, eso concluyó nuestro asunto en común. Cualquier sentimiento que tenga con respecto a Reacher y a Chang es ahora algo personal suyo, sin duda.

—Hackett está esposado a la cama del hospital. Custodiado por la policía.

—¿Qué sabe?

—Cosas sueltas. Pero no demostrarán nada. Hackett no tiene en su poder ninguna evidencia. Ninguna información. Reacher le robó el teléfono, y él dejó sus ordenadores en el coche. Que nos facilitaron nuestros amigos de Chicago, con chofer incluido. Por lo que todavía tenemos su disco duro. Encendimos de nuevo el rastreador del teléfono. Chang está otra vez conectada. Acaba de llamar al del *LA Times*. Desde una ubicación suburbana, aquí mismo, en Phoenix.

—¿Por qué allí en Phoenix? ¿Por usted? ¿Lo están yendo a buscar?

—Reacher me llamó desde el teléfono de Hackett y eso fue lo que me dijo. Además, era algo bastante fácil de predecir. Pero no después de escuchar la llamada de Chang al *LA Times*. Están aquí por un motivo completamente distinto.

—¿Cuál es el motivo?

—Había cosas que usted no sabía.

—¿Qué cosas?

—La clase de cosas que le alegrará dividir conmigo a medias.

—Dígame.

—Peter McCann tenía una hermana. Lydia McCann, de soltera. Ahora Lydia Lair, casada con un médico. Vive aquí en Phoenix. En una zona suburbana. El hermano y la hermana hablaban todo el tiempo. Él le contaba todo. Según lo que Chang le acaba de decir a Westwood, podría ser que hablar con la hermana sea lo mismo que hablar con McCann.

—No podemos permitir que eso suceda.

—¿No podemos, usted y yo?

—De acuerdo, a medias. Por supuesto.

—Me alegra que estemos de acuerdo.

—Pero una cosa más.

—¿Qué cosa?

—Dígame cómo murió McCann.

—Hackett le disparó.

—Con más detalle.

—Hackett fue a visitarlo muy temprano por la mañana y lo sacó del edificio a punta de pistola. Lo llevó al parque más cercano. No había nadie alrededor. Le disparó en la parte posterior del cráneo con una nueve milímetros con silenciador.

—¿Hubo mucha sangre?

—No estuve allí.

—Probablemente el disparo le salió por la cara. Pero para entonces el cerebro estaba muerto. El corazón dejó de latir. No más presión arterial. Efectivo, pero sin demasiado atractivo visual. ¿A Reacher y a Chang les va a hacer lo mismo?

—Voy a hacer lo que sea que funcione. Dividido a medias. Lo cual podría ser caro. Porque aparte de todo, también tenemos que hacerlo

rápido. Podrían estar hablando con ella en este mismo momento.

TREINTA Y NUEVE

La larga historia acerca de la desaparición de Michael McCann empezaba con su deseo de visitar Oklahoma. Michael lo anunció un día, con su estilo lento, vacilante, decepcionado, y su padre no se dejó caer en la trampa de preocuparse por eso, no en ese momento, no de inmediato, porque sabía que era poco probable que sucediera. Esas cosas raramente terminaban sucediendo. Pero después Michael anunció además que había investigado la política del programa de vivienda de Oklahoma, que era distinta de la de Illinois, en cuanto que un trabajo de media jornada calificaría. Lo cual podría llegar a ser más sostenible.

La reacción de Peter McCann había sido ambigua. Obviamente antes que nada estaba el terror de imaginarse a Michael solo a la deriva en un entorno desconocido. Pero por debajo de eso había un mínimo brote de esperanza. Finalmente Michael había pasado algo de su tiempo en el ordenador de manera productiva. Había investigado acerca de la política del programa de viviendas en otro estado. Incluso había sacado una conclusión. *Lo cual podría llegar a ser más sostenible.* Lo que era casi como hacer un plan. Sin duda mostraba un indicio concreto de iniciativa. Era una prueba de motivación propia, algo que un psicólogo varios años atrás les había dicho que sería la primera señal de mejora.

Por lo que en conjunto Peter McCann no perdió la calma.

—Entonces Michael anunció que tenía un amigo en Oklahoma —dijo su hermana—. Lo cual era algo importante. Nunca había tenido un amigo. Nunca había usado esa palabra, jamás. Supusimos que había sucedido a través de un foro de internet. Lo cual era preocupante, supongo. Pero Michael tiene treinta y cinco años. No es un retrasado. Su coeficiente intelectual está ahí. Sabe lo que hace. Es una persona triste, nada más. Por lo que Peter le hizo todas las preguntas que pudo y después se calló la boca.

—¿Y qué pasó? —dijo Reacher.

—Michael se fue a Oklahoma. A un lugar pequeño cerca de Tulsa. Al principio mandaba mensajes de texto. Después cada vez menos. Pero estaba bien, hasta donde sabíamos. Entonces un día mandó un mensaje diciendo que volvía a casa pronto. No decía exactamente cuándo y tampoco decía por qué. Desde entonces no sabemos nada de él.

—¿Cuándo llamó Peter a la policía?

—No mucho después de eso. Y a partir de ahí llamó a todo el mundo.

—¿Incluyendo la Casa Blanca?

—Yo le aconsejé que no lo hiciera. Pero por supuesto nadie en ningún lado le prestaba atención. En Estados Unidos hay medio millón de hombres que viven en la calle y que tienen algún tipo de discapacidad mental. Nadie iba a considerar la idea de buscar a uno en particular de entre todos esos. ¿Cómo podrían hacerlo? ¿Y por qué lo harían? Michael no es agresivo y no está medicado. No es peligroso.

—¿Al menos intentaron hablar con su amigo?

—Estoy segura de que saben cómo son estas cosas. Por sus propios trabajos. De repente lo único que tienen es un nombre que no significa demasiado y una dirección borrosa que no recuerdan del todo bien y que nadie encuentra.

—¿O sea que no han identificado al amigo?

—Nadie sabe ni siquiera si era un amigo o una amiga.

—¿Qué hay del programa social de vivienda?

—No había ningún registro. Claramente, Michael había estado viviendo con el amigo desconocido. Probablemente sin trabajar ni media jornada.

—¿Y después qué pasó?

—Obviamente Peter no se rindió. Se puso a trabajar por su cuenta. Primero recibió ayuda de la compañía telefónica. Puede ser muy insistente. Rastrearon el teléfono de Michael. El último día lo vieron moverse hacia el sudeste, de una antena de telefonía móvil a la otra, desde los alrededores de Tulsa hasta Ciudad de Oklahoma, a lo que parecía una velocidad promedio de ochenta kilómetros por hora. Que Peter cree que era un autobús. Él cree que Michael cogió el autobús de Tulsa a Ciudad de Oklahoma.

—¿Por qué?

—Para coger el tren a Chicago.

Reacher asintió. El tren.

Inevitablemente.

—De Ciudad de Oklahoma salen también trenes hacia otros lugares —dijo Chang.

—Peter cree que Michael estaba regresando a Chicago —dijo la hermana de McCann—. Está seguro de eso. Y, efectivamente, al principio el teléfono se movió hacia el norte en la dirección correcta a la velocidad correcta. Pero después se apagó.

—Porque se alejó demasiado. A nosotros nos pasó lo mismo. La última antena de telefonía móvil está a unos noventa minutos al norte de Ciudad de Oklahoma. Después no hay señal por muchísimo tiempo.

—Nunca más se conectó.

—¿Peter le dijo eso a la policía?

—Por supuesto.

—¿Qué le dijeron?

—Le dijeron que de tanto buscar señal el teléfono se quedó sin batería. Después Michael no tuvo oportunidad de cargarlo antes de que se lo robaran en Chicago. No haber visitado a su padre no significaba que no hubiera regresado a la ciudad. Todo cosas así. O que el teléfono se lo robaron en Tulsa o en Ciudad de Oklahoma y que alguna otra persona lo llevó en el autobús y en el tren, pero que no tenía la clave para desbloquearlo, por lo que se dio por vencido y lo tiró a la basura. Mientras tanto Michael sigue en Oklahoma, o tal vez se fue a algún otro lado completamente distinto, a San Francisco, quizás.

—¿Por qué San Francisco? —dijo Reacher.

—En San Francisco hay muchos hombres que viven en la calle —dijo la hermana de McCann—. La policía cree que es como un imán. Creen que la gente va ahí automáticamente, como si todavía fuera 1967.

—¿Qué opina Peter de esa posibilidad?

—Que es una posibilidad, pero nada más.

—¿Y entonces contrató a Keever?

—Empezó el proceso.

—¿Buscando en internet?

—Al principio.

—Cuéntenos acerca del interés que su hermano sentía por internet —dijo Reacher.

Pero en ese momento la hija entró de nuevo a la sala para decirle a su madre que la gente se estaba yendo. Las dos salieron juntas para ir a decir adiós y Reacher oyó cómo cambiaba la frecuencia del ruido de fuera a un tono de despedida largo y lento, y después escuchó puertas de coches que se cerraban y motores que se encendían, y vehículos que empezaban a alejarse.

Cinco minutos después la casa quedó completamente en silencio.

Nadie regresó al estudio de persianas bajas. Reacher y Chang esperaron solos en medio de la penumbra. Cinco minutos más. No pasaba nada. Abrieron la puerta y miraron afuera. Un pasillo interno, vacío. Fotografías con marcos plateados colgadas en las paredes. Una historia familiar, en orden cronológico. Una pareja, una pareja con un bebé, una pareja con una niña pequeña, una pareja con una niña de primaria, una pareja con una adolescente. Los tres creciendo, cuadro a cuadro.

No se oía ningún ruido.

Ninguna voz, ningún paso.

Salieron del estudio al pasillo. Sintieron que tenían el derecho. O

que lo tenían permitido. O al menos que ya no era algo inapropiado. Los invitados ya no estaban. Ya no había necesidad de esconderse. Doblaron hacia donde pensaron que estaba el centro de la casa y avanzaron con pasos silenciosos y tentativos. Las fotografías en marcos plateados comenzaron de nuevo. Una tanda nueva. Pero la misma historia de antes. Una pareja con una estudiante universitaria, una pareja con una estudiante universitaria llena de barro vestida con una equipación de fútbol y levantando una copa, una pareja con una estudiante universitaria en la ceremonia de graduación.

Ninguna voz, ningún paso.

Siguieron avanzando, pasaron por una sala con paredes acolchadas y una pantalla gigante y una jungla de altavoces verticales. Y tres sillones individuales, cada uno con su propio mecanismo de reclinación y su propio portavasos. Un *home theater*. Reacher nunca antes había visto uno en una casa.

Ningún ruido.

Salieron a una antesala abovedada delante del salón. El lugar en el que la arquitectura cambiaba de adobe a club de caza. El techo se elevaba hacia arriba, con maderas nudosas que llegaban hasta la parte más alta, que terminaba en un ángulo cerrado, como una V invertida poco profunda. Del techo colgaban unos candelabros de hierro negro, con bombillas que imitaban velas. Había sofás de cuero grueso marrón, profundos y anchos y extensos, con mantas a cuadros dobladas sobre los respaldos, para darles color.

Escucharon un coche en la entrada.

Golpes metálicos, las puertas que se abrían y se cerraban.

Pasos sobre los ríos de piedras.

Se abrió la puerta principal.

Unas pisadas firmes en el pasillo.

El doctor Evan Lair entró a su salón. Vio a Reacher, vio a Chang y se detuvo. Dijo: “Hola”, de una manera que era en parte una bienvenida y en parte una pregunta, perfectamente amigable, tolerante, pero con un leve dejo de impaciencia, como si en verdad significara *Pensé que ya se habían ido todos los invitados*.

Entonces entró su hija detrás de él, todavía vestida con la camisa y el bikini, y le apoyó la mano en la espalda y le dijo:

—Es algo relacionado con el primo Michael. Mamá ha estado hablando con ellos.

Después siguió avanzando y se acercó a donde estaban y extendió el brazo y dijo:

—Hola, yo soy Emily.

Y todos se dieron la mano y se presentaron, y repartieron sus felicitaciones.

Después entró la hermana de McCann, como sacudiéndose las

manos, y dijo:

—Lo siento, pero le llevamos una porción de tarta y una taza de té al hombre de la entrada. Era lo mínimo que podíamos hacer. Tuvo una tarde ajetreada por culpa nuestra.

—¿Le dieron antes una lista de invitados? —dijo Reacher.

—Tuvimos que hacerlo.

—Entonces le deberían haber dado solo media porción de tarta. Nos dejó pasar sin corroborar si estábamos en la lista.

—¿Michael sigue desaparecido? —dijo Evan.

—Papá, sabes que sí —dijo Emily.

—¿Y Peter finalmente ahora lo está buscando? ¿Es eso?

—El tío Peter lo ha estado buscando desde el principio.

—Bueno, no está aquí. Ninguno de los dos está aquí.

—Le pedimos disculpas por la intromisión —dijo Reacher.

—Siéntense —dijo Emily—. Por favor.

Terminaron dos de un lado y tres del otro, en sofás enfrentados, Reacher y Chang acomodados en los rincones de uno de los sofás, con vasos de té helado sobre posavasos encima de unas mesas bajas hechas como para que parecieran baúles de viejos barcos a vapor, y enfrente en el otro sofá estaba la familia Lair, uno al lado del otro, con Evan y Lydia en las puntas y Emily en el medio, larga y grácil y dorada por el sol.

—Peter se manejó muy bien con la compañía telefónica —dijo Reacher—. Es difícil conseguir esa clase de información.

—Es Chicago —dijo la hermana de Peter—. Fue el amigo de un amigo en el sindicato.

—Y dado que Peter es una persona meticulosa, no habrá desestimado sumariamente los escenarios del robo del teléfono antes o después del viaje en tren. En Tulsa o en Ciudad de Oklahoma o en Chicago. No sin analizarlo bien. Pero habrá pensado como una opción al menos igualmente probable el hecho de que sucediera algo durante el viaje.

—¿En el tren? —dijo Emily.

—O no. Da la casualidad de que conocemos ese tren. Frena una vez antes de llegar a Chicago. En una pequeña comunidad rural que se llama Mother's Rest.

La hermana de McCann no tuvo ningún tipo de reacción.

—Mother's Rest está lejos, en el medio de la nada —dijo Reacher—. Es también el último paradero conocido de Keever. Creo que Peter llegó a la conclusión de que Michael se bajó del tren allí. De ahí que su teléfono nunca saliera del otro lado de la zona en la que no hay señal. Creo que mandó a Keever a corroborar.

—Eso es bueno, ¿no es así? —dijo Evan—. Si está allí, Keever lo encontrará.

Reacher no dijo nada.

La hermana de McCann dijo:

—Aún no ha tenido suerte. Peter no ha recibido ningún informe en los últimos tres días. Nada. A no ser que esté por llamarme para darme las buenas noticias ahora mismo. —Lo que pareció hacerla pensar en la hora, porque se tocó la muñeca en busca de un reloj y después entrecerró los ojos mirando a lo lejos en la cocina para ver el reloj del microondas—. En Chicago ya es después de la cena. —Señaló algo cerca de donde estaba Reacher y dijo—: Cariño, pásame el teléfono.

El teléfono estaba sobre el baúl del barco a vapor, cerca de su té helado. Era más grande que la mayoría, y más redondeado, y más pesado. Mejor plástico. Inalámbrico y moderno en su época, pero ya de una antigua generación. Si no está roto, no lo arregles. Tenía un plástico transparente para apuntar los números más usados, con espacio arriba para el número de teléfono propio, que alguien había completado con lápiz elegante, el código de área 480 y siete dígitos más. Reacher lo alcanzó hacia el otro lado y la hermana de McCann lo cogió y verificó que tuviera tono.

—La línea funciona —dijo ella.

—¿Cómo de grande es Mother's Rest? —preguntó Evan.

—Es un lugar muy pequeño —dijo Reacher.

—¿Por qué se llama así?

—Nadie lo sabe.

—¿Cómo puede ser que se tarde tres días en registrar un lugar muy pequeño?

—Depende de cómo de minucioso sea uno. Uno se podría pasar tres semanas investigando todo, abriendo cada una de las puertas, buscando debajo de cada arbusto. Que es en lo que yo estoy pensando. Es una perspectiva agotadora. Es trabajo policial a la antigua. El rastreo de la compañía telefónica mediante un colega en el sindicato, los horarios del ferrocarril, la sospecha de si se quedó en el tren o se bajó, la búsqueda física de una ubicación física. Tiempo y espacio. Acero y hierro. Andar mucho y acostarse tarde. La gente inteligente lo llamaría analógico.

—Supongo que a veces se tiene que hacer así.

—Pero nosotros oímos que Peter estaba obsesionado con internet. Llamó a un periodista de ciencia y tecnología a Los Ángeles un total de dieciocho veces para hablar del tema. ¿Era por algo distinto? ¿De qué manera eso está conectado con un lugar que ni siquiera tiene señal de móvil?

—No era algo distinto —dijo la hermana de McCann—. Era algo paralelo. Pensó que podía ser una pista de dónde estaba Michael. Pensó que Michael podría hablar con personas parecidas en sitios web secretos. Quizás estaba yendo a algún lugar por algún motivo en

particular. Quizás había habido conversaciones al respecto. Durante un tiempo tuvimos mucha esperanza puesta en el señor Westwood. Podría haber tenido la clave. Pero Peter fue muy insistente. Y la insistencia al final puede ser algo negativo. Como dijo usted, dieciocho llamadas. Traté de advertirle.

—¿Igual encontró las webs?

—Traeré más té —dijo la hermana de McCann.

Se puso de pie y cogió la jarra que estaba sobre el baúl del barco de vapor, y la jarra golpeó el teléfono y lo hizo girar sobre su propio eje, sin ningún tipo de fricción, plástico sobre cuero. Reacher vio la pulcra caligrafía en lápiz, girando lentamente, como un rayo de bicicleta que se va deteniendo poco a poco. Código de área 480 y siete dígitos más.

Phoenix, Arizona. El lugar al que estamos yendo.

Estamos yendo a buscarte.

Acaba de comenzar el momento en el que empiezas a darte la vuelta a mirar por encima del hombro a ver si alguien te sigue.

Media porción de tarta.

—Evan, ¿le puedo hacer una pregunta personal? —dijo Reacher.

El doctor Lair hizo lo que hace la mayoría la gente cuando se encuentra ante una pregunta así, que fue hacer una breve pausa como mostrándose sorprendido y encogerse de hombros con fingida inocencia y decir:

—Claro.

—¿Tiene un arma en la casa?

—¿Es importante?

—Me interesa el tema.

—De hecho, sí.

—¿Puedo verla?

—Me resulta un poco raro que me pida eso.

Su hija, Emily, estaba sentada de lado, con las piernas cruzadas, observando el intercambio, ida y vuelta de una cara a la otra, como en un partido de tenis.

Lo mismo Chang.

—¿El arma está en el dormitorio? —dijo Reacher.

—De hecho, sí —dijo Lair.

—Estaría mejor en el recibidor. Las irrupciones nocturnas en casas son raras. Además de que usted estaría demasiado dormido como para ser efectivo. ¿Es usted diestro?

—Sí.

—Entonces en un rango de dos metros con respecto a la puerta principal del lado derecho sería lo ideal. En un cajón o en un armario. O con la culata hacia arriba dentro de un jarrón decorativo. Sobre una mesa. Imagino que eso debería funcionar.

—¿También es asesor de seguridad?

—Apuntamos a ofrecer una amplia gama de servicios.

—Tiene razón, papá —dijo Emily—. En el dormitorio no tiene sentido.

—Técnicamente nuestro consejo sería que tuviera escondida un arma distinta en cada una de las zonas más importantes de la casa —dijo Chang—. El dormitorio sin duda, pero también en el área de la cocina, en el área del salón, en el vestíbulo de recepción, arriba, si es que la casa tiene otro piso, y en el garaje.

—¿Cuál es el mejor lugar si uno tiene solo un arma? —dijo Emily.

Solo un arma, escuchó Reacher.

—Lo mejor es hacer caso a las estadísticas —dijo Chang—. La mayor parte de los problemas entran por la puerta principal.

—¿En serio? —dijo Lair—. ¿Debería cambiarla de lugar?

—Va a ser mejor que le preguntes a mamá —dijo Emily.

Y en ese mismo instante regresó la hermana de McCann, con una jarra nueva de té helado y una bandeja con tarta y dijo:

—¿Preguntarme qué?

—Si papá debería cambiar el arma de lugar y traerla al recibidor.

—¿Por qué motivo querría tu padre hacer algo así?

—Porque es lo que le aconsejan una hija lógica y dos asesores de seguridad.

—¿Y cómo fue que salió ese tema? ¿Es importante?

No podemos decírselo. No ahora.

—No, era solo un interés profesional, nada más —dijo Reacher, y un minuto después el asunto se evaporó como una pompa de jabón, rápidamente todos lo olvidaron, excepto Chang, que le lanzó una pregunta con la mirada: *¿Qué demonios está sucediendo?*

Reacher se rascó la nariz, como distraído, con el borde del dedo índice, escondiendo la boca con el resto de la mano, para que no se viera que solo moviendo los labios le decía a Chang *Apaga el teléfono*.

—¿Se encuentra bien? —le dijo la hermana de McCann.

—Cuéntenos de los sitios web que usaba Michael —dijo Reacher.

CUARENTA

Cuando comenzó a observar el ordenador de su hijo, McCann descubrió dos cosas muy rápidamente, dijo su hermana. La primera fue que el *software* podía tener instalada una trampa que hiciera que abrir el historial de internet fuera lo mismo que borrar el historial de internet. A no ser que uno lo abriera de la manera correcta, que no fue lo que él hizo, obviamente. Porque no sabía cómo hacerlo. Pero, como muchos de los programas que se descargan, no era perfecto. Tenía un pequeño fallo. Dejaba la primera pantalla abierta durante más o menos medio segundo. Después desaparecía. Se quedaba en blanco. No había nada más.

Lo segundo que descubrió fue que medio segundo era muy poco tiempo. Pero que también era mucho tiempo. En un partido de béisbol una bola rápida podía ir y volver en medio segundo, sin problema. Y en ese lapso se podía retener mucho en la memoria. Era cuestión de confiar, no de pensar. Un viejo truco de mente y retina y la imagen que queda grabada. Es mejor dirigir la mirada hacia otro lado y mirar la imagen solo de reojo.

Salvo que no significaba nada. Eran tan solo largas líneas de caracteres, como si alguien hubiera hecho rodar una pelota por encima de un teclado. Algo totalmente al azar.

—Y como Peter es Peter, aprendió todo lo que pudo acerca del asunto al cual se estaba enfrentando, que resultó ser la *deep web* —dijo la hermana de McCann—. Acerca de la cual no había mucho de utilidad que aprender. Tuvimos algunas conversaciones terroríficas. Creíamos que éramos nosotros los que estábamos a cargo. Relativamente hablando. Pero no era así. Había todo un mundo secreto del que no sabíamos nada. Era diez veces más grande que el nuestro. La gente estaba ahí, hablando. Haciendo cosas raras que nosotros no entendíamos. Era como una película de ciencia ficción.

—¿Había alguna cuestión en particular con la que se suponía que Westwood ayudara, o era una consulta general? —dijo Reacher.

—No, era muy específico. Hay una creencia muy generalizada entre los usuarios de la *deep web* de que el gobierno debe de estar desarrollando un buscador capaz de encontrar sus páginas de internet. Sentimos que en el artículo de Westwood había una insinuación de que ya existía. Peter quiere que Westwood lo confirme o lo niegue y, si existe, que le ayude a poder usarlo.

—¿Es probable que exista?

—Personalmente yo creo que no hay ni la más mínima esperanza, pero no hay que dejar ningún rincón sin revisar. Su hijo está desaparecido. Mi sobrino.

—¿Podría ser que Peter haya evitado contarle algunas cosas cuando hablaba con usted? ¿Sus historias estaban siempre bien conectadas?

—¿A qué se refiere?

—Usted nunca oyó hablar de Mother's Rest, por ejemplo.

—No.

—¿Dijo algo alguna vez acerca de doscientas muertes?

—¿Doscientas qué? —dijo Emily.

—No —dijo su madre.

—Él le habló a Keever de esas dos cosas —dijo Reacher—. Y Keever fue a Mother's Rest. Por lo que de algún modo era importante. Y sin embargo a usted no se lo mencionó.

—¿Qué sucede allí?

—No lo sabemos.

—Peter es mi hermano mayor y yo soy su hermana menor. Nunca lo olvida. Tampoco deja que yo lo olvide. No en el mal sentido. En el mejor de los sentidos. La única razón por la cual no me contaría algo sería para ahorrarme cosas desagradables.

Nadie habló.

Chang se puso de pie.

—Necesito ir al baño —dijo, y Emily se lo señaló, y ella se alejó en la dirección indicada.

—¿Tienen planes para la cena? —dijo Reacher.

—Aún no he pensado en eso —dijo la hermana de McCann.

—Podríamos ir a cenar fuera.

—¿Quiénes?

—Todos.

—¿A dónde?

—A donde ustedes quieran. Ahora. Yo invito. Déjenme que les invite a cenar.

—¿Por qué?

—Me da la sensación de que tuvieron un día muy agotador.

Chang apareció de nuevo en el extremo del salón. Cuando Reacher la miró, dijo:

—El baño está aquí, si lo necesitas.

—Vale —dijo Reacher.

—Te puedo mostrar dónde está, si quieres.

—Estoy seguro de que lo encontraré cuando se presente la ocasión.

—Quiere hablar con usted en privado —dijo Emily.

Por lo que Reacher se puso de pie y se encontró con Chang en el pasillo.

—¿Crees que están por venir los amigos de Hackett? —dijo ella en

voz baja.

—Deberíamos haber sido más cuidadosos con el teléfono. Podrían tener equipos en todo el país. De ser así, les acabamos de entregar a la hermana. Le contamos todo a Westwood, con lujo de detalles. Por lo que no podemos dejarlos solos. No aquí. No ahora. O los sacamos de aquí o nos quedamos cuidándolos toda la noche. Guardaespaldas personales. Una amplia gama de servicios.

—Preferiría sacarlos de la casa.

—Ya los invité a cenar fuera.

—El de la entrada es un inútil.

—¿Dónde está el dormitorio?

—En la otra ala. Hay que pasar de nuevo por el salón.

—Trata de invitarlos a cenar fuera. Quizás les pareció raro cuando se lo dije yo.

—Es raro que se lo diga cualquiera de los dos. No los conocemos. Y están en medio de una cuenta regresiva de alta precisión camino a una boda. Que dos extraños de repente los lleven a comer un cubo de pollo frito les haría explotar la cabeza.

—Les dije que podíamos ir a donde ellos quisieran. No tiene por qué ser un Kentucky Fried Chicken.

—Da igual. No importa a dónde vayamos.

Escucharon un coche en la entrada.

Golpes metálicos, las puertas que se abrían y se cerraban.

Pasos sobre los ríos de piedra.

En el diseño automotriz moderno, detrás de las puertas normales totalmente abiertas hay solo cuatro asientos. Algunos sedanes podrían tener cinco asientos y algunas camionetas eran de siete, pero ningún tipo duro crece queriendo sentarse en la joroba de la transmisión y nadie es eficaz en la parte trasera de una furgoneta. Por lo que en el peor de los casos estarían llegando cuatro hombres. En el mejor de los casos sería uno solo. Lo más probable era que fuesen dos o tres. Reacher se dio la vuelta de inmediato y se dirigió hacia el otro lado del salón, definiendo el rumbo con muchos pasos de anticipación, lo más recto posible, colocándose como para rozar apenas las esquinas de las mesas y los apoyabrazos de los sillones, como en un eslalon descendente contrarreloj. La familia Lair seguía sentada en fila sobre el sofá, todos inmóviles, sin comprender qué era lo que estaba sucediendo, Lydia, Emily, Evan, la camisola de lino, la camisa y el bikini, los pantalones cortos y la hawaiana llamativa, todos mirando, por lo que Reacher hizo un gesto con las manos como palmeando el aire cuando les pasó por al lado, diciéndoles que se quedaran donde estaban, y después apresuró el paso, salió por el otro lado del salón, entró a un pasillo corto, pasó junto a más fotografías en marcos

plateados, esta vez de gente que no conocía, quizás familiares, incluyendo a un hombre flaco y a un muchacho triste, tal vez Peter y Michael McCann, y finalmente llegó al dormitorio.

La parte trasera de su cerebro dijo *las mujeres por lo general eligen el lado cerca del baño* y fue para el lado y dio la vuelta a una cama *king size* con muchas pilas de almohadas hasta una mesa de noche que lo único que tenía encima era un reloj despertador y un libro sin leer.

Escuchó cómo abrían la puerta principal a patadas.

Abrió el cajón que estaba debajo del libro y vio unas gafas para leer y pastillas para el dolor de cabeza y una caja de pañuelos desechables y un Colt Python con cañón de seis pulgadas. Empuñadura de nogal, tallada y laqueada con un brillo sobrio, un armazón enorme de acero azulado, balas compactas 357 Magnum en el tambor. Vaya arma para tener en una mesa de noche. Inteligente en ciertos aspectos. No era compleja. No tenía seguro, no se atascaba. Pero una decisión tonta en otros aspectos. Pesaba casi un kilo y medio. Era demasiado pesada para levantarla mientras uno intentaba despertarse. Y el culatazo haría que el brazo todavía adormecido se estrellara contra la cabecera de la cama.

Reacher la cogió y chequeó el cilindro. Estaba todo allí. Tenía capacidad para seis disparos. Había seis balas.

Escuchó botas en el recibidor.

Del lado interno de la puerta principal. Moviéndose dos metros hacia la derecha. Dos personas. Una tercera persona entraría por la puerta de atrás. Si es que había una tercera persona. Por el sendero decorativo, pasando junto a las plantas, por entre las luces a energía solar, por la puerta.

Pasen, por favor.

No había balas de repuesto en el cajón.

Un arma de seis disparos.

Reacher regresó a la puerta del dormitorio. Seguía oyendo botas en el recibidor. Después salió, pasó de nuevo junto a las fotografías en marcos plateados, moviéndose de lado, el Python a un brazo de distancia, la vista en la mira, clara y nítida, todo lo demás fuera de foco, la luz suave, la casa con las persianas cerradas para que no entre el sol y llena de sombras tenues.

Se detuvo en la entrada del salón. A su izquierda estaba la familia Lair, todavía en el sofá, pero empezando a moverse. La conmoción le estaba abriendo paso al miedo. Y en el caso de Emily, a la indignación. Ella se iba a echar hacia delante. Sus padres se iban a echar hacia atrás. A su derecha estaba el sofá en el que se habían sentado él y Chang y más allá había una vista parcial de la puerta.

Vio la masa de un hombro en movimiento. Una silueta, a contraluz. Tensa y enérgica y lista para actuar.

A su izquierda a través de la puerta corrediza vio a un hombre en el patio trasero. Detrás de los regalos de boda. Después al aire libre. Camiseta negra, pantalones negros. Y una Ruger P85, con silenciador. La llevaba con soltura, al lado, desde arriba de la rodilla hasta la parte alta de la bota. Que también era negra. Estaban vestidos para la ocasión. Sin ninguna duda.

¿Dónde estaba Chang?

Reacher no quería disparar sin saber dónde estaba Chang. No una bala Magnum. No en la dirección general en la que estaba ella. Demasiadas sombras tenues. Demasiado contraste enceguecedor. Demasiadas consecuencias irracionales. Las balas podían desviarse en el hueso y atravesar paredes. En plural. Podían salir del otro lado de la construcción sin ninguna dificultad, y romper una ventana por algún otro lado del bloque.

¿Dónde estaba?

Emily estaba tomando aire, lista para empezar a chillar y a gritar, con bikini y todo, según el punto de vista de Reacher una reacción primitiva, la defensa instintiva de la familia y del territorio, a lo que en su caso se le sumaba una cierta medida de indignación justificada, en el sentido de que esa era su semana especial ¿y quiénes se creían que eran? Evan era un hombre tranquilo, acostumbrado a la calamidad, educado en la razón y la ciencia, preparado para hacer evaluaciones y buscar pruebas y sacar conclusiones bien meditadas, y era una persona inteligente, y todos sus circuitos estaban activos, pero igual no lograba hacer encajar las cosas, por lo que su cuerpo estaba a la espera de una decisión final. Lydia estaba apretada contra su rincón, la esposa y la madre, la hermana y la tía retirándose hacia su interior, pensó Reacher, o hacia una versión anterior de sí misma, tal vez la verdadera versión McCann, criada en una situación más adversa, quizás en la clase de sitio en que el ruido de madera partida y pasos fuertes no eran nunca buenas noticias.

El hombre del jardín abrió la puerta corrediza y entró y la parte de atrás del cerebro de Reacher le mostró ahí mismo toda la partida de ajedrez, desplegada, obvia, como luces parpadeantes de neón, con un nivel de detalle inmenso y grotesco, su cuerpo pivoteando rápido hacia la izquierda y la bala impactando en la carne del pecho del hombre del jardín, donde era menos probable que lo atravesara de lado a lado que si le disparaba en la cabeza, lo cual estaba bien, dado que más allá había todo un vecindario lleno de cercas de madera, pero si le disparaba en el pecho era también más probable que a la familia Lair le cayera encima un rocío rosa y denso, desde atrás, empapándoles el pelo y todo el resto, lo cual no estaba bien, porque sería traumático, especialmente esa semana, salvo que después de reflexionar al respecto Reacher supuso que la semana ya sería bastante

un desastre de ahí en adelante, dado que la partida de ajedrez decía que habría un hombre muerto en ese instante cayendo al suelo, en el mismo momento en el que el Python del propietario de la casa se estaba moviendo de nuevo hacia la derecha para disparar dos veces al lugar en el que había estado la silueta del hombro, dos balas que podían o no impactar en algo, pero que proporcionarían un segundo de protección para dar la vuelta al sofá y capturar la Ruger del tipo muerto, con un total de tres balas gastadas y quince adquiridas.

Pero Reacher no hizo ninguno de esos disparos ni ninguno de esos movimientos, porque para ese momento ya sabía dónde estaba Chang. La estaban empujando dentro de su campo de visión, hacia el salón desde la puerta del frente, forcejeando, dos hombres la sujetaban, tenía las manos atrapadas detrás de la espalda, una palma apretada sobre su boca, un arma apuntándole a la cabeza. Otra Ruger, con otro silenciador. Inestable y difícil de manejar en esa situación, por el largo. Pero sin duda eficaz.

Reacher apoyó el Python en el suelo detrás de sí, muy despacio, entre las sombras contra el rótulo del pasillo, debajo de la última de las fotografías en marcos plateados.

Después entró al salón.

CUARENTA Y UNO

El hombre del jardín recorrió parte de una curva y los dos de la puerta avanzaron y se posicionaron en el mismo arco, muy separados, empujando de repente a Chang, que trastabilló hasta el sofá de los Lair, donde aterrizó y se estabilizó y se dio la vuelta y se sentó en el borde. Reacher se sentó en el apoyabrazos, despacio y tranquilo, con la intención de parecer menos amenazador, con la intención de quedar en el extremo del salón, sabiendo que a una persona de pie le exigirían que se sentara, y por lo general le dirían dónde sentarse, mientras que a una persona que está sentada normalmente no la harían cambiar de sitio. Evan estaba al lado de él, después venía Emily, sentada hacia atrás, y Chang, sentada hacia delante y agitada, y Lydia, sentada hacia atrás. El sitio que para tres había sido espacioso para cinco quedaba apretado. Los cinco conformaban un solo blanco. Tres Ruger apuntándolos, desplegadas a lo ancho, como un diagrama de una formación de disparo en un viejo manual de infantería.

Tres Ruger, tres tipos. Ropa negra, cabezas rapadas, piel pálida. Lo suficientemente corpulentos y lo suficientemente pesados, pero también en cierto sentido huesudos. Pómulos marcados. Épocas duras en sus ADN, de no mucho tiempo atrás. De Europa, tal vez. A lo lejos en la parte pantanosa del este. Cada cual contra su vecino, durante los últimos mil años. Estaban allí de pie, inmóviles, al principio tranquilizándose y analizando la situación y llenando casilleros, y después pensando en otra cosa. Normalmente Reacher hubiera dicho que parecían saber lo que estaban haciendo, pero la verdad es que en ese momento pensó que no parecían hacerlo. No al cien por cien. Ya no. Estaban improvisando. O preparándose para improvisar. O al menos lo estaban considerando. Como si su propia partida de ajedrez hubiese llegado a una encrucijada. Flechas hacia la izquierda, flechas hacia la derecha. Opciones. Libertad de elección. Algo que siempre es peligroso.

No se movían. No hablaban. Hubo quizás un atisbo de sonrisa. Después el tipo del medio dijo:

—Nos dijeron que nos encontraríamos con un hombre y una mujer hablando con otra mujer.

Buen inglés, casi un acento americano normal, pero con un leve matiz eslavo. Europa del Este seguro. Cambiante, sobrecargado, un tipo cuya vida era un mar de problemas.

Nadie respondió.

—Pero en realidad nos encontramos con dos hombres y tres mujeres —dijo el tipo—. Una de las cuales es china. Es todo muy confuso. Por lo que díganme, ¿quiénes de ustedes han estado hablando con quién?

—Soy americana, no china —dijo Chang—. Y todos hemos estado hablando. Entre nosotros. Todos con todos. En todas las direcciones. Ahora ustedes dígannos algo. ¿Quiénes demonios son y qué demonios están haciendo aquí?

—Una de ustedes es la hermana de alguien —dijo el tipo.

No hubo respuesta.

—¿Quién de vosotros es la hermana de alguien?

—Yo no —dijo Reacher.

—¿Tú tienes una hermana, chico listo? Quizás deberías decirme dónde vive.

—Si tuviera una hermana, te lo diría. Me ahorraría tener que ser yo el que te dé una paliza.

El tipo miró para otro lado, hacia el otro extremo del sofá. A las tres mujeres que estaban allí.

—¿Quién es la hermana? —dijo.

No hubo respuesta.

—¿Quién es la mujer que habló con la hermana?

No hubo respuesta.

El tipo miró de nuevo en la otra dirección.

—¿Quién es el que habló con la hermana? —dijo.

No hubo respuesta.

—Hay muchas combinaciones —dijo el tipo—. Como un examen en un Instituto de Matemáticas. ¿Cuántos calcetines necesito para juntar un par? Pero en este caso al menos una respuesta es obvia, incluso para el peor de los estudiantes. Los podríamos matar a todos. Eso garantizaría el resultado correcto. Esa sería una cantidad suficientemente grande de calcetines. Pero serían cinco muertos por el precio de tres. Y el precio fue acordado de antemano. Hay que contar el cambio antes de salir de la tienda. No se puede renegociar después del hecho. Esas son las reglas del gordo.

Silencio.

El tipo miró a Evan y dijo:

—¿De qué trabajas?

Evan empezó a hablar una vez, y empezó de nuevo, y recién a la tercera vez logró emitir alguna palabra. Dijo:

—Soy médico.

—¿Trabajas gratis?

—No, supongo que no.

—Qué pregunta tonta, ¿no? ¿Médicos que trabajen gratis?

—Algunos médicos trabajan gratis.

—Pero tú no, ¿no es así?

—No, supongo que yo no.

—¿Crees que yo debería trabajar gratis?

Evan tomó aire, soltó el aire, debatiéndose.

—Es una pregunta simple —dijo el tipo—. No te estoy pidiendo una opinión profesional. ¿Crees que yo debería trabajar gratis? ¿Y tú no?

—¿Importa lo que yo piense?

—Quiero que estemos todos cómodos. Quiero que estemos todos de acuerdo. A una persona le deberían pagar por lo que hace. Necesito que me apoyes en esto.

—De acuerdo, a una persona deberían pagarle.

—¿Por qué?

—Por el trabajo que hace.

—¿Debería recibir más por cinco cosas que por tres cosas?

—Supongo que sí.

—¿Pero cómo se puede hacer para recibir más, si el precio se estableció de antemano? Ya no hay más agua en esa piedra. Lo cual es una mala noticia para nosotros. Pero una buena noticia para vosotros. Haremos solo el trabajo por el que nos pagaron. No habrá muestras gratis. Existe la probabilidad de que sobrevivas.

Una probabilidad del cuarenta por ciento, le dijo a Reacher la parte trasera de su cerebro, inmediata y automáticamente, si mataban al azar. ¿Pero por qué iban a matar al azar? Sus órdenes eran un hombre y dos mujeres. En cuyo caso las probabilidades de Evan ascendían al cincuenta por ciento. Y las de Chang caían, del cuarenta por ciento al treinta y tres por ciento.

—Claro está que el fallo en el plan es que podríamos dejar con vida a dos personas equivocadas —dijo el tipo—. Lo cual no sería aceptable. Estoy seguro de que tienes tus propios estándares profesionales. Hay que resolver el problema de alguna otra forma. Tenemos que pensar de manera lateral. Tenemos que encontrar la manera de que nos paguen. Ayúdame con esto.

—No hay dinero en la casa —dijo Evan.

—No te estoy pidiendo que pagues por tu propia ejecución. Eso sería descortés. Te estoy pidiendo que pienses de manera lateral. ¿Qué hay en esta situación que pudiera servirnos como recompensa a mí y a mis socios?

Evan no dijo nada.

—Tienes que ser creativo. Relájate. Usa la imaginación. Si no es dinero, ¿qué otra cosa puede ser?

No hubo respuesta.

El tipo miró a Emily y dijo:

—¿Cómo te llamas, corazón?

—No —dijo Evan.

El tipo miró a Chang.

—Ella también —dijo.

Emily se apretó la camisa al cuerpo y levantó las rodillas y retrocedió todo lo que pudo en el sofá. Evan se inclinó delante de ella. El tipo del medio lo miró desde arriba y dijo:

—Si te portas bien te mataremos primero. Si no, te dejaremos con vida y te obligaremos a mirar.

Los tres tipos estaban a distancias iguales a lo largo del borde de un cuarto de círculo. El equivalente a todas las bases llenas en un partido de béisbol. Pero mucho más cerca. Estaban en un salón, después de todo, no en una cancha de béisbol. Un salón que era espacioso, pero aun así. El tipo que ocupaba la primera base a la derecha estaba quizás a poco más de dos metros de Reacher. En la tercera base a la izquierda el tipo más alejado estaba a menos de cinco metros. Y el tipo de la segunda base estaba a mitad de camino entre los otros dos, el único que hablaba, en línea recta entre Reacher y la puerta principal, a unos tres metros y medio.

Tres tipos. Sin duda el fiscal de distrito del Condado de Maricopa los llamaría asaltantes. Dirían algo así como que *hoy por la noche un asalto a una casa terminó de manera trágica, en una exclusiva comunidad cerrada en el noreste de la ciudad. Mostraremos imágenes a las once.* La policía los llamaría delincuentes. Sus abogados los llamarían clientes. Los políticos los llamarían escoria. Los criminólogos los llamarían sociópatas. Los sociólogos los llamarían incomprendidos.

El 110 de la Policía Militar los llamaría condenados a muerte.

El tipo que estaba en la segunda base dijo:

—Pongamos esto en marcha.

Emily estaba clavada contra el respaldo del sofá, apretada contra la manta de lana a cuadros, las rodillas levantadas, los brazos abrazados con fuerza a las piernas. En conjunto parecía una persona de la mitad de su tamaño real. Chang tampoco se movía. Estaba plantada en el sitio, con las manos apoyadas a los lados sobre el sofá, las piernas estiradas, sus zapatos con cordones lejos enfrente de ella, sus talones literalmente hundidos en la alfombra, como un dibujo animado de un correcaminos que está derrapando para frenar.

El tipo de la segunda base dijo:

—Ya me estoy poniendo impaciente.

Labios húmedos.

Ojos en movimiento.

Urgencia en la voz.

No hubo respuesta.

Entonces Reacher exhaló y levantó la palma de la mano de manera conciliatoria como diciendo no dispares, y se puso de pie a medias, despacio y tranquilo, sin ser amenazador, hizo exactamente lo

contrario a un movimiento repentino, y quedó dándoles a medias la espalda a los tres tipos armados, y a medias de frente al grupo del sofá, y dijo:

—Vamos, Emily, terminemos con esto. De una manera u otra te van a enganchar. Va a ser mejor que facilites las cosas.

—¿Qué? —dijo ella.

Reacher se inclinó por encima de Evan y cogió a Emily de la muñeca y tiró y la levantó. Inmediatamente Evan se puso de pie para impedírselo, y Chang también, y la hermana de McCann, todos agitados y asustados y sorprendidos. De golpe hubo una pequeña acumulación de gente todos en posición erguida y activos, amontonados juntos sobre la alfombra entre los sofás, moviéndose, sacudiéndose, chocándose, mirando desesperadamente hacia la izquierda y hacia la derecha.

El momento de la verdad.

Los tres tipos no hicieron nada. En ese punto para ellos la jugada inteligente habría sido empezar a disparar, allí mismo, sin vacilaciones, reconociendo que la situación se les estaba yendo de las manos frente a sus propios ojos. Pero para entonces ya estaban muy comprometidos con un plan trazado por ellos mismos, con un curso de acción, con un procedimiento, con la promesa de un placer físico extremo en el futuro cercano, y los dos mayores componentes de ese nirvana por venir estaban enredados en medio de las sacudidas de esa pequeña multitud, con daños colaterales garantizados, y no las querían heridas. No tan pronto. Las querían tal como eran, enteras, conscientes, reactivas, carne tersa bronceada y bikinis y camisetas y vaqueros de tiro bajo. Por lo que no dispararon. No pensaron. No con el cerebro, en todo caso.

Hasta ahí todo iba bien.

Reacher apartó con los codos a Evan hacia un lado y a Chang hacia el otro y sacó a Emily del grupo. La arrastró y le dio la vuelta y la empujó hacia delante, con fuerza, al interior del pasillo con las fotografías de los familiares desconocidos en marcos plateados.

—El dormitorio está en esa dirección —dijo.

Evan pasó agachado junto a Reacher y cogió a su hija, y la hermana de McCann se tiró encima de él, casi igual de rápido, y Chang fue detrás de ella, y el tipo de la primera base los siguió, con algo de preocupación en el rostro debido al caos que se había generado, y detrás de él se abalanzó el vocero de la segunda base, con el tipo de la tercera base acercándose en último lugar. Ocho personas en total, moviéndose con torpeza, atropellándose, casi obligadas a avanzar en una sola fila, metiéndose en un pasillo estrecho y oscuro.

Reacher se agachó entre medias de todos y levantó el Python, con las dos manos para evitar que se resbalara sobre la madera pulida del

suelo, colocó la empuñadura en la palma de su mano, compacta y reconfortante, y pasó el dedo por el guardamonte, contra el gatillo, sustancioso y duro, y alzó el arma, un kilo y medio de peso, y apoyó su mano izquierda en la parte alta de la cabeza de Lydia Lair, y le dobló las rodillas, y la obligó a agacharse, y apuntó por encima del hombro derecho de Chang y disparó, al medio de la cara del hombre que estaba en primera base.

Había muchos factores que hacían que un arma fuera precisa o imprecisa. La velocidad de la munición y el largo del cañón eran los más importantes, asistidos o no por sutilezas aerodinámicas, como el grado de rotación proporcionado por los surcos helicoidales del ánima rayada, que podían funcionar bien o no, dependiendo de la bala. La precisión de la fabricación influía y la buena producción con metal de calidad era preferible a la fundición con materiales descartados. No es que algo fuera a importar mucho a dos metros de distancia. Un poro más a la derecha o una arruga más a la izquierda eran irrelevantes. El rostro humano es un blanco lo suficientemente grande, al que por lo general es difícil errarle si uno dispara de cerca, y el hombre de la primera base no fue una excepción.

La bala lo atravesó de lado a lado, obviamente, dados la corta distancia y el poder de la munición Magnum. Seis metros por detrás de la cabeza del tipo apareció instantáneamente un agujero en la pared, del tamaño de una ensaladera, y un espantoso instante después lo rellenaron los contenidos del cerebro del tipo, con un bofetazo húmedo, todo rojo y gris y violeta. Mientras tanto el tipo caía verticalmente, como si hubiese entrado al hueco de un ascensor, y Reacher ya estaba girando una fracción hacia la izquierda, desde la cintura, con los hombros firmes, en busca del tipo de la tercera base, el que estaba más lejos, porque algún cálculo de la parte trasera de su cerebro le decía que ese era el mejor posicionado para responder a los disparos, además de que no se estaba babeando tanto como el tipo de la segunda base, por lo que quizás estaba menos comprometido con el entretenimiento por venir, y por lo tanto era más probable que abriera fuego, incluso a riesgo de estropear la mercancía.

Reacher apretó de nuevo el gatillo y sintió cómo giraba el mecanismo, muelles y trinquetes y palancas, sin esfuerzo, y el arma disparó, en su mente un disparo calculado, con un intervalo decente después del primero, pero en la vida real fueron casi dos disparos sucesivos, un rápido *bang-giro-bang*, un artesano haciendo su trabajo, tranquilo, utilizando sus dones naturales. Otra vez la bala pasó de lado a lado, inevitablemente, entró por el labio superior del tipo, salió por la base del cráneo, haciendo estallar la ventana corrediza y haciendo explotar una pila de regalos de boda fuera, sobre la mesa en el jardín, en una nube de trocitos de papel, blancos y plateados, como si fuera

confeti con algunos días de anticipación. El cristal roto cayó como una cascada, controlado por la gravedad, y por lo tanto a la misma velocidad descendente que el tipo de la tercera base, que también había quedado a disposición de la gravedad. Reacher vio una mínima parte de ese descenso sincronizado y después se movió rápidamente hacia la derecha, para encontrar al tipo de la segunda base.

Porque en ese momento la carrera estaba realmente en marcha y Reacher estaba perdiendo. Un tipo no era nada y dos tipos nunca eran realmente un problema, pero con un tercer tipo se podía poner difícil. El *bangbang* que había derribado a sus dos compañeros tendía a hacer que el tercer tipo se concentrara, y peor aún, le daba tiempo para meterse en el juego, para reaccionar, para darse cuenta finalmente de que *oh es cierto tengo un arma en la mano*, para levantar el arma, más lento de lo habitual, por el tubo gordo del silenciador, porque el arma era el doble de larga de lo que pensaba su memoria muscular, y también más pesada, y por lo tanto más difícil de controlar, lo cual no era un problema, porque la trayectoria que tenía que recorrer era mucho más corta de lo que Reacher necesitaba que fuera. Ya casi estaba ahí. A unos pocos centímetros. El juego casi había terminado. Pero Reacher se siguió moviendo, a una velocidad que parecía una desesperada cámara lenta, como haciendo fuerza con el dorso de la mano a través de una melaza densa en un frío día invernal, su ojo izquierdo en la mira de adelante del Python, su ojo derecho en el agujero de la punta del tubo del silenciador, que seguía trazando un movimiento elíptico, pero solo un poco. Ya estaba a muy pocos centímetros de quedar de frente a su objetivo.

El Python todavía estaba a treinta centímetros de alcanzar esa posición.

Reacher llevó bruscamente el arma hacia abajo, como si pegara del revés con un látigo, principalmente para ganar fuerza y velocidad, pero también porque el tipo era más ancho a la altura de los hombros y apuntar era un lujo que Reacher en ese momento ya no se podía permitir. El Python era un arma de doble acción, lo cual significaba que con un solo movimiento del gatillo el arma llevaba el martillo hacia atrás y luego lo soltaba, por lo que Reacher empezó a apretarlo antes de tiempo, haciendo que el tambor girara mientras el arma seguía su recorrido, viendo cómo se alzaba el martillo, sintiendo cómo se accionaban adentro los mecanismos, esperando, después disparando, confiando en una coordinación milimétrica y en el impulso y la desviación y en unos cálculos complejos que incluían las cuatro dimensiones.

En otras palabras, tenía muy pocas posibilidades.

Pero funcionó, aparentemente.

Porque el tipo no le devolvió el disparo y del cuello se le

desprendió un trozo rojo de carne. Lo suficientemente grande como para alimentar a una familia entera.

Un triplete: tres *outs* en una sola jugada.

Sin asistencia.

Inmortalidad beisbolística.

Por detrás del tipo la bala entró y salió de un baño y rompió una lámpara del pasillo. El tipo se desplomó, con un ruido que debió haber sonado como un golpe fuerte, pero Reacher no escuchó nada, porque una de las desventajas de las Magnum era la sordera, al menos temporal, especialmente en espacios cerrados. A su alrededor los otros estaban desorientados por la conmoción, como si se hubieran quedado congelados en el sitio por el flash de una cámara o un rayo muy fuerte de luz. La hermana de McCann estaba de rodillas, con la boca abierta, dejando salir un grito que Reacher no podía oír, y Emily estaba agachada contra la base de la pared del pasillo. Era comprensible. Un disparo de Magnum en un espacio cerrado era como una granada aturdidora. Y habían sido tres disparos.

Después el pitido y el estruendo disminuyeron un poco y la gente se empezó a mover. Chang se acercó a Emily, y Evan ayudó a su esposa a ponerse de pie y después se abrió paso hasta el salón para ver el estado de las cosas, tras lo cual se dio la vuelta y empezó a llevar a la gente hacia el dormitorio, negando enfáticamente con la cabeza, diciendo: "No podemos ir allí" una y otra vez. No por una incomodidad personal, pensó Reacher, dado que él era médico y todo eso, sino para ahorrarle el espectáculo a su familia. Aunque supuso que alguna vez habrían ido a una carnicería, y que habían sobrevivido a la experiencia. Aunque tres tipos eran mucha carne muerta. O quizás a Evan le preocupaba la integridad de la escena del crimen. Demasiada televisión.

La familia Lair se sentó en la cama, de alguna manera todos empequeñecidos, salvo por los ojos, que los tenían abiertos bien grandes. Todos respiraban agitados, todos intentaban mantener la calma. Chang andaba de un lado al otro. Reacher limpió el viejo Colt y lo dejó en la mesa de noche de Evan Lair.

—Deberíamos llamar a la policía —dijo Lair—. Tenemos una responsabilidad legal.

—Sí, señor, ese sería mi consejo —dijo Chang—. Tiene que anticiparse a la situación.

—Peter está muerto, ¿no? —dijo la hermana de McCann.

No hubo respuesta.

—Fueron a buscarlo a él y ahora vinieron a buscarme a mí. Porque creen que yo sé lo que sabe él. O lo que sabía él. Todos creen eso. Ustedes también.

—No tenemos pruebas ni evidencias de primera mano acerca de

Peter —dijo Chang—. Sería incorrecto de nuestra parte responderle con cualquier afirmación. Y de todos modos se debe informar primero a Michael.

—Supongo que también está muerto.

—No tenemos ningún tipo de información.

La habitación quedó en silencio.

Después Evan dijo:

—¿Qué vamos a hacer?

—¿Con respecto a qué? —dijo Reacher.

—Hay gente muerta en nuestra casa.

—Esos tipos no son inocentes. Así que las autoridades dirán que fue algo justificado. Un asalto, armas con silenciador, amenazas de violencia sexual. No vamos a ir a la cárcel por esto. Nos van a dar unas palmaditas en la cabeza. Salvo que a mí esas cosas no me importan. Preferiría que no me mencionaran en lo más mínimo. Como si nunca hubiera estado aquí. Debería llevarse el mérito usted. Agarre el arma. Que le queden de nuevo sus huellas dactilares. Le darán un año gratis en el club. Conseguirá nuevos pacientes. Pasará a la historia como el médico justiciero.

—¿Habla en serio?

—No me importa qué es lo que pase. Nunca me encontrarán. Pero agradecería tener cierta ventaja. Chang y yo tenemos muchas cosas que hacer. Nos vendría bien que no hiciera nada durante treinta minutos, antes de llamar al 911. Cuénteles la historia que quiera. Dígales que estaba en shock. De ahí el retraso.

—Treinta minutos —dijo Evan.

—El shock puede durar esa cantidad de tiempo.

—De acuerdo.

—Pero cuando tenga que contar la historia, dígales que solo dos de los hombres tenían armas.

—¿Por qué?

—Porque yo me voy a llevar una. Y hay algunos policías que saben contar hasta tres.

—De acuerdo, treinta minutos. Dos armas. Si puedo. No soy bueno con los uniformados.

Reacher miró a Emily y dijo:

—Siento que se haya arruinado esta semana tan especial.

—Debo darle las gracias —dijo Emily.

—No hay de qué.

Reacher se dirigió hacia fuera, detrás de Chang, que se detuvo para darle un abrazo a la hermana de McCann y para decirle, como respuesta a sus indagaciones silenciosas:

—Lamento mucho su pérdida.

Después cerraron la puerta del dormitorio y cruzaron por el pasillo,

pasando junto a las fotografías, hasta llegar al salón. Con el primero que se encontraron fue con el tipo de la primera base, pero había caído en un ángulo raro. Su silenciador estaba en el charco de sangre que salía de lo que le quedaba de la cabeza, y los silenciadores tienen relleno interior, o deflectores muy finos, y cualquiera de esas dos cosas no pararía de gotear sangre, por lo que le pasaron por el lado. Para llegar al tipo de la tercera base tenían que desviarse, por lo que Chang se agachó junto al tipo de la segunda base, el que había hablado, y le quitó la Ruger.

Y después se detuvo.

—Reacher, este aún respira —susurró.

CUARENTA Y DOS

Reacher se agachó junto a la figura horizontal. Chang se arrodilló al lado. El tipo estaba boca arriba, las piernas separadas, los brazos revueltos. Estaba inconsciente. O en estado de shock, o en coma. O todo lo anterior. Su cuello era un desastre. Le faltaba la mitad. Olía a ropa sucia y a sudor y al hedor a hierro de la sangre. Olía a muerte.

Pero había una mínima respiración y un pulso débil.

—¿Cómo puede ser? —susurró Reacher—. Le salió volando del cuello un trozo de carne del tamaño de un bistec de solomillo.

—Obviamente no era una parte vital —le respondió Chang también en un susurro.

—¿Qué quieres hacer?

—No lo sé. No podemos llamar a la ambulancia. Vendrán con la policía. Siempre hacen eso cuando se da aviso de víctimas de disparos. No conseguiríamos nuestra ventaja. Pero por otro lado tiene muy mal aspecto. Necesita un cirujano de emergencias, lo antes posible.

—Evan es médico.

—¿Pero de qué especialidad? Lo miraría y llamaría él a la ambulancia. Inmediatamente. Y después llamaría a la policía. También inmediatamente. No se le ve del todo convencido con lo de los treinta minutos.

—Podríamos irnos y dejarle aquí. ¿Quién lo sabría?

—Eso sería demasiado difícil para Evan. Potencialmente. Este tipo podría sobrevivir treinta minutos. Y se sabría la historia. Evan pasaría a ser el doctor que ignoró a un hombre que se estaba muriendo para poder ir a sentarse en su dormitorio.

Reacher apoyó la punta de los dedos en la parte más alta del cuello del tipo, en la porción intacta, por encima de la herida, uno de cada lado, detrás de las orejas, cerca de la articulación de la mandíbula.

Los mantuvo allí.

—¿Qué estás haciendo? —dijo Chang.

—Apretando las arterias que le llevan la sangre al cerebro.

—No puedes hacer eso.

—¿Qué pasa? ¿Estuvo bien matarlo la primera vez, pero la segunda no?

—Está mal.

—Estuvo bien la primera vez, cuando era un pedazo de mierda que estaba por violarte a punta de pistola. ¿Qué ha cambiado? ¿De repente se convirtió en alguna especie de santo mártir que deberíamos llevar

corriendo al hospital? ¿Cuándo ha ocurrido eso?

—¿Cuánto tiempo llevará esto?

—No mucho. Para empezar, ya no está en muy buen estado.

—Esto está fatal.

—Le estamos haciendo un favor. Como a un caballo con una pata rota. Nadie puede arreglar este cuello.

Sonó el teléfono de Chang.

Alto y fuerte. Con un ruido penetrante. Lo sacó como pudo y dio media vuelta encorvando la espalda y atendió. Escuchó. Susurró. Cortó.

—¿Quién era? —dijo Reacher.

—Westwood acaba de aterrizar en Sky Harbor.

—Bueno es saberlo.

—Le dije que lo llamaríamos después.

—Probablemente sea lo mejor.

—La familia debe de haber escuchado el teléfono. Sabrán que todavía estamos aquí.

—Pensarán que es el teléfono de uno de estos tipos. En un bolsillo. No le van a prestar atención.

—¿Ya está muerto?

—Casi. Es plácido. Como quedarse dormido.

Después Reacher se inclinó, y comprobó si el tipo tenía pulso, y vio que ya no tenía.

—Vamos —dijo.

Su coche estaba junto a la acera a unos cien metros de distancia, en lo que había sido la plaza de aparcamiento más cercana cuando llegaron. Después la marea había bajado y lo había dejado a plena vista. Solo. Condujo Chang. Dio la vuelta en U al ancho de la calle y regresaron por donde habían llegado. El complejo de viviendas estaba en silencio. Aturdido por el calor. El aire centelleaba por todas partes, azul y oro, como líquido.

En el puesto de guardia las dos barreras de control de acceso estaban levantadas. Los dos mástiles rojos estaban en posición vertical. Como un ave de corral gorda lista para meter al horno. Totalmente abiertas, en ambos sentidos, hacia dentro y hacia fuera. No había ningún guarda detrás del cristal.

Chang detuvo el coche.

—Mira a ver si ha pasado algo —dijo.

El asfalto estaba caliente bajo los pies de Reacher. Podría haber freído un huevo en él. Oyó el zumbido de unas moscas a unos dos metros de distancia. La ventana corrediza estaba abierta. Por donde el guarda se había asomado para hablar. *Que tengan muy buen día.* El aire acondicionado estaba funcionando al máximo, tratando de sobrellevar

la situación.

El guarda estaba en el suelo. Totalmente enredado entre las patas de su banqueta. La camisa de manga corta. Los brazos con manchas. Los ojos abiertos. Le habían disparado una vez en el pecho y otra en la cabeza. Las moscas se estaban dando un festín con su sangre. Azules e iridiscentes. Restregándose. Ya poniendo huevos.

Reacher regresó al coche.

—El viejo —dijo—. No va a llegar a ser más viejo.

—Me hace sentir mejor con respecto al homicidio asistido.

—Me hace tener ganas de haber encontrado en la cocina un cuchillo de untar y haberle cortado la cabeza con eso.

Chang arrancó y cruzó el puesto de guardia, y empezó a girar a la derecha y a la izquierda aleatoriamente. No escucharon sirenas a lo lejos. Tampoco ninguna conmoción. Solo el tráfico permanente de Phoenix, tres carriles brillantes, como un río lento que corre eternamente.

—¿A dónde vamos? —dijo ella.

—Encontremos algún sitio en el que podamos tomarnos un café. Y hay una llamada que tienes que hacer.

Frenaron en un centro comercial en Paradise Valley. Había una cafetería muy conocida, entre una tienda que vendía cinturones de cuero con hebillas plateadas y una tienda que vendía platos de loza con diseños sofisticados. Chang pidió café helado y Reacher caliente. Se sentaron al fondo en una mesa pegajosa.

—Dile a Westwood que elija un hotel —dijo Reacher—. Algún lugar adecuado, que se ajuste a su presupuesto. Dile que nos encontraremos con él allí en dos horas.

—¿Por qué dos horas?

—¿Vosotros tenéis una oficina aquí en Phoenix?

—Por supuesto. Hay muchos agentes retirados del FBI viviendo en Phoenix.

—Necesitamos conocimiento interno de la zona.

—¿De los tipos de la casa?

—De su jefe. Que era también el jefe de Hackett. Un proveedor de seguridad subcontratado, para lo cual tiene sin duda una lista variada de clientes. La economía de servicios en todo su esplendor. Físicamente me sonó a alguien corpulento. Por teléfono. Y después el que habló en la casa lo llamó “el gordo”. ¿Escuchaste eso? Se quejaba de que no le pagaban y de que no iba a poder renegociar después, y dijo que esas eran las reglas del gordo. Por lo que necesitamos un nombre. Un jefe de una organización criminal, de Europa del Este, en el área de Phoenix, que maneja matones de Europa del Este en la zona y gente como Hackett en otras partes. Y al que de manera plausible se

le podría llamar gordo. A sus espaldas, probablemente. También estaría bien saber sus paraderos conocidos.

—¿Por qué?

—Quiero ir a visitarlo.

—¿Por qué?

—Por Emily. Y por la hermana de McCann. Y por el guarda de la entrada. Y tengo dolorida la espalda y ahora me duele la cabeza. Hay cosas a las que no se les puede permitir continuar.

Chang asintió:

—Y hay cosas que tienen beneficios extra.

—Exacto.

—Mother's Rest quedará completamente desprotegido. Estaremos cancelando su contrato de seguridad. Cortándole la cabeza. Antes de regresar allí.

—¿Es esa una información que tu socio local podría tener?

—Yo la tendría, si alguien me llamase para preguntarme por Seattle.

Sacó su teléfono y marcó, primero a Westwood, por el hotel, y después se deslizó por sus contactos hasta encontrar el número local. Un segundo dormitorio, probablemente. Cerca. En Mesa o Glendale o Sun City. Equipado con estantes y armario haciendo juego, y un escritorio, y una cajonera. Y un ordenador y un teléfono y un fax y una impresora. Inversiones, para una carrera nueva. *Tenemos oficinas en todas partes.*

Reacher se puso de pie y fue hacia el baño de hombres, donde se miró al espejo, para ver si tenía sangre, suya o no, o alguna otra señal del enfrentamiento. Siempre algo prudente de hacer. Una vez había arrestado a uno que tenía el diente de su víctima metido en el pelo, al frente y al medio, como un adorno amarillo pálido de una peluquería cerca de la playa. Después se lavó las manos bien a conciencia, y las muñecas, y los antebrazos, con mucho jabón. Para quitarse los residuos de los disparos. También algo siempre prudente de hacer. ¿Por qué habría de facilitar las cosas?

Cuando Reacher regresó a la mesa Chang dijo:

—Es ucraniano y se llama Merchenko.

—¿Es gordo? —dijo Reacher.

—Aparentemente es colosal.

—¿Sabemos dónde lleva su negocio?

—Tiene un club privado al sur del aeropuerto.

—¿Seguridad?

—No sabemos.

—¿Podemos entrar al club?

—Solo socios.

—Podríamos ir a pedir trabajo. Yo podría trabajar como segurata

en la puerta.

—¿Y yo qué podría ser?

—Depende de qué clase de club sea.

—Creo que podemos adivinarlo.

—Estéticamente para mí funciona —dijo Reacher—. Deberíamos ir a ver el sitio. Ahora mismo. Es mejor verlo a la luz del día.

Al sur del aeropuerto no había solo terrenos abandonados, había más brillo y movimiento del que habían visto a lo largo del camino. El club de Merchenko era un edificio de metal que tenía más o menos el tamaño del estadio de los New York Yankees. Pero cuadrado. Llenaba toda la manzana, de acera a acera. Las paredes estaban pintadas de rosa y tenían la superficie suavizada por cientos de globos gigantes de papel de aluminio, también rosas, algunos con forma de corazón y otros con forma de labios, todos pegados de alguna manera al revestimiento lateral. Entrelazados entre los globos había kilómetros de neón, en ese momento de un gris lavado por la luz del sol, pero de noche sin duda rosa. ¿De qué otro color podía ser el neón? La puerta era rosa, y tenía un toldo rosa de plástico arriba, y el sitio se llamaba *Pink*. Rosa.

—¿Deberíamos arriesgarnos a dar la vuelta a la manzana? —dijo Chang.

—Es temprano —dijo Reacher—. Debería ser lo suficientemente seguro.

Así que Chang dobló a la izquierda dejando atrás la fachada del edificio y avanzó por el lado derecho. Era igual de enorme. Igual de rosa. Tenía los mismos globos de labios y corazones. Que quizás atraerían a los borrachos, pensó Reacher. Fue mejor que girar en la otra dirección, hacia donde estaba el tráfico.

Entonces vieron que el edificio no ocupaba toda la manzana. De lado a lado, quizás, pero no del frente al fondo. Se interrumpía y la parte de atrás de la manzana era una zona de carga y descarga. Lo cual tenía sentido. Un club de ese tamaño necesitaría todo tipo de cosas para consumo. Como un transatlántico. Y generaría todo tipo de basura y reciclables. Que necesitarían ser retirados de manera regular. La zona de carga y descarga tenía rejas, que eran de algún tipo de alambre tejido de muy buena calidad, que tenía también unas placas rosas, por lo que no se podía ver del otro lado. La reja estaba coronada con unos rollos flexibles de alambre de púa, para que nadie pudiera trepar. Pero había dos secciones de tres metros que se plegaban hacia dentro, lo cual tenía sentido por el tráfico de camiones que entraban y salían, comida y bebidas y basura.

Uno de esos portones estaba abierto.

—Frena —dijo Reacher.

Chang frenó y después retrocedió de manera discreta, para poder ver mejor.

—No me lo puedo creer —dijo ella.

Del otro lado del portón había una fila de contenedores de basura de más o menos un metro setenta de alto, y al lado de eso había una zona descubierta a la que se salía directamente desde la puerta de la cocina, con césped artificial verde sobre el pavimento, y una cerca baja de madera, más bien simbólica, y un banco blanco de jardín, de metal, y una sombrilla grande de tela. Para que los cocineros y los camareros pudieran fumar cómodos.

Sentado en el banco había un hombre gordo.

Estaba fumando un gran puro y hablaba con un hispano, que tenía puesta una camiseta sin mangas y un pañuelo en la cabeza, y que estaba de pie rígido en posición firme, con la mirada fija en algún punto justo por encima de la cabeza del hombre gordo.

Pero con decir gordo no alcanzaba, y para esta ocasión era algo claramente inadecuado. El hombre que estaba sentado en el banco no tenía huesos grandes o sobrepeso ni era obeso o rechoncho. Era una montaña. Era enorme. Medía más de dos metros, y eso a lo ancho. Hacía que el banco pareciera una miniatura. Llevaba puesto un caftán que le llegaba hasta los tobillos, de color gris, y la barriga hacía que las rodillas le quedaran muy lejos una de la otra, y estaba reclinado hacia atrás, encaramado con el culo en la parte delantera del asiento, porque en la otra dirección la tripa no le hubiese permitido doblarse en noventa grados para quedar sentado de manera normal. No se podía identificar ningún contorno en su cuerpo. Era un triángulo de carne indefinido, con pechos del tamaño de pelotas de básquet desinfladas y otras bolas y bultos inentendibles del tamaño de almohadas *king size*. Tenía los brazos apoyados a lo largo del respaldo del banco y a ambos lados de los codos le colgaban pedazos enormes de grasa.

En conjunto era colosal, que era la palabra que había usado el contacto de Chang. Comparada con su cuerpo, su cabeza era diminuta. Tenía la cara rosa y brillante por el sol, y sus ojos estaban pequeños y hundidos, en parte porque los tenía entrecerrados para evitar la luz, y en parte porque tenía toda la cara hinchada, como si alguien le hubiese metido un inflador de bicicleta por la oreja y lo hubiese accionado con fuerza diez veces. Llevaba el pelo rapado igual que los tres hombres en la casa de la hermana de McCann.

—Podría ser un hermano o un primo —dijo Chang—. Quizás es una familia de gordos.

—Tiene aspecto de ser el jefe —dijo Reacher—. Mira cómo le está hablando al tipo. Se lo está haciendo pasar mal.

Y así era. Sin histrionismo. Sin gritos. Solo un flujo de palabras

constante, interminable, coloquial, y por lo tanto probablemente por eso mismo más eficaz y más cruel. El hombre con el pañuelo en la cabeza no se estaba divirtiendo. Eso estaba claro. Estaba rígido, mirando un punto fijo, aguantando.

—Tenemos que estar seguros —dijo Chang—. Quizás Merchenko delega. Quizás hay subjefes. Quizás este es un hermano o un primo que se encarga por él de las relaciones de personal.

—¿Tu contacto mencionó otros miembros de la familia? —dijo Reacher.

—No me especificó nada.

—¿Puedes verificarlo?

Chang marcó en el teléfono. Reacher observaba al hombre gordo. No se iba a ningún lado. No todavía. Seguía hablando. Chang hizo su pregunta y escuchó la respuesta. Cortó la llamada.

—No tenemos información de ningún familiar —dijo.

—Tiene aspecto de ser el jefe —dijo Reacher de nuevo—. Salvo que no hay seguridad. No hay tipos con gafas de sol y cables en las orejas. Debería haber uno en el portón, sin duda. Como mínimo. Se supone que este tipo es el jefe de una organización criminal. Está a plena vista desde la calle. Estamos aquí sentados. Nadie ha tratado de hacernos circular.

—Confianza, quizás —dijo Chang—. O un exceso de confianza. Cree que a estas alturas ya estamos muertos. Quizás no tiene ninguna otra cosa de la que preocuparse. Podría ser el superdepredador, en este territorio.

—Si es la persona que buscamos.

—No deberíamos asumir que sí.

—Me gustaría que pudiésemos asumir eso. Lo podría matar desde aquí.

—¿De verdad?

—Es una manera de decir. No con un arma corta. Para estar seguro preferiría estar más cerca.

—¿Dentro de la zona de carga y descarga?

—Idealmente.

—Quizás hay guardas del otro lado del portón.

—Podría ser. Pero para estos tipos es una cuestión de imagen. Les gusta que los vean detrás de un muro humano. O que no los vean.

—Por lo que quizás no es a quien buscamos.

—Pero sin duda tiene el aspecto del tipo que buscamos. Tiene el aspecto de un hombre gordo, y tiene el aspecto de ser quien pone las reglas.

—Tenemos que estar seguros.

—Nunca estaremos seguros. A no ser que le pida el DNI. Que podría no llevar encima. No veo ningún bolsillo en su vestido.

—Es un caftán. O un muumuu.

—¿Qué es un muumuu?

—Eso que tiene puesto.

—Necesitamos saber si es. Esto podría ser oro puro. Está ahí.

—Y ese es el problema. Es demasiado bueno para ser cierto.

—Podría ser confianza. Como tú dijiste. Podría ser pura rutina. Quizás su seguridad está en el interior. Quizás están acostumbrados a que salga a fumar. Es temprano y saben que no hay nadie dando vueltas. Quizás no le gusta tener a sus guardas cerca. O quizás cree que las relaciones con el personal se manejan mejor en privado.

—¿Cuánto tiempo se va a quedar ahí?

—Es un gran puro. Pero quizás lo fuma por partes.

—Nunca tendremos una mejor oportunidad.

—Y no puede durar mucho más.

—Pero tenemos que saber si es.

Reacher no dijo nada.

El hombre gordo seguía hablando. Quizás se iba poniendo más intenso. Seguía con la cabeza el ritmo de sus frases. La grasa del cuello se sacudía. El resto de su cuerpo estaba implacablemente quieto. No estaba hecho para los gestos.

—Creo que está terminando —dijo Reacher—. Creo que está llegando a una conclusión. No tenemos mucho más tiempo. Necesitamos una decisión.

Chang no dijo nada.

Después dijo:

—Espera.

Chang levantó el teléfono y Reacher vio que aparecía una imagen en la pantalla. La acera, la reja rosa, el espacio abierto. Un ángulo raro, inestable. Modo cámara. Después los contenedores de basura, el falso jardín y el hombre gordo.

Chang tocó la pantalla y el teléfono hizo un ruido de obturador. Después Chang arrastró el dedo por la pantalla y le dio un pequeño golpe y escribió algo y le dio otro pequeño golpe, y el teléfono hizo un ruido parecido a un *wuuushh*.

—Le estoy pidiendo a mi contacto que lo identifique —dijo ella.

—Va a ser mejor que se dé prisa —dijo Reacher—. Esto no puede durar mucho más.

El hombre gordo seguía hablando, y asintiendo, y sacudiéndose. El tipo con el pañuelo en la cabeza seguía aguantando. Después los dedos del hombre gordo empezaron a rascar el listón superior del banco. Posiblemente el principio de un procedimiento largo y complicado diseñado para ponerse de pie.

—Lo estamos perdiendo —dijo Reacher.

El hombre gordo tiró su puro al suelo.

El teléfono de Chang emitió un ruidito.

Ella miró la pantalla.

—Ay, venga ya —dijo ella.

—¿Qué?

—Quiere que le acerque la imagen. Quiere un primer plano.

—¿Qué es esto, la Corte Suprema?

Chang levantó de nuevo el teléfono e hizo algo con los dedos, como lo opuesto a pellizcar, e hizo que el hombre gordo apareciera en la pantalla lo más grande posible, y lo ubicó en el centro de la imagen, y sacó la foto. Reacher se dio la vuelta para coger la Ruger del suelo, atrás. Por si acaso. Escuchó el *wuuushh* del mensaje de texto de Chang, o de su correo electrónico, o de lo que fuera. Sostuvo el arma baja y la pasó a escondidas por entre los asientos hasta su regazo. Un arma confiable. Nada elegante. El equivalente en armas cortas a un sedán familiar. Como el Chevrolet alquilado en el que estaban sentados. El silenciador era un añadido, con un engaste a medida. Al cargador le faltaban dos balas. Del viejo en la caseta de guardia. En el pecho y en la cabeza. *Que tengan muy buen día.*

Reacher esperaba.

Entonces el hombre gordo hizo palanca con las caderas hacia delante. Una técnica especial, claramente. Se iba a poner derecho, como una tabla, y después se iba a levantar con las manos. O se iba a empujar desde atrás para ir apartándose del banco como pudiera. Ninguna de las dos maniobras era sencilla. Pero una o la otra obviamente eran posibles. El tipo no había pasado toda su vida en el mismo sitio.

—Se nos acaba el tiempo —dijo Reacher.

Pero en ese momento el hispano habló.

Quizás un comentario sincero, lleno de pesar y disculpas, lleno de promesas de cambios en el futuro, y probablemente respetuoso, y sin duda breve, pero aparentemente en el comentario hubo algo que el hombre gordo quiso refutar o sobre lo que quiso explayarse, porque se colocó otra vez en el banco, en medio de muchos bamboleos y sacudidas asincrónicas, y empezó a hablar de nuevo.

El teléfono de Chang emitió un ruidito.

Chang miró la pantalla.

Dijo:

—Estamos cien por cien seguros de que ese es Merchenko.

CUARENTA Y TRES

Chang avanzó por la calle con el coche veinte metros más y después dio una vuelta en U, de acera a acera, y volvió conduciendo despacio, hasta que frenó junto al bordillo, apenas antes de la primera línea de visión posible desde fuera de la mitad abierta de la entrada. Lo cual dejaba a Reacher a veinte metros del objetivo. Seis hasta la entrada y catorce dentro de la zona de carga y descarga. Más un giro a la derecha. Abrió la puerta del coche y bajó. No había ninguna manera sencilla de esconder una pistola con silenciador, por lo que la llevó baja junto a su pierna, larga y amenazadora, desde la mitad del muslo hasta la mitad del gemelo. Sin ningún tipo de ambigüedad. Pero esperaba que las ventajas acústicas valieran la pena, durante el horario comercial, cerca del centro de la sexta ciudad más grande de los Estados Unidos.

Seis pasos en la acera y después entró a la zona de carga y descarga. Del otro lado del portón no había ningún guarda. Los contenedores de basura justo delante. Después el jardín. Después el hombre gordo. Que seguía hablando. No miraba. No todavía. El hispano seguía allí de pie, mentón levantado, mirada al frente, todavía aguantando. Reacher siguió andando, a paso ligero pero no apresurado, el arma todavía baja, sus suelas sonando fuerte sobre el pavimento, tan fuerte que era imposible que el hombre gordo no lo estuviera mirando, pero no lo miraba. Seguía hablando, ahora ya se le podía oír, los mismos tonos uniformes que por teléfono, retando, denigrando, humillando, con la cabeza sacudiéndose por encima de la vasta carnosidad de su cuello.

Y entonces sí miró. Giró la cabeza, completamente independiente del resto de su cuerpo inmóvil, y abrió la boca, y Reacher pasó por encima de la simbólica cerca de madera de treinta centímetros de alto, ingresó al sector de césped brillante, y levantó el arma, y avanzó un paso más.

En los cuentos que se cuentan al calor del fogón siempre hay un intercambio de palabras breve y lacónico. Porque al villano hay que decirle por qué va a morir, como si la referencia a las partes damnificadas como Emily Lair y Peter y Lydia McCann y los nietos del guarda de seguridad pudiesen conjurar espíritus y consolarlos, y además porque al villano hay que concederle la posibilidad de que se arrepienta o de que lance de mala manera un nuevo reto, cosas que pueden hacer que un cuento se convierta en un clásico, dependiendo

de cómo responda el héroe.

Pero los cuentos son cuentos, no son el mundo real.

Reacher no dijo nada y le disparó al hombre gordo en la cabeza, dos veces, dos disparos seguidos, *pop pop*, y después miró hacia la puerta de la cocina.

Que permaneció cerrada.

El silenciador funcionaba bien, al aire libre.

Reacher se dio la vuelta y pasó por encima de la cerca de treinta centímetros.

A sus espaldas el hispano dijo:

—*Gracias, hombre*.

Reacher sonrió. Casi maná del cielo para ese hombre. Casi exactamente aquello por lo que rezaba a cada minuto. Al pie de la letra. Sus palabras exactas. *Querido Señor, por favor envía a alguien a que dispare en la cabeza a este desgraciado.* Un milagro. El domingo iría a misa.

Reacher se alejó por la zona de carga y descarga, la misma carretera, la misma velocidad, a paso ligero pero no apresurado. Limpió el arma mientras avanzaba, en su camisa, y la tiró en el primer contenedor de basura al que llegó. Después siguió su camino, salió por el portón y, apenas lo vio, Chang hizo avanzar el coche, y Reacher se subió, y ella arrancó y se fueron.

Westwood había elegido un sitio lujoso cerca de Scottsdale, y el tráfico iba lento por la hora punta de la tarde, por lo que cuando llegaron ya estaba oscureciendo. Lo encontraron en el bar, con el mismo aspecto, con el pelo revuelto y la barba desordenada, con su ropa como de papel y llena de cierres, con su bolso enorme a sus pies. Estaba leyendo un libro sobre marihuana. Quizás era el tema que le seguía al trigo.

Chang se acomodó para contarle todo lo que había sucedido hasta el momento, y Reacher fue al baño a lavarse más residuos de disparos. Cuando regresó, Westwood le preguntó:

—¿Crees que los periodistas tienen alguna ética?

—Estoy seguro de que varía —dijo Reacher.

—Más te vale creer que yo soy de los que no tiene. Porque una interpretación razonable de lo que me acaba de contar Chang es que hoy cometiste cuatro asesinatos.

—Y uno dos veces —dijo Reacher.

—No es gracioso.

—Puedes volverte a tu casa cuando quieras. Los derechos del libro son tuyos, no míos. Alguna otra persona puede investigar la historia más adelante.

—¿Hay una historia?

—Hay solo tres partes de las que no estamos seguros.

—¿Cuáles son?

—El principio, el nudo y el desenlace.

Westwood se quedó un rato callado. Después dijo:

—A Merchenko ya lo había oído mencionar antes. Cuando estaba trabajando en el artículo sobre la *deep web*. Se decía que ofrecía un menú de servicios. Garantizaba invisibilidad para tu sitio web y se encargaba de los problemas que pudieran surgir. Era como una suscripción. Los ucranianos comenzaron pronto con las cuestiones de internet. No escribí sobre él en el periódico porque no se demostró nada. El departamento legal no me lo permitió.

—¿Cuántos clientes tiene Merchenko?

—Se dice que alrededor de diez. Un servicio más o menos exclusivo.

—Ese tipo no tenía nada de exclusivo. No hubiese reconocido algo exclusivo ni aunque lo hubiese tenido frente a sus propias narices. Tenía un club de *striptease* más grande que el estadio de los Dodgers. Era rosa y estaba todo cubierto de globos. Le gustaba el exceso. Le gustaba el volumen.

—Diez es lo que yo escuché.

—Entonces el volumen debía de venir de las ganancias. Esos diez clientes debían de ganar una fortuna.

—Es posible —dijo Westwood—. La *deep web* podría ser quinientas veces más grande que la web de la superficie. Es una fracción muy pequeña la que genera dinero, imagino, pero también es una fracción muy pequeña la que necesita generar dinero, en un universo tan grande. Me refiero a ganar una fortuna en general.

—¿El gobierno tiene un buscador capaz de explorar la *deep web*? —dijo Chang.

—No —dijo Westwood.

—Ese era el motivo por el cual te estaba llamando McCann.

—Entonces estaba haciendo la pregunta equivocada. O la pregunta correcta de la manera equivocada. Cuando alguien me llama y empieza a hablar del gobierno, dejo de escuchar. Como una prueba de fuego de su sentido común. Es decir, ¿quiénes hacen los buscadores? Los programadores. Para un proyecto difícil se necesita a los mejores programadores, y los mejores programadores ahora son estrellas de rock. Tienen agentes y representantes. Les pagan muchísimo dinero. El gobierno no les puede pagar lo que piden. La alternativa son chicos jóvenes. Las estrellas de rock en ciernes. Pero el gobierno tampoco los contrata. Está muy por fuera de su manual. Esos chicos son raros.

—¿Cuál habría sido la pregunta correcta de la manera correcta?

—Debería haber buscado en Silicon Valley, no en el gobierno.

—¿Alguien de Silicon Valley creó un buscador capaz de explorar la

deep web?

—No —dijo Westwood.

—McCann sentía que en tu artículo se daba a entender eso.

—Yo pregunté qué motivación podría tener alguno de los jugadores importantes, como Google. Lo cual no es algo evidente. Ayudaría a las fuerzas de seguridad, pero no se puede ganar dinero con eso. Por definición. Si la gente de la *deep web* quisiera publicidad, podrían ir a la web de la superficie y obtenerla de inmediato. El punto es que justamente eso es lo que no quieren. Se niegan a convertirse en clientes. Y siempre será así. Un mejor buscador los llevaría a sumergirse más profundo aún. Nada más. Se convertirá en una carrera armamentística, sin que se pueda ganar dinero con eso, nunca. ¿Quién haría algo así?

—McCann te llamó dieciocho veces. El artículo lo debe de haber dado a entender de una manera bastante clara.

—Dije que alguien más lo haría. Debe de haber pensado que me refería al gobierno. Pero no me refería a eso. Los jugadores importantes como Google no fueron siempre importantes. En algún momento fueron dos chicos en un garaje. O en un cuarto de una residencia universitaria. Algunos se propusieron ser multimillonarios desde el principio, pero otros no. Algunos simplemente se quedaron atrapados en la resolución de un problema interesante, que más tarde resultó que valía miles de millones de dólares. Es un rasgo de personalidad. Tiene que ver con resolver, no con el problema. Es una compulsión. ¿Quién sabe dónde se dará en el blanco?

—¿Estás diciendo que un chico en un cuarto de una residencia universitaria creó un buscador que puede explorar la *deep web*?

—No exactamente —dijo Westwood—. Un chico no, un cuarto de una residencia universitaria tampoco, y no se puede decir exactamente que lo haya creado. Como dije, es una compulsión. No lo pueden explicar. Pero antes o después un problema les habla y lo tienen que resolver. No pueden perder. Pero nueve de cada diez veces no tiene una aplicación comercial, por lo que consiguen un trabajo como cualquier otro y eso se transforma en un hobby. Pero siguen volviendo a eso de vez en cuando. Siguen probando. Nunca lo terminarán, por una cuestión de tiempo y dinero. Pero para un hobby eso no es un problema. De hecho, ese el punto de un hobby.

—¿Quién? —preguntó Chang.

—Un emprendedor de Palo Alto. Ya es un veterano. Tiene veintinueve años. Actualmente le está yendo bien con sistemas de pago al por menor. Pero cuando aún era estudiante alguien una vez le dijo que no podía buscar en la *deep web*, y eso selló el asunto. Fue como mostrarle un paño rojo a un toro. Una chispa intelectual extraña. No había dinero en eso, él lo sabía. Sería siempre un hobby.

Admite que fue sobre todo arrogancia. Algunos *geeks* son así. Necesitan ser mejores que el *geek* de al lado.

—¿En qué punto está ahora?

—Esa es una pregunta imposible. No tiene modo de saberlo. Puede explorar una parte sin ningún problema. ¿Pero eso es todo lo que hay, o es solo una porción minúscula?

—No entiendo por qué no dijiste más en tu artículo. Es una parte importante de la historia, ¿no? Se ha progresado.

—El tipo no me dejó. Tenía miedo de que la *deep web* tomara represalias. Algunos de esos sitios realmente no quieren ser encontrados. Él fue el que me habló de Merchenko. Un proyecto que es solo un hobby hace de él un blanco fácil. No es un equipo. Está solo. Y tenía razón en estar asustado, según vosotros. En ese momento yo no estaba seguro. Podría haber sido un gesto dramático por su parte. Viven en su propio mundo.

—Necesitamos conocerle —dijo Reacher.

—No es fácil.

—Ahora mismo lo único que tenemos son rumores lejanos. Pero el consenso parece ser que Michael McCann usaba la *deep web* y que se bajó de un tren en un lugar llamado Mother's Rest. Necesitamos saber si una cosa llevó a la otra. ¿Se bajó del tren por algo de internet, o se iba a bajar igualmente?

—¿Creéis que Mother's Rest está captando gente a través de la *deep web*?

—Vimos llegar a dos personas en tren. Pasaron una noche en el motel y a la mañana siguiente las pasaron a buscar en un Cadillac blanco y se las llevaron.

—Ni siquiera tienen señal de móvil —dijo Chang—. No pueden ser un centro neurálgico de internet, eso seguro.

Westwood hizo una pausa y después dijo:

—Deberíamos ir a un lugar con un poco más de privacidad.

Treinta kilómetros al sur de Mother's Rest, el hombre de los vaqueros planchados y el pelo peinado con secador caminaba de un lado al otro. Esperando que sonara su teléfono. Tratando de no adelantarse. La última vez que había llamado antes de tiempo le habían puesto las cosas claras. *Déjenos hacer lo que sabemos hacer, ¿sí?* Y no habían cumplido. No todavía.

No podía esperar.

Levantó el teléfono.

Marcó.

No lo atendieron.

Westwood había llamado antes para hacer las reservas, sin saber, así

que les había alquilado a Reacher y a Chang una habitación para cada uno. Al darse cuenta de su error no se mostró ni avergonzado ni preocupado por el gasto extra. Simplemente eligió la habitación con la mejor señal de wifi y la bautizó como oficina. Sacó de su mochila su ordenador de metal y lo colocó sobre un escritorio. Reacher y Chang se sentaron en la cama.

—Vosotros ya mencionasteis Mother's Rest —dijo Westwood—. Al principio del todo. Y teníais razón. Un editor inteligente de ciencia y tecnología trataría de anticiparse. Y eso hice. Es una estación de carga de granos y un punto de intercambio comercial. En los registros figuran algunas cuestiones técnicas. Pero a los buenos periodistas les gusta tener dos fuentes. Por lo que lo busqué en Google Earth y ahí está, en las imágenes satelitales. Donde debería estar. Y tiene exactamente el aspecto de una estación de carga de granos y de un punto de intercambio comercial. Pero está en el medio de la nada. Es como si en el condado de Los Ángeles hubiese un solo cruce de carreteras y todo lo demás estuviese vacío. Era fascinante. Por lo que me puse a jugar un poco. Alejé la imagen para ver cuán lejos estaba de cualquier otro lugar, solo para divertirme, y de casualidad vi un vecino treinta kilómetros más al sur. El único vecino. Incluso más aislado que el resto del pueblo. Así que naturalmente acerqué de nuevo la imagen para mirar.

Dio la vuelta al ordenador para que quedara de frente a la cama.

—Y esto es lo que vi —dijo.

Lo que vio era una imagen a plena luz del día, por supuesto, a pesar de que ya estaba oscuro fuera del hotel. Las fotografías satelitales no eran en vivo. Ni necesariamente estaban actualizadas. Las cosas pueden cambiar. O no. Reacher supuso que lo que estaba en la pantalla no había cambiado durante años. Estaba viendo una granja, rodeada por un mar de trigo. La granja tenía una casa y unas cuantas edificaciones anexas. Por lo que se podía deducir de una vista vertical con muchas sombras, todo parecía normal. El lugar era más o menos autosuficiente. Había cerdos y gallinas y huertas. Había un edificio que parecía corresponder con un generador, para la electricidad. La casa parecía sólida. Tenía un espacio para aparcar coches en una punta y cuatro antenas parabólicas en la otra. Y algo que parecía ser un pozo de agua. Y cableado de una línea telefónica.

—Más tarde pensé de nuevo en las antenas parabólicas —dijo Westwood—. ¿Para qué son?

—Son antenas de televisión —dijo Reacher.

—Dos sí. Las otras dos están apuntando a otro tipo de satélites.

—Televisión extranjera.

—O internet satelital, quizás. Con todo el ancho de banda por el que quieran pagar. Muy veloz. Duplicado por una cuestión de

seguridad. Con electricidad propia. Eso sin duda sí sería un centro neurálgico de internet.

—¿Lo podemos saber por cómo están ubicadas las antenas?

—Necesitaríamos saber qué día y a qué hora Google sacó la foto. Para calcular el ángulo de las sombras.

—Entonces tenemos que mirar desde dentro. Necesitamos el buscador. Si están publicando desde ahí, necesitamos leer lo que están diciendo.

—Lo único que puedo hacer es preguntar.

—Dile que Merchenko está muerto. Dile que hiciste que lo mataran, como un servicio a los programadores de todo el mundo. Dile que te debe un favor.

Westwood no dijo nada.

Reacher miró de nuevo a la pantalla.

—¿Exactamente dónde está este lugar? —dijo.

—Treinta kilómetros al sur de Mother's Rest —dijo Westwood.

Y se inclinó desde detrás del ordenador y pellizcó con los dedos y se deslizó por la pantalla, haciendo que la granja quedara más pequeña y los campos de trigo más grandes, sin duda con la intención de seguir hasta que apareciera también Mother's Rest, para mostrar la relación geográfica.

Pero antes de que sucediera eso una línea recta cortó la imagen por el rincón de abajo, y Reacher dijo:

—¿Qué es eso?

—La vía del tren —dijo Westwood.

—Muéstramela.

Por lo que Westwood dio la vuelta desde detrás del ordenador y lo colocó correctamente. La granja y la vía, centradas, con sus proporciones correctas. Separadas por poco más de un kilómetro. Estaban a media distancia una de otra, para casi cualquier ojo humano.

—Me acuerdo de esa granja —dijo Reacher—. De cuando llegué. Era el primer lugar habitado por el que pasaba el tren desde hacía horas. Treinta kilómetros antes de que finalmente llegara a Mother's Rest. Estaban operando una máquina con luces. Un tractor, quizás. A medianoche.

—¿Es normal?

—No tengo ni idea.

—Nosotros dedujimos que el Cadillac se había alejado unos treinta kilómetros, ¿te acuerdas? —dijo Chang—. Treinta kilómetros hasta allí y treinta kilómetros para volver. Ahora sabemos dónde iba. No hay ningún otro lugar al que pudiera ir, a treinta kilómetros de Mother's Rest. Por lo que ahí es donde fueron las personas del tren. El hombre y la mujer, con sus maletas. ¿Pero después a dónde fueron?

Nadie contestó.

—¿Los agricultores usan la *deep web*? —dijo Westwood.

—Alguien la usa —dijo Reacher—. Necesitamos el buscador.

—El tipo cobra por sus horas de trabajo.

—A nadie le gusta trabajar gratis. Eso es algo que aprendí.

—No va a venir hasta aquí. Vamos a tener que ir a San Francisco.

—Como si todavía fuese 1967.

—¿Qué?

—Nada —dijo Reacher.

Diez minutos después estaba solo con Chang, en la habitación con la peor señal de wifi.

CUARENTA Y CUATRO

A la mañana siguiente se despertaron temprano, con las cortinas abiertas y con algunas cosas en mente, tal y como se habían despertado la mañana anterior en Chicago, veinticuatro horas antes. Reacher estaba repasando de nuevo su teoría, fascinado con la progresión ascendente. Esto iba más allá de sus expectativas. Quizás más allá de lo comprensible. Mientras, Chang estaba preocupada por la salida de la ciudad. Estaba viendo la programación matutina de un canal local de Phoenix, que había hecho a un lado las recetas y la moda para hablar de un crimen. Un presentador informaba de que un presunto miembro del crimen organizado había muerto de varios disparos detrás de un club de *striptease* del centro de la ciudad, ofreciendo muchas especulaciones apresuradas, expuestas sobre imágenes insustanciales, mayormente del portón cerrado de la reja rosa, sobre un rótulo que decía *Moscú viene a Phoenix*, algo que Reacher supuso que irritaría a los ucranianos, dado que ya eran dos países totalmente distintos y estaban orgullosos de que así fuera, al menos en una de las direcciones.

El otro presentador estaba con la historia más importante. Ya no era *hoy por la noche un asalto a una casa terminó de manera trágica*, porque hoy por la noche ahora era ayer y de manera trágica ahora era de manera inspiradora. Aparentemente, un médico de Phoenix muy respetado que residía en el domicilio en cuestión había utilizado un arma de defensa doméstica y había matado a tres intrusos, salvando así a los miembros de la familia de un destino peor que la muerte. En la imagen se veía a Evan Lair descartando preguntas con gestos de las manos, a lo lejos, borroso porque la cámara estaba usando el *zoom* al máximo. Su reticencia a hablar era interpretada como una modestia a la antigua usanza. Se estaba forjando su leyenda. Ya estaba a mitad de camino de convertirse en el médico justiciero, algo que se veía fomentado por las grabaciones nocturnas con poca definición, que mostraban las camillas que iban saliendo de su casa, con toda la escena bañada por una luz roja intermitente. Había unas tomas en vivo desde lejos de Emily, ahora sin la camisa ni el bikini, ahora con vaqueros y un jersey, y de Lydia, que miraba hacia el suelo.

Entonces intervino una tercera presentadora para informar de que estaba en contacto con el departamento de policía, donde se decía que los dos hechos podrían llegar a estar relacionados, ya que los tres hombres muertos de la casa eran colaboradores del hombre muerto en

el club de *striptease*. Y una cuarta presentadora intervino para decir que ya contaba con las primeras informaciones de la oficina del fiscal de distrito, donde se decía que era probable que las muertes ocurridas en la casa como consecuencia de los disparos fueran vistas como justificadas y que, en cuanto al incidente del club de striptease, el arma del crimen había sido hallada en un recipiente de basura cercano, pero que no tenía ninguna huella dactilar, y que por lo tanto por el momento no había sospechosos, y que la policía seguiría investigando.

A continuación, diez platos para preparar con pollo.

—¿Estás bien? —dijo Chang.

—Excelente —dijo Reacher—. Salvo que todavía me duele la cabeza.

—¿No vas a decir nada?

—¿Con respecto a qué?

Chang señaló el televisor:

—Todo esto de la tele.

—Todavía me zumban un poco los oídos.

—No me refiero a eso.

—Yo dejo a la gente tranquila si me dejan tranquilo. Son ellos los que se arriesgan, no yo.

—¿No te hace sentir mal?

—¿A ti te hace sentir mal?

—¿Qué era la máquina que viste en la granja a medianoche?

—Era un punto en la distancia. Tenía una barra con reflectores. Una barra como las de los parachoques, *bullbar*, pero en la parte de arriba de la cabina. Cuatro luces rectangulares, muy fuertes. Podría haber sido una camioneta *pickup* levantada. Es más probable que fuera un tractor. Estaba trabajando con mucha potencia. Se veía el humo del tubo de escape entre las luces.

—¿Podría haber sido una retroexcavadora?

—¿Por qué?

—Ese fue el día que desapareció Keever.

—Podría haber sido una retroexcavadora, sí —dijo Reacher.

—Por eso no me hace sentir mal. Podría haber sido yo, si las cosas hubiesen sido distintas. Imagina que a Michael se le hubiese reportado como desaparecido en Chicago. McCann me habría llamado a mí, y después más adelante yo podría haber llamado a Keever, como refuerzo. Ahora mismo podrías estar con él, buscándome a mí.

—Ni lo pienses.

—Podría haber pasado.

—Lo habrías manejado mejor.

—Keever era un hombre inteligente.

—¿Era?

—Supongo que lo tengo que aceptar.

—Inteligente, pero no lo suficiente. Cometió un error. Tú podrías haberlo evitado.

—¿Qué error?

—Quizás el mismo error que yo estoy por cometer ahora. Los subestimó. Si lo enterraron en la granja con la retroexcavadora, entonces Merchenko no estaba involucrado. No en esa etapa. Eso lo hicieron ellos solos. Sin ayuda. Quizás son mejores de lo que creemos.

—No lo parecían.

—Espera lo mejor, prepárate para lo peor.

Esa mañana ocho hombres se reunieron en el mostrador del viejo almacén. Como antes, el dueño de la tienda ya estaba allí, todavía con dos camisas, todavía desordenado y sin afeitar. Como antes, el primero que llegó fue el tipo de los repuestos de la tienda de riego, y después llegó el conductor del Cadillac de la tienda de FedEx, y el conserje tuerto del motel, y el criador de cerdos, y el tipo de la barra del restaurante de carretera, y el Moynahan que había recibido una patada en la entrepierna y al que le habían quitado el arma.

El octavo hombre llegó cinco minutos después, con sus vaqueros planchados y su pelo peinado con secador. Los primeros siete tipos no dijeron nada. Esperaron a que hablara él.

Él dijo:

—No es una buena noticia. Depositamos nuestra fe en el lugar equivocado. El sistema del menú de opciones no funcionó de acuerdo con lo que esperábamos. No nos resolvió la tarea. A partir de este momento estamos por nuestra cuenta.

Los siete primeros se movieron un poco en su sitio. Todavía no era preocupación, sino indignación. En el sentido de que *cuando parecía que las cosas andaban bien era todo idea suya. ¿Y ahora es una desgracia compartida que nos incluye a todos?* El criador de cerdos dijo:

—¿Es lo que vi en CNN esta mañana? ¿De Phoenix? ¿El ruso?

—Era ucraniano. Y no fue solo él. Los otros tres eran de los suyos, también.

—¿Qué pasó con el primero? ¿Se llamaba Hackett?

—Está en el hospital en Chicago. Con un policía en la puerta.

—¿Por lo que ninguno hizo el trabajo?

—Ya os lo he dicho.

—Incluir a más gente por fuera de nosotros fue un paso grande.

—No nos costaba nada. Salvo dinero. Siguen ahí, pero siempre estuvieron ahí. Se fueron y ahora van a volver. Nos encargaremos de ellos aquí.

—Vendrán con la policía.

—No creo. Mandaron a Hackett al hospital. Eso lo sé con seguridad.

En Phoenix probablemente también fueron ellos. Lo cual significa que no pueden hablar con la policía. Cualquier departamento de policía del país los arrestaría de inmediato. Como precaución. Hasta que se tranquilicen las aguas. Vendrán solos.

Los primeros siete se movieron un poco más en su sitio.

El chofer del Cadillac preguntó:

—¿Cuándo vendrán?

—Pronto, espero —dijo el hombre de los vaqueros y el pelo—. Pero todos sabemos cuál es el plan. Y todos sabemos que funciona. Los veremos venir. Estaremos preparados.

Reacher y Chang se reunieron abajo con Westwood para desayunar y Westwood dijo que había llamado al tipo de Palo Alto y que había arreglado algo para el horario de *happy hour*. En Menlo Park. Aunque creía que el tipo iba a llegar tarde. Era esa clase de persona. Después había reservado vuelos de Sky Harbor a San Francisco. Tres asientos en clase ejecutiva, lo que quedaba. Y un hotel. Solo dos habitaciones, lo cual ayudaba. Su departamento de presupuesto hacía recortes todos los años. Reacher pensó que Westwood tenía el aspecto nervioso de un jugador completamente endeudado, pero a punto de ganar a lo grande.

Cuando llegó la hora cogieron un taxi hasta el aeropuerto, donde sus billetes refinados les permitieron acceder a un sector exclusivo, donde Reacher desayunó de nuevo, porque era gratis. Embarcaron en el avión antes que las demás personas y les dieron algo de beber antes del despegue. Mejor que las filas de atrás. Mejor incluso que las filas de la salida.

El vuelo no fue ni largo ni corto, sino algo intermedio. No era una distancia tan breve, pero tampoco era una porción grande de la circunferencia de la Tierra. Menos que de Nueva York a Chicago. El viaje en taxi fue fácil, porque básicamente tuvo lugar por fuera de la ciudad, no porque el Valle de Santa Clara siguiera siendo un lugar tranquilo. Era el centro del mundo, hasta más allá de Mountain View, y la gente conducía como si lo supiera. El *happy hour* que tenían por delante iba a transcurrir en un bar cerca de una librería en Menlo Park. Lo encontraron al segundo intento. Llegaron temprano, pero no tan temprano como para ir al hotel y volver, por lo que pagaron el taxi y se bajaron.

El bar provocó un instante de preocupación psíquica, porque estaba todo pintado de rojo y se llamaba *Red*, Rojo, y la parte trasera del cerebro de Reacher empezó a darles vueltas a unas ideas fantásticas, tratando de dilucidar de qué manera Westwood podía ser un policía o uno de los malos, atormentándolo con el fantasma de *Pink*, como algo de Shakespeare o de Sherlock Holmes, pero después se tranquilizó y

pensó que el sitio lo debía haber elegido el *geek*, y por lo tanto la conexión era una coincidencia. Y además no era exacta. El sitio era irónico, no vulgar. La pintura tenía un tono apagado como de mitad del siglo XX. Como si fuera un producto militar. Había hoces y martillos sucios pintados en esténcil, de color blanco, desgastados como para que parecieran viejos, y había titulares enmarcados del *Pravda*, y cascos del Ejército Rojo, golpeados y raspados. El cartel de la puerta estaba escrito con la R mirando hacia el otro lado, para que pareciera ruso, lo cual provocó que volviera por un segundo el pánico. ¿Era una referencia a Merchenko? No, sin duda Westwood sabía cuál era la diferencia entre Rusia y Ucrania. ¿Pero había bares de temática ucraniana de los que se pudiera servir un atormentador pedante? ¿O debería haber tenido que conformarse con la temática rusa?

No, lo había elegido el *geek*.

—¿Te sientes bien? —dijo Chang.

—Estoy pensando demasiado —dijo Reacher—. Es una mala costumbre. Tan mala como no pensar en absoluto.

—Esperemos en la librería.

Reacher trastabilló con el cordón. Se tropezó. No se cayó. Fue más un raspón que un tropiezo. Como si hubiese habido un bache, o una superficie desnivelada. Miró hacia atrás. Quizás. Quizás no.

—¿Te sientes bien? —dijo Chang.

—Sí, estoy bien.

Westwood dijo que ya había estado en la librería. Para la firma de libros de una antología en la que había participado. Periodismo científico. Un artículo que había ganado un premio. La tienda era un sitio agradable, en todos los sentidos, desde la temperatura, dado que dentro estaba fresco, hasta los clientes. Westwood fue para un lado y Chang para el otro. Reacher miró los libros que estaban sobre las mesas. Leía cuando podía, sobre todo de la vasta biblioteca nacional de libros perdidos y olvidados. Ediciones de bolsillo, en su mayoría libros muy gastados, marcados y rugosos, encontrados en salas de espera o autobuses, o en porches de moteles fuera del recorrido habitual, leídos y disfrutados y abandonados en algún lugar para que los leyera el que viniese después. Le gustaba más la ficción que la realidad, porque la realidad a menudo no era la realidad. Como la mayoría de las personas, había un par de cosas que Reacher conocía con precisión, cosas que había visto de cerca y con sus propios ojos, y cuando las veía en los libros estaban mal. Por eso le gustaban más las historias inventadas, porque cada cual sabía dónde estaba ya desde el principio. No era una persona estricta con respecto a los géneros. O pasaban cosas o no pasaban.

Chang volvió, y después volvió Westwood, y después fueron de nuevo al bar y se prepararon para esperar. Llegar temprano les dio la

posibilidad de elegir y se sentaron en una mesa para cuatro cerca de la ventana. Reacher pidió café y los demás pidieron gaseosas.

—Me temo que no serán buenas noticias —dijo Westwood—. Incluso si accede. En conjunto la *deep web* no es un lugar muy atractivo. Eso me cuentan. No es que yo la haya usado. Pero lo que vean podría no gustarles.

—Este es un país libre —dijo Reacher—. Y Michael era el hijo de McCann, no el mío. No me importa en qué estuviera metido.

Una aguja del reloj de la pared llegó al doce escrito en números cirílicos, la hora en punto, y el vodka bajó a mitad de precio. *Happy hour*. La primera persona nueva que entró por la puerta fue una mujer joven de alrededor de veinticinco años, sonrojada, indudablemente nueva en algo, pero buena haciéndolo.

La segunda persona que entró fue el tipo de Palo Alto.

Puntual. Para nada demorado. Era bajo, blanco como un papel, flaco como un espectro, se movía todo el tiempo, incluso cuando estaba quieto. El veterano de veintinueve años. Estaba completamente vestido de negro. Vio a Westwood y caminó hacia allí. Asintió con un movimiento de cabeza en las tres direcciones y se sentó. Dijo:

—A Silicon Valley le gusta la ironía, pero deben estar de acuerdo en que el *happy hour* en un santuario soviético es la contradicción máxima. Y hablando de la ex Unión Soviética, las alertas de mi blog me dicen que anoche la mafia mató a un ucraniano llamado Merchenko. Lo cual es una feliz coincidencia. Pero lo reemplazarán. El mercado llenará ese vacío. Así que no voy a anunciar nada públicamente.

—Nosotros tampoco —dijo Westwood—. No hasta dentro de mucho tiempo, en el periódico. Momento para el cual habrá tantas cosas que enterrar que no estarás ni siquiera cerca de los primeros lugares de la lista. Te doy mi palabra. No se sabrá públicamente. Lo único que necesitamos es hacer una búsqueda. En privado. Por un individuo desaparecido y su posible destino.

—¿Hacer una búsqueda en dónde?

—Salas de chat, sobre todo. Quizás sitios web comerciales.

—No quiero convertirme en un recurso público.

—No tengo ningún problema en no pagarte.

—Entonces lo estaría haciendo por amistad, lo cual hace que el compromiso sea aun peor.

—¿Lo puedes hacer? —dijo Reacher—. ¿En caso de que quisieras?

—Lo he estado haciendo desde que se llamaba *undernet* y la red invisible —dijo el tipo—. Ahora se volvió más difícil, pero se volvió mejor.

—La dirección podría ser de difícil acceso.

—Acceder es fácil. Lo difícil es encontrar.

—¿Y qué es lo que te haría darnos una hora de tu tiempo? Más allá del pago.

—¿Vosotros tenéis algún otro motivo, más allá de que os paguen? ¿Tiene alguien realmente algún otro motivo más allá de eso?

—De hecho, a mí no me están pagando.

—¿Y por qué lo estás haciendo?

—Porque hay alguien que se cree muy listo.

—¿Pero tú eres más listo? ¿Y tienes que demostrarlo?

—No tengo que demostrarlo. Quiero demostrarlo. De vez en cuando. Por respeto. Para con las personas que son inteligentes de verdad. Los estándares de calidad tienen que tener algún significado.

—Estás intentando hacer que saque esa misma conclusión. Una guerra de egos. Yo contra ellos, como programadores. Buen intento. Me conoces bien, aunque nos estemos viendo ahora por primera vez. Pero he ido más allá. Ahí soy feliz. Soy mejor que ellos. Lo sé. Estoy seguro. Ya no siento la necesidad de demostrarlo. Ni siquiera de vez en cuando. Ni siquiera por respeto. No es que no respete lo que sientes. El viejo yo habría estado de acuerdo contigo.

—¿Con qué estaría de acuerdo el nuevo yo?

—¿Quién es la persona desaparecida? ¿Es interesante?

—Treinta y cinco años, varón, afectado por lo que los médicos llaman anhedonia y que su tía llama un contador de felicidad clavado en cero. Por lo demás coeficiente intelectual normal. Funcional parte del tiempo.

—¿Vivía solo?

Reacher asintió:

—Por medio de un programa de viviendas.

—¿Desapareció?

—Sí.

—¿Tuvo de repente un amigo nuevo antes de desaparecer?

—Sí.

—Treinta y dos segundos —dijo el tipo.

—¿Para qué?

—Lo encontraré en la *deep web* en treinta y dos segundos. Sé dónde buscar.

—¿Cuándo lo puedes hacer?

—Cuéntame algo de la tía.

—Se casó. Un médico. Tiene una hija hermosa. Pero sigue queriendo a su sobrino. Y parece que lo entiende.

—Me gusta su imagen del contador de felicidad.

—Convinimos en que el mío está entre cuatro y nueve.

—Yo he ido más allá. Ahora llego a diez. Todo el tiempo.

—¿Es el éxtasis el que habla?

—¿El qué?

—Lo leí en el periódico.

—Hace dos años que no tomo éxtasis.

—¿Tomas alguna otra cosa ahora?

—Tomo todas las demás cosas ahora. Estoy un poco estresado.

—Las anfetaminas matan, no lo olvides. Eso es lo que nos decían en aquellos tiempos.

—No voy a anunciar nada públicamente. ¿Entiendes lo que eso significa?

Reacher asintió:

—No habrá un juicio.

—¿Fuiste tú el de Merchenko?

—No admitas nada, ni siquiera en el lecho de muerte. Tu salud podría mejorar de repente.

—Una sola noche —dijo el tipo—. Nada de volver para verificar las cosas. Necesito mi espacio propio.

—¿Cuándo lo puedes hacer?

—Ahora, si quieres.

—¿Dónde?

—En mi casa, estáis todos invitados.

CUARENTA Y CINCO

El tipo de Palo Alto tenía una cosa en el teléfono que hacía que pasara un coche a buscarlo por la acera en unos pocos minutos. Viajar cuatro en un solo coche se consideraba inapropiado, por lo que apretó dos veces y pidió dos. Él viajó con Westwood, para ponerse al día, y Reacher y Chang los siguieron, en otro coche para ellos solos. Su casa era una caja de la década de los cincuenta remodelada en la década de los setenta para que pareciera de la década de los treinta. Reacher imaginó que tenía tres capas de irónica autenticidad, y que por lo tanto valía más que todo el dinero que él había ganado en su vida.

Por dentro la casa estaba limpia y toda ella plateada y negra. Reacher se había imaginado una maraña de equipos de computación, como habían visto en el apartamento de McCann en Chicago, pero en el estudio no había más que una pequeña mesa de cristal y un ordenador de escritorio de ninguna marca específica. Había una torre, y una pantalla, y un teclado, y un *mouse*, todos de distintos juegos. Había solo cinco cables, todos cortados con el largo exacto, no había nada enredado, estaba todo ordenadamente dispuesto.

—Me lo construí yo —dijo el tipo—. Hay que superar varios obstáculos técnicos y algunas incompatibilidades serias de datos. Es como visitar un país extranjero. Hay que aprender su idioma. Y sus costumbres, eso es todavía más importante. Escribí un programa para navegar. Basado en Tor, que es lo que usan todos ellos. Que irónicamente lo escribió el Laboratorio de Investigación Naval de los Estados Unidos. Para proporcionarles un refugio seguro a los disidentes políticos y a los informantes, en todas partes del mundo. Lo cual no es más que la ley de las consecuencias imprevistas, en plena acción, con el tiro saliendo por la culata. Tor son las siglas de The Onion Router, el Router Cebolla. Porque con eso es con lo que estamos lidiando aquí. Capas sobre capas sobre capas, como las capas de una cebolla, en la misma *deep web* y además en cada sitio por separado.

Se sentó y encendió su máquina. En la pantalla no había ningún tipo de adorno sofisticado. No había imágenes del espacio exterior, no había iconos. Solo líneas breves de escritura verde sobre un fondo negro. Enteramente funcional, como el *check in* de una aerolínea o el mostrador de una empresa de alquiler de coches.

—¿Cómo se llama la persona desaparecida? —dijo el tipo.

—Michael McCann —dijo Chang.

—¿Número de la Seguridad Social?

—No sé.

—¿Dirección?

—No sé.

—Eso no es bueno —dijo el tipo—. Hay que cumplir con algunas cuestiones preliminares. Necesito lo que se conoce como su huella dactilar de internet. Es un algoritmo que escribí yo. Un poco de esto, un poco de aquello. Lo mínimo que se requiera para que sea irrebatible. Elegante, en realidad. Podemos empezar por algo tan simple como su factura de la televisión por cable. Pero hay otras maneras. ¿Sabemos quién es su familiar más cercano?

—Ese sería su padre, Peter McCann. Su madre murió hace mucho.

—¿Tenemos una dirección de Peter McCann?

Chang se la dijo. La casa adosada normal, en la calle normal. Lincoln Park, Chicago. Apartamento 32. El tipo ingresó un comando y apareció algo que parecía un portal de inicio, en el ordenador central de la Administración del Seguro Social. La verdadera, la del gobierno. Reacher miró a Chang y ella asintió, como diciendo *está bien, yo también tengo uno*. El tipo ingresó los datos de Peter McCann y encontró instantáneamente su número de Seguridad Social, que instantáneamente llevó al de Michael, porque estaban designados como sus respectivos beneficiarios en caso de muerte. El familiar más cercano. El número de Seguridad Social de Michael llevó a su dirección, que también era la de Lincoln Park, Chicago. Después el tipo salió de la página de la Seguridad Social, y entró en alguna otra compleja base de datos. Ingresó el número de Seguridad Social de Michael y su dirección, y en la pantalla apareció una larga lista de códigos alfanuméricos. La huella dactilar de internet. Michael McCann, y nadie más que él.

El tipo ingresó un nuevo comando y en la pantalla se vio una página principal, con un formato tosco de letras verdes sobre fondo negro, pero con tabulaciones y espacios y centrados, por lo que parecía vagamente un producto comercial. O un prototipo. Y eso era, supuso Reacher. En un sentido. Potencialmente. Se veía lo bastante atractivo. Como esmeraldas brillantes sobre un paño de terciopelo. La palabra más destacada de la página era *Batiscafo*.

—¿Se entiende? —dijo el tipo.

—Un submarino —dijo Chang—. Capaz de ir hasta el fondo del océano.

—Al principio le puse Nemo. Por el de *Veinte mil leguas de viaje submarino*. Es el capitán de un submarino que se llama *Nautilus*. Me agradaba él porque *nemo* es nadie en latín. Lo que me parecía apropiado. Pero después hicieron una película de un pez. Y eso lo arruinó.

Ingresó otro comando y apareció una caja de búsqueda.

—Vale —dijo—. Enciendan sus motores. La apuesta son treinta y dos segundos.

Pegó un montón de cosas en la caja de búsqueda. No el nombre de Michael McCann, sino algunos de los códigos alfanuméricos de la base de datos anterior. La huella dactilar. Presumiblemente eso era mejor que un nombre.

El tipo hizo clic en "Ir" y en la mente de Reacher empezó a correr el reloj.

Cinco segundos.

—Un día será mucho más veloz —dijo el tipo—. La búsqueda avanzada es buena, pero la búsqueda de las páginas está conectada con la función "buscar y reemplazar" de un viejo procesador de texto.

Doce segundos.

—Pero por favor no se confundan —dijo el tipo—. En términos absolutos es lo suficientemente veloz. Pero la *deep web* es muy grande. Ese es el problema. Y yo no tengo las ventajas de Google. Nadie está reclamando mi atención. Ellos buscan lo contrario. Pero estoy ahí abajo. Ahora mismo. Estoy en medio de todos ellos. No me pueden ver, pero yo puedo verlos.

Veinticinco segundos.

El tipo no dijo nada.

Y entonces la búsqueda se detuvo.

La pantalla cambió a una lista de enlaces.

—Lo encontramos —dijo el tipo—. Veintiséis segundos. Muy por debajo de los treinta y dos que prometí.

—Muy bien —dijo Reacher.

—Aposté. Reduje el campo de búsqueda. Sabía dónde podía llegar a encontrarlo.

—¿Que dónde era?

—Espero que el señor Westwood haya explicado algo acerca de mí. Las madrigueras en las que nos metemos a veces no las elegimos nosotros. Y no se eligen necesariamente por una cuestión de méritos.

—La solución, no el problema —dijo Reacher.

—Buscar en la *deep web* es técnicamente elegante, pero estar en la *deep web* puede ser desagradable. Tiene un poco de todo, pero básicamente es una banqueta de tres patas. Un tercio es un vasto mercado de actividades delictivas, donde se vende de todo, desde el número de tu tarjeta de crédito hasta un asesinato. Hay sitios de subastas donde hay asesinos a sueldo que compiten por los trabajos. Gana la oferta más baja. Hay sitios en los que puedes especificar cómo debería morir tu esposa y hay contratistas que te hacen un presupuesto a medida.

—¿Dónde encontraste a Michael McCann?

—La segunda pata de la banqueta de la *deep web* es la pornografía

más repulsiva. De la que te revuelve el estómago, incluso a mí, que no soy exactamente una persona convencional.

—¿Michael andaba en eso?

—No, lo encontré en la tercera pata.

—¿Cuál es la tercera pata?

—Fue fácil de adivinar. Por el tema de la anhedonia. Por el tema del contador de felicidad clavado en cero. La tercera pata de la *deep web* es el suicidio.

—Miro esos foros de vez en cuando —dijo el tipo de Palo Alto—. Como antropólogo, espero, no como *voyeur*. No como el público de un zoológico. Imagino que Michael McCann estaba en el límite inferior de los casos típicos. Nació deprimido, y si su madre murió hace mucho, murió cuando él era joven. No es una buena combinación. Estoy seguro de que quería que todo se acabara de una buena vez. Todos los días. No podemos imaginarnos lo seguras y convencidas que están estas personas. No es que algunos días estén bien y otros días estén mal. Estas personas odian su vida, profunda y sinceramente, y quieren que se acabe. Quieren subirse al autobús. Esa es la frase que usan. Quieren subirse al autobús que los saque de la ciudad. Pero es un paso grande. Algunos de esos foros son de apoyo. Que es el motivo por el cual les pregunté acerca del amigo nuevo. Los llaman compañeros de suicidio. Lo hacen juntos. Se toman de la mano y saltan, por así decir. Los foros los ponen en contacto. Se discute mucho la compatibilidad. ¿El compañero de Michael también está desaparecido?

—No lo sabemos —dijo Chang—. Ni siquiera sabemos si era hombre o mujer. Creemos que vivía cerca de Tulsa, Oklahoma.

—¿De qué hablan en los otros foros? —dijo Westwood.

—Hablan sobre cómo hacerlo. Infinitamente. Esa es la gran pregunta que se hacen. Hay mucha información disponible. Lo discuten como un texto sagrado. Lo mejor de todo es un disparo de escopeta en la cabeza. Es instantáneo, hasta donde sabemos, y noventa y nueve por ciento efectivo. Un arma corta en la boca es noventa y siete por ciento efectivo. Una escopeta en el pecho, noventa y seis, y un arma corta en el pecho alrededor de ochenta y nueve. Que es más o menos lo mismo que ahorcarse. Prenderse fuego está más o menos en el setenta y seis por ciento. Mientras que tirarse delante de un tren está de nuevo allí arriba con un noventa y seis por ciento, y saltar desde una azotea está en un noventa y tres, y estrellarse con el coche contra el soporte de un puente está en alrededor del setenta y ocho. Pero no hay que olvidar ponerse el cinturón de seguridad. Si no, puedes salir volando sin que te pase nada. Los conductores sin cinturón están casi en setenta por ciento exacto. Tienes que estar allí cuando el motor atraviesa el tablero. Y por último, si bien no menos

importante, y siempre muy popular, de nuevo en la cima, solo por detrás del disparo de escopeta, está el cianuro. Con una efectividad de más del noventa y siete por ciento, en alrededor de dos minutos. Pero son dos minutos de una agonía horrible. Y ahí está el problema. Todas las mejores maneras son violentas. Hay gente que no lo puede soportar. Tanto hombres como mujeres. Y algunos no cuentan con las circunstancias idóneas. Si vives en la ciudad, no tienes la escopeta vieja de tu tío en el fondo del granero. Y si no puedes levantarte ni siquiera para ir al baño, ¿cómo vas a hacer para levantarte para ir hasta la vía del tren?

—¿Y qué hacen?

—Hablan, infinitamente. Sobre el santo grial. Rápido y sin dolor. Como quedarse dormido y no despertarse nunca más. Eso es lo que buscan. En algún momento lo tuvieron. O lo tuvieron sus padres. Un frasco de pastillas para dormir y un vaso de whisky. O una manguera por la ventana del Buick de la familia. Te quedas dormido y no te despiertas nunca más. Garantizado. Pero ya no. Ahora el Buick de la familia tiene un catalizador. Ya no hay monóxido de carbono. No en cantidad suficiente, en todo caso. Terminas con dolor de cabeza y sarpullido. El whisky es el mismo de siempre, pero las pastillas para dormir no. Ahora son seguras. Si te las tomas todas juntas, dormirás un día y medio, pero no despertarás muerto. En Estados Unidos la vida ha pasado a estar muy protegida. Lo cual a esta gente le plantea un problema. Que es lo que los llevó a la *deep web* en primer lugar. El estigma, por supuesto, pero mayormente porque las soluciones a sus problemas empezaron a parecerse a zonas grises. En el mundo de la superficie habría habido problemas de responsabilidad civil y de responsabilidad social y todas esas cuestiones de abogados. Como ahora el Buick ya no te sirve, la fuente preferida de monóxido de carbono son las pequeñas parrillas hibachi que se compran en el supermercado. Una bandeja de aluminio con carbón y una parrilla de metal, todo empaquetado y listo para llevar. Colocas seis u ocho en tu cuarto, y las pones en la parte de arriba de los estantes, y las enciendes todas, y el monóxido empieza a salir, como líquido, más pesado que el aire, y se acumula en el suelo de tu cuarto, y el nivel sube hasta tu cama, y acaba contigo. Rápido e indoloro. Como quedarse dormido y no despertarse nunca más. El santo grial. Salvo que probablemente una de las parrillas prenda fuego a la pared y el edificio se incendie y al que haya intentado emplear ese método le lluevan quinientas demandas.

—¿Qué otras leyes están infringiendo? —dijo Chang.

—Para responder a eso hay que volver a la cuestión de qué es lo que cada cual puede soportar. Incluso la manguera por la ventana para algunos era demasiado hostil. En el garaje hace frío, y estar

adentro del coche es incómodo, y toda la escena en conjunto tiene un aspecto raro. Aunque el monóxido de carbono deja un lindo cadáver. Rojo como una cereza. Se ve saludable. Vuelve fácil el trabajo de la funeraria. Pero algunas personas quieren morir en su propio hogar. Dentro de la casa. El santo grial está en la cama. Por lo que la novedad siguiente fue un gas distinto. Y un dato médico interesante. ¿Te puedo hacer una pregunta? Si tienes que contener la respiración por demasiado tiempo, ¿qué es lo que hace que te desesperes por respirar de nuevo?

—Que me estoy quedando sin oxígeno, supongo.

—Ese es el dato interesante. No es la falta de oxígeno. Es la presencia de dióxido de carbono. Es más o menos lo mismo, pero no exactamente. El punto es que podrías absorber cualquier clase de gas y, siempre que no fuera dióxido de carbono, tu cerebro estaría feliz. Podrías tener el pecho lleno de nitrógeno, sin nada de oxígeno, a punto de matarte, y lo que dirían tus pulmones es *ey, estamos bien, no hay dióxido de carbono aquí, no hay necesidad de que empecemos a bombear de nuevo hasta que aparezca un poco de eso*. Lo cual nunca harán, porque jamás respirarás de nuevo. Porque no tendrás la necesidad de hacerlo. Porque no hay dióxido de carbono. Y así sucesivamente. Así que empezaron a inhalar nitrógeno, pero tienes que ir a un taller de soldadura y los cilindros pesan mucho para cargarlos, por lo que después probaron con el helio de la tienda de globos, pero necesitaban máscaras y tubos, y en conjunto la escena seguía siendo rara, así que al final la mayoría no quedará satisfecha con nada que esté por debajo de la anticuada fórmula del frasco de pastillas para dormir y el vaso de whisky. Exactamente como era antes. Salvo que ahora ya no se puede. Esas pastillas eran casi seguro Nembutal o Seconal, y ambas sustancias ahora están muy controladas. No hay manera de conseguirlas. Salvo de forma ilegal, por supuesto, allí abajo donde nadie puede verte. Hay fuentes. El santo grial. La mayoría de las ofertas son estafas, claro está. Nembutal en polvo proveniente de China, y así sucesivamente. Disuelto en agua o en un zumo de frutas. Quizás ochocientos o novecientos dólares por una dosis letal. Algún alma desesperada transfiere el dinero a MoneyGram y lo envía, y después espera en su casa, ansioso y atormentado, y nunca ve ningún Nembutal en polvo proveniente de China, porque nunca existió. El polvo de la foto de internet era talco, y el frasco era de cualquier otra cosa. Lo cual al final a mí me pareció que era como tocar un nuevo fondo. Se están aprovechando de las últimas esperanzas de los suicidas.

—Pero tú das a entender que hay ofertas honestas, también —dijo Reacher—. Dijiste la mayoría, no todas.

—El Seconal ya no existe. El Nembutal es la última posibilidad.

Ahora es el único santo grial. El único uso legal de Nembutal en Estados Unidos es para la eutanasia de animales grandes. Un poco se roba, y unos pocos veterinarios se dejan sobornar. ¿Por qué no? Una dosis letal para un ser humano sería de dos botellas pequeñas. Fácil de enviar. FedEx se encargaría del asunto. Novecientos dólares, a cambio de lo que se derrama en el suelo cuando estás matando a una mula. Aceptas el trato.

Vio casas en las que todavía vivía gente y casas convertidas en oficinas, de comerciantes de semillas y vendedores de fertilizantes y de un médico veterinario de animales grandes.

—Muéstranos exactamente el lugar en el que Michael McCann publicaba sus cosas —dijo Reacher—. Queremos leer lo que decía.

CUARENTA Y SEIS

Acercaron unas sillas a la mesa de cristal y se juntaron alrededor de la pantalla para leer. Michael McCann estaba registrado en dos foros de suicidios. En los dos casos sus publicaciones las firmaba como Mike. Escribía de manera laboriosa, monótona, como si estuviera anestesiado, como si estuviera exhausto por el peso que cargaba. No tenía faltas de ortografía y su gramática era formal. No escribía con naturalidad, pensó Reacher, sino más bien como si le hubieran dicho que había una manera especial de hacerlo en espacios de uso común. Como hablar en público. Uno se pone una camisa y una corbata.

El primer foro era el foro para conectar a las personas. Michael estaba buscando un compañero afín. No es que necesitara ayuda. No todo el tiempo. Más bien sentía que él podía ofrecer ayuda. Al menos parte del tiempo. A lo largo de algunos meses mantuvo conversaciones breves con dos candidatos y después pareció decidirse por un tercero, que firmaba como Exit. Comenzaron a enviarse mensajes con frecuencia.

El segundo foro era el foro acerca de cómo hacerlo, que a veces se desviaba hacia otras conversaciones. Michael participaba de vez en cuando, con palabras medidas, y nunca con prisa o enojo. Defendía su derecho a subirse al autobús. Aparecía en un hilo acerca de cómo tomar Nembutal. Estaba ansioso por recibir orientación. Se decía que en su formato comercial tenía un sabor amargo. Mejor disimularlo con zumo, o tomarlo con whisky, que además lo hacía más eficaz. Era siempre algo inteligente tomar antes algún antiemético, como alguna pastilla para el mareo. No era la idea vomitar y quedarse abordo con una dosis que no fuera letal. No era la idea despertarse veinte horas después y tener que hacer todo de nuevo.

Michael también comentaba en un hilo en el que se hablaba de la confiabilidad de los proveedores de Nembutal. A él lo habían estafado más de una vez. El mercado era una jungla. Lo único que necesitaba un estafador era una buena página web. Nadie podía saber exactamente quién era. Había un hombre en Tailandia que se suponía que era auténtico. Y después alguien publicó que MR había cumplido con lo prometido, un producto genuino que había pasado bien las pruebas. Otra persona lo respaldaba. Decía que los de MR eran buena gente. Eran auténticos. Michael preguntó: *¿MR?* El primer tipo volvió al foro y dijo: *Mother's Rest.*

Entonces, otra vez en el foro de contactos, un día después, Michael

le decía a Exit que había mirado el sitio web de Mother's Rest y que creía que Exit también debería mirarlo, porque había mucho para discutir, especialmente en el nivel cinco.

No había más detalles.

—¿Qué es el nivel cinco? —dijo Reacher.

—Piensa en la cebolla —dijo el tipo de Palo Alto—. Muchas capas. Cada vez más profundo. La web, y cada sitio que hay ahí. La página de inicio de sesión por lo general es el nivel dos. El nivel cuatro por lo general es la primera página de productos. Por lo que es probable que el nivel cinco sea de productos especiales.

En el foro, Exit había respondido y decía que el nivel cinco era interesante. Pero eso era al final del intercambio, y la conversación terminaba allí. Quedaba interrumpida por el traslado físico de Michael a Oklahoma. A la casa de Exit, cerca de Tulsa. Su compañero de suicidio. Para prepararse. Reacher asumió que la conversación había seguido en persona.

—¿Podemos ver la página de Mother's Rest? —dijo.

—Primero tendríamos que encontrarla —dijo el tipo.

—La otra vez te fue bien. Tardaste seis segundos menos de lo estimado.

—Sabía dónde buscar. Esta siguiente búsqueda la tendremos que medir en minutos. Si tenemos suerte.

—¿Cuántos minutos? ¿Cuál es la apuesta?

—Veinte —dijo el tipo.

Ingresó algunos comandos y cargó algunos términos de búsqueda y palabras clave. Hizo clic en "Ir", y el reloj mental de Reacher se puso en marcha. Todos se alejaron de la mesa de cristal, y se estiraron, y se pusieron cómodos, y se prepararon para esperar.

—Las doscientas muertes podrían ser de doscientos clientes de Nembutal —dijo Westwood—. No sé muy bien qué pensar acerca de eso. Me refiero desde el punto de vista periodístico. ¿Es un escándalo? En Washington y en Oregon es legal.

—No es lo mismo —dijo el tipo de Palo Alto—. Necesitas que firmen dos médicos. Tienes que tener más o menos cien años y además sufrir de alguna enfermedad terminal. Estos no calificarían. Y en gran parte eso es lo que les molesta.

—Entonces se transforma en un debate ético. ¿Respetamos las decisiones de las personas, de manera pura y simple, o nos sentimos obligados a juzgar sus motivos?

—Sus motivos no —dijo Chang—. Eso es demasiado entrometido. Pero yo creo que deberíamos de juzgar su compromiso. Hay una gran diferencia entre un pánico a corto plazo y una necesidad de largo plazo. Quizás el compromiso valida los motivos. Si te quedas allí haciendo el esfuerzo por superar todos los obstáculos que se

presentan, realmente debe de ser importante para ti.

—Entonces tal vez este sistema es algo bueno. A su modo. Involuntariamente. Está lleno de obstáculos. Sin duda se lo están ganando.

—¿Pero qué es lo que está ganando Mother's Rest? —dijo Reacher —. Doscientos envíos de Nembutal a novecientos dólares cada uno son menos de doscientos mil dólares. A lo largo de toda la vida del proyecto, probablemente. Menos el precio de compra al por mayor y los gastos de envío. Eso es un pasatiempo. Y no puedes pagar a gente como Merchenko con el dinero de un pasatiempo. Ahí hay algo más. Tiene que ser así. Porque…

Dejó de hablar.

—¿Porque qué? —dijo Chang.

—Creemos que al tipo lo mataron ahí.

—¿A qué tipo?

—Al principio. Con la retroexcavadora.

—¿Keever?

—Sí, Keever. ¿Por qué matar a Keever por un pasatiempo? Tiene que haber algo más.

—El nivel cinco puede ser de productos especiales. Podrían valer más dinero.

Reacher miró la pantalla. Seguía buscando. Habían pasado siete minutos. Dijo:

—Estoy tratando de pensar qué podría ser tan especial. Como para que valga el dinero de Merchenko.

—Yo los entiendo —dijo el tipo de Palo Alto.

—Yo también —dijo Reacher—. Comparto lo de no incendiar el edificio con parrillas hibachi. Pero más allá de eso deberíamos dejar que hagan lo que quieran. No pidieron nacer. Es como ir a devolver un jersey a una tienda.

—Salvo que no debería ser ni tan difícil ni tan fácil —dijo Chang—. Lo cual de alguna manera nos obliga al resto a establecer los parámetros. ¿Eso es algo justo para cualquiera de nosotros?

—Esto es exactamente lo que me temía —dijo Westwood—. Es un debate ético. Lo podría haber escrito en mi oficina. En los momentos libres de un mes sin mucho trabajo. No había necesidad de gastar dinero en viajes. Me lo van a recriminar.

Doce minutos.

Bebieron algo, nadie les sirvió las bebidas, sino que fueron a buscarlas a la cocina. Que era muy de otra época. Se parecía vagamente a algunos de los lugares que Reacher recordaba de su niñez. Alojamientos familiares en una docena de bases distintas alrededor del mundo. Un clima distinto del otro lado de las ventanas, pero en la cocina las mismas alacenas. Algunas madres armaban todo

un espectáculo fregándolas con desinfectante, la primera mañana, sin dejar pasar ni un día, pero la madre de Reacher era francesa y creía en la inmunidad adquirida. Que había funcionado, por lo general. Aunque una vez su hermano se había enfermado. Pero lo más probable es que hubiera sido en un restaurante. Estaba empezando a salir con chicas.

—¿Te sientes bien? —dijo Chang.

—Sí, estoy bien.

Dieciocho minutos.

Volvieron al estudio y el reloj seguía avanzando. Diecinueve minutos. El tipo de Palo Alto dijo:

—No aclaramos qué era lo que apostábamos.

—¿Qué apostamos la primera vez? —dijo Reacher.

—Tampoco lo aclaramos.

Veinte minutos.

—No queremos abusar de tu hospitalidad —dijo Reacher.

—El programa llegará a donde tiene que llegar —dijo el tipo—. Soy mejor *geek* que ellos.

—¿Cuánto tiempo duró tu búsqueda más larga?

—Diecinueve horas.

—¿Qué encontraste?

—La agenda del presidente en un sitio de asesinos.

—¿El presidente de Estados Unidos?

—El mismo. Y la agenda estaba actualizada cuando inicié la búsqueda.

—¿Hiciste la denuncia?

—Ese era el dilema. No soy un recurso público. Y de hecho no se podía conseguir más información que esa. Un sitio que tardé diecinueve horas en encontrar debe tener tantos espejos y señuelos que sería como si los servidores estuvieran en Venus o en Marte. Pero el Servicio Secreto no habría confiado en que fuera así. Habrían destrozado mis cosas para que las mirara su gente. Me habrían tenido inhabilitado por un año, hablando y haciéndome consultas. Por lo que no, no hice la denuncia.

—Y no pasó nada.

—Afortunadamente.

Veintisiete minutos.

Seguía buscando.

Y entonces la búsqueda se detuvo.

La pantalla cambió a una lista de enlaces.

CUARENTA Y SIETE

En la lista de enlaces aparecía una URL directa a la página web de Mother's Rest, y cuatro subpáginas, y una referencia externa, que el tipo de Palo Alto quiso antes verificar, porque dijo que no era común. Consiguió recuperar un comentario aislado de una sala de chat, hecho por alguien que firmaba como Blood. Decía *Oí que Mother's Rest tiene un buen material*. Estaba en un foro protegido que el tipo no reconoció. El contexto no estaba claro. Pero no era un foro de suicidio. Pertenecía a otra comunidad. Daba la impresión de ser una página de aficionados a algo.

No había ninguna otra información.

Callejón sin salida.

—Iremos directamente a la nave nodriza —dijo el tipo de Palo Alto.

No utilizó el *mouse*. No era esa clase de interfaz. Eran todo comandos escritos. Al tipo parecía gustarle que así fuera. Vieja escuela. Era un veterano. Y era rápido. Sus dedos blanco hueso tecleaban a toda velocidad. Se los veía casi como fuera de foco.

En la pantalla apareció un sitio web completo y a todo color.

Había una fotografía.

La fotografía era de una carretera completamente recta, que atravesaba un mar de trigo, interminablemente, hasta que desaparecía en medio de una niebla dorada en el horizonte, donde la carretera ya se veía tan fina como una aguja. Era la vieja carretera de caravanas de carretas. La carretera que salía de Mother's Rest hacia el oeste.

Y era una alegoría, obviamente. En lo alto de la página decía: *Haz el viaje con nosotros*. En la parte de abajo decía: *Mother's Rest. Por fin*.

El primer enlace de la subpágina era un texto institucional en la sección de *Quiénes somos*. Eran una comunidad dedicada a brindar opciones para el final de la vida. Se prometían solemnemente los mejores bienes y servicios, cuidados y atenciones. Se garantizaba la confianza. Se daba por hecho una discreción absoluta.

El segundo enlace de la subpágina era la página de inicio de sesión. Para los miembros de la comunidad. Nombre de usuario y contraseña. Probablemente era difícil de descifrar. Pero no fue necesario, porque el tercer enlace se saltaba esa página y llevaba directo al nivel cuatro.

La primera página de productos.

Se ofrecían tres cosas. La primera era una solución oral no esterilizada de Nembutal en un frasco de 50 ml, que costaba 200 dólares. La segunda, una solución inyectable de Nembutal en un frasco

de 100 ml por 387 dólares. La tercera, una solución oral esterilizada de Nembutal en un frasco de 100 ml por 450 dólares. Se aclaraba que las dosis letales seguras eran de 30 ml con jeringa o 200 ml por vía oral. Se aclaraba que el tiempo estimado para caer en un sueño profundo era de menos de un minuto y, para morir, menos de veinte. Reacher supuso que la solución inyectable debía de ser difícil de vender. Si alguien tenía el hábito de las agujas, podía morirse de sobredosis de heroína por una décima parte de ese precio. Supuso que la solución oral esterilizada debía de ser la que más se vendía. Novecientos dólares por una salida apacible. De alguna manera, esterilizada sonaba a limpio. El santo grial. Pero la no esterilizada tenía un mejor precio. Solo ochocientos dólares, con el riesgo de tener gastroenteritis el día después de morir.

La entrega costaba treinta dólares, incluía un número de seguimiento, y se pedía el pago completo antes del envío, mediante Western Union o MoneyGram. No se aceptaban ni cheques ni giros postales. El Nembutal llegaba en un paquete sin ningún tipo de marca específica. No había que mantenerlo refrigerado, había que mantenerlo bien cerrado y guardado en un lugar fresco y seco.

A continuación había un botón que decía: *Para ordenar haga clic aquí.*

—Reacher tenía razón —dijo Chang—. Con esta página no se pueden pagar los servicios de Merchenko.

—Deberíamos mirar qué hay en el nivel cinco —dijo Westwood.

Llevó un tiempo llegar hasta allí. Como solía ser en otros tiempos con la conexión a internet vía telefónica. Aunque Reacher estaba seguro de que detrás de escena las cosas estaban sucediendo a la velocidad del rayo. El programa del tipo peleando contra las defensas de la página, un guerrero contra una horda, millones de fintas y penetraciones por segundo, escarbando, abriéndose paso hacia abajo a través de las capas.

Apareció la página.

Exit, el amigo de Michael McCann, había dicho que era interesante. Y era interesante, supuso Reacher. Dependiendo de lo que una persona necesitara. Ofrecía servicio de conserjería. Se invitaba a los miembros a viajar a Mother's Rest, en tren desde Chicago o desde Ciudad de Oklahoma. En la estación los recibía un representante y pasaban la noche en un motel de lujo. Después el traslado se efectuaba en un sedán de lujo, hasta la oficina central de Mother's Rest. Allí encontrarían un anexo privado, con una suite en el interior diseñada a semejanza de la de un hotel de lujo, con un agradable ambiente de dormitorio. Allí podían ponerse cómodos, y en el momento que ellos eligieran un asistente les administraría una bebida con Nembutal y luego se retiraría. O, si preferían, para quienes estuvieran preocupados

por el hecho de tener que tragar un líquido amargo, el asistente les administraría una pastilla normal para dormir, y después presionaría un botón, y fuera se encendería un viejo motor Chevy V8 de bloque pequeño, de la década del setenta, lejano e inaudible, pero conectado para que el humo rico y dulce de su tubo de escape llegara a la habitación y cumpliera apaciblemente con su cometido.

Se invitaba a los miembros a que preguntaran acerca del coste del servicio.

Debía de ser considerable, pensó Reacher. Recordó al hombre del tren, con su traje y su camisa, con su bolso de cuero fino, y la mujer, con su vestido blanco, digno de una fiesta al aire libre en Montecarlo. Los dos ricos. Los dos enfermos, tal vez. Los dos encaminados hacia un final digno. Los vio en su mente, personas distintas, días distintos, pero el mismo gesto físico. En la ventana polvorienta de la habitación 203. De pie con los brazos abiertos, las manos todavía en las cortinas, mirando la mañana, como maravillados.

Su última mañana.

—¿Es esto lo que hicieron Michael y su amigo? —dijo Chang.

—Sobre eso voy a escribir —dijo Westwood—. Preguntaré si ese es el futuro. Podría ser, dentro de cien años. Caos, superpoblación, falta de agua. Podría haber uno de estos en cada esquina. Como Starbucks. Pero tendré que ir a ver el lugar con mis propios ojos. Ya que me gasté el dinero para los viajes.

—Quizás —dijo Reacher—. Después de que lo verifiquemos.

—¿Qué es lo que hay que verificar? Sabemos lo que hay allí. Venden por correo Nembutal de uso veterinario y clientes de primera categoría llegan al pueblo en tren. ¿Y quién pude decir seriamente que alguna de esas dos cosas está mal? Podría preguntar de hecho si la *deep web* no está anticipando de alguna manera lo que está por venir. Quizás tiene que ser así. Es el deseo humano, después de todo. Nada más. Sin filtro y sin regulaciones. Orgánico, de algún modo. Los derechos de este libro están en la sección de filosofía. Porque es así como suceden estas cosas. Ya hemos visto cosas así. Dentro de cien años esto podría ser normal.

—A Keever no le pareció que esto ya fuese algo normal. Podría haberle resultado indiferente. Podría haberse cambiado el apellido de Keever a Wittgenstein y podría haberse apartado del camino del progreso. Pero vio algo que estaba mal.

—¿Y tú?

—No estoy seguro. Pero Keever estaba seguro.

—¿Qué es lo que podría estar mal?

—No veo de qué manera Michael y su amigo pueden haber tenido el dinero para pagar el servicio de conserjería. Ni siquiera ahorrando toda su vida. Así es que, ¿dónde demonios están?

—¿Hemos terminado? —dijo el tipo de Palo Alto.

—Sí, y muchas gracias —dijo Chang.

—Eres el mejor —dijo Reacher—. Estás ahí abajo en medio de todos ellos. No te pueden ver, pero tú sí puedes verlos.

—Envíame la factura —dijo Westwood.

—Os pediré un coche —dijo el tipo, y presionó algo en el teléfono.

Se pusieron de pie y Reacher dio un paso en dirección a la puerta, y otro, y entonces el suelo se dobló de repente hacia arriba en un ángulo absurdo, sencillamente se levantó a cuarenta y cinco grados, con una fuerza inmensa, instantánea, y Reacher pensó *un terremoto* y se fue de lado y se golpeó contra el marco de la puerta, en el pecho y en el cuello, como un golpe contra una tabla de madera, a lo que le siguió un fuerte ruido contra el suelo y una mirada desesperada alrededor, en busca de Chang y de lo que viniera a continuación.

No era un terremoto.

Se sentó.

Los demás se agacharon al lado suyo.

—Estoy bien —dijo Reacher.

—Te caíste —dijo Chang.

—Quizás había una tabla floja.

—Las maderas están bien.

—Quizás hay algo desnivelado en el suelo.

—¿Te duele la cabeza?

—Sí.

—Vas a ir a urgencias.

—Tonterías.

—Te olvidaste de cómo se llamaba Keever. Tuviste que decir el hombre que mataron con la retroexcavadora. Eso es una afasia clásica. Te olvidaste una palabra y lo explicaste con el contexto. Eso no es bueno. Y antes de eso te tropezaste en la librería. Y sigues quedándote dormido. Como si estuvieras soñando despierto, o hablando contigo mismo.

—¿Sí?

—Como si ahí adentro todo fuera una nube.

—¿Y cómo es normalmente?

—Vas a ir a urgencias.

—Tonterías. No lo necesito.

—Por mí, Reacher.

—Es una pérdida de tiempo. Vayamos directamente al hotel.

—Estoy segura de que tienes razón. Pero hazlo por mí.

—Nunca antes lo he hecho.

—Hay una primera vez para todo. Espero que no solo para esto.

Reacher no dijo nada.

—Por mí, Reacher.

—Vete a emergencias, hombre —dijo el tipo de Palo Alto.

Reacher miró a Westwood y le dijo:

—Ayúdame a salir de esta.

—Emergencias —dijo Westwood.

—Diles que eres programador —dijo el tipo de Palo Alto—. No tendrás que esperar. Algunas de esas empresas donan mucho dinero.

Hicieron lo que el tipo les dijo y se adjudicaron un estatus que Reacher no tenía. Y que era probable que nunca tuviera. En términos de probabilidades estaba en lo más bajo de la lista, junto a bordador de colchas, aficionado a los álbumes de recortes o tenor de un coro. Pero hizo que lo vieran en noventa segundos, y noventa segundos después de eso iba camino a hacerse un TAC de la cabeza. Lo cual él dijo que era una estupidez, que no lo necesitaba, que era una pérdida de tiempo, pero Chang no cedió, y encendieron la máquina, que no era nada tan especial, una suerte de zumbido eléctrico, solo rayos X, y después esperaron al médico para que viera los resultados. Lo cual Reacher dijo que era una tontería, una pérdida de tiempo, las mismas cosas otra vez, y Chang de nuevo no cedió, y finalmente apareció un tipo con los resultados en la mano y una cierta mirada en los ojos. Chang y Westwood se quedaron en la sala.

—TAC son las siglas de tomografía computarizada —dijo Reacher.

—Ya lo sé —dijo el tipo que tenía los resultados.

—Sé qué día de la semana es y sé quién es el presidente. Sé qué desayuné. Las dos veces. Estoy demostrando que no me pasa nada.

—Tiene una lesión en la cabeza.

—No es posible.

—Tiene una cabeza. Se puede lesionar. Tiene una contusión cerebral, *contusio cerebri* en latín, de hecho, técnicamente dos, golpe y contragolpe, ocasionadas, claramente, por un traumatismo en el lado derecho de la cabeza.

—¿Esas son las buenas noticias o las malas? —dijo Reacher.

—Si hubiese recibido el golpe en la parte alta del brazo, le habría quedado un moratón muy grande —dijo el tipo—. Que es exactamente lo que tiene. No por fuera. No hay carne suficiente. El moratón está en el interior. En su cerebro. Con un gemelo del otro lado, porque su cerebro rebotó de un lado hacia el otro dentro de su cráneo como un pececito en un tubo de ensayo. Es lo que nosotros llamamos golpe y contragolpe.

—¿Síntomas? —dijo Reacher.

—Varían de acuerdo con la severidad de la herida y con el individuo, pero hasta cierto punto dolor de cabeza, confusión, adormecimiento, mareo, pérdida del conocimiento, náusea, vómito, convulsiones y problemas de coordinación, movimiento, memoria,

vista, habla, oído, control de emociones y pensamiento.

—Esos son muchos síntomas.

—Es el cerebro.

—¿Qué hay con el mío en particular? ¿Cuáles son los síntomas que voy a tener yo?

—No lo puedo saber.

—Tiene mis papeles ahí. Una imagen real.

—No se pueden interpretar con exactitud.

—Caso cerrado, entonces. Solo está suponiendo. No es la primera vez que recibo un golpe en la cabeza. Este no es distinto a los demás. No es un problema grave.

—Es una lesión en la cabeza.

—¿Cuál es la siguiente parte de su discurso?

—Creo que las imágenes justifican que se quede a pasar la noche en observación.

—Eso no va a suceder.

—Debería.

—Si el tipo me hubiese golpeado en el brazo usted me habría dicho que en un par de días iba a estar bien. Que el moratón se iría yendo. Me mandaría a mi casa. Puede hacer lo mismo con la cabeza. Pasó ayer, por lo que mañana se cumplirá el par de días. Estaré bien. Si es lo que usted dice que es. Se le podrían haber traspapelado los resultados con los de alguna otra persona.

—El cerebro no es lo mismo que el brazo.

—Estoy de acuerdo. Un brazo no está protegido por una capa gruesa de hueso.

—Usted es una persona adulta —dijo el tipo—. Esto no es una institución psiquiátrica. No le puedo retener en contra de su voluntad. Solo tiene que firmar su alta en el mostrador.

Y después se dio la vuelta y se alejó, listo para atender al siguiente. Que quizás fuera un programador o quizás no. La puerta se cerró a sus espaldas.

—Es un moratón —dijo Reacher—. Está mejorando.

—Gracias por hacer que te lo revisaran —dijo Chang—. Vamos al hotel.

—Deberíamos de haber ido directamente.

—Reacher, te caíste.

Durante todo el recorrido hasta la fila de taxis Reacher anduvo con cuidado.

CUARENTA Y OCHO

La gente decía que San Francisco en un mapa parecía un pulgar que se asomaba hacia arriba de sur a norte, protegiendo a la Bahía del Pacífico, pero Reacher creía que la curva que trazaba la península se parecía más bien a un dedo corazón levantado. Aunque no sabía por qué motivo la ciudad podía estar enfadada con el océano. La niebla, quizás. Pero de cualquiera de las dos maneras, el hotel que Westwood había elegido estaba en la punta, donde estaría la uña, ya fuera del pulgar o del dedo corazón. Sobre la costa. Estaba oscuro, por lo que, aparte del puente Golden Gate, que estaba completamente iluminado a la izquierda, la vista era un vacío, y después, más lejos del lado derecho, se veía el brillo distante de Sausalito y Tiburón.

Hicieron el registro en el hotel y se lavaron y se encontraron en el restaurante para cenar. Era un salón ameno, con mucha mantelería blanca impecable. Había parejas y grupos de cuatro. Ellos eran el único grupo de tres. Estaban rodeados de citas y reuniones de negocios. Westwood buscó algo en internet, con su teléfono, y dijo:

—En Estados Unidos hay cuarenta mil suicidios al año. Uno cada trece minutos. Estadísticamente es más probable que una persona se suicide a que mate a otra persona. ¿Quién lo hubiera dicho?

—Si cinco de esas personas usan el servicio de conserjería de Mother's Rest cada nueve días, eso daría doscientas personas por año —dijo Chang—. Lo que decía la nota de Keever. Ya vimos dos.

—¿Cuánto pagarías por eso? —dijo Reacher.

—No lo pagaría, quiero creer.

—Si te cuesta novecientos dólares hacerlo tú misma en la cama, ¿entonces cuál sería un precio razonable? ¿Cinco veces eso? ¿Digamos cinco mil dólares?

—Quizás. Por todos los cuidados. Como ir a un centro de belleza en vez de pintarte las uñas en tu casa.

—Eso sería un millón de dólares al año. No es tan poca cosa.

—¿Pero?

—Contando solo esta semana, en su lista de personas a eliminar estábamos Keever, McCann, tú, yo y la familia Lair. Siete en total. Lo cual no es un problema, aparentemente, porque alquilan los servicios de un mafioso ucraniano para que se encargue de las tareas pesadas. Esa es una reacción bastante fuerte para un millón de dólares.

—Se mata a gente por un dólar.

—En la calle, en una situación de pánico. No como un imperativo

estratégico. Yo creo que en esto se juega más de un millón de dólares. Pero no veo cómo. La gente no pagaría diez o veinte mil dólares. O más. ¿No? Se podrían comprar su propio Chevy de 1970. Se podrían comprar una caseta para el jardín y hacerle un agujero.

—No es necesariamente una decisión racional. Y está del todo basada en el hecho de que no tengan que comprarse su propio Chevy. Ese es el punto. Servicio completo.

—¿Por lo que cuánto pagarían?

—No sé. Es difícil de calcular. Imagínate que eres rico y quieres una salida. Un lujo final. Con gente discreta detrás, asegurándose de que todo salga bien. Con todo tipo de atenciones y cuidados, y manos de las que uno se puede agarrar. Es una situación muy importante de tu vida, obviamente. Podrías pagar lo que pagaste por tu coche. Que probablemente es un Mercedes o un BMW. Cincuenta mil dólares, quizás. O incluso ochenta. O más. Es decir, ¿por qué no? No te los puedes llevar contigo.

—¿Cuándo vamos a ir allí? —dijo Westwood.

—Cuando tengamos un plan —dijo Reacher—. Es un desafío táctico. Como acercarse a una isla pequeña en mar abierto. El lugar es tan plano como una mesa de billar. Los elevadores de granos son las estructuras más altas del condado. Estoy seguro de que tienen todo tipo de escaleras y pasarelas. Para hacer el mantenimiento. Pondrán gente a vigilar. Nos verán a diez minutos de distancia. Y si vamos en tren, estarán en el andén en fila, esperándonos.

—Podríamos llegar de noche en coche.

—Verían las luces delanteras a cien kilómetros de distancia.

—Podríamos apagarlas.

—No veríamos el camino. De noche está totalmente oscuro. Es una zona rural.

—Las carreteras son rectas.

—Además por el momento no tenemos armas.

Westwood no dijo nada.

Después de cenar Westwood se fue a su habitación y Reacher y Chang dieron una vuelta fuera, en el Embarcadero. Junto al agua. Era una noche fresca. Literalmente hacía la mitad de grados que en Phoenix. Chang solo llevaba puesta su camiseta. Andaba apretada contra él, para no tener frío. Eso los volvía torpes, como una criatura de tres patas.

—¿Me estás sosteniendo para que no me caiga? —dijo Reacher.

—¿Cómo te sientes ahora? —dijo ella.

—Todavía me duele la cabeza.

—No quiero volver a Mother's Rest hasta que te sientas mejor.

—Estoy bien. No te preocupes.

—No volvería bajo ningún concepto si no fuera por Keever. ¿Quién soy yo para juzgar? Están satisfaciendo una necesidad. Quizás Westwood tenga razón. Quizás dentro de cien años todos estaremos haciendo lo mismo.

Reacher no dijo nada.

—¿Qué? —dijo ella.

—Iba a decir que yo me ahorraría el dinero y elegiría la escopeta. Pero eso sería duro para la persona que me encontrase. Quedaría todo hecho un desastre. Lo mismo con un arma corta. Lo mismo si me ahorco, o si salto de una azotea. Tirarse a la vía del tren no es justo para con el maquinista. Incluso tomar Kool-Aid con cianuro en un motel no es justo para con el personal de limpieza. Quizás es por eso por lo que las personas eligen el servicio de conserjería. Es más fácil para la gente que dejan atrás. Eso tiene un valor, supongo. Pero sigo sin ver cómo llega a sumar el dinero que vale Merchenko.

—Yo no sé qué podemos hacer para volver ahí. Es como si tuvieran una valla de quince kilómetros de alto con alambres de púas. Salvo que en horizontal.

—Deberíamos salir desde Ciudad de Oklahoma.

—¿Quieres coger el tren?

—Quiero que mantengamos nuestras opciones abiertas. Dile a Westwood que compre los billetes de avión.

A la mañana siguiente Reacher se despertó muy temprano, antes que Chang, y salió de la cama y se encerró en el baño. Había abandonado su teoría anterior. Para siempre. Había quedado demostrado categóricamente que estaba mal. En repetidas ocasiones. No había techo. No había un límite superior. No había ningún motivo por el cual pudiera llegar a detenerse.

Y era bueno saberlo.

Se paró delante del espejo y se torció y se dio la vuelta y se examinó. La caída le había dejado moratones nuevos. El moratón viejo en la espalda donde le había pegado Hackett estaba amarillo brillante y tenía el tamaño de un plato. Pero no estaba haciendo pis con sangre, y el dolor se estaba yendo, y la rigidez estaba cediendo. El lateral de la cabeza aún estaba sensible, y un poco blando, pero no exactamente hinchado. No había carne suficiente, como había dicho el médico. El dolor de cabeza era moderado. No se sentía somnoliento. No estaba mareado. Se paró en una sola pierna y cerró los ojos, y se mantuvo firme. Estaba consciente. No tenía náuseas. No había vomitado. No había tenido convulsiones. Caminó por una fila de azulejos, desde la bañera hasta el inodoro, ida y vuelta con los ojos cerrados, y no se desvió. Se tocó la nariz con la punta del dedo, y después se pasó la mano por la tripa mientras se daba unos golpecitos en la cabeza. No

tenía ningún problema de coordinación ni de movimientos, más allá de su ligera torpeza, innata e inevitable. No era un bailarín clásico. Ordenado, hábil y diestro eran adjetivos que nunca habían aplicado a él.

Se abrió la puerta a sus espaldas y entró Chang. Reacher la vio en el espejo. Parecía blanda y dormida. Chang bostezó y dijo:

—Buen día.

—Buen día —dijo él.

—¿Qué estás haciendo?

—Revisando mis síntomas. El médico me dio una lista demasiado extensa.

—¿Hasta dónde has llegado?

—Todavía me falta memoria, vista, habla, oído, control de emociones y pensamiento.

—Control de emociones ya lo aprobaste. Quedé bastante impresionada. Para ser un hombre. Que estuvo en el ejército. Ahora dime tres personas famosas de Oklahoma, dado que es a donde estamos yendo.

—Mickey Mantle, obviamente. Johnny Bench. Jim Thorpe. Y puntos extra por Woody Guthrie y Ralph Ellison.

—Tu memoria está bien. —Chang retrocedió hasta la bañera y levantó dos dedos—. ¿Cuántos dedos hay?

—Dos.

—Tu vista está bien.

—No fue una prueba muy exigente.

—Vale, quédate ahí y dime quién fue el fabricante de la bañera.

Reacher miró. Había unas letras pequeñas y desteñidas cerca del desagüe.

—American Standard —dijo, porque ya lo sabía.

—Tu vista está bien —dijo ella de nuevo.

Chang dijo algo en voz muy baja.

—¿En el avión? —dijo Reacher—. Con muchísimas ganas.

—Tu oído está bien. Eso seguro. ¿Cuál es la palabra más larga del Discurso de Gettysburg?

—¿Ese qué síntoma es?

—Pensamiento.

Reacher pensó:

—Es un adverbio. Tiene doce letras. Es “solemnemente”.

—Recita la primera oración. Como si fueras un actor en un escenario.

—Cuando dio ese discurso Lincoln estaba incubando la viruela. ¿Sabías?

—Esa no es la primera oración.

—Lo sé. Era un punto extra en memoria.

—La memoria ya la evaluamos. ¿Te acuerdas? Ahora estamos evaluando la expresión oral. Dime la primera oración.

—El tipo que fundó Getty Oil descendía del tipo por el cual Gettysburg se llama así.

—Esa tampoco es la primera oración.

—Eso era cultura general.

—Que no es ni siquiera uno de los síntomas.

—Está relacionado con la memoria.

—La memoria la evaluamos hace mil años.

Hablando en voz alta y clara como un actor, Reacher dijo:

—Ochenta y siete años ha, nuestros padres crearon en este continente una nueva nación, concebida bajo el signo de la libertad y consagrada al principio de que todos los hombres nacen iguales.

Sonaba bien en un baño. El mármol le daba eco y reverberación.

Reacher dijo, en voz todavía más alta:

—Estamos ahora envueltos en una vasta guerra civil que pone a prueba la idea de que esa nación, o cualquier otra nación así concebida y consagrada, pueda por largo tiempo subsistir.

—¿Se te ha ido el dolor de cabeza?

—Más o menos —dijo él.

—Lo cual quiere decir que todavía no.

—Se está yendo. Nunca fue tan importante.

—El médico dijo que sí.

—La profesión médica se ha tornado demasiado tímida. Demasiado cautelosa. Ya no siente ninguna inclinación por la aventura. Sobreviví a la noche. No necesitaba quedarme en observación.

—Me alegra que fuera cauteloso.

Reacher no dijo nada.

Entonces Westwood llamó al teléfono de la habitación para decirles que la gente de los viajes del periódico había comprado pasajes en United, el único vuelo directo de ese día. Pero que no había prisa, porque salía a media mañana. Por lo que llamaron al servicio de habitación y pidieron café, para que se lo enviaran de inmediato, y el desayuno, para que se lo enviaran exactamente dentro de una hora.

Muy temprano en San Francisco era ya media mañana en Mother's Rest. No en cuanto a las diferencias entre las costumbres del campo y la ciudad, sino simplemente por una cuestión de zonas horarias. Mother's Rest iba por delante. En el mini supermercado había movimiento. En el restaurante de carretera quedaban los últimos rezagados. En el motel la empleada de limpieza estaba en plena actividad. El conserje tuerto estaba en el baño. El conductor del Cadillac estaba en su tienda, y Western Union y FedEx y MoneyGram estaban activos.

Pero la tienda de repuestos estaba cerrada. La de sistemas de riego. Y en el mostrador del restaurante no había nadie atendiendo. Esos dos tipos estaban en una pasarela de metal subidos en lo que ellos llamaban el Elevador Tres, el viejo gigante de hormigón, el más alto que tenían. Los dos tipos tenían prismáticos. Y seguían un sistema simple. Había dos carreteras para llegar al pueblo, una desde el este y otra desde el oeste, que era la carretera de las caravanas, que corría transversalmente, casi por debajo de ellos. Pero no había carreteras que llegaran al pueblo desde el norte y desde el sur. Solo las vías del tren. El sistema hacía recaer casi todo el riesgo sobre las carreteras. Los tipos estaban sentados uno de cada lado, uno mirando hacia el oeste, el otro mirando hacia el este, y más o menos cada cinco minutos se daban la vuelta y miraban las vías del tren hacia el norte y hacia el sur, las barrían pausadamente desde el punto más cercano hasta el más lejano, por si alguien se acercaba por ese camino a pie, o con alguna extraña máquina autopropulsada, como en una vieja película del Oeste. Se convirtió en un ritual. Una posibilidad para estirarse un poco.

Salvo en el horario del tren. En ese momento lo que tenían que hacer era más difícil. Miraban el tren directamente desde arriba, más o menos, por lo que podían ver el otro lado. Casi. Sin duda, si alguien forzaba una puerta y saltaba por el lado ciego como en una vieja película de espías, lo verían. Pero al mismo tiempo tenían que prestar la misma atención a las carreteras. Siempre. Se consideraba mucho más probable una intrusión con un vehículo.

Lo que significaba que más allá de una vez por la mañana y una vez por la tarde, los prismáticos estaban enfocados en el horizonte, para poder advertir con tiempo, y observaban a través del polvo que había en el aire, fino y dorado de cerca, después a lo lejos tan solo una niebla.

Visibilidad, de más o menos veinticinco kilómetros.

Sabéis cuál es el plan.

Sabéis que funciona.

Dejaron el hotel, y un portero les pidió un taxi, y se subieron los tres apretados en el asiento trasero, algunos con cierto pesar, pero no Westwood, que dijo:

—Ese hotel era muy raro. Solo en San Francisco pasan cosas así, supongo. Durante todo el tiempo que me estuve duchando, por la ventilación del baño se escuchaba a un tipo recitando el Discurso de Gettysburg.

CUARENTA Y NUEVE

El vuelo estuvo bien y el hotel de Ciudad de Oklahoma que había reservado el *LA Times* era una imponente edificación de tres cuerpos, construido hacía cien años y un poco deteriorado, pero rescatado mediante una renovación una década atrás. Era adecuado en todos y cada uno de los aspectos y por sobre todas las cosas conservaba la clase de servicio que Reacher quería. Le dijo a Chang:

—Ve a hablar con el conserje y dile que eres la clase de persona a la que le gusta conocer las ciudades recorriéndolas a pie. Pero dile de manera natural que te preocupa la seguridad. Pregúntale si hay zonas que deberías evitar.

Chang regresó diez minutos más tarde con un mapa turístico, impreso de mil en mil para las personas que participaban en convenciones, y marcado con un bolígrafo por el conserje. Ciertos vecindarios del centro de la ciudad estaban amurallados con una línea gruesa azul. Las zonas a las que no había que ir. Como un boceto del viejo Berlín Oriental dibujado en una servilleta. Había un cuadrante en particular que estaba amurallado y además enfatizado con una *X* tan fuerte que había traspasado el papel.

—Me dijo que no fuera ahí ni de día ni de noche —dijo Chang.

—El tipo de lugar que me gusta —dijo Reacher.

—Voy contigo.

—Contaba con eso.

Comieron temprano, el equivalente a un *brunch* pero en las últimas horas de la tarde. Ingredientes simples, preparados de manera sofisticada. El café estaba rico. Después esperaron una hora a que se pusiera el sol. El día de los grandes llanos llegó a su fin. Se encendieron las luces de la calle. Se encendieron los focos delanteros de los coches. El ruido del bar cambió de calma vespertina a rumor nocturno.

—Vamos —dijo Reacher.

Era una caminata larga, porque las autoridades de la ciudad sabían cuidar sus intereses. El negocio de las convenciones tenía que estar protegido. La frontera salvaje estaba a muchas calles de distancia. La vida en las calles cambió a medida que avanzaban, fue pasando de trabajadores ajetreados que volvían rápido a sus casas a una cultura de barrio con grupos de personas sentadas en las escaleras de entrada a los edificios y haciendo más bien poco. Algunas de las tiendas ya

habían cerrado al público y otras parecían tapiadas desde hacía años, pero había otras que seguían abiertas y activas. Comida, gaseosa, cigarrillos sueltos.

—¿Estás bien? —dijo Chang.

—Por ahora sí —dijo Reacher.

Se movía por las calles instintivamente en busca del tipo de lugar en el que se reuniera la gente y los coches aparcaran por un momento en doble fila. Había algunos coches aparcados junto a la acera y otros en movimiento. Había deportivos cupé japoneses preparados, y coches antiguos con las suspensiones bajas, y unos viejos sedanes gigantescos de Buick y Plymouth y Pontiac. Algunos estaban modificados, con llantas anchas y de colores, y tubos de escape cromados, y chasis azules con luces debajo. Un coche tenía la suspensión tan baja que el techo llegaba solo hasta la cintura de una persona y el motor sobresalía por un agujero en el capó, vertical como una plataforma petrolera en miniatura, con un carburador enorme de cuatro bocas y un filtro de aire gigantesco que llegaba más o menos a la altura del techo.

Reacher se detuvo y lo observó.

—Necesito ver de nuevo las imágenes satelitales —dijo.

—¿Por qué? —dijo Chang.

—Tienen algo que no está bien.

—¿Qué?

—No lo sé. Algo en la parte trasera de mi mente. No es algo de la memoria. Estoy bien.

—¿Estás seguro?

—Hazme una pregunta.

—El vicepresidente de Teddy Roosevelt.

—Charles Fairbanks.

—Pensé que era un actor.

—Creo que ese era Douglas.

Siguieron andando, pasaron por delante de casas destartaladas de madera que estaban todas muy juntas unas al lado de otras, pasaron delante de jardines delanteros llenos de hierbajos detrás de alambrados, algunos vacíos, algunos llenos de basura, otros con perros encadenados, otros más con bicicletas brillantes tiradas y triciclos y otros juguetes de niños. Encontraron una calle diagonal que cortaba la esquina entre una calle que no terminaba de ser una avenida y otra. Era lo suficientemente ancha como para tener tres carriles, pero junto a las aceras estaban todos los aparcamientos ocupados. Era lo suficientemente larga como para poder disminuir la velocidad, y frenar, y acelerar de nuevo.

—Por aquí debería estar bien —dijo Reacher.

Había actividad en las escaleras de entrada a los edificios, pero en

su mayor parte todo sucedía hacia la mitad de la calle. Chicos jóvenes, de quizás unos doce años de edad, dando vueltas en grupos, mirando hacia la izquierda y hacia la derecha para ver si venían coches.

—Vale, aquí es cuando fingimos que de repente caímos en la cuenta de en qué nos hemos metido y emprendemos una veloz retirada.

Se dieron la vuelta y se apresuraron hacia la calle que no llegaba a ser una avenida. Doblaron la curva cerrada hacia la derecha y siguieron andando, más o menos en la misma dirección hacia la que se dirigían, pero del otro lado de la calle que habían visto. Frenaron cuando supusieron que estaban a la misma altura que el grupo invisible de chicos de doce años, que estarían a un solar largo de distancia hacia su derecha. Más el fondo de su propio patio trasero, más el fondo de su propia casa, más su propio jardín delantero y la acera. Unos oscuros ciento veinte metros, supuso Reacher.

—Vamos a ver qué tienen para nosotros.

CINCUENTA

Eligieron una casa tapiada que tenía además una cadena rota colgando en la entrada. Entraron, rápidos y decididos como si fueran de allí, y se introdujeron por el lateral de la casa, y de ahí llegaron al patio trasero, al alambrado trasero, que compartía un ángulo abierto con el patio trasero de una casa de la calle diagonal. Probablemente no la casa que estaban buscando, pero casi. Reacher abrió a la fuerza un panel del alambrado y pasaron, discretos salvo por el brillo blanco de sus caras en el resplandor amarillo del atardecer.

Cruzaron el nuevo patio trasero y miraron por entre esa casa y la casa de al lado. Les faltaba una. Todo el comercio estaba teniendo lugar una parcela más a la izquierda. Los patios estaban separados por una valla de alambre tejido. Que treparon fácilmente, al coste de producir unos tintineos metálicos. Chang era ágil. Mejor que Reacher. Él estaba hecho para demoler todo a su paso, no para los movimientos gimnásticos.

El patio al que entraron estaba bastante descuidado. Completamente descuidado, para ser exactos. Estaba cubierto de césped y hierbajos altos hasta las rodillas. En la parte de atrás de la casa había una luz encendida.

—Siempre que puedas mantén la mano derecha en el bolsillo —dijo Reacher—. Hazles creer que tienes un arma.

—¿Eso funciona?

—A veces.

—¿Venden droga? —dijo ella.

Él asintió:

—Como recoger tu hamburguesa sin bajarte del coche. Usan menores para llevar las bolsitas y el dinero de ida y vuelta a los coches. Chicos lo suficientemente jóvenes como para no ser arrestados. Aunque esa parte podría haber cambiado. A día de hoy quizás sea tan solo un mito. Especialmente en Oklahoma. Es probable que ahora ya los juzguen como adultos.

La ventana iluminada estaba a la derecha. Probablemente algún tipo de sala de estar. A la izquierda había una ventana y una puerta, las dos a oscuras. Eso debía de ser una cocina. Cruzaron la pradera en miniatura hasta la puerta. Reacher probó con el picaporte. Estaba cerrado con llave. Se movió hacia el lado y miró por la ventana. Un espacio con muy poca luz, cubierto de pilas de basura y platos sucios. Restos de pizza y latas vacías. Red Bull y cerveza.

Reacher dio otro paso más hacia el lado y se apretó contra la pared. Miró por la ventana iluminada, asomando medio ojo, en diagonal. Vio a dos hombres. Estaban echados en dos sofás distintos, mirando sus teléfonos. Sus pulgares se movían. Estaban jugando a algún juego, o enviando mensajes de texto. Sobre una mesa baja que estaba entre ellos había dos bolsas de deporte. Nailon negro, nuevas pero de mala calidad. El tipo de producto que cuesta cinco dólares en una tienda que vende cámaras por diez y telescopios por veinte. Encima de una de las bolsas había un paquete grande de gomas de una tienda de artículos de librería.

Encima de la otra bolsa había un subfusil Uzi.

Reacher retrocedió sigilosamente y se reunió con Chang en la puerta de la cocina.

—Tenemos que encontrar una piedra —susurró.

—¿Para la ventana?

Reacher asintió.

—¿Qué tal eso?

Reacher miró hacia donde señalaba Chang. Un metro de patio de cemento. Un artículo cuadrado con las esquinas redondeadas. Un poco más abultado en la parte interna. Con un agujero en el centro. De alguna clase de material duro. Plástico, o vinilo, o una mezcla. Una base de sombrilla.

—¿Puedes tirar eso? —susurró él.

—Claro —dijo ella.

Él sonrió. No era ninguna flacucha. Dijo:

—Un segundo después de que le dé una patada a la puerta.

Ella lo cogió.

Él se puso en posición.

Susurró:

—¿Lista?

Ella asintió.

Un paso, dos, tres y estrelló el talón contra la cerradura y la puerta se abrió, y mientras Reacher caía del lado de adentro escuchó que estallaba la ventana de la sala de estar y la base de la sombrilla golpeaba contra el suelo. Cruzó la cocina a toda velocidad hasta el salón y se encontró con el tipo de la izquierda todavía con el teléfono en la mano y con el tipo de la derecha moviendo rápido el brazo hacia la Uzi, pero el movimiento resultó repentinamente corto, porque sus hombros repentinamente se encorvaron y se movieron para el otro lado, un acto reflejo frente al fuerte ruido que se había producido a sus espaldas, y a la lluvia de cristales que le caía sobre la cabeza y sobre el cuello, y a la imagen borrosa de un objeto del patio trasero que pasaba volando por su campo de visión.

También volando por su campo de visión apareció la bota de

Reacher, que le impactó en un lado del rostro y lo dejó K.O. como a un impermeable viejo tirado sobre un suelo brillante. Y con eso ya se había resuelto el asunto, porque de ahí en adelante lo único que Reacher tenía que hacer era coger la Uzi, poner el selector en modo automático, mover el seguro de la empuñadura y apuntar al corazón del tipo de la izquierda.

—Quieto —dijo Reacher, y el tipo obedeció.

No se escuchó ningún sonido proveniente del pasillo. Verano, una tarde cálida, todos en la calle.

—¿Qué es esto? —dijo el tipo.

—El momento en el que nos quedamos con vuestras armas y vuestro dinero.

El tipo miró la bolsa con el paquete de gomas encima. Un reflejo. Involuntario. Chang entró a espaldas de Reacher. Con el puño en el bolsillo.

—Regístralos a los dos —dijo Reacher.

Chang lo hizo. De manera rápida y meticulosa. Entrenamiento de Quantico. No encontró nada interesante en ninguno de los dos más allá de las llaves de un coche y dos armas cortas. Las llaves del coche eran de un Audi y las armas eran una Glock 17 y una Beretta 92. Ambas nueve milímetros. Igual que la Uzi. Su logística de municiones era ordenada y pulcra, al menos.

—Mira a ver qué hay en las bolsas —dijo Reacher.

Chang lo hizo. En el bolso sobre el que había estado apoyada la Uzi había miles de paquetes pequeños de papel translúcido, algunos rotos, otros arrugados, todos amontonados. Por eso las gomas, supuso Reacher. Una vez había leído un libro acerca del contador de un cartel de drogas que gastaba cinco mil dólares al mes solo en gomas para los fajos de billetes.

—¿Dónde está el Audi? —dijo Reacher.

—Ahí fuera en la entrada —dijo el tipo—. Suerte con eso.

—Tú vienes con nosotros. Vas a cargar los bolsos.

—Ni de coña.

—Acéptalo. A veces ganas, a veces pierdes. No somos policías. El negocio va a seguir activo. Recuperarás todo este dinero en un par de semanas. Ahora muévete.

El tipo cargó una bolsa en cada mano y Reacher lo empujó delante de sí hacia el pasillo, agarrándolo del cuello con una mano, con la otra clavándole la Uzi en la parte baja de la espalda. Chang llevaba la Glock en la mano derecha y la Beretta en la izquierda. El pasillo era largo y estaba sucio, y más adelante se oían los ruidos de la calle. Insultos, risas, pisadas, coches en movimiento. Todos esos ruidos llegaban secos y amortiguados por el calor y la distancia, y por la puerta del frente, que estaba cerrada.

—Diez segundos más —dijo Reacher—. Sé inteligente y vive mucho.

Movió al tipo hacia un lado y dejó que Chang pasara y abriera la puerta. Después Reacher empujó al tipo afuera y las conversaciones y las risas se interrumpieron. Había once personas en el exterior, algunos en el patio, otros en la acera, otros más sobre el alcantarillado, uno era un niño de alrededor de dos años de edad, tres eran mujeres de menos de veinte, dos eran hombres duros de alrededor de treinta, y el resto eran niños flacuchos de alrededor de doce, que eran los que iban y venían. Por la calle pasó un coche, despacio, solo para hacerse ver, con una línea de bajo que hacía retumbar los altavoces. Después se fue, y Reacher empujó al tipo hacia delante, y su gente se puso de pie, lista para pelear, pero el tipo dijo:

—Dejadles.

Chang accionó la llave y parpadearon las luces de un sedán negro. Era más pequeño que un Lincoln Town Car, pero no era compacto. Chang abrió la puerta de atrás y Reacher hizo que el tipo tirara las bolsas en ese asiento. Después le dio la vuelta y lo empujó hacia la casa. Mantuvo la Uzi levantada. Chang se subió en el asiento del conductor. Reacher retrocedió hasta el asiento del acompañante. Chang arrancó a toda velocidad. Reacher cogió del asiento trasero la bolsa con heroína y la vació por la ventanilla mientras Chang seguía acelerando. Volaron paquetitos de papel traslúcido por todos lados, brillantes y marrones, como una plaga de langostas muertas, como la estela de un remolino. La gente empezó a correr hacia la calle, levantando los paquetes, persiguiendo el coche, abalanzándose unos delante de otros, tratando de coger lo que pudieran, con los tipos de la casa que también corrían alrededor, tratando de restablecer el orden, tratando de reclamar lo que era suyo. Y eso fue todo lo que Reacher vio, porque Chang dobló rápido hacia la izquierda donde terminaba la diagonal y después de eso los residentes se perdieron de vista.

CINCUENTA Y UNO

Abandonaron el Audi en un *parking* privado a cuatro manzanas del hotel, con la cerradura de las puertas no accionada y con la llave puesta, y guardaron las armas en la bolsa del dinero, y lo llevaron a la habitación de Westwood. Donde actuaron un poco, al principio, mostrando por partes lo que había dentro, como en un espectáculo de magia. Como sacando conejos de una galera. Primero la Beretta, y después la Glock, y después la Uzi, todas recibidas con entusiasmo, y después finalmente dieron la vuelta a la bolsa abierta y cayó sobre el cubrecama una avalancha de dinero.

—Estoy cambiando de opinión con respecto a lo de la sección de filosofía —dijo Westwood.

Él y Chang se pusieron a contar el dinero, y Reacher revisó las armas. Las tres tenían todas las balas, más una en la recámara. Sesenta y siete en total, todas intercambiables. El mecanismo de la Uzi estaba en buenas condiciones. Como en la mayoría de las Uzi. Máquinas simples, hechas para lo que el combate es, no para lo que debería ser. Algunos dirían que como las Kalashnikov. Las armas cortas eran distintas. Especialmente, dirían algunos, la Beretta. Eran instrumentos de precisión. Bellamente diseñadas y duras como clavos, pero aun así requerían algún tipo básico de cuidado mínimo. Que los vendedores de droga no le daban, según la experiencia de Reacher. Su dinero valía lo mismo que el de cualquier persona, pero sus armas a veces fallaban. Esa era la realidad. Tenían poco mantenimiento. O ninguno. Tanto la Glock como la Beretta parecían secas y se sentían arenosas. Máquinas resistentes, y que casi sin duda estaban bien, pero casi no era suficiente. No para la clase de cosas que te hacen empuñar un arma. Era un razonamiento circular. Era una pregunta zen. Un arma en la que no puedes confiar ¿es un arma?

—Reacher, mira esto —dijo Chang.

Reacher miró. Las apariencias habían sido engañosas. Evidentemente. Los billetes sueltos grasientos de cinco dólares y los ladrillos de billetes de diez y los rollos de billetes de veinte eran reales. Pero no eran toda la verdad. Ni siquiera la mayor parte de la verdad. Eran un agregado. Los habían tirado en la bolsa como una capa extra delgada sobre el cargamento principal. Que eran ladrillos de billetes de cien con la faja oficial del banco. Todos frescos y fragantes y pulcros y nuevos. Y gruesos. Cien billetes en cada ladrillo.

Cien billetes de cien eran diez mil dólares.

Por ladrillo.

Había muchos ladrillos.

—¿Cuánto? —dijo Reacher.

—Más de doscientos treinta mil dólares —dijo ella.

Reacher se quedó callado durante un rato.

Después dijo:

—¿Puedo ver de nuevo las fotos satelitales de ese lugar?

El ordenador de Westwood ya estaba encendido y operativo, y la imagen estaba todavía en el historial de internet, por lo que aunque dijo que la conexión de wifi era lenta, la imagen estuvo en la pantalla en apenas unos segundos.

Reacher la miró.

Como antes, vio una granja rodeada de un mar de trigo. Cercas, un sector de tierra, cerdos, gallinas y huertas. Una casa y seis edificios anexos. Coches aparcados y antenas satelitales. El cobertizo de un generador eléctrico. Unas líneas tenues de los cables tendidos entre algunas de las edificaciones y una línea telefónica que llegaba por los postes. La boca del pozo y su sombra. Mejor que un dibujo arquitectónico, porque era la realidad tal cual era, no tan solo una intención.

Hizo lo que había visto que hacían los demás, y deslizó dos dedos juntos por el panel táctil para mover la imagen, e hizo el movimiento contrario a pellizcar para agrandarla. Empezó por donde estaban aparcados los coches y simuló que uno se movía. Lo siguió hacia fuera de la granja, por la entrada al camino de tierra, hacia el este en dirección a las vías del tren y después hacia el norte en la esquina de un campo. El campo se extendía ininterrumpidamente durante más de quince kilómetros seguidos, y después el camino de tierra giraba hacia el oeste en la esquina más alejada, y después de nuevo hacia el norte, subiendo recto hasta el pueblo de Mother's Rest, donde entraba como un afluente estrecho e insignificante a la parte sin salida de la misma plaza grande que después seguía hasta los elevadores de granos. Era un camino privado, en definitiva, de treinta kilómetros de largo. No iba a ningún otro sitio.

Hizo el viaje virtual en la otra dirección, treinta kilómetros hasta la granja, y aparcó donde había empezado. Agrandó la imagen hasta que la granja ocupó toda la pantalla, de un lado al otro y de arriba abajo. Lo que estaba más cerca de la vía del tren era la pocilga. Tenía un espacio grande techado, probablemente de madera, y una zona cercada en frente más o menos seis veces más grande, toda revuelta y marcada por pisadas fuertes. Todo barro y charcos. Había un granero un poco más grande que el refugio para los cerdos. Esas dos edificaciones no tenían electricidad. El cobertizo del generador eléctrico era fácil de reconocer. Tenía un tubo que entraba por la

pared y una chimenea de ventilación en el techo. Diésel, para una planta de ese tamaño. Era una instalación inmensa. Salían para todos lados cables gruesos como dedos, colgando de alero a alero, hasta la casa, y hasta las otras tres edificaciones.

—Vamos a suponer que el edificio más grande es la casa —dijo Reacher—. Con los coches y las antenas parabólicas. ¿Pero cuál edificio es la suite de los suicidios?

Los otros dos se agacharon a su lado, hombro con hombro, uno a cada lado.

—La suite de los suicidios probablemente es la que le sigue en tamaño. Dormitorio, área de salón, baños, etcétera —dijo Westwood.

—Con electricidad, para la calefacción y el aire acondicionado, y una iluminación ambiental agradable. Quizás con música suave. Todas las comodidades de un hogar. —Reacher señaló—. ¿Ese?

—Casi seguro.

—¿Y dónde está el motor Chevy V8 de bloque pequeño?

—En otro de los edificios anexos. Lejos e insonorizado.

Reacher asintió:

—Una vez estuve en el oeste de Texas y vi que los usaban para alimentar bombas de riego. En la época en la que la gasolina era más barata que el agua. Motores de coches normales, que sacaban de coches que ya no servían, supongo. Hacían una plataforma de hormigón y los atornillaban ahí, como si todavía estuvieran en algún lugar debajo de un capó. Los pintaban de amarillo brillante, para que no se chocaran con ellos ni los tractores ni las máquinas de arado. Pero eran ruidosos, al aire libre. Por lo que sí, uno construiría paredes alrededor de la plataforma de hormigón, y un techo. Se le podría poner algo a las paredes y tapar el techo. Con algún tipo de material que absorba el sonido.

—Y se necesitaría electricidad —dijo Westwood—. No lo tienen todo el tiempo encendido. Solo cuando lo necesitan. Sería vergonzoso si no arrancara. Por lo que se necesitaría un cargador de batería conectado, de forma permanente, en modo de carga lenta. Por si las dudas.

—¿Entonces qué edificio es?

Westwood señaló:

—O ese o ese.

—¿Dónde está el tubo de escape?

Silencio, por un momento.

—Quizás no se ve —dijo Westwood.

—Se ven los cables de electricidad. Se ve el cable del teléfono, más o menos. Los cables de la electricidad pueden tener dos centímetros y medio de diámetro. Probablemente un poco menos. El tubo de escape de un coche tiene al menos cinco centímetros de diámetro. Quizás

siete. Mirad por debajo de un coche alguna vez. Es todo de metal, por el calor, y por lo tanto está soldado en secciones. ¿Pero dónde está? No hay ningún tubo que entre a la suite de los suicidios. No desde otro de los edificios.

—Quizás está bajo tierra.

—La humedad lo carcomería en cuestión de semanas. Tendría pérdidas de gases. Estarían yendo a la tienda de tubos de escape todo el tiempo. Si quisieran esconderlo, lo harían ir a la altura de las rodillas por un cantero y plantarían todo de arbustos alrededor. Quizás rosas. Lo cual haría que lo viéramos incluso más fácilmente. Pero no está. No existe. Su página de internet es una mentira.

Westwood se inclinó hacia delante y agrandó la imagen, y la agrandó más, hasta que quedó rudimentaria y borrosa y pixelada, hasta lo máximo que se podía agrandar. La movió, con cuidado, despacio, y recorrió las cuatro paredes de las cuatro edificaciones.

No había ningún tubo de escape. Ninguna de esas construcciones estaba conectada con otra por algo más grueso que un cable de electricidad.

—Tenemos doscientos treinta mil dólares para cubrir gastos —dijo Reacher—. Es como trabajar de nuevo para el Pentágono. Nos podemos permitir hacer un plan nuevo.

El plan nuevo se hizo despacio, con cuidado, en profundidad y en detalle, durante el resto de esa tarde, y parte de la noche, y toda la mañana siguiente. Los ordenadores ayudaban. El plan tenía cinco partes móviles, y tenían que estar todas sincronizadas con exactitud, y todas eran delicadas, y todas eran vitales. Pero, gracias a la tecnología, lo que en el pasado habría llevado días les llevó solo unas horas. Tanto Westwood como Chang tenían ordenadores portátiles, y también participó Reacher, con el teléfono de Chang. Le estaba llegando conexión wifi. Cliqueaba y se desplazaba por la pantalla como cualquiera. Y cuando era el momento de llamar a alguien, cuando Westwood y Chang estaban hablando por sus móviles, él usaba el teléfono fijo de la mesita de noche, y entre los tres resolvieron todo diez veces más rápido que en los viejos tiempos.

El resto del plan era una lista de compras. El primer lugar de la lista lo ocupaba un residente legítimo del estado. No para comprarlo como tal, sino para alquilarlo. O sobornarlo, técnicamente, para ir a comprar el resto de las cosas que estaban en la lista. La mayor parte de las cuales no se podían hacer sin un carnet de conducir de Oklahoma. Al final el conserje del hotel se ofreció como voluntario. Se veía a sí mismo como alguien que soluciona cosas, como un hombre de mundo. Sin duda se sintió atraído por el dinero que se le ofrecía. No tuvo ningún reparo. El dinero en efectivo era real. No estaba

infringiendo ninguna ley. Estaba protegido por la Segunda Enmienda.

Cumplió con lo que se le había pedido hacia el final de la tarde, momento para el cual todo lo demás estaba decidido. Habían ensayado, y habían expresado todas sus ideas, y habían analizado todas las consecuencias posibles. Habían sondeado, y habían cuestionado, y a veces habían empezado de nuevo. Lo habían recreado desde el lado de los villanos y habían examinado sus opciones. Habían sopesado los imponderables. ¿Qué pasaba si llovía? ¿Qué pasaba si había un tornado? Lo único que faltaba era que Reacher aprobara las compras.

Había tres artículos principales. Eso era todo. Habían tenido la tentación de volverse locos, como niños en una tienda de caramelos. Después la lógica se había ido imponiendo, y habían terminado en el lugar en el que a Reacher le gustaba estar, con todo lo que necesitaban y nada que no necesitaran. Las tres elecciones eran productos Heckler & Koch. Una pistola P7 para Westwood. Igual que el arma de repuesto de Hackett. Apuntar y disparar. Nueve milímetros. Más pequeña que las armas cortas normales. Para que la llevara en su bota de senderista, en una funda de tobillo, que también comprarían.

Los otros dos artículos eran un par idéntico. Dos subfusiles MP5K. Uno para Reacher y otro para Chang. Más grandes que las armas cortas normales, pero no mucho más grandes. Había revólveres que eran más largos. Esos subfusiles tenían empuñaduras de pistola y empuñaduras frontales haciendo juego, gordas y abultadas. Un diseño futurista, muy apreciados por los equipos SWAT y por los escuadrones antiterroristas de todo el mundo. Mediante un selector se podía elegir entre disparar un solo disparo cada vez o en disparo automático, y en automático podían disparar hasta novecientas balas por minuto. Que eran quince balas por segundo.

Por lo que el resto de la compra eran municiones. Todas nueve milímetros Parabellum, intercambiables entre las tres armas, pero para ese momento ya cargadas previamente en cuatro cargadores de P7 y en veinticuatro cargadores de MP5. Más habrían sido difíciles de llevar.

Reacher desarmó las armas y las volvió a armar, y las disparó vacías, algunas veces con el dedo meñique, que a él le parecía el más sensible a los matices mecánicos.

Las tres funcionaban.

También habían comprado algunos artículos de ferretería, que habían guardado dentro de una mochila pequeña.

—¿Está todo bien? —le preguntó Chang.

—Parece estar todo en orden —dijo él.

—¿Tú estás bien?

—Me estoy sintiendo bien, sí —dijo él.

—¿Estás contento con el plan?

—Es un gran plan —dijo él.

—¿Pero?

—Algo que solíamos decir en la policía militar. Todos tienen un plan hasta que les pegan un puñetazo en la boca.

Westwood miró la hora en su reloj. Un objeto complejo, de acero, con muchas esferas. Eran las cinco en punto de la tarde. Dijo:

—Nos quedan siete horas. Deberíamos comer algo. Seguro que el restaurante está abierto.

—Ve tú —dijo Reacher—. Nosotros pediremos servicio de habitación. Llamaremos a tu puerta cuando sea la hora.

CINCUENTA Y DOS

Desde la pasarela de metal en la parte superior del viejo gigante de hormigón el amanecer se vio enorme, y lejano, e infinitamente lento. El horizonte del este estaba negro como la noche y así permaneció, hasta que al final una persona con los ojos tensos bien abiertos podría llegar a decir que era apenas gris, como el carbón más oscuro, que se fue encendiendo durante largos y lentos minutos y se expandió, de un lado al otro y extremadamente fino, y hacia arriba, como dedos palpando alguna capa externa de la atmósfera, imposiblemente distante, la estratosfera tal vez, como si la luz viajara más rápido allí, o llegara allí antes.

Se empezó a asomar el borde del mundo, al menos para los ojos tensos bien abiertos, delineado y contorneado en gris sobre gris, infinitamente tenue, infinitamente sutil, apenas si estaba ahí, en parte imaginación y en parte esperanza. Después unos dedos dorado pálido sondearon el gris, moviéndose, etéreos, como tratando de decidir. Y después expandiéndose, encendiendo una capa distante y delgada molécula por molécula, un lumen, iluminándolo despacio, haciendo que se tornara luminoso y transparente, el cristal del cuenco, no blanco y frío, sino teñido de un color más cálido.

La luz seguía siendo lánguida, pero llegaba más lejos con cada minuto nuevo que pasaba, hasta que todo el cielo se puso dorado, pero pálido, no alcanzaba como para ver, era demasiado débil como para proyectar la más mínima sombra. Se abrieron los rayos más cálidos e iluminaron el horizonte, y finalmente salió el sol, imparable, por un segundo tan rojo y furioso como un atardecer, después asentándose en un resplandor amarillo y caliente, aclarando el horizonte a medias y proyectando sombras inmediatas, al principio perfectamente horizontales, después de kilómetros de largo. El cielo pasó de dorado pálido a azul pálido, por todas las capas, por lo que el mundo de arriba pareció de golpe más profundo y al mismo tiempo infinitamente alto e infinitamente ancho. El rocío de la noche había asentado el polvo y, hasta que se secó, el aire fue cristalino. La vista era pura y clara en todas las direcciones.

El conductor del Cadillac estaba en la pasarela, con el Moynahan al que le habían pegado en la cabeza y le habían quitado el arma. Todavía se sentía mal, pero había una agenda con la que cumplir. En vez de una férula tenía puesto un casco de fútbol americano como los de antes, de cuero. Para su pómulo. El conductor del Cadillac estaba

mirando hacia el oeste, con el sol nuevo débil en la nuca. Moynahan, para que el brillo no le molestara, entornaba los ojos hacia el este, observando la carretera. No había visto nada de tráfico por la noche. Ningunos focos delanteros. Todo lo demás era trigo. Después venía la curvatura de la tierra.

Lo mismo hacia el oeste. La carretera, el trigo, el horizonte a lo lejos. Nada de tráfico por la noche. Ningunos focos delanteros. Ninguna emoción. La tercera mañana. Justo por debajo en la plaza algunos madrugadores se encaminaban al desayuno. Como hormigas. Aparcaban camionetas, como juguetes. El ruido de las puertas al cerrarse. La gente se decía buen día entre sí. Todos sonidos familiares, pero apagados e indefinidos por la distancia vertical.

Después de veinte minutos el sol ya se había separado del horizonte y ya estaba trazando una curva al sur del este, partiendo hacia su viaje matutino. El amanecer se había vuelto día. El cielo se había puesto más brillante, y más azul, y perfectamente uniforme. No había ninguna nube. Un calor nuevo revolvía el aire, y el trigo se movía y se arremolinaba, con un roce susurrado, como despertándose. Desde lo alto del Elevador Tres hasta el horizonte había veinticinco kilómetros. Una cuestión de elevación, y geometría, y de la llanura del terreno. Lo cual quería decir que los tipos de la pasarela estaban en el centro exacto de un círculo de cincuenta kilómetros de diámetro, flotando arriba, con todo el mundo visible desplegado a sus pies. Un disco dorado, debajo de un cielo alto y azul, cortado en partes iguales de arriba abajo por la vía del tren y de lado a lado por la carretera. Desde la pasarela, tanto la vía como la carretera se veían estrechas y encerradas en medio del trigo. Como líneas finas de lápiz, a simple vista, trazadas totalmente rectas con regla. Las líneas se juntaban en el cruce de tren, justo por debajo de ellos. El centro del disco. El centro del mundo.

El conductor del Cadillac estaba sentado con las rodillas levantadas, para apoyar sus prismáticos. Estaba mirando el extremo más alejado de la carretera, al fondo hacia el oeste. Si algo se avecinaba, quería poder advertirlo al máximo. Moynahan tenía la mano derecha levantada, para tapar el sol, y con la mano izquierda sostenía los prismáticos frente a sus ojos. Un poco temblorosos. No era sencillo, con el casco. Su técnica consistía en examinar de un lado al otro, de más cerca a más lejos. Quería asegurarse de no haberse perdido nada.

Su *walkie-talkie* emitió un sonido. Moynahan bajó los prismáticos y lo levantó. Dijo:

—Adelante.

—Chicos, necesito que os quedéis allí arriba hasta el tren de la mañana —dijo el hombre de los vaqueros y el pelo—. Vuestros relevos llegan tarde.

Moynahan miró al conductor del Cadillac. Que se encogió de hombros. La tercera mañana. El pánico se había tornado rutina.

—De acuerdo —dijo Moynahan.

Dejó el *walkie-talkie*.

Miró su reloj y dijo:

—Veinte minutos.

Cogió los prismáticos y alzó su palma derecha contra el sol.

—Tengo algo por aquí —dijo.

El conductor del Cadillac miró una vez más al oeste vacío y se dio la vuelta. Levantó la mano derecha para hacerse sombra. Los prismáticos temblaron un poco. El horizonte este estaba brillante. El sol todavía estaba lo suficientemente bajo como para turbar el aire. Con el teleobjetivo, peor aún. En la carretera había una forma cuadrada diminuta, de alguna manera bamboleándose de un lado hacia el otro, pero en su lugar. No había ningún movimiento aparente hacia delante. Una ilusión óptica, por los prismáticos. Era una furgoneta, que avanzaba quizás a unos setenta kilómetros por hora. Mayormente blanca. Se dirigía directamente hacia ellos.

—No le quites la vista de encima —dijo el conductor del Cadillac —. Asegúrate de que no hay nada detrás de la furgoneta.

Volvió al oeste y levantó las rodillas.

Colocó los prismáticos.

—Mierda, yo también tengo algo —dijo.

—¿Qué es? —dijo Moynahan.

Lo más probable era que fuese un coche rojo. Tan solo un punto, minúsculo a lo lejos, con el sol bajo parpadeando en el parabrisas. A unos veinticinco kilómetros de distancia. Lo mismo que en el este, bamboleándose en el lugar, sin movimiento hacia delante. Una ilusión.

—¿El tuyo cómo viene? —dijo.

—Sigue avanzando.

—¿No hay nada detrás?

—No puedo saberlo. Todavía no. Podría ser un convoy entero.

—Lo mismo el mío.

Observaron. Vehículos distantes en una carretera recta, de frente, la imagen agrandada pero aplanada por los lentes de los prismáticos. El aire revolviéndose a los lados, un bamboleo insistente, ningún movimiento hacia delante, volutas de polvo.

Moynahan cogió el *walkie-talkie*. Apretó el botón y cuando le dijeron adelante dijo:

—Se aproximan vehículos por el este y por el oeste. A velocidad moderada. Es probable que lleguen a la misma hora que el tren de la mañana.

El hombre de los vaqueros y el pelo dijo:

—Son ellos. Es obvio. Quieren que tengamos que preocuparnos por tres cosas al mismo tiempo.

El conductor del Cadillac se dio la vuelta y miró hacia el este, porque Moynahan estaba hablando por la radio. La furgoneta seguía allí. Todavía cuadrada, todavía bamboleándose. Aparentemente sin moverse hacia delante. Mayormente blanca. Solo mayormente. Había destellos de otros colores.

Violetas y naranjas que le resultaron familiares.

—Espera —dijo.

—Espera un minuto, jefe —dijo Moynahan.

El conductor del Cadillac dijo:

—Es FedEx. Para mí.

—El este está despejado, jefe —dijo Moynahan—. Es solo FedEx. El oeste seguimos sin saber.

El hombre de los vaqueros y el pelo dijo:

—No le quitéis la vista de encima.

—Eso haremos.

Moynahan dejó el *walkie-talkie*. Miró la furgoneta de FedEx, por un momento muy breve, y después se dio la vuelta hacia el oeste. Quizás dos cabezas fueran mejor que una. El coche seguía acercándose. Seguía estando lejos. Solo los reflejos del sol y los destellos de las partes cromadas, y un poco de rojo. Las térmicas leves ascendiendo desde el asfalto por delante del coche, y una nube baja de polvo por detrás. Podía ser cualquier cosa.

El conductor del Cadillac se apartó y examinó la vía del tren. Nada en el norte. Nadie que viniera a pie. Ninguna máquina autopropulsada. Pero el horizonte sur parpadeaba con un color plateado. El tren de la mañana, a veinticinco kilómetros de distancia. Viniendo desde Ciudad de Oklahoma. Una perturbación diminuta en el aire.

Miró hacia el este. La furgoneta de FedEx seguía allí, bamboleándose en el lugar.

—Acabo de darme cuenta —dijo—. Me voy a perder la entrega. No me puedo mover de aquí arriba.

—Un viaje muy largo como para volver mañana —dijo Moynahan. Después hizo un gesto hacia el oeste, con la barbilla—: Es el coche más lento del mundo.

—No es lento. Están calculando la hora. Quieren llegar aquí con el tren. Para que tengamos que prestarles atención a dos cosas distintas. Por eso están viniendo por el oeste. No necesitan usar el cruce.

—¿Cómo de lejos está el tren ahora?

—El coche está más cerca.

—Pero el tren es más rápido.

El conductor del Cadillac no contestó. Era la misma mierda que te

preguntaban en el instituto. *Si un coche está a veinte kilómetros de distancia y viaja a setenta y ocho kilómetros por hora, y un tren está a veinticinco kilómetros de distancia y viaja a cien, ¿cuál de los dos llegará aquí primero?*

Los dos. Estaba coordinado. Era obvio.

El coche seguía avanzando. El tren seguía avanzando. Se acercaban. Rumbo a la colisión. Mucho más abajo de donde estaban ellos, en la plaza la gente se presentaba a cumplir con sus obligaciones, escabulléndose como hormigas. Salieron hombres del restaurante. Se subieron a sus camionetas. Un movimiento inteligente. Estaban enviando un grupo de contención. Una barricada, quizás a un kilómetro y medio de distancia. Siempre es mejor lidiar con un problema en otro lado. A menos que el coche fuera un señuelo. Quizás estaban en el tren. Como en una película vieja del Oeste. Se abren los lados de los vagones y saltan a caballo toda clase de sheriffs. En el andén iba a haber cuatro hombres para recibirlos. Más uno del lado ciego, por si acaso. Tenía que ser suficiente. *Todos sabéis cuál es el plan. Todos sabéis que funciona.*

Ahora el tren tenía un tamaño visible. De un lado lo iluminaba el sol y del otro lado estaba en sombras. Como la furgoneta y como el coche, parecía sacudirse para los lados, sin ir de hecho a ninguna parte. El aire se revolvía por todo su alrededor, como una estela luminiscente.

El coche se seguía acercando. Dos camionetas *pickup* ya estaban dispuestas para cortarle el paso. A más o menos un kilómetro y medio del pueblo, aparcadas una al lado de la otra, una en cada carril. Exactamente alineadas. Orgullosas. Casi ceremoniales. Como leones de piedra a la entrada de una mansión.

Entonces escucharon el *wap-wap-wap* de unas hélices.

CINCUENTA Y TRES

Moynahan y el conductor del Cadillac empezaron a dar vueltas como locos, retorciéndose de acá para allá, como atacados por abejas, mirando hacia arriba, observando el cielo en busca del helicóptero. Y encontrándolo en dos lugares distintos.

Había dos helicópteros.

Se acercaban con la parte frontal hacia abajo, rápido y a poca altura, uno desde el norte y el este, que estaba medio a la derecha, y otro desde el norte y el oeste, que estaba medio a la izquierda. *Wap-wap-wap*. Los dos parecían estar pintados de negro. Cabinas transparentes, pero con cristales polarizados. Por debajo de los helicópteros el trigo se aplastaba y se revolvía en largas líneas rectas, el inicio de una letra *V* enorme, cuyo vértice parecía ser exactamente donde ellos estaban. La parte de arriba del Elevador Tres.

El coche se seguía acercando. El tren se seguía acercando.

El *walkie-talkie* emitió un ruido. El hombre de los vaqueros y el pelo dijo:

—No los perdáis de vista en ningún momento. Necesito saber qué se baja de estas cosas. Y dónde.

Después la llamada se cortó. Podían ver al tipo allí abajo, diminuto y con la forma truncada por la perspectiva que les daba mirar desde arriba. Avanzaba a grandes pasos, con la radio alzada contra su rostro.

Wap-wap-wap.

El coche se seguía acercando. El tren se seguía acercando. A ninguno de los dos les faltaba mucho para llegar. No había necesidad de usar prismáticos. Ya no. Las hélices se escuchaban cada vez más fuerte, pulsando a destiempo, y se abría paso el chirrido de las turbinas.

Todo se estaba acercando mucho.

Menos de un minuto, quizás.

Pasaron muchas cosas. Moynahan y el conductor del Cadillac no pararon de dar vueltas, tratando de ver todo. Tratando de no quitarle la vista de encima a nada. Primero el helicóptero de la derecha se adelantó por un carril ancho hacia el este, metiéndose de nuevo detrás del pueblo y dirigiéndose hacia el sur, a toda velocidad, lo cual era muy rápido.

Hacia la granja.

Después el coche llegó a la barricada y se detuvo. Era un sedán rojo. Nacional. Barato pero sobrenaturalmente limpio. Por lo tanto

alquilado. Dos de los tipos del restaurante estaban inclinados hacia delante, hablando por la ventanilla.

Después el helicóptero de la izquierda se alejó hacia el oeste y se quedó en el lugar, como si estuviera esperando, y después volvió. Se puso justo por encima de la plaza. Manteniéndose bajo. Muy bajo. Más bajo que el viejo gigante de hormigón. El conductor del Cadillac y Moynahan ahora lo miraban desde arriba. El ruido y la corriente de aire ascendente les sacudían la ropa y los zamarreaban. La corriente de aire descendente removía tierra y basura por todos lados. Como una tormenta de tierra, allí mismo, en la calle principal.

Después la camioneta de FedEx cruzó las vías, más o menos unos treinta metros por delante del tren. A treinta metros de distancia de sufrir un impacto lateral de mil toneladas. El tipo ni siquiera aceleró. Era su recorrido habitual. Sabía lo que hacía.

Después a lo lejos en el sur el helicóptero de la derecha se hundió en el horizonte. Acercándose a la granja, supusieron, porque ¿qué otra cosa había ahí?

Y después justo a sus pies llegó el tren, ruidoso y largo, caliente y brutal, siseando y retumbando y zumbando y rechinando, pero por una vez en su vida con su estruendo ahogado por los golpes de las hélices y los chirridos de las turbinas.

Los tipos del restaurante seguían hablando por la ventanilla.

Se abrieron las puertas del tren.

Wap-wap-wap.

No bajó nadie.

Nada en el lado ciego.

Wap-wap-wap.

Se cerraron las puertas del tren.

El tren se puso en marcha, alejándose por debajo de sus pies, despacio, despacio, vagón por vagón.

Los tipos del restaurante seguían hablando.

El último vagón salió y se volvió más pequeño, balanceándose, mientras los rieles gastados cedían unos centímetros.

Las turbinas aullaron y el helicóptero se elevó.

La camioneta FedEx cruzó de nuevo la vía del tren y emprendió su viaje de regreso. Velocidad moderada. Tiempo estimado de llegada en el momento que fuera.

El helicóptero se apartó un poco y se ladeó, de modo que la corriente descendente cayó de lado, empujando a Moynahan y al conductor del Cadillac hacia el otro lado de la pasarela, hostigándolos con la tierra que removía y con su ruido ensordecedor. En el sur el otro helicóptero apareció por el horizonte y ejecutó la misma maniobra. Hacia arriba, y después por encima, y después se fueron. Con la parte frontal hacia abajo, a poca altura y rápido. Haciéndose

cada vez más pequeños. Volando en una nueva *V*, en la cual ahora el vértice apuntaba a lo lejos.

De repente hubo silencio. No había ningún ruido, salvo el del trigo. Y el ruido del trigo era reparador.

Su *walkie-talkie* emitió un ruido.

Moynahan lo cogió y dijo:

—Nadie bajó del helicóptero. Ni siquiera aterrizó. Tampoco bajó nadie del tren. Nada del lado ciego.

Allá en la carretera los tipos del restaurante estaban moviendo sus camionetas. El sedán rojo estaba pasando. Se dirigía hacia el pueblo.

—¿Qué pasa ahí? —dijo Moynahan.

El hombre de los vaqueros y el pelo dijo:

—Dice que es un cliente. Trajo mucho dinero. Vamos a echar un vistazo.

Al tipo del coche rojo lo llevaron al restaurante, pero antes de dejarlo entrar hablaron entre sí acerca de los helicópteros. Estaban todos, salvo el hermano de Moynahan. Al que le habían pegado una patada en las bolas y le habían quitado el arma. La conversación fue breve y no hubo consenso. Había dos líneas de pensamiento. O era un reconocimiento general antes de una nueva incursión en una fecha futura, en cuyo caso probablemente había incluido cámaras e imágenes térmicas y radar de penetración terrestre, o habían venido directamente a buscar a Keever, por el aire, como habían anticipado hacía ya mucho tiempo, en cuyo caso la búsqueda habría incluido más o menos la misma tecnología, pero tampoco había manera de que encontraran nada, por los cerdos.

Breve.

No hubo consenso.

O iban a volver o no.

No se votó.

El tipo al que hicieron pasar parecía saludable. Como un tipo de National Geographic. Pelo canoso desordenado, barba canosa desordenada. Cuarenta y cinco años, quizás. Ropa rara con muchos cierres. Botas con cordones como cuerdas para escalar.

Dijo que se llamaba Torrance.

Dijo que se había deshecho de su documento. No era solo por el seguro. Aunque en su póliza había ciertas cláusulas. Pero sobre todo quería que la gente se quedara pensando. Ese era su objetivo. No dejar ninguna huella. Su rastro de documentación escrita terminaba mil kilómetros atrás. Una pequeña fogata, en el lavabo del baño de un motel de Nevada. Había desaparecido todo. Después había viajado solo de noche, para minimizar el riesgo. Quería que la gente no estuviera segura. Y quería ocasionarles molestias. Siete largos años,

antes de una presunción legal.

El hombre de los vaqueros y el pelo dijo:

—Sabrá disculparnos que seamos tan cautelosos, señor Torrance. —Después miró al Moynahan al que le habían pegado en la cabeza y dijo—: ¿Dónde está tu maldito hermano?

—No sé —dijo Moynahan.

—Lo necesito aquí.

Su política habitual para hacer llegar mensajes durante una reunión era que el último que había llegado era el primero que iba. Moynahan había llegado último. Había bajado muy lentamente del viejo gigante de hormigón. Por su cabeza. Por su estabilidad.

—De acuerdo, iré a buscarlo —dijo.

Se dirigió hacia la calle.

El hombre de los vaqueros y el pelo miró de nuevo a Westwood y dijo:

—Señor Torrance, supongo que nuestra primera pregunta va a ser si lleva puesto algún micrófono para grabar esta conversación.

—No —dijo Westwood.

—Entonces no le molestará abrirse la camisa.

Westwood lo hizo. Un pecho robusto, con mucha carne, pelo canoso rizado. No había ningún micrófono.

El hombre de los vaqueros y el pelo dijo:

—Nuestra segunda pregunta es cómo nos encontró.

—Por internet —dijo Westwood—. En un foro. Me lo contó una persona amiga, Exit.

—Sí, la conocimos.

La. Conocimos.

—Me dijo que iba a venir con su amigo Michael —dijo Westwood —. Otro colega mío. Firmaba sus publicaciones como Mike.

—Sí, vino con él. También conocimos a Mike.

—Pensé que algo que era lo suficientemente bueno para ellos era lo suficientemente bueno para mí.

—Nuestra tercera pregunta es qué tenía planeado hacer con su coche alquilado. Ese es un rastro de documentación rojo brillante ahí a la vista de todos.

—Me preguntaba si podía pagar algo de dinero extra y que uno de ustedes se deshiciera del coche. Podrían llevarlo hasta Wichita o Amarillo y abandonarlo ahí. Se lo robarían rápido.

—Eso se podría arreglar. Y si lo llegaran a encontrar, en el barrio o donde fuere, solo sumaría algo más al misterio. O podría hacer que la gente piense en un homicidio.

—Eso es lo que me imaginé.

—Como ya sabe, nosotros ofrecemos distintas opciones para el final de la vida. Y distintas opciones significa exactamente eso. No

juzgamos. No les pedimos a las personas que nos aclaren sus motivos. No ofrecemos ningún servicio terapéutico y no intentaremos hacerle cambiar de opinión. Pero usted se presentó de una manera muy poco convencional. Por lo que necesitamos preguntarle por qué. Excepcionalmente.

—Ya he tenido suficiente —dijo Westwood—. Nunca pedí nacer. No lo he disfrutado, si tengo que ser honesto.

—¿Específicamente?

—Debo mucho dinero. No puedo pagar. No puedo enfrentar lo que viene a continuación.

—¿Apuestas?

—Peor.

—¿El gobierno?

—Cometí algunos errores.

El hombre de los vaqueros y el pelo miró a su gente. Estaban todos allí, más allá de los hermanos Moynahan. Cinco hombres. Se movieron en su sitio, e hicieron unas muecas pensativas, y asintieron de manera un tanto vaga.

El hombre de los vaqueros y el pelo miró de nuevo a Westwood y dijo:

—Creo que le podemos ayudar, señor Torrance. Pero me temo que va a costarle todo el dinero que trajo.

—Quiero el motor a gasolina —dijo Westwood—. Esa es la manera que elijo.

—Es una opción bastante popular.

—¿Es gasolina con plomo?

—Ahora funciona con gasolina sin plomo. Cabezas de cilindro especiales. El monóxido de carbono es el mismo de siempre. Es el catalizador el que lo elimina, no la gasolina sin plomo. Y huele mejor. La bencina hace que sea dulce. Es una bonita manera de partir.

—¿Qué eligen otras personas?

—La mayoría eligen las dos cosas. La seguridad del resultado se considera primordial. Por eso examinan tantas estadísticas.

—¿Debería hacer las dos?

—No es necesario. El motor a gasolina es cien por cien efectivo. Puede confiar en el motor.

Entonces el tipo miró la puerta de calle.

—¿Dónde se metieron los Moynahan? —dijo.

Último en llegar, primero en irse.

El tipo de los repuestos de la tienda de riego dijo:

—Iré a buscarlos.

Se fue.

El hombre de los vaqueros y el pelo miró de nuevo a Westwood y dijo:

—Es una pregunta rara, señor Torrance, pero ¿le gustaría desayunar con nosotros?

Westwood lo pensó y después dijo que sí, y el tipo del mostrador dejó temporalmente de lado su membresía de la comunidad para dedicarse a sus funciones profesionales, dirigiéndose hacia allí y poniéndose a preparar una jarra de café. El conductor del Cadillac dijo que le parecía mejor ir primero a verificar su punto de entrega, volvería en un minuto, pero el dueño de la tienda y el criador de cerdos y el tuerto del motel se sentaron enseguida. La camarera se acercó a la mesa y les tomó los pedidos. Se sirvió café y se entregaron los platos. Después el dueño de la tienda se puso otra vez de pie y dijo que quería ir rápido al lado a buscar algo. Algún remedio para la acidez, pensaron los otros. También dijo que regresaría en un minuto.

Pero no regresó en un minuto.

Tampoco el conductor del Cadillac.

Ni los Moynahan, ni el tipo que se había ido a buscarlos.

El hombre de los vaqueros y el pelo se quedó mirando la puerta. Dijo:

—¿Qué demonios está sucediendo aquí? La gente se sigue yendo y no regresa.

Se puso de pie y se acercó hasta la ventana. No había nada ahí afuera. Nada de nada. Solo quietud. No había tráfico, no había peatones. No se movía nada. Sol cálido, calles vacías.

—Tenemos un problema —dijo el tipo—. Por la salida de atrás, ahora mismo. Señor Torrance, sepa disculparnos. Regresaremos a buscarlo más tarde.

Y después salió corriendo, por la cocina, seguido por el criador de cerdos y el hombre del mostrador y el conserje tuerto, al callejón de atrás, donde estaba aparcada la camioneta del hombre del mostrador. Se subieron todos amontonados y partieron, a la plaza, hacia el sur hasta la otra punta, por la entrada al camino de tierra estrecho. Como un acceso privado, de treinta kilómetros de largo.

Westwood se quedó solo en el restaurante, en medio del silencio. Hasta que se abrió la puerta de calle y entró Chang, y por detrás entró Reacher.

CINCUENTA Y CUATRO

La porción más grande de dinero se la habían gastado en los helicópteros. Dos limusinas aéreas, que ofrecían servicios para empresas de Kansas City. Como Lincoln Town Cars en el cielo. No había manera de que aterrizaran. No en lugares que no estuvieran habilitados. No había manera de que permitieran que alguien se descolgara de los helicópteros con sogas. Su seguro no se los permitía. Pero no les molestaba ir y volver hasta el lugar sin pasajeros. No les molestaba añadir un poco de dramatismo. Para una toma de vídeo, les habían dicho. Recibieron las coordenadas exactas de GPS directamente de Google. La coordinación era la parte complicada. Para que pudieran filmar las cámaras. Pero tenían ordenadores en las cabinas. Podía llegar a salir bien.

La segunda porción más grande de dinero se la llevaba Westwood. Lo suficiente como para impresionar. Su ordenador de a bordo eran el velocímetro de un Ford alquilado y su reloj de pulsera. Escuela secundaria, no estudios de posgrado. *Si un coche tiene que recorrer veinticinco kilómetros en quince minutos, ¿a qué velocidad tiene que ir?* Todo sujeto a los horarios del tren, por supuesto. Encontró una estación de radio AM con informes conjuntos de clima y tránsito, que había informado de que el tren estaba en camino o cerca. En horario, probablemente. Era lo mejor que podía hacer.

Mientras tanto Reacher y Chang estaban en la furgoneta de FedEx. Habían llamado al depósito de Ciudad de Oklahoma y habían dicho que tenían que enviar un paquete de manera superurgente para el otro día a un lugar que se llamaba Mother's Rest. Les dijeron cuál era la hora más tarde a la que lo podían llevar al depósito. Llegaron cinco minutos antes. Encontraron al conductor de la noche fumando en el callejón. Dijo que Mother's Rest estaba en su itinerario habitual. Coincidió en que los ladrillos de cien dólares con las fajas del banco eran algo maravilloso. Especialmente con un poco de psicología. *Toma los que tú quieras. Lo que te parezca justo. Lo único que queremos es viajar en la parte de atrás.* Y llegar exactamente a la misma hora que el tren. Algo que el tipo dijo que podía hacer. No había problema. Con los ojos cerrados. Era su itinerario habitual. Podían viajar con él adelante, si querían, y después podían pasarse atrás cuando estuvieran cerca.

Y después bajarse, con suerte sin que los vieran, detrás de la tienda del conductor del Cadillac, entre medio de todo el caos ocasionado por

los helicópteros y el pánico del tren y la confusión que provocaría Westwood. Si la coordinación funcionaba. Y aparentemente había funcionado. Hubo mucho caos. Eso seguro. Y en la tienda no había nadie. Lo cual fue un regalo a corto plazo. Pero una molestia a largo plazo. Era una cosa más para después.

Todo empezó con el Moynahan al que Reacher le había pegado en la entrepierna. Vieron al tipo rengueando por una calle transversal, yendo en dirección al restaurante o a la tienda. O al motel, posiblemente. Cayó fácil, y lo ataron de pies y manos con los sujetacables que habían comprado en la ferretería, y lo amordazaron con un trapo comprado en el mismo sitio, y lo dejaron en la contaduría abandonada al lado del FedEx, que no tenía una muy buena cerradura.

Después apareció el hermano del tipo o el primo o lo que fuera, con un sombrero de cuero ridículo, en busca de algo. También cayó, igual de fácilmente, cinco precintos para cables, un trapo y un sitio en el suelo de la contaduría, justo al lado de su familiar. Después apareció el tipo de los repuestos. El de la tienda de riego. Buscando a los dos primeros. Esta vez no conversaron sobre fútbol americano. Solo los precintos, el trapo, el suelo.

El resto de las personas del pueblo se mantuvieron bien apartadas. Se quedaron puertas adentro. Alguna clase de instinto antiguo, probablemente. Quizás por los subfusiles. Tenían un aspecto extraño. Como utilería de un set de grabación. Lo único que podían hacer era esconderse. El servicio del 911 era lo mismo que si estuviera desconectado. La policía estaba muy lejos. Y además hacía calor. Era más cómodo estar resguardado, con el aire acondicionado.

El conductor del Cadillac entró directo. Pensaba que su tienda seguía siendo suya. Precintos, trapo, suelo. Para encontrar al dueño del almacén tuvieron que ir más lejos. Lo cogieron saliendo por la puerta de atrás de su edificio, con una botella pequeña de antiácido en la mano. Precintos, trapo, suelo.

Después el pozo se secó, cuando la camioneta salió chirriando de atrás del restaurante.

Dejando a Westwood solo.

Que dijo:

—Aceptaron hacerlo con el motor a gasolina.

Reacher asintió:

—Mantendrán la farsa hasta el final. Sea lo que sea.

—Asumo que fueron para la granja.

—¿Qué otra cosa hay?

—¿Estamos preparados?

—Hicimos lo que pudimos.

—Haré que lleguemos allí.

—Sé que lo harás.

—Y en ese momento os desharéis de mí, ¿no?

—No nos desharemos de ti —dijo Chang—. A no ser que quieras.

—No quiero.

—Me gustaría hacerte ir por delante —dijo Reacher—. En vez de ir yo. Eres una persona adulta. No me importa qué te vaya a pasar. Ven si quieres. Quédate con nosotros hasta el final. Pero quédate con nosotros de mi lado izquierdo.

—¿Eso por qué?

—Soy diestro. Me gusta tener libertad de movimiento.

—Comprendido. Vamos.

En condiciones normales se habría considerado una prueba de uso y conducción. Una maquinaria desconocida, que un comprador potencial sale a conducir por un breve recorrido, a modo de prueba. Salvo que Reacher no era un comprador potencial. Raramente compraba algo, y nada que no se pudiera consumir, y sin duda no compraba maquinaria agrícola. El vendedor lo sabía. Y Reacher no la iba a manejar, tampoco, porque no podía. No sabía cómo hacerlo. El primer problema lo resolvió con el subfusil, y el segundo con Westwood, que una vez había aprendido cómo conducir eso porque los editores de ciencia y tecnología a veces se veían arrastrados a opinar sobre proyectos científicos, lo cual a veces los llevaba a participar de manera activa en estupideces vecinales bienintencionadas, que a menudo implicaban palear algún tipo de porquería, y la mejor manera de lidiar con eso siempre era mecánicamente.

Era una retroexcavadora New Holland, de la concesionaria de maquinaria agrícola que estaba al norte de la carretera de las caravanas. Westwood la hizo circular por la plaza y después pasaron junto al motel. Si no era una prueba de conducción, era al menos un préstamo de cortesía. Sin la parte de la cortesía. Pero un préstamo de todos modos. Reacher no tenía ninguna intención de quedársela. En su parte trasera, la máquina tenía un brazo con garra y una pala para excavar, muy estrecha, con dos dientes agresivos. Una herramienta de trinchera. Adelante estaba la pala cargadora, que era ancha y alta, pero poco profunda. Más como las cuchillas de una topadora. Era claramente una maquinaria versátil. Se le podían añadir todo tipo de cosas. Era nueva, de color brillante y estaba totalmente limpia. Tenía olor a retroexcavadora nueva. La cabina era apenas lo bastante ancha como para que cupieran tres personas, pero había solo un asiento. Westwood iba ahí, porque era donde tenía que ir. Había todo tipo de palancas y pedales. Chang estaba de pie a la izquierda de Westwood, de lado, y Reacher estaba metido como podía a la derecha, también de

lado. El motor rugía. La máquina estaba hecha para hacer trabajos duros y para andar solo cortas distancias hacia atrás y hacia delante, entre pozo y pila, pero también tenía marchas para carretera. Una vez que salieron de la plaza Westwood la condujo a unos cincuenta kilómetros por hora.

No por la entrada del acceso privado.

Entremedias del trigo.

Westwood había levantado la pala cargadora de delante a poco menos de un metro del suelo, con el borde de abajo hacia delante. Como una barbilla de metal. Aplastaba el trigo, como una guadaña sin filo, y unas nubes densas y doradas de polvo y partículas llenaban el aire, como una explosión lineal que iba avanzando, y el resto de los tallos raspaban la parte de abajo, y por los bordes el trigo se movía hacia atrás en oleadas y rozaba las ventanillas. El terreno era llano en un sentido general, pero donde la goma hacía contacto con la tierra era desnivelado y accidentado. La retroexcavadora cabeceaba hacía atrás y hacia delante como un barco, y rebotaba con los neumáticos. Eran blandos, y se iban adaptando a todos los desniveles. Westwood iba saltando en su asiento. Reacher y Chang iban agarrados de lado, como pasajeros del metro viajando en un tren fuera de control.

La barbilla de metal arremetía hacia delante.

El polvo y las partículas aullaban a su alrededor.

Cincuenta kilómetros por hora.

Treinta kilómetros por delante.

Escuela primaria.

Treinta y seis minutos.

Pero era mejor que ir por el acceso privado. Que podía tener minas. O al menos pinchos para los neumáticos. Y que definitivamente implicaba acercarse quince kilómetros de frente a una esquina en ángulo recto, en la que cualquier defensor sensato instalaría una ametralladora calibre cincuenta. Llegar en coche por el camino de tierra sería como subir las escaleras del motel de dos en dos. *Los podemos derribar como ardillas.* Mejor tener cierta libertad de movimiento. Lo cual implicaba un vehículo todo terreno. Lo cual implicaba un ariete. De ahí la pala cargadora delantera. Que era además a prueba de balas, y del tamaño de un colchón de dos plazas. Acero pesado, para cargar rocas irregulares. Había una fracción de visibilidad por encima de la parte más alta. Tanta como necesitaban. Para el trigo, en todo caso. Hasta ahí todo iba bien. El plan estaba funcionando. Salvo por una pequeña consecuencia involuntaria. Debida principalmente al traqueteo.

A Reacher le estaba volviendo a doler la cabeza.

Durante la mayor parte del recorrido la granja estuvo escondida detrás

del trigo, por lo que se guiaron por el sol. No de manera exacta, pero sí lo suficientemente aproximada. El primer contacto visual ocurrió a poco menos de quinientos metros del lugar al que estaban apuntando, y más o menos en el momento indicado. Una casa y seis anexos. Cercas y un sector de tierra. Una línea telefónica que llegaba por los postes. La chimenea de ventilación del grupo electrógeno diésel.

Y el hedor de los cerdos.

Como un arma química.

Westwood giró hacia un lado, y después se acercó de frente, y frenó a doscientos metros. El motor quedó solo en marcha y el ruido se apagó casi por completo. Las últimas partículas de trigo se asentaron en la tierra.

Silencio.

Estaban solos.

Reacher se sintió como un depredador cerca de un abrevadero.

Entonces el abrevadero comenzó a disparar.

Tres armas largas. Todas iguales. Reconocibles. Unos rugidos planos y compactos, y el estallido de las rápidas balas cruzando el aire. Cartuchos OTAN disparados por tres M16, eso habría afirmado Reacher, si le hubiese gustado apostar. Todos los disparos hasta el momento erraban. Era comprensible. Era un tiro engañoso. Doscientos metros, terreno totalmente llano, al mismo nivel. Salvo que en realidad era absolutamente curvo, porque era parte de un planeta esférico. De ahí el error de cálculo.

—¿Damos marcha atrás? —dijo Westwood.

—No —dijo Reacher. Contó mentalmente. Dijo—: Avanza cincuenta metros. Ahora. Presiona. Están a punto de tener que cambiar el cargador.

—¿Cincuenta metros hacia delante?

—Ahora.

Westwood avanzó.

Una calma irregular. Eran bastante lentos. No tenían entrenamiento de infantería. Eso estaba claro. Después empezaron de nuevo los disparos. Todos lejos del objetivo.

Hasta que uno dio en el blanco.

Justo en el medio de la pala cargadora. Una vibración diminuta recorrió la carrocería. La bala, al colapsar. Después el ruido, que llegó más tarde, un sonoro *clang*.

—Estoy impresionado —dijo Reacher.

—¿De qué? —dijo Chang.

—Finalmente le dieron a un blanco apenas más pequeño que la puerta de un granero. Y así demostraron que la pala cargadora es realmente a prueba de balas. Por lo que podemos seguir.

—¿Ahora? —dijo Westwood.

—No hay ningún momento mejor que el presente.

—Cuídate, Reacher —dijo Chang.

—Tú también, Chang.

Abrieron sus puertas y saltaron al suelo, una por la izquierda y el otro por la derecha.

CINCUENTA Y CINCO

Westwood había citado su reciente investigación y había dicho que el trigo de antes crecía más o menos hasta un metro veinte de altura, pero que lo estaban transformando en una planta más robusta con más semillas, y de tan solo sesenta centímetros de alto. En cuyo caso los agricultores locales seguían plantando trigo como el de antes. Llegaba sin problema al metro veinte de altura. No es que Reacher lo necesitara para esconderse. No se necesitaba mucho refugio contra hombres que no podían darle a un blanco apenas más pequeño que la puerta de un granero. Pero la sorpresa era siempre algo bueno. Por lo que empezó a arrastrarse. Se notaba algo de movimiento, pero sutil, y era difícil definir precisamente dónde se producía, desde doscientos metros de distancia. El rocío nocturno no se había secado. Las rodillas y los codos le quedaron todos embarrados. Había ropa nueva en su futuro. Eso estaba claro. Incluso sin el barro. El olor de los cerdos era muy fuerte. El aire estaba colmado de ese olor. Era inevitable que quedara impregnado en la tela. Por lo que al día siguiente se compraría sin falta prendas nuevas. De todos modos, era una buena idea, pensó, estando Chang cerca.

Después pensó: esto se termina hoy.

Chang no va a estar cerca mañana.

Después de recorrer cien metros en lateral hizo una curva cerrada en dirección a la granja, buscando acercarse a medida que se iba moviendo alrededor del perímetro. Quería acercarse tanto como pudiera. Si llegaba a menos de treinta metros ya iba a quedarse contento. Era un gran admirador del MP5K. Era un arma de mano apenas expandida que funcionaba como un fusil muy miniaturizado. Con el selector en la posición de un solo disparo, podía llegar a dar en un blanco ubicado a poco más de veinticinco metros de distancia. O a veinticinco metros exactos. O a poco más de veinte. Lo cual sería una ventaja adicional.

Después de avanzar durante cinco minutos se arriesgó a asomar la cabeza para ver dónde estaba. Y estaba en un lugar bastante bueno. Se había movido en el sentido contrario a las agujas del reloj, desde las diez hasta alrededor de las ocho. Y se había acercado mucho más. Y sin lugar a dudas, los defensores del bando opuesto, dado que no confiaban en su propia puntería, se habían agrupado en un punto lo más cercano posible a su principal amenaza, pero consistente con su propia seguridad. Consideraban que su amenaza principal era la

retroexcavadora, y el refugio más cercano era un edificio anexo que estaba junto a la cerca, más o menos del tamaño de un garaje para un solo coche. Tres hombres se estaban escondiendo detrás de esa edificación. Lo cual los dejaba ubicados exactamente al lado de Reacher. Totalmente expuestos. Una clásica maniobra de flanco. En West Point habrían estado orgullosos.

El hombre del mostrador del restaurante estaba allí. Y el conserje tuerto del motel. Y el criador de cerdos, que era el que había encabezado la delegación en el piso de arriba. Manos grandes, espalda ancha, ropa toda sucia.

Los tres tenían fusiles M16.

Reacher esperó. Le dolía la cabeza, por ambos lados.

Chang se arrastró en la otra dirección, y se acercó más rápido, porque su función no era flanquearlos. Su función era esperar a que empezara a avanzar la retroexcavadora, y después abrir un segundo frente de fuego con una ráfaga de disparos sostenida. Lo cual haría que ellos corrieran a cubrirse, y ahí Reacher les dispararía por la espalda.

Ese era su plan. Ella había tenido dudas. Pero hasta ese momento su plan había funcionado. Había dicho que iban a hacer cuatro prisioneros y habían conseguido cinco. Y había dicho que en la granja iban a dispararles pero que iban a errar, y también tuvo razón en eso. Pero pese a todo ella le había preguntado si esta parte del plan iba a funcionar. No, había dicho él, no funcionará. Se replegarán a la casa. Será una retirada en orden. Deben de tener un puesto preparado. Algo fortalecido. Como una habitación segura.

Ella había preguntado: ¿y entonces por qué lo vamos a hacer así?

Él había dicho: porque podríamos llegar a tener suerte.

Ella siguió arrastrándose. Quería estar más cerca. Sabía cómo eran las cuentas. Un cargador de treinta balas se acabaría en dos segundos. Quería que esos dos segundos sirvieran. Quería tener suerte. Si ella le daba a uno y él a otro, eso hacía que fueran dos menos para después. Lo cual era bueno.

Que eran palabras que ella nunca había dicho, antes de conocerlo.

Siguió arrastrándose, acercándose más. El olor de los cerdos era fuerte. Mentalmente se alineó con la imagen satelital. Estaba en la posición de las once de un reloj. La pocilga estaba a las tres. El olor era insoportable. Eso le hizo saber dos cosas. La primera, que no estaba en un centro turístico sofisticado. Era imposible. Había gente que no se podría acercar. No sin tener arcadas.

Y la segunda, que Keever estaba enterrado allí. Lo sabía. En la pocilga. No podían excavar en el campo. Incluso una versión a poca velocidad del modo en que había conducido Westwood se vería desde el aire. Y ellos se preocuparían por lo que pudiera aparecer en el cielo.

Tenían la cartera de Keever. Habían visto sus tarjetas del FBI. Vencidas, como las de ella, pero eso ellos no lo sabían.

Se sintió cerca de él.

Levantó la cabeza. Vio una valla y un edificio anexo que tenía más o menos el tamaño de un garaje para un solo coche. La retroexcavadora estaba sola, a la espera, hundida en el trigo hasta la altura de las rodillas, lejos a la derecha. El edificio anexo era el único refugio que los tipos tenían entre ellos y la máquina. Al menos uno se iba a asomar e iba a disparar. Enfrente de ella.

Apoyó en el suelo dos cargadores de repuesto. Alineados y listos para usar.

Quería tener suerte.

Puso el selector en disparo automático.

Alineó las miras.

Esperó.

Westwood revivió el motor con los pedales y tiró de algunas palancas, y empujó otras, y colocó la pala de delante en posición vertical, y la elevó, hasta que lo único que pudo ver por el parabrisas fue la superficie posterior pintada de la pala. Seguridad por sobre visibilidad. De ahí en adelante su parte del plan era fluida. Reacher le había dicho que mantuviera el volante firme y que avanzara muy despacio. A ciegas. Que siguiera andando. Que de ser necesario cruzara la cerca. Que no se preocupara. Que no frenara. A no ser que antes sucediera algo.

Fluido.

El futuro del periodismo. Internet había cambiado todo. Ahora las noticias eran una cuestión personal. El periodista tenía que ser parte de la noticia. Un recuento de primera mano. El periodista tenía que *ser* la noticia.

Blogs, artículos, plataformas, contratos para libros.

Apretó el embrague. Movió la palanca y metió el cambio.

Empezó a avanzar.

Reacher escuchó que la retroexcavadora empezaba a moverse. Sintió un fuerte mareo. Estaba arrodillado, pero se tambaleaba. Levantó la cabeza. Dos cercas. Dos edificios anexos. Seis hombres. Visión doble. Se dio un golpe en la frente con el talón de la mano. Lo intentó de nuevo.

Mejor.

Lejos a su izquierda la retroexcavadora avanzaba. Los neumáticos grandes y blandos cedían y se flexionaban. Los tres tipos estaban con la espalda apretada contra la parte trasera de la edificación. Con los fusiles en posición de presenten armas. Entonces el hombre del

mostrador dio la vuelta en el ángulo del anexo y avanzó a lo largo de la otra pared. Llegó hasta el otro ángulo y se asomó con cuidado. Levantó el fusil.

Reacher apuntó. El H&K era esencialmente un tubo de treinta centímetros con una empuñadura de pistola en cada punta. Muy preciso. Miras de hierro.

El hombre del mostrador apuntó a la retroexcavadora. Y esperó. A sus espaldas el tuerto se deslizó hacia el otro ángulo del edificio anexo.

La retroexcavadora seguía avanzando. Los neumáticos chascaban. El trigo rozaba contra la parte de abajo de la pala y después se volvía a alzar.

A Reacher le dolía la cabeza. De los dos lados. *Una contusión cerebral,* contusio cerebri*, de hecho dos, golpe y contragolpe.* Trazando arcos y emitiendo chispas entre sí, como electricidad.

Entonces Chang disparó.

En automático. Novecientas balas por minuto. Imposiblemente rápido. Un breve borrón de ruido, como una máquina de coser enloquecida. Dos segundos. Un cargador entero. Se vieron unas puntadas de tierra en línea recta hacia arriba y del edificio saltaron pedazos de madera.

El tuerto retrocedió.

El hombre del mostrador se asomó más por su esquina, en busca de la nueva fuente de peligro. El arma de Reacher le siguió el movimiento. Mira de atrás, mira de adelante, objetivo.

Reacher disparó. Con el selector en posición de un solo disparo. Distancia, veinticinco metros. Parabellum nueve milímetros, 124 granos, chaqueta metálica. Velocidad de boca de fuego, más de mil doscientos kilómetros por hora. Tiempo hasta el objetivo, menos de un quinceavo de segundo. Prácticamente instantáneo.

La bala le dio al tipo en la parte de arriba la espalda, por el medio, en la base del cuello. Un disparo en la columna. Suerte. Reacher había apuntado más abajo, al centro de masa. La parte más grande del objetivo. Siempre es más seguro. Con una ventaja incluida. El centro significaba el centro. Había más cosas alrededor, a los lados, y especialmente arriba y abajo. Las piernas y la cabeza. Si uno le erraba al centro las balas tenían a dónde ir. El tipo cayó. Una caída lenta hacia delante en la esquina del edificio, que lo hizo girar un poco y quedar desparramado en el suelo.

El criador de cerdos se tiró cuerpo a tierra. Se perdió de vista. Detrás del trigo. Inteligente. Pero el conserje tuerto avanzó un paso. Levantó el arma. Disparó. La bala restalló en el aire y cortó el trigo unos diez metros a la derecha de Reacher.

Chang disparó de nuevo.

Un segundo cargador. Bien por ella. Resolución y determinación. El mismo ronroneo maníaco. Saltaron terrones de tierra y volaron astillas.

Después silencio.

El tuerto se deslizó por la esquina y se asomó y apuntó al lugar en el que había estado el ruido.

La retroexcavadora se acercaba.

Una pequeña parte de la mente de Reacher no le quería disparar al tuerto. *Es un pobre viejo minusválido.* No parecía justo. Salvo que en ese mismo momento era un pobre viejo minusválido apuntándole a Chang con un arma mortal. Así que Reacher apuntó. Casi treinta metros. Mantuvo el foco fijo en la mira de delante. Una aguja vertical adentro de un anillo grueso. Le miró la pintura. Miró cada irregularidad molecular y cada detalle. Extremadamente nítido. La mira de atrás la veía fuera de foco. El objetivo lo veía fuera de foco. Para una máxima precisión. Tenía entrenamiento. La mira de delante lo era todo. Eventualmente las tres cosas se unirían. Imagen fuera de foco, aguja vertical, imagen fuera de foco. Y así fue. Las tres cosas se fusionaron. Lineales. Firmes.

Disparó.

Lo mismo. Una trayectoria ascendente. Esta vez casi treinta metros, no veinticinco. Un doce por ciento más en el aire. Un doce por ciento más de ascenso. La bala le dio al tuerto en la base del cráneo. El bulbo raquídeo. La primera formación tentativa de inteligencia. Un brote minúsculo, formado hace un millón de años. El cerebro reptiliano. De unos tres centímetros de grosor. La bala lo atravesó en una milésima de segundo. Chaqueta metálica. La presión hidrostática lo destrozó. El tipo murió incluso antes de que el ruido del disparo cruzara la cerca. Se desplomó como un portazo.

La retroexcavadora se acercó más aún.

El criador de cerdos empezó a correr.

Reacher cambió el selector a automático y se puso de pie y disparó, y movió rápido el cañón hacia el tipo, como tirando pintura. Vació el resto del cargador, veintiocho balas, su propia máquina de coser. Pero erró con todas. Todas bajas. No estaba firme. Estaba inestable. Mareado. Temporalmente. Sacudió la cabeza y ya estuvo bien de nuevo.

Chang disparó otra vez. Un tercer cargador. Pero demasiado alto. Volaron tejas del techo. El tipo corrió a toda velocidad hasta perderse de vista.

La retroexcavadora se acercó más aún.

Entonces Reacher empezó a correr, hundiéndose en el trigo, rompiendo los tallos, dando zancadas largas, abriéndose paso, ganando terreno con esfuerzo, apuntando hacia la huella de la

retroexcavadora. Westwood lo vio por la ventanilla del lado y frenó. Chang apareció corriendo por el otro lado y no frenó. Dio toda la vuelta y abrazó fuerte a Reacher.

—¿Estás bien? —dijo ella.

—Estoy aguantando —dijo él.

—Le diste a dos.

—Y quedan dos más. Había cuatro en la camioneta.

—¿Cómo hacemos?

—Primero los encontramos.

—Dijiste que habría una habitación segura.

Se subieron de nuevo a la cabina, a la izquierda y a la derecha, a los lados de Westwood. No se veía nada hacia el frente. Westwood dijo:

—¿Dónde montarían una habitación segura?

—No montaron una —dijo Reacher—. Ya la tenían. Estoy seguro de que todas las casas del estado tienen una. Reforzada como para resistir impactos tremendos.

—Un refugio para tornados —dijo Chang.

—Exacto. Debajo de la casa. Con una salida secundaria hacia algún otro lugar. Por si la casa se derrumba sobre la puerta trampa. Todos los sótanos deberían tener otra salida. Estoy seguro de que estos tipos la tienen. Necesitan la versatilidad. Probablemente un túnel hacia otra ubicación completamente distinta. Con una compuerta de escape. Eso es lo primero que tenemos que encontrar. Para aparcarle una camioneta encima.

Westwood revivió el motor con los pedales otra vez y tiró de las mismas palancas, pero en el orden inverso, y la pala cargadora se inclinó hacia atrás, y bajó, hasta que Westwood pudo ver apenas por arriba. Una ranura estrecha. Ya no totalmente seguro, pero nada más un riesgo razonable.

Esperó.

Reacher dijo:

—No hay ningún momento mejor que el presente.

La retroexcavadora se sacudió, y se afianzó a una velocidad moderada. Traqueteando sobre sus torpes neumáticos. Ciento cincuenta metros de distancia. Cien. Avanzando en dirección a la cerca. Faltaba cada vez menos. Y la destrozaron y la rompieron y la cruzaron, las tablas se abrieron hacia los lados, izquierda y derecha, volaron por el aire astillas de nogal americano, y después siguieron, alrededor del primer edificio anexo, por la izquierda, pasaron junto al tuerto muerto en el suelo, entraron al sector con el suelo de tierra. Donde disminuyeron la velocidad, y frenaron. Y esperaron. Ya no eran un depredador cerca de un abrevadero. Ahora eran un luchador en un

recinto de combate.

Nadie les disparó.

No hubo respuesta.

En la realidad todo era prácticamente igual a la imagen de Google. Solo que visto de frente, no desde arriba. Recto hacia delante estaba la casa, y más cerca a la derecha estaba la suite de los suicidios. A la izquierda estaba el cobertizo del generador eléctrico y había también una edificación pequeña del mismo tamaño que el edificio detrás del cual se habían escondido los tres tipos. Mucho más allá de la casa y hacia el este estaban la pocilga y el granero. Bastante apartados. La entrada para coches estaba antes de esos edificios. Por donde llegaba la línea telefónica de poste en poste.

No había chimenea de ventilación.

No había ningún movimiento.

Westwood sacó su arma de la bota.

—La siguiente parte es estrictamente voluntaria —dijo Reacher.

—Ya lo sé.

—Quedémonos juntos y empecemos por la casa.

Bajaron de la cabina.

Nadie les disparó.

No hubo respuesta.

Nada de nada, salvo el hedor de la pocilga.

Cruzaron el sector de tierra, en dirección a la casa, tres en línea, Chang a la izquierda, Westwood en el medio y Reacher a la derecha, con un dolor de cabeza como si alguien le estuviera clavando un picahielo en la oreja.

CINCUENTA Y SEIS

Reacher se quedó de guardia en el porche del frente mientras Chang y Westwood entraban a registrar la casa. Miraba con atención. La salida secundaria podía estar en cualquier parte. Podían aparecer sorpresas repentinas desde cualquier dirección. Pero no aparecieron. No pasó nada. Dos minutos más tarde Chang salió de nuevo y dijo:

—Encontramos la entrada principal. Westwood la está cubriendo. Lo de dentro es un zoológico.

Chang se quedó de guardia en el porche y Reacher entró y encontró a Westwood en un pasillo con dormitorios. Estaba vigilando la parte interna de algo que en un momento podría haber sido un armario de ropa blanca. Ahora lo ocupaba una compuerta dispuesta a cuarenta y cinco grados entre la pared del fondo y el suelo. A cuarenta y cinco grados, porque probablemente cubría una escalera. Que llevaba a una sala subterránea, sin duda. Estaba cerrada, pero como todas las puertas contra tormentas se abría hacia fuera. Para que el viento nunca la pudiese forzar hacia dentro.

Reacher midió las distancias, el ancho del pasillo más la profundidad del armario hasta el punto medio de la compuerta inclinada, y después fue en busca de la sala de estar, donde vio lo que Chang había querido decir con zoológico. Era como el cuarto de Peter McCann en Chicago, pero diez veces más complicado. Había pantallas por todas partes, por lo menos veinte, y docenas de teclados, y torres, y repisas altas con componentes que zumbaban, y pilas de discos duros, y ventiladores y extensiones eléctricas, y luces parpadeantes, pero sobre todo cables, kilómetros de cables, algunos atados, otros enredados, otros enrollados.

Ninguno de ellos le interesaba a Reacher en ese momento.

Siguió andando y encontró un área de estar y observó un sofá. Un armatoste grande y viejo. De tres cuerpos, o más. Con unos apoyabrazos tallados en forma extravagante. Lo suficientemente largo. Un poco lo cargó y otro poco lo arrastró por donde había entrado. Hasta el pasillo de los dormitorios. Donde lo colocó en posición vertical y lo movió hacia delante y lo volvió a bajar, de lado, encajado entre la compuerta y la pared opuesta.

Un agujero ya estaba sellado.

Después se juntaron en el porche de delante y consideraron dónde podía estar el segundo agujero haciendo algunas estimaciones a simple vista, y señalando mucho y gesticulando mucho y dando

algunas explicaciones visuales. La casa era rectangular, como la mayoría de las casas, lo cual quería decir que el refugio también sería rectangular, dispuesto en la misma dirección. Tenía que ser así, seguro. Una obviedad arquitectónica. Y la naturaleza humana decía que si la puerta principal estaba en una punta, la compuerta de escape tenía que estar en la otra punta. Por lo que el túnel recorrería la columna vertebral de la casa, perpendicular al muro hastial, alejándose de las instalaciones, hacia el cobertizo del generador eléctrico, o posiblemente hacia la edificación más pequeña que estaba al lado de ese cobertizo.

El cobertizo del generador eléctrico tenía más sentido. Una plataforma de hormigón, adecuadamente diseñada, fácil de integrar con la entrada al túnel. Por encima del nivel del suelo era un ambiente de trabajo, que revisarían con cierta frecuencia. Limpio, eficiente y seguro. No acumulaba basura. La compuerta de escape perfecta. Por todos los motivos correctos.

Pero por todos los motivos incorrectos ellos elegirían el edificio más pequeño. No querían escapar solo de la naturaleza. Querían escapar también de la gente, en el peor de los escenarios posibles. No tendría ningún sentido salir a un lugar lógico.

El edificio más pequeño tenía una puerta doble, como un garaje de los de antes. La cerradura estaba oxidada y abierta, lo que hizo que Reacher se inclinara por esa construcción. Sin cerradura sería más seguro. Las llaves se podían perder. No tenía sentido escapar por los pelos y después tener que pasar la noche encerrado en un granero.

Abrieron las puertas de par en par y vieron un montón de basura. Chatarra, sobre todo, y algunas latas viejas de pintura. En el suelo había una sábana manchada de pintura de distintos colores. No era un lugar de trabajo. No se revisaba a menudo. No estaba limpio ni era eficiente ni seguro. No era una ubicación plausible.

Salvo que.

La pila de basura era un poco artificial. Había un hueco donde la lógica y la gravedad no lo habrían provocado. Y había otros huecos, vinculados de alguna manera, como si una persona se pudiera abrir paso de uno a otro, y llegar hasta afuera, a toda prisa.

El hueco principal estaba justo encima de una pequeña elevación en la sábana manchada de pintura.

Reacher hizo la sábana a un lado y vieron el mismo tipo de compuerta que habían encontrado en la casa. Esta vez no a cuarenta y cinco grados, sino plana en el suelo, y con cemento alrededor.

Estaba cerrada.

—Fantástico —dijo Reacher.

Chang fue a buscar una camioneta con las llaves puestas, y Reacher y Westwood se dedicaron a mover trozos de chatarra, para que Chang

pudiera entrar cuando encontrara la camioneta. Volvió con la misma que habían visto salir a toda prisa por detrás del restaurante. La introdujo y empezó a maniobrar hacia atrás y hacia delante hasta que la rueda izquierda delantera quedó centrada sobre la compuerta.

Segundo agujero sellado.

Chang bajó de la camioneta y miró los trozos de metal y dijo:

—¿Qué demonios es todo esto?

Y era una buena pregunta.

El metal que había era todo acero dulce, tubos estructurales cuadrados, varillas, una plancha de un octavo moldeada en forma rara. Estaba oxidado, y en su mayoría manchado de negro con alguna clase de pintura. La mayoría de los tubos y todas las varillas estaban soldadas en lo que parecían ser secciones de cercas, atornilladas. Algunas eran de alrededor de un metro veinte por sesenta centímetros, y otras eran de alrededor de un metro veinte por un metro veinte, y otras más eran de alrededor de dos metros por un metro. Todo eso estaba ahí tirado y mezclado en un montón desordenado.

Y ninguna de esas estructuras tenía ningún sentido. La cerca que habían atravesado con la retroexcavadora era de postes y vigas transversales, de madera, con alambres de púas arriba. En la propiedad no había ninguna cerca de metal. No había ninguna en todo el condado, hasta donde Reacher había visto. Quizás ni siquiera en el estado. Y las distintas partes no encajaban. No eran de una medida uniforme. No había una manera coherente de juntarlas. No tenía ningún sentido tener una cerca en la que una sección corta mide un metro de alto y la siguiente dos metros, y la que le sigue un metro veinte. Además, muchos de los agujeros para los tornillos estaban hechos en la dirección equivocada. Algunos estaban en vertical y otros en horizontal.

Algunas de las secciones tenían bisagras.

No era una cerca.

—Ay, dios mío —dijo Chang—. Son jaulas.

La plancha de un octavo había sido cortada en tiras, y después la habían enrollado y martillado y soldado para darle forma. Estaba oxidada y manchada de negro, como todo lo demás. Había unas anillas con bisagras, de más o menos diez centímetros de circunferencia, que tenían soldadas unas tiras de metal en forma de U.

Grilletes.

Había anillas de unos quince centímetros de circunferencia, con bisagras, que tenían soldados unos pinches largos.

Collares de esclavos.

Había unas máscaras de hierro crudo, y clavos, y tenazas.

—Las manchas negras —dijo Chang—. Me parece que son de

sangre.

Salieron por la puerta doble y se pararon al sol. Se sentía frío. Se dieron la vuelta y miraron la casa. Y la suite de los suicidios al lado.

—La siguiente parte es estrictamente voluntaria —dijo Reacher.

Empezó a andar. Chang fue con él. Westwood hizo una pausa, y después se apresuró para alcanzarlos.

La suite de los suicidios era un edificio anexo que tenía más o menos la mitad del tamaño de la casa. Los cimientos eran de hormigón, llegaban más o menos a la altura de las rodillas, y estaban manchados de naranja por el barro que la lluvia salpicaba de los charcos. Después venían los paneles laterales, que eran planchas gruesas de madera alquitranada. El techo era de tejas. Una construcción convencional, cuadrada y sólida, hecha para durar. Un cable de electricidad grueso como el dedo de Reacher se metía dando vueltas por debajo del alero.

No tenía ventanas.

La puerta estaba cerrada con llave.

—¿Preparados? —dijo Reacher.

—La verdad es que no —dijo Chang, con una voz que sonó pequeña y derrotada.

Reacher recordó cuando ella se inclinó cerca de él, en la tienda del conductor del Cadillac, al mirar la guía telefónica. Buscando la M de Maloney. Se acordó de las pilas de paquetes. Dos habían llegado directos de fabricantes de otros países. Equipamiento médico alemán de acero inoxidable estéril y una cámara de alta definición proveniente de Japón. Recordó cuando el tipo de Palo Alto trató de entender qué querría decir ese mensaje en la sala de chat escrito por alguien que firmaba como Blood. *Oí que Mother's Rest tiene un buen material.* En un foro que el tipo de Palo Alto no reconoció. Otra comunidad. Una página de aficionados, por lo que parecía. En el fondo de la *deep web*.

Reacher retrocedió y dio una zancada hacia delante y dio una patada a la cerradura con el talón. La puerta se abrió de un golpe hacia dentro y rebotó contra la pared. La frenó con la mano abierta y entró.

Un vestíbulo. Un olor. Peor que el de los cerdos. Enfrente había una cocina pequeña, con tazas y botellas de agua. Y alambres y cables y enchufes y conexiones, todos amontonados y enredados, usados y olvidados. Un lugar de trabajo. A la izquierda había un vestíbulo pequeño con una puerta a la derecha y una puerta al fondo. La puerta de la derecha era un baño. Ni limpio ni sucio. Un espacio funcional. Comunitario. En la pared del fondo había unos ganchos para colgar abrigos. Una fila de cuatro. Estaban en uso, pero no eran abrigos lo que colgaba de los ganchos.

Eran delantales de goma.

Tenían manchas marrones y negras.

Reacher intentó abrir la puerta que estaba al final del vestíbulo.

Estaba sin llave.

Le dolía la cabeza.

—¿Preparados? —dijo.

—La verdad es que no —dijo Chang de nuevo.

Una vocecita, derrotada.

Reacher abrió la puerta. El interior estaba totalmente oscuro. Olía mal. Frío. El sonido hueco de un lugar grande. Superficies rígidas. Algunas obstrucciones. Tanteó la pared, en busca de un interruptor.

Encontró uno.

Prendió la luz.

Vio a la mujer de blanco.

No estaba yendo a una fiesta al aire libre en Montecarlo. No estaba yendo al Ayuntamiento para concretar su quinta boda. No estaba yendo a un anexo privado con ambiente sereno, donde se podría poner cómoda para beber su Nembutal, o acostarse en la cama mientras un viejo motor V8 hacía amablemente lo suyo.

Ninguna de las opciones anteriores.

Estaba encadenada por las muñecas a una pared de azulejos blancos.

Desmoronada y colgando hacia abajo.

Con manchas de sangre a su alrededor.

Completamente muerta.

Reacher no era un patólogo de ninguna clase, pero supuso que la habían matado a golpes con un bate de béisbol. Había uno en el suelo, con costras de sangre. Que se estaba poniendo negro, como las manchas en los metales. La mujer tenía moratones violáceos y huesos rotos. Tenía el cráneo deformado. Tenía todo el pelo apelmazado. Su vestido tubo blanco estaba cubierto de sangre y vómito.

Enfrente de ella había todo un despliegue de equipos de vídeo. Tres cámaras de televisión montadas en trípodes macizos, y luces de grabación sobre soportes, con paneles difusores translúcidos. Había cables que serpenteaban por todas partes del suelo. Los azulejos blancos hacían las veces de escenario. Cubrían el último tercio de las paredes laterales y toda la pared de atrás. Un recinto de combate. Quedaba todo muy iluminado. Mucha definición. Mucho detalle.

Azulejos blancos, manchados de rosa.

Había micrófonos por encima del escenario.

Dos.

Estéreo.

Había una hoja colgando del soporte de una de las cámaras. Un correo electrónico, impreso. Decía: *Me gustaría ver cómo golpean con un*

bate a una perra mandona. Que tenga aspecto de directora ejecutiva. Hacedlo durar todo lo posible. Empezad por las piernas. Tenéis que hacerle decir disculpa, Roger, disculpa, Roger, una y otra vez. Estaría dispuesto a pagar cien mil dólares.

Otra comunidad. Un sitio de aficionados.

El sitio de aficionados se llamaba Mother's Rest, igual que el señuelo. Westwood y Chang lograron poner en marcha los ordenadores. De vuelta a casa. El sitio era para ver vídeos en línea. Había que pagar para ver cada vídeo. Mucho dinero. El más barato costaba lo mismo que un coche. *Muerto por inanición* era el más caro. Por el tiempo que duraba, probablemente. Muchas horas de trabajo. Le seguía *Embarazada y asesinada a bayonetazos*. *Disparo al vientre* era caro. Había listas con los más populares. Y listas de vistos recientemente. Con todo tipo de categorías distintas. Víctima hombre, víctima mujer,, parejas, joven, viejo, blanco, negro, cortes, puñaladas, palizas, herramientas eléctricas, inserciones extremas, experimentos médicos, electrocuciones, ahogamientos y disparos.

Había también una sección para pedidos personalizados. El nivel cinco. Se invitaba a los miembros de la comunidad a escribir y hacer sus pedidos. Tan detallados como quisieran. Si querían podían enviar guiones completos. Se haría todo lo que estuviera al alcance por satisfacer la petición. Todo dependía de que apareciera el actor indicado. No se exigía ningún pago hasta que se llegara a un acuerdo con el rostro y el precio.

Chang se deslizó hasta abajo de todo en una página del catálogo y dijo:

—Mira esto.

Una vocecita, derrotada.

Reacher miró. La última incorporación a la lista de vídeos de Mother's Rest estaba candente, era un último estreno y ya se encontraba disponible para su reproducción instantánea. Se llamaba *Hombre flaco con todas las costillas rotas primero*.

El hombre del tren. Con el traje y la camisa. Con la cartera de cuero fina.

Era un hombre flaco.

A Reacher le dolía la cabeza.

Chang se deslizó de nuevo hacia arriba, de último estreno a recientes, y se detuvo en *Pareja triste con motivos para estar tristes*.

—Estos tienen que ser Michael McCann y Exit. ¿No? —dijo Chang.

Reacher no dijo nada.

—Mirad esto —dijo Westwood. Estaba en una especie de directorio raíz. Señaló la fila de números. Dijo—: Los podemos llamar películas. Porque son eso. Son películas *snuff*. Algunas son muy largas. La más

corta dura dos horas. La más vieja es de hace cinco años y la más nueva la subieron ayer.

Después bajó el dedo por la pantalla y frenó cerca del extremo inferior. Dijo:

—Adivinad cuántas películas hicieron antes de que McCann me llamara por primera vez.

—Doscientas —dijo Reacher.

—Ahora ya son doscientas nueve.

Reacher no dijo nada.

Westwood dijo:

—¿Queréis ver *Muerte por mil cortes*?

—No.

—Me pregunto qué nombre le hubieran puesto a mi película.

—*Ataque informático*, probablemente. Apuñalado a muerte con bolígrafos.

—¿Cuánto tiempo dura el engaño? ¿En qué momento se dan cuenta? ¿Justo cuando entran a esa habitación?

—Yo creo que se dan cuenta cuando el conductor del Cadillac les abre la puerta y huelen el olor de los cerdos —dijo Chang—. Yo creo que ahí es cuando les apuntan con un arma.

—Deberíamos preguntar —dijo Reacher—. Sabemos dónde están los responsables.

Fueron hasta el pasillo de los dormitorios. Hasta lo que alguna vez había sido el armario de la ropa blanca. Hasta el sofá, atrancado de lado entre la compuerta y la pared opuesta.

—Va a ser más fácil mover la camioneta —dijo Reacher.

—¿Estás bien? —dijo Chang.

Reacher asintió:

—Dadas las circunstancias.

Salieron por la puerta del frente y caminaron por donde supusieron que pasaba el túnel, hasta llegar a la pequeña edificación con la puerta doble. Chang se subió a la camioneta y la adelantó. Dejó el motor en marcha y se bajó. Miró la compuerta y dijo:

—¿Cómo quieres que hagamos?

—Dudo de que ahora mismo estén ahí agazapados —dijo Reacher —. Pero prepárate para lo peor. Westwood abre la tapa y retrocede y nosotros apuntamos directo al agujero. ¿Vale?

Ella asintió. Westwood asintió. Reacher se posicionó, a la derecha del centro exacto, con su H&K preparada. Cargador nuevo, en automático. Chang hizo exactamente lo mismo, a la izquierda del centro.

Westwood se agachó y agarró el pomo.

Abrió la puerta y retrocedió.

No había ningún agujero.

CINCUENTA Y SIETE

Habían comprado el armazón con la compuerta en una tienda y después lo habían traído y lo habían fijado con cemento sobre un suelo plano. No había ningún agujero, no había ninguna escalera. No había ningún tipo de entrada. Una plataforma continua, ininterrumpida. La misma superficie pedregosa a la izquierda, a la derecha y debajo de la compuerta.

Como un ojo ciego.

Una puerta falsa.

Un señuelo.

—Es mi culpa —dijo Reacher—. No estaba pensando.

—Leche derramada —dijo Westwood—. Pero necesitamos saber dónde está esa otra puerta.

—No —dijo Chang—. Necesitamos saber si ya la usaron.

Pregunta que contestó inmediatamente un *crac* supersónico que atravesó el aire y el zumbido de un fusil y el golpe granulado de un cartucho OTAN que traspasó la pared de madera, a un metro de sus cabezas. Seguido inmediatamente por la explosión que salió del fusil. Las ondas sonoras eran más lentas que las balas. Pero en este caso no habían llegado mucho más tarde. Lo que quería decir que el fusil estaba cerca. A treinta metros, pensó Reacher. Que era más cerca que cerca. La distancia a la que sería muy difícil errar en el disparo, incluso para esos tipos, estaba cerca.

Entraron corriendo y otra bala traspasó la madera, dejando un punto brillante de sol. Y otro, a tres metros de distancia. La táctica de los tipos era disparar a través de la pared. A ciegas. Totalmente al azar. Este era el equipo A, pensó Reacher. Estos eran los que le podían dar a las paredes laterales de un granero. Pasó junto a las marañas de metales hasta llegar al rincón del fondo. Invisible desde fuera. Y bastante invulnerable. No estaba protegido por ninguna clase de escudo físico, pero estaba protegido por la lotería de apuntar a ciegas. Las paredes no valían nada, pero las estadísticas no mentían.

Dio una patada al panel lateral de la pared trasera, a una altura baja cerca del suelo, abrió un hueco de sesenta centímetros de alto y un metro veinte de ancho, que después de sacar algunas tablas más a golpes quedó de un metro cincuenta de ancho. Lo suficientemente grande como para escabullirse. Primero Westwood, después Chang. Otra bala traspasó la pared. Después Reacher. Retrocedieron, permaneciendo en línea con el edificio. Detrás de ellos no había más

que trigo. A la derecha del trigo estaba el edificio junto a la cerca rota. Con los tipos muertos. La retroexcavadora estaba aparcada exactamente a su derecha. A unos veinte metros. Delante a la derecha estaban el estudio de grabación y la casa. Delante a la izquierda estaba el cobertizo del generador eléctrico. Muchos lugares.

Pero para llegar a cualquiera de esos lugares había que atravesar un área de terreno despejado. Una distancia mínima de veinte metros. Veinte pasos. Un largo camino. No era imposible. Dependía de los otros. De su puntería. De su entrenamiento. Si es que tenían entrenamiento. Alguien que aprendió el mantra de la mira de adelante puede llegar a estar tan concentrado como para perder la visión periférica. De un momento para otro. Existía la posibilidad de que una persona escapara sin que la vieran. Existía la posibilidad de que una persona disfrazada de gorila escapara. Dependía del grado de concentración. Una persona podía lograrlo.

Pero tres personas no.

—Esperad aquí —susurró Reacher—. No os mováis. Saldré de nuevo y os vengo a buscar.

—¿Saldrás de nuevo de dónde? —dijo Chang.

—Voy a volver al edificio.

—Eso es una locura.

—En realidad no. Mira cómo disparan. Es una cuestión matemática. Relacionada con la teoría de la probabilidad. No voy a estar menos seguro en el lugar al que están apuntando.

—Estás loco.

—Es una pared grande. ¿Qué probabilidades tienen de dar en el blanco? Es más factible contraer una enfermedad rara del corazón en el camino de acá hasta allá.

—Voy contigo.

—Vale, pero Westwood se queda. Los corresponsales de guerra maniobran con la segunda avanzada.

—¿Eso soy? —dijo Westwood.

—No, estoy intentando hacerte sentir bien. Tú estás pensando en los derechos del libro.

—No del todo.

—En cualquier caso, quédate aquí.

Reacher y Chang fueron andando de vuelta al edificio y se deslizaron por el agujero a su interior. Los puntos de sol conformaban una constelación más grande. Estaban mayormente en puntos altos. Para el hermano de Reacher, que era de mayor estatura que él, podría haber sido un problema. Pero a Reacher no le habría pasado nada, y Chang quedaba totalmente fuera del alcance. Otra bala traspasó la pared, un golpe, un *fffuang*, otro punto de sol, alto y muy a la izquierda, otro

billete sin premio.

—Si están disparando realmente al azar, todos los puntos son igual de probables —dijo Reacher—. Incluso los puntos en los que ya entraron balas.

Puso el ojo en un punto de sol y miró.

—Necesitamos ver el fogonazo de los disparos —dijo, con voz distorsionada porque tenía la mejilla aplastada contra la madera—. Así los podemos ahuyentar. Quiero que salgan corriendo.

Otra bala traspasó la pared, golpe, *fffuang*, sol. Altura perfecta, pero tres metros desviada hacia la derecha.

—Veo a uno —dijo Reacher.

Polvo en el aire. Parpadeó raspando contra la madera.

Esperaron.

Otra bala. Golpe, *fffuang*, sol. Alta y a la izquierda.

Reacher se despegó de la pared. Dijo:

—Los tengo a los dos. Están en el mismo lugar. La esquina izquierda trasera del estudio de grabación. A unos treinta y cinco metros. Se están turnando, se asoman por la esquina y levantan las armas. Es como una película de marines. Uno es el criador de cerdos y el otro tiene el pelo como un meteorólogo de los que aparecen por televisión.

—¿Les podemos dar desde aquí?

—Podemos desperdiciar un cargador para que se queden quietos por un minuto. Después podemos ir hasta la esquina delantera del estudio de grabación.

—¿Y hacer qué? ¿Avanzar con cuidado de una esquina a la otra? ¿De la delantera a la trasera? Es un camino demasiado largo. Es un edificio rectangular. Como la mayoría de los edificios.

—Los marines atravesarían el edificio por el medio. Saldrían por la pared trasera. Para eso tienen las armas antitanques.

—¿Y qué haríamos nosotros?

—Nos arriesgaríamos. Esperaríamos a que cambien el cargador.

—No es un plan lo suficientemente bueno —dijo Chang.

—El plan suficientemente bueno no te gustaría.

—¿Me lo estás diciendo con culpa?

—Sin ninguna duda.

—¿Cuál es el plan suficientemente bueno?

A Reacher le dolía la cabeza.

—Es un pacto con el diablo —dijo—. Nos asegura a uno, pero solo a uno. El otro corre. Y además de eso, va a ser desagradable.

Reacher disparó primero, porque Chang era la que corría más rápido. Se ubicó entre las puertas abiertas y apuntó a la esquina trasera del estudio, unos dos tercios arriba, y vio algunas astillas, pero no las

suficientes, teniendo en cuenta que había disparado durante dos segundos completos. Pero los hizo callar. Chang lo relevó, un cargador de treinta, en automático, dos segundos enteros, y Reacher corrió a la esquina delantera del estudio, donde recargó y disparó a lo largo del edificio, de esquina a esquina, otro cargador entero, mientras Chang corría y se juntaba con él, apretándose detrás de él, agitada.

—¿Lista? —dijo él.

Ella no contestó.

Se metieron por la puerta del estudio. El vestíbulo. El olor. La cocina pequeña, con las tazas y las botellas de agua.

Esperaron.

Escucharon un ruido. Un tipo asomándose por la esquina. Como en una película de marines.

Esperaron.

Escucharon el disparo. Apuntado al ahora distante y vacío edificio. Quizás le dieron, quizás no. Como fuera, Reacher se asomó por la puerta del estudio y vació medio cargador. Sin expectativas. No había tiempo para sutilezas. Pero sí tiempo suficiente para mandar un mensaje.

Tus contrincantes ahora están en el edificio.

En medio de todas tus cosas.

Reacher y Chang entraron de espaldas, andando hacia atrás pasaron junto al baño, por al lado de los delantales, entraron por la puerta del fondo. Las luces seguían encendidas. La mujer de blanco seguía allí. No se había movido. Se quedaron de pie mirando hacia el otro lado, como camarógrafos que se hubiesen dado la vuelta para contestar una pregunta.

Esperaron.

Ahora los cazadores eran los cazados. Su presa los estaba encerrando en un cuello de botella. Tenían que aparecer, en una sola fila por un pasillo estrecho, con las luces encendidas. Como subir por la escalera de un motel de dos en dos. Los expertos te recomendarían que no entraras. Bajo ningún aspecto. Pero ellos iban a entrar. Tenían que entrar. Era su territorio. Y seguía siendo su futuro. Todos los tipos que Reacher había conocido en su vida, de fraudes, robos, homicidios y traición a la patria, hasta el último instante siempre creían que tenían una posibilidad de salirse con la suya, y que por lo tanto algo había que salvar, de ser posible. A nadie le gustaba empezar de nuevo sin nada. Estos tipos podrían salvar la mayor parte de su inventario. Y sus equipos. Reacher asumía que las cámaras de alta definición eran caras.

Por lo que uno de ellos iba a entrar. Pero solo uno. El final sorpresa solo funcionaba una vez.

Esperaron.

La naturaleza humana.

Apareció el criador de cerdos. Manos grandes, espalda ancha, la ropa toda sucia. Se asomó a mirar, con mucho cuidado, solo comprometiéndose con un breve vistazo. Bien apretado contra la pared. Sin mostrar nada. Un hombro, tal vez. O la nariz. Se asomó de nuevo, por la esquina, un poco más, inclinándose hacia fuera unos pocos centímetros.

Reacher le disparó en la frente. El más suave toque en el gatillo, apenas un contacto, de entrada y salida, un ronroneo, una puntada de diez disparos. *Game over*. Que el último que quedaba escuchó, obviamente, y por lo tanto el último que quedaba ahora estaba corriendo. Estaba solo. Repentinamente presa de miedos ancestrales. Repentinamente libre para seguir esos impulsos. Sin testigos.

En los círculos militares una persecución agresiva era algo que se admiraba mucho, y cualquier excusa para salir de esa habitación era buena, por lo que Reacher también empezó a correr, con Chang detrás de él.

CINCUENTA Y OCHO

Atajaron al criador de cerdos y salieron por la puerta del estudio y doblaron a la izquierda, apuntando al final de la casa hacia el camino de entrada para los coches. Porque la meta era el camino de entrada para los coches. Tenía que ser así. La naturaleza humana. Escapar. La única salida. Todo lo demás era trigo.

Lo vieron a veinte metros de donde ellos estaban, corriendo, mirando hacia atrás, con el M16 en una mano y nada en la otra. Era un hombre bajo y fornido con la cara colorada y grandes ondas de pelo alrededor de la cabeza. Tenía puestos unos vaqueros azules que parecían almidonados. Llegó cerca de la entrada del camino para coches y miró hacia atrás. Ellos se acercaron más a la casa, agachados. El tipo estaba solo en medio del paisaje. La pocilga estaba detrás de él, y después nada más que trigo hasta Missouri. La entrada para coches estaba a su derecha. Treinta kilómetros hasta Mother's Rest.

El tipo se quedó quieto.

—¿Puedes darle desde aquí? —dijo Chang.

Reacher no respondió.

—¿Estás bien? —dijo ella.

—A un noventa por ciento —dijo él.

Que era como él lo veía. No le pasaba nada. Al menos nada específico. No tenía ningún hueso roto, no le sangraba ninguna herida. Pero nada funcionaba correctamente. No de manera exacta. *El cerebro no es lo mismo que el brazo.*

—¿Cómo hacemos? —dijo Chang.

Reacher contó mentalmente hacia atrás. Las balas que le habían disparado al edificio pequeño. Golpe, *fffuang*. ¿Cuántas?

Memoria.

Se asomó un paso.

El hombre de los vaqueros y el pelo levantó el fusil.

Un M16 a veinte metros. Teóricamente un problema. Cualquier tirador competente podía dar en el blanco con un arma larga a veinte metros. Una distancia menor a cuarenta largos de cañón, para un M16. Estaban prácticamente al alcance de la mano. Pero el hombre no era un tirador competente. Eso había quedado demostrado. En el edificio pequeño. Y ahora había estado corriendo. Estaba agitado. Su pecho subía y bajaba. Su corazón latía acelerado.

Reacher se quedó quieto.

El hombre disparó.

Erró. Por treinta centímetros de alto y treinta centímetros de ancho. Reacher escuchó el zumbido de la bala en el aire y después un impacto muy a lo lejos y detrás de él en el momento en que la bala dio contra alguna edificación. El espacio pequeño junto a la cerca rota, probablemente. Con los tipos muertos.

Se puso de nuevo a resguardo.

—Antes o después se va a quedar sin municiones —dijo Reacher.

—Va a recargar —dijo Chang.

—Pero no rápido.

—¿Ese es tu plan?

—Te necesito conmigo. Por si acaso.

—¿Por si acaso qué?

—Dos cabezas piensan mejor que una. Especialmente si hablamos de la mía ahora mismo.

—¿Estás bien?

—En verdad no. Pero después de todo, ¿cómo de bien necesito estar?

—Lo haré yo.

—No te lo puedo permitir.

—¿No es tarea para una mujer?

Reacher sonrió. Pensó en las mujeres que había conocido.

—Es algo personal —dijo Reacher—. Una costumbre, sobre todo.

—¿Cómo hacemos?

—Voy a hacer que me dispare a mí. Va a errar siempre. Lo prometo. Cuando se quede sin balas yo le vacío el cargador. Mientras tanto, tú corres hacia donde está él, por lo que, si yo erro los disparos, tú no lo harás.

—No, vamos a hacer que nos dispare a los dos —dijo Chang—. Lo vamos a hacer juntos.

—No es eficiente.

—No me importa. Lo vamos a hacer así.

Salieron. El hombre seguía ahí. Solo en medio de la inmensidad. Vaqueros, pelo, fusil M16. A veinte metros de distancia. Chang apuntó con su arma, un ojo cerrado. Reacher se quedó quieto, con los brazos separados del cuerpo, mirando el cielo, el arma colgando al revés sostenida con el dedo del gatillo. *Haz tu mejor disparo.* El hombre lo hizo. Levantó el arma, la sostuvo firme, y apuntó, y disparó.

Y erró.

Les erró a los dos.

Chang también disparó. Con el selector en la posición de un solo disparo. El casquillo voló por el aire. La bala erró. Pero el hombre retrocedió. Cinco pasos torpes, andando de espaldas. Después diez.

Chang disparó de nuevo. Otro casquillo centelleó por el aire. Otra

vez erró. El trigo se movía en oleadas, pesado, lento y mudo.

El hombre levantó su fusil.

Pero no disparó.

—¿Se quedó sin balas? —dijo Chang.

A Reacher le dolía la cabeza.

—No lo sabe —dijo—. Ha perdido la cuenta. Y yo también.

Después sonrió.

—¿Tenemos un buen presentimiento? —dijo.

Levantó el arma. Dos empuñaduras, sujetadas con comodidad, en algún sitio entre firme y suave. La mira de delante, y más allá todo borroso. Parpadeó. Veía en foco, pero no con detalle molecular. Además, tenía un temblor microscópico en los brazos. En todo el cuerpo. *Problemas de coordinación, movimiento, memoria, vista, habla, oído, control de emociones y pensamiento.*

Bajó el arma.

—Nos tenemos que acercar —dijo.

Recuperaron la distancia que el hombre había ganado alejándose. Despacio y tranquilos. Ritmo cardíaco lento, respirando normal. El hombre sumó otros diez pasos. Los vaqueros y el pelo, andando hacia atrás, en dirección a la pocilga.

Reacher y Chang se acercaron.

El olor era fuerte.

Pero era mejor que el estudio de grabación.

El hombre retrocedió otros diez pasos.

Y se quedó encajado contra la cerca de la pocilga.

Reacher y Chang se detuvieron.

El hombre levantó su fusil.

Y después lo bajó de nuevo. Se quedó de pie contra la cerca, solo, las vigas transversales contra su espalda, pequeño y absurdo en medio del vacío. El sol estaba alto hacia el sur. Lejos, detrás de él, sus cerdos salieron del refugio. Gordos y tersos, brillantes de barro líquido. Cada cerdo tenía el tamaño de un Volkswagen.

Reacher avanzó. Chang se mantuvo a la par.

El hombre tiró el rifle y levantó las manos.

Reacher avanzó. Chang se mantuvo a la par.

Quince metros. Doce. Diez.

Cinco metros.

El hombre tenía las manos levantadas.

En los cuentos que se cuentan al calor del fogón siempre hay un breve intercambio de palabras. Porque al villano hay que decirle por qué va a morir.

Reacher no dijo nada.

Los cuentos son cuentos, no son el mundo real.

Pero el hombre habló primero.

—Sus vidas ya estaban perdidas —dijo el hombre—. No pueden no verlo. Ya habían entregado sus vidas. Ya habían tomado la decisión. Ya no existían. Estaban a mi disposición para usarlas. Y conseguían lo que querían de todos modos. Al final.

—No creo que hayan conseguido lo que querían —dijo Reacher—. Ese no era el santo grial.

—Eran una o dos horas. Al final de sus vidas. Después del final, para ellos. Ya habían tomado su decisión.

—¿Para el tipo que mataron de inanición cuántas horas fueron? ¿O era una mujer?

El hombre no contestó.

—Una pregunta práctica —dijo Reacher.

El hombre alzó la vista.

—¿Dónde están los cuerpos?

El hombre no dijo nada. Pero miró hacia atrás. Un reflejo. Involuntario.

Miró a los cerdos.

—¿Entonces a Keever por qué lo enterraron? —dijo Reacher.

—Ese día los cerdos ya habían comido —dijo el hombre.

Reacher no dijo nada.

—Era un pedido personal que nos habían hecho de Japón —dijo el hombre—. Una combinación excelente. Lo único que hago es satisfacer una necesidad. No me pueden culpar a mí por los gustos de los demás.

Reacher no dijo nada.

Las manos del hombre bajaron un par de centímetros. Quería sentir los hombros cómodos para funcionar normalmente, y el cuello, y la cabeza, por el lenguaje corporal, por los gestos, para persuadir, para explicar. Para negociar y para hacer una oferta. Todos los tipos que Reacher había conocido en su vida. Hasta el último instante. Creían que se iban a salir con la suya.

Chang levantó su arma. Reacher la miró. Pelo negro, suelto. Ojos despiertos y oscuros, uno cerrado, el otro fijo en la mira de delante. La aguja vertical en el anillo grueso.

—Esto es por Keever —dijo ella.

Al villano hay que decirle.

—Podría haber sido yo —dijo ella.

Tocó el gatillo. Cinco metros. Instantáneo. Le dio en la garganta. Chaqueta metálica, lo atravesó de lado a lado. La bala caería al suelo muy lejos en medio del trigo, donde nunca nadie la encontraría. Quedaría enterrada por un arado, olvidada y perdida, y regresaría a sus elementos constitutivos, plomo y cobre, parte del planeta, tal como había empezado.

El hombre gorgoteó, una sola tos tísica, muy fuerte, y le brotó y

burbujeó sangre de la herida. Por un segundo resistió erguido, un hombre apoyado contra una viga transversal, y después todo cedió de golpe, y cayó como líquido, formando un charco, brazos y piernas y vaqueros y pelo.

—¿A dónde apuntaste? —dijo Reacher.

—Al centro de masa —dijo Chang.

Reacher sonrió.

—No hay nada mejor que el centro de masa —dijo.

Anduvo cinco metros, y agarró al hombre del cuello y de la parte de atrás del cinturón, y lo levantó, y lo tiró por arriba de la cerca.

Los cerdos se acercaron corriendo.

CINCUENTA Y NUEVE

No quisieron usar la camioneta para volver al pueblo, porque no se querían sentar donde se habían sentado esos tipos, por lo que se subieron a la retroexcavadora, como antes, Westwood al volante, Reacher y Chang frente a frente por encima de la cabeza de Westwood, pero esta vez fueron por el camino de tierra. Que era lento, pero más cómodo. Estacionaron en el *parking* de la concesionaria. Salió el vendedor. Inspeccionó la retroexcavadora. Estaba un poco manchada con trigo aplastado y un poco rayada a los lados. Tenía un poco de tierra pegada. La pala cargadora de delante tenía una pequeña abolladura. Ya no era nueva. No exactamente. Reacher le dio al tipo cinco mil dólares del dinero que les quedaba. Lo que fácil viene fácil se va.

Después cruzaron la plaza hacia el sur. El sol se sentía cálido. Un chico tiró una pelota contra un edificio y le pegó al rebote con un palo. El mismo chico que habían visto antes. Pasaron por la oficina del motel, donde Westwood reservó una buena cantidad de habitaciones. Para él, y para sus fotógrafos, y para toda clase de asistentes y becarios. La persona que atendía ahora la recepción era una chica adolescente. Quizás ya lista para ir a la universidad. Era rápida y eficiente. Era radiante y alegre.

—¿Por qué este pueblo se llama Mother's Rest? —le preguntó Reacher.

—Se supone que no se lo debo decir —dijo ella.

—¿Por qué?

—Los agricultores no quieren. Hicieron todo lo que pudieron para esconderlo.

—No les voy a decir que me lo dijiste.

—Es una corrupción del nombre que usaban antiguamente los indios arapajó. Era una sola palabra, pero suena como si fueran dos. Significa el lugar en el que crecen cosas malas.

Westwood le dio a Chang la llave de su coche alquilado y se despidió. Reacher se fue con ella al restaurante, donde estaba aparcado el Ford rojo.

—Ibas camino a Chicago —dijo ella.

—Así es —dijo él.

—Querías llegar ahí antes de que empezara a hacer frío.

—Esa es siempre una buena idea, tratándose de Chicago.

—Podrías coger el tren de las siete. Comer en el restaurante.

Dormir toda la tarde al sol. En una silla de jardín. Te vi, el primer día.

—¿Me viste?

—Pasé andando.

—Te lo dije. Estuve en el ejército. Puedo dormir en cualquier lado.

—¿Vas a hacerte ver de nuevo por un médico?

—Quizás.

—Yo voy a ir conduciendo hasta Ciudad de Oklahoma. Dejaré el coche en el aeropuerto. Supongo que los becarios de Westwood le traerán otro. Puedo volver a casa desde ahí en avión.

Reacher no dijo nada.

—¿Estás bien? —dijo ella.

—Acabamos de estar en Chicago —dijo él—. Quizás debería ir a alguna otra parte.

Ella sonrió:

—Ve a visitar Milwaukee. Las treinta y seis manzanas.

Él hizo una pausa.

—¿Estás bien? —dijo ella.

—¿Vendrías conmigo?

—¿A Milwaukee?

—Un par de días. Como unas vacaciones. Nos ganamos unas vacaciones. Podríamos hacer lo que hace la gente.

Chang se quedó callada un rato largo, cinco o seis segundos, hasta quedar al borde de un momento incómodo, y después dijo:

—No quiero contestar a esa pregunta aquí. No en Mother's Rest. Sube al coche.

Él subió. Y ella subió y encendió el motor. Puso la palanca de cambios en posición y giró el volante, y se alejaron del restaurante, y del almacén, hasta llegar a la vieja carretera de las caravanas de carretas, donde doblaron a la izquierda y se dirigieron hacia el oeste, con la carretera extendiéndose recta por delante de ellos a través del trigo, eterna, hasta desaparecer en medio de una niebla dorada en el horizonte, donde ya solo se veía fina como una aguja.

OTROS TÍTULOS DE LEE CHILD PUBLICADOS EN BLATT & RÍOS

Sin fallos (JR #6)
Mañana no estás (JR #13)
El asunto (JR #16)
Escuela nocturna (JR #21)
Tiempo pasado (JR #23)
Luna azul (JR #24)
Noche caliente
El héroe

LEE CHILD nació en Inglaterra en 1954. Es autor de veintiocho novelas policiales, entre ellas *Sin fallos*, *Mañana no estás*, *Escuela nocturna* y *El asunto*, y numerosos relatos y ensayos, entre ellos *El héroe*, también publicado por Blatt & Ríos. Su personaje, Jack Reacher, ha sido llevado al cine y adaptado a una serie en Amazon Prime.

Sus libros fueron traducidos a medio centenar de idiomas y lleva vendidos más de cien millones de ejemplares en todo el mundo. Decidió dedicarse a la literatura después de quedarse desempleado debido a una reestructuración en una cadena de televisión británica. Actualmente vive en Estados Unidos.

© 2011, 2024 Lee Child
© 2024, por esta edición: Blatt & Ríos
© 2024, por la traducción: Aldo Giacometti

1ª edición: junio de 2024
1ª edición digital: junio de 2024

Título original: *Make Me*

Diseño de cubierta: Iñaki Jankowski | www.jij.com.ar
Fotografía de cubierta: Steven Gaertner
Revisión y adaptación de la traducción: Paula Pérez-Roda

Producción de eBook: Numerikes

blatt-rios.com.ar
/blattyrios_esp

ISBN: 978-84-128674-1-1

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin permiso previo del editor y/o autor.

blatt & ríos